índice

la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf 1
i: desde la fundación de Roma hasta Mario y Sila 5
i:1 las antiguas civilizaciones 5 • i:2 la esclavitud y el regalo de Cristo 7 • i:3 los latinos 9 • i:4 Rómulo y Remo 11 • i:5 La fundación de Roma 13 • i:6 las mujeres sabinas 15 • i:7 los etruscos 17 • i:8 la república de Roma 19 • i:9 de cómo Horacio mantuvo el puente 21 • i:10 patricios y plebeyos 23 • i:11 las leyes y costumbres romanas 25 • i:12 Cartago 27 • i:13 Aníbal cruza los Alpes 28 • i:14 ¡Aníbal ante portas! 31 • i:15 la destrucción de Cartago 33 • i:16 la casa de un patricio 35 • i:17 las viviendas de les plebeyos 37 • i:18 la causa de los plebeyos 39 • i:19 Mario 41 • i:20 la traición a Yugurta 43 • i:21 los pueblos del norte 44 • i:22 Roma se salva 45 • i:23 Mario enemigo público 46 • i:24 Mario en el exilio 47 • i:25 el retorno de Mario 48 • i:26 la muerte de Mario 49 • i:27 Espartaco 50
ii: césares y cristianos 52
ii:1 Julio César 52 • ii:2 poder 54 • ii:3 la Galia 56 • ii:4 los pueblos celtas 57 • ii:5 Britania 59 • ii:6 el Rubicón 60 • ii:7 saludos, ¡oh, rey! 63 • ii:8 los idus de marzo 65 • ii:9 en Filipos 69 • ii:10 Marco Antonio y Cleopatra 71 • ii:11 Dios en la Tierra 73 • ii:12 en Palestina y en Roma 74 • ii:13 césares y cristianos 76 • ii:14 la arena 79
iii: la historia de britania 81
iii:1 las edades de piedra 81 • iii:2 la edad del bronce 82 • iii:3 la edad del hierro 84 • iii:4 Boadicea 86 • iii:5 Albano 89
iv: la caída del Imperio Romano 91
iv:1 las tribus germánicas 91 • iv:2 el imperio dividido 93 • iv:3 la visión de Constantino 95 • iv:4 los monjes 97 • iv:5 Atila, el huno 99 • iv:6 la caída de Roma 101 • iv:7 el fin del imperio 104 • iv:8 anglos y sajones 106 • iv:9 el obispo de Roma 108 • iv:10 Winifredo 110

Charles Kovacs

Antigua Roma

el profanador de textos

profanador, ra.
(Del lat. *profanātor*, -ōris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.
(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir 'asesinados')— con 'sagrado' respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables… o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en 'profanador': 'deshonro,' 'prostituyo' la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento.
(a mi tampoco me convencen estas 'razones,' son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leidos 'fotocopiados' en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: 'Antigua Roma'
Autor: Charles Kovacs
ISBN: 978.682.075.2

Título original:

Editorial: Editorial Antroposófica

Fecha de impresión. 2013

primera pedeeficación:
julio 12, 2017

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el 'Asunto:' el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.
Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que 'desea' ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el 'Asunto: Tipear.' Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el 'GA,' 'Gesamtausgabe' ['Edición Completa']. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos.
Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita '[GAnnn:cc:pp]' significa 'párrafo pp' de la 'conferencia cc' del GA 'nnn.'

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf' fueron publicados por Juan Berlín desde México.
Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita '[BM024c]' significa 'el tercer artículo (letra c)' del 'boletín 24.'
En el caso de suplementos, se usa directamente la letra 's': [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número (02) o un número y una letra (02c) al inicio de los mismos.
En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana.
La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

acerca de este proyecto

nota de el profanador de textos

Durante el primer curso[1] para maestros Waldorf impartido por Rudolf Steiner, él dijo que los maestros debían narrar historias de diferentes épocas del desarrollo de la humanidad durante los diferentes grados de la escuela.

La explicación que da el autor en 'la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf' es más que esclarecedora sobre el por qué Rudolf Steiner indicó hacerlo.

Para sexto grado corresponde la historia de Roma.

Pero también es interesante notar que la fundación de Roma se realiza en el 754 aC, que más que una 'fecha histórica' es el comienzo de la edad Alma Racional, un cambio fundamental en la evolución del ser humano.

(Y, además, incluye los sucesos por los cuales damos en llamar 'rubicón' a una etapa de la evolución del niño.)

Mi agradecimiento s María José Hüppi y Alejandro Dambrosi. ♣

[1] Steiner, Rudolf. 'Coloquios Pedagógicos.' [GA295] [n. del pr.]

la enseñanza de la historia en las escuelas Waldorf

por Charles Kovacs

¿Cuál es el propósito de enseñar historia a los niños?

Es una asignatura que se imparte en todas las escuelas, pero casi nunca se responde a esa pregunta.

Normalmente, la enseñanza de la historia es una convención establecida cuya validez habría de cuestionarse.

He visto ejemplos de enseñanza de la historia cuyo objetivo era implantar el patriotismo en el corazón de los jóvenes.

Y si le damos esa orientación a su enseñanza no cabe duda de que la meta puede cumplirse.

Pero esa manera tendenciosa de enseñar historia se ha usado —y sigue usándose en muchas partes del mundo— para instilar el nacionalismo a ultranza e impartir prejuicios nacionales.

Si ese fuera el único objetivo de la enseñanza de la historia creo que seria mejor para los niños seguir ignorando su historia nacional.

Otra posible respuesta es que el conocimiento de la historia es necesario para entender el mundo actual.

Con esa respuesta nos movemos en un terreno más sólido.

Pero entonces, en lo que se refiere a la enseñanza a los jóvenes —y les ruego que tengan esta salvedad muy en cuenta— la historia sólo es importante en la medida en que, de una manera u otra, sea relevante para el presente.

Teniendo esto en cuenta, no todos los antiguos reyes del país, no todas sus batallas, guerras o tratados son relevantes.

Esa es nuestra aproximación a la enseñanza de la historia en las Escuelas Waldorf.

Es uno de los medios para preparar a los jóvenes para la vida en nuestra época actual.

Enseñarles el pasado los prepara para estar aquí y ahora.

Y vista a esa luz, la historia se convierte en una materia de importancia suprema.

Aquellas personas que sufren de amnesia —sea debido a un trauma o a una tensión nerviosa— han perdido el contacto con su pasado personal, no pueden reconocer a sus amigos ni a sus parientes cercanos todos le son desconocidos.

No somos únicamente individuos separados, sino miembros de una comunidad, de una nación, de la humanidad en su conjunto.

Y al igual que como individuos necesitamos una memoria individual, como seres sociales necesitamos la historia.

Una persona que desconozca o no sienta la historia sufre de 'amnesia social.'

Se encuentra con los suyos como si fueran extraños, socialmente carece de pasado.

El comportamiento antisocial de algunos jóvenes, su destructividad gratuita, puede llevar a preguntamos qué tipo de enseñanza de la historia recibieron, si es que recibieron alguna.

Pues no se trata sólo de impartir una cadena de hechos históricos, sino mucho más del cómo se imparte.

Así, por ejemplo, uno de los desafios de la enseñanza de la historia en nuestras escuelas es ofrecer a los niños una 'sensación' de lo que es el tiempo.

A un niño de diez años no le dice nada el hecho de que Carlomagno viviera hace mil años. La cifra de 'mil años' significa para el niño lo mismo que 'millones de años luz' pueden significar a un profano.

Es una cifra muy grande, pero al niño no le hemos transmitido una 'sensación de tiempo.'

Una gráfica en la pizarra requiere un nivel de pensamiento abstracto que el niño no alcanza hasta cerca de la pubertad.

Siguiendo una sugerencia de Rudolf Steiner, hice lo siguiente en mi clase con niños de diez y once años.

Le indiqué a uno de ellos que tomara a su vecino de la mano y le dije:

—Tu vecino es ahora tu padre cuando era niño.

Naturalmente todo el mundo se puso a reír en la clase.

Luego le dije al vecino:

—Toma de la mano a la niña que tienes al lado. Ella es la abuela del primer compañero.

Luego otro niño se añadió a la cadena, el bisabuelo. Y luego les dije:

—¿Veis? Ahora hemos retrocedido unos cien años.

En ese momento todo el mundo quería participar en la cadena como tatarabuelos, etcétera.

Y cuando toda la clase se había unido en la cadena habíamos retrocedido unos quinientos años, y los niños comprendieron que nos haría falta otra clase entera con el mismo número de niños para llegar a la época de Carlomagno.

Se puede ver con facilidad que semejante aproximación al tiempo contiene un elemento social.

El pasado lejano no es, pues, cuestión de añadir ceros, sino que el niño se sienta vinculado al pasado por los compañeros de clase que representan a sus antepasados.

Ese es simplemente un pequeño detalle concreto de nuestro trabajo en clase.

El término 'historia' —como ciencia, como recordación del pasado— coincide con el de su homónimo 'historia' —como narración, relato—.

De hecho, cuando empezó a escribirse la historia en antigua Grecia, no era más que una colección de 'relatos' o 'narraciones' sobre grandes personajes.

Para el niño hasta los catorce años, la historia ha de seguir siendo eso, una colección de relatos o narraciones.

Y al hablar de 'narraciones' nos referimos a algo que apela a los sentimientos del niño, un relato que levanta sentimientos de simpatía o antipatía, placer o desagrado.

No sé si existe la historia 'objetiva,' pero si la hubiera, no es el tipo de historia que dejaría impresión alguna en el niño.

Los hechos y fechas puros y duros no hacen más que aburrir a los niños, lo que es peor que no darles historia en absoluto.

Y por eso, en los cursos para los más jóvenes, intentamos presentar la historia en imágenes vívidas.

Intentamos convertir a los héroes y villanos de la historia en lo más reales y concretos posible.

Nada es más gratificante para un maestro de niños entre once y catorce años que ver a una clase rebosando entusiasmo ante un gran acontecimiento, o ver una tormenta de indignación moral en otras ocasiones.

De ese modo, la historia se convierte en una fuerza moral.

Se puede intentar enseñar 'preceptos morales,' pero el hecho es que las repetidas exhortaciones y admoniciones, a la larga, acaban generando hipocresía, una falsa moralidad que no surge del corazón.

También puede producir un antagonismo directo ante cualquier autoridad moral.

Pero si logramos que nuestros niños respondan con sentimientos intensos ante el bien y el mal que aparece en la historia, habremos establecido los cimientos de una vida moral firme.

Más tarde, entre los doce a catorce años, el niño ya necesita algo más que una historia 'fascinante.'

Hace falta encontrar entonces nexos entre los acontecimientos, pero sin imponer ningún patrón hipotético en la historia.

Cuando le digo a los niños que el cambio de mentalidad que tuvo lugar en el arte del Renacimiento[1] también marcaba el preludio de la Era de los Descubrimientos[2] y entró en erupción en la

[1] Renacimiento: Nombre dado a un amplio movimiento cultural que se produjo en Europa Occidental durante los siglos XV y XVI, período de transición entre la Edad Media y el mundo moderno. Sus principales exponentes se hallan en el campo de las artes, aunque también se produjo una renovación en las ciencias, tanto naturales como humanas. La ciudad de Florencia (Italia) fue el lugar de nacimiento y desarrollo de este movimiento. [n. del pr.]

[2] Kovacs, Charles. 'La Era de los Descubrimientos.' [n. del pr.]

Reforma Protestante,[3] no estoy dándoles un modelo inventado o una mera hipótesis.

Eso me permite evocar otro punto esencial en nuestra enseñanza de la historia.

Es perfectamente posible enseñarle a un niño de diez años la historia del descubrimiento de América. No es difícil contar la historia en términos que un niño pueda entender.

Pero para un niño de diez años la historia de Cristóbal Colón[4] será similar a la historia de Odiseo,[5] pues el niño en el fondo aún no es capaz de sentir ningún parentesco, ninguna relación íntima con la situación histórica de Colón.

La cosa ya es muy distinta con un niño de doce a trece años.

En esa etapa se han aflojado considerablemente los lazos emocionales con los padres, maestros y con todo el entorno.

Los niños experimentan la capacidad del pensar independiente, están ávidos de descubrir las cosas por sí mismos.

Se hacen conscientes de las amplísimas perspectivas que se abren ante ellos, perspectivas que a la vez son atractivas y aterradoras por su vastedad, y por primera vez sienten tocados por la soledad, que se produce cuando se van soltando los lazos de la infancia.

Y en esa edad, la situación exterior en la que se encontraba el propio Colón, la ruptura con las autoridades eruditas[6] reconocidas de su época, la incursión en lo desconocido, los barcos solitarios en un vasto océano desconocido, toda esa situación exterior se corresponde con la situación interior del niño entre doce y trece años.

Y si en esa época le contamos la historia de Colón —incluso si alguno de ellos la ha oído antes— entonces ese relato agarra con fuerza, y penetra profundamente.

Es una terapia para los problemas de su edad.

Las investigaciones solitarias de Leonardo da Vinci[7] anticipando el futuro, Galileo[8] ante la Inquisición,[9] Lutero[10] desafiando a la Iglesia y a los poderes seculares, esos son los héroes con los que el niño entre doce y trece años se siente íntimamente identificado.

Y de ese modo la historia se convierte en una terapia.

El niño que crece se encuentra con sus propios problemas, se encuentra a sí mismo en el escenario de la historia.

Demos un paso más.

El año siguiente, cuando el niño tiene entre trece y catorce años, suele considerarse una edad 'difícil.'

Existen todo tipo de problemas en la pubertad, el adolescente aparece con todos sus rasgos poco atractivos.

Pero ¿cuáles son esos rasgos?

Los/las jóvenes reafirman ahora su independencia, son muy críticos con sus mayores, y a la vez no acogen bien la critica que se les pueda hacer. Esto es una parte.

Otro rasgo es que ya no quieren ser tratados como niños: quieren ser tratados como iguales por los adultos.

Al mismo tiempo crean pequeños círculos entre ellos, los varones pasan el tiempo juntos, y las chicas forman pequeñas camarillas.

Esa es la edad de amistades intensas, la época de apiñarse mutuamente.

En esa edad, los jóvenes en nuestras Escuelas Waldorf llegan, en historia, a la época de la Revolución Francesa.[11]

---

[3] Reforma Protestante: Movimiento religioso cristiano, iniciado en Alemania en el siglo XVI por Martín Lutero, que llevó a un cisma de la Iglesia católica para dar origen a numerosas iglesias y organizaciones agrupadas bajo la denominación de protestantismo. [n. del pr.]

[4] Cristóbal Colón o Cristoforo Colombo (ca. 1436/51-1506): Navegante, cartógrafo, almirante, virrey y gobernador general de las Indias Occidentales al servicio del Reino de Castilla. Descubridor de América, el 12 de octubre de 1492, al llegar a la isla de Guanahani, actualmente en las Bahamas. [n. del pr.]

[5] Odiseo (Ulises en latino): Rey de la isla griega de Ítaca y uno de los jefes del ejército griego que tomó Troya. Famoso por su astucia, ideó el ardid del caballo de madera. A su regreso de la guerra de Troya, vagó durante diez años por el Mediterráneo corriendo las extraordinarias aventuras que Homero narra en la 'Odisea.' [n. del pr.]

[6] Cristóbal Colón presentó su proyecto a las Cortes y si bien el Real Consejo lo rechazó, consiguió ser recibido en enero de 1486, por la reina Isabel. La soberana quiso que un consejo de doctos varones diera un dictamen. El Consejo se reunió primero en Salamanca y después en Córdoba y varios años más tarde dictaminó que era imposible que fuera verdad lo que decía Colón. [n. del pr.]

[7] Leonardo da Vinci (1452-1519): Pintor, anatomista, arquitecto, paleontólogo, artista, botánico, científico, escritor, escultor, filósofo, ingeniero, inventor, músico, poeta y urbanista florentino del Renacimiento italiano. [n. del pr.]

[8] Galileo Galilei (1564-1642): Astrónomo, filósofo, matemático y físico italiano, que mejoró el telescopio y definió la primera ley del movimiento. Personaje significativo de la revolución científica. [n. del pr.]

[9] Inquisición o Santa Inquisición: Refiere a varias instituciones dedicadas a la supresión de la herejía principalmente en el seno de la Iglesia católica. Se fundó en 1184 en la zona de Languedoc (sur de Francia) para combatir la herejía de los cátaros o albigenses. [n. del pr.]

[10] Martín Lutero o Martin Luder o Martin Luther (1483-1546): Teólogo y fraile católico agustino que comenzó e impulsó la reforma religiosa en Alemania, base de la Reforma Protestante y la doctrina teológica y cultural denominada luteranismo. Lutero se caracterizó por exhortar a que la Iglesia cristiana regresara a las enseñanzas originales de la Biblia, impulsando con ello una reestructuración de las iglesias cristianas en Europa. [n. del pr.]

[11] Revolución Francesa: Conflicto social y político, con diversos periodos de violencia, que convulsionó Francia y, contra el Antiguo Régimen. Se inició con la autoproclamación del

Oyen cómo se proclaman los elevados ideales de libertad, igualdad, fraternidad.

Y esos ideales vuelven a ser la contraparte —una contraparte histórica a gran escala— de las fuerzas que obran en los mismos jóvenes.

Su deseo de independencia resuena en el grito por la libertad.

Su deseo de ser tratados como iguales se corresponde con la demanda de igualdad de derechos en la revolución.

Su necesidad de 'apiñarse' entre ellos es la contraparte de la llamada por la fraternidad universal.

De hecho, tanto los ideales como la destructividad de la Revolución Francesa tienen su contraparte en la situación psicológica del adolescente, incluyendo la autodestrucción ejemplificada en el auge y la caída de Napoleón.[12]

Y de esa manera el/la adolescente encuentra en la historia de ese período sus propias aspiraciones y su propia destructividad potencial, representadas en el vasto escenario de la historia.

Y, nuevamente, ese encuentro con los problemas de uno mismo en forma de historia tiene un valor terapéutico, un efecto curativo.

Naturalmente, eso no elimina los problemas y crisis de la pubertad, pero facilita el paso por esa etapa atribulada.

Entonces, las lecciones de historia llevan a la clase al siglo XIX.

Ahí, las aspiraciones, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, emergen de una forma nueva.

Les hablo a los jóvenes de Garibaldi,[13] el intrépido aventurero y luchador por la libertad en Italia.

Les hablo de Abraham Lincoln[14] que dedicó su vida a la abolición de la esclavitud y a afirmar la igualdad de derechos para todos los hombres.

Y les hablo de Henry Dunant,[15] el fundador de la Cruz Roja[16] que se hallaba inspirado y pudo inspirar a otros con un sentimiento de hermandad para con todos los hombres.

Y de ese modo los ideales de "libertad, igualdad y fraternidad vuelven a resurgir, en forma de movimientos de masas, de eslóganes, pero llevados adelante por personalidades y convertidos en realidad por el sacrificio y la dedicación personal.

Ahí llega la Revolución Industrial[17] y sus extremismos.

Por un lado, el Capitalismo[18] —que en nombre de la libertad suprime la fraternidad humana—, y por el otro el Comunismo[19] —que en nombre de la fraternidad suprime la libertad.

Y, de ese modo, los jóvenes van siendo conducidos progresivamente a nuestra época actual.

En todas las épocas y aspectos, la enseñanza de la historia nunca es el mero traspaso de información, la comunicación de conocimiento por el conocimiento mismo.

La historia es tratada como un tema de inmensa importancia moral y social, y también como una terapia, como un elemento sanador para las tensiones y problemas en cada etapa del proceso de crecer.

No quisiera dejar la impresión de que dependemos solamente de la historia para ejercer efectos morales y terapéuticos.

Intentamos que en cada asignatura, incluso la aritmética o la ciencia, apelemos a las necesidades más profundas del niño.

Aquí he recurrido al ejemplo de la historia para mostrar, en un caso concreto, el objetivo de nuestra educación. ♣

Tercer Estado como Asamblea Nacional en 1789 y finalizó con el golpe de estado de Napoleón Bonaparte en 1799. [n. del pr.]

[12] Napoleón I Bonaparte (1769-1821): Militar y gobernante francés, general republicano durante la Revolución y el Directorio, artífice del golpe de Estado del 18 de brumario (aproximadamente octubre), primer cónsul de la República; cónsul vitalicio; Emperador; Rey de Italia. [n. del pr.]

[13] Giuseppe Garibaldi (1807-1882): Militar y político italiano. Junto con Víctor Manuel II, fue uno de los principales líderes y artífices de la Unificación de Italia. [n. del pr.]

[14] Abraham Lincoln (1809-1865): Político y abogado estadounidense, decimosexto presidente de los Estados Unidos de América (1861-1865). Lideró el país durante la Guerra de Secesión (1861-1865), preservó la Unión, abolió la esclavitud, fortaleció el gobierno federal y modernizó la economía. [n. del pr.]

[15] Henry Dunant o Jean Henry Dunant (1828-1910): Empresario suizo, filántropo y activista de la causa humanitaria, primer Premio Nobel de la Paz junto con Frédéric Passy, en 1901. Después de la Batalla de Solferino (1859) reclamó la creación de un cuerpo de voluntarios para socorrer a los heridos de guerra sin distinción del bando, resultando en la fundación de la Cruz Roja. En 1864 se redactó la Convención de Ginebra con base en algunos de sus postulados humanitaristas. [n. del pr.]

[16] Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, es un movimiento humanitario mundial. Presta auxilio, sin discriminación, a todos los heridos en los campos de batalla, se esfuerza en prevenir y aliviar el sufrimiento de los hombres en todas las circunstancias, protege la vida y la salud, hace respetar a la persona humana, favorece la comprensión mutua, la amistad, la cooperación y una paz duradera entre todos los pueblos. [n. del pr.]

[17] Revolución Industrial: Proceso de transformación económica, social y tecnológica que se inició en la segunda mitad del siglo XVIII en el Reino Unido, se extendió a gran parte de Europa occidental y Norteamérica, y que concluyó entre 1820 y 1840. Se paso desde una economía rural agrícola y el comercio a una economía de carácter urbano, industrializada y mecanizada. [n. del pr.]

[18] Capitalismo: Orden o sistema social y económico cuya herramienta de producción deriva del usufructo de la propiedad privada sobre el capital. [n. del pr.]

[19] Comunismo: Orden o sistema social y económico caracterizada por la propiedad en común de los medios de producción, la ausencia de propiedad privada sobre el trabajo, la inexistencia de clases sociales y de estado. [n. del pr.]

i:
desde la fundación de Roma hasta Mario y Sila

i:1 las antiguas civilizaciones

Si miramos atrás a las culturas Protoindia, Protopersa, Babilonia, Egipto y Grecia, y tomamos todas esas historias juntas, veremos que, en cierto sentido son una y la misma historia, una historia extraña y maravillosa.

En la India primigenia, en la época Protoindia, los cinco príncipes, los hijos de Pandú, tuvieron que salir de su reino, y vivir por mucho tiempo en el bosque como ermitaños.

Comían poco y ocupaban toda su mente en rezar con devoción.

Cuando los habitantes de la India primigenia rezaban así, de todo corazón, sentían que su alma se elevaba al cielo, para estar con los dioses, y entonces para ellos desaparecía la Tierra con todas sus cosas.

Los habitantes de la más antigua India querían olvidarse de la Tierra.

Así como nosotros podemos sentir nostalgia por nuestra terruño si estamos en un país extraño, del mismo modo la gente de la cultura protoindia sentía que el Cielo, el reino de los dioses, era su hogar.

Y mientras vivían en la Tierra echaban de menos el Cielo y sentían nostalgia de él.

Los cinco hijos de Pandú volvieron a ser reyes otra vez, después de muchas aventuras.

Pero al cabo de un tiempo, dejaron sus palacios para buscar el Portal del Cielo.

No esperaron que la muerte se los llevara de la Tierra, sino que, por su propia voluntad, partieron a buscar las puertas del Paraíso.

Ahí vemos lo poco que ellos se preocupaban por su vida en la Tierra, y los habitantes de la antigua India tampoco se preocupaban de su cuerpo.

Cuando alguien moría, el cuerpo era cremado y las cenizas se echaban al río Ganges, y así no dejaban ningún rastro del fallecido.

Todo eso nos muestra cómo en la antigua cultura protoindia los hombres anhelaban el Cielo y descuidaban su vida en la Tierra.

En aquellos remotos tiempos, hace nueve mil años, tampoco se habían hecho inventos útiles y prácticos.

Después llegamos a otra gente, que vivió más tarde, hace unos siete mil años, los Protopersas.

Los persas más antiguos también amaban el reino de la luz, el reino de Ahura Mazda[1] y la Tierra era para ellos el reino de la oscuridad, de Ahriman.[2]

Pero ellos querían luchar contra el malvado Ahriman.

Querían luchar aquí en la Tierra para el Dios de la Luz, contra el Príncipe de la Oscuridad.

Plantaban cereales, frutos y flores, y esa era una forma de combatir a Ahriman: El camino para

[1] Ahura Mazda u Ormuz: Divinidad exaltada por Zoroastro como el Creador no creado, es decir, la deidad suprema. Es el dios del cielo, omnisciente y sacerdote celeste. Es un dios abstracto y trascendente, sin imagen concreta. [n. del pr.]

[2] Ahriman o Ariman o Angra Mainyu: Es la mala mente del humano. En el Avesta es llamado el hermano gemelo de Ahura Mazda, y el opuesto de Spenta Mainyu. Es considerado como el Satán destructor, la fuente de todos los males en el mundo, existe desde la creación del mismo, y escogió el mal conscientemente. [n. del pr.]

luchar contra el Príncipe de la Oscuridad era hacer crecer cosas buenas como el trigo, frutas, árboles o rosas.

Y la mayoría de las plantas que cultivamos hoy en día vienen de la cultura protopersa, de la Persia primigenia.

El invento del arado procede del rey Djemshid,[3] que lo vio en sueños.

Ahura Mazda se le apareció en sueños y le mostró una daga dorada.

Así era con todas las decisiones importantes: ellos no trataban de pensar qué era lo correcto que debía hacerse, sino que esperaban siempre un sueño que se lo revelara, y los dioses siempre enviaban sueños sabios.

Los persas de hace siete mil años ya no tenían nostalgia del Cielo, se sentían mucho más en casa en la Tierra.

Después llegamos al lugar donde los hombres vivieron hace unos cinco mil años, en la antigua Babilonia.

En Babilonia todo el conocimiento, toda la sabiduría era aún un regalo de los dioses y llegaba en sueños.

En un momento el dios Ea[4] enseñó el arte de fabricar ladrillos y, desde entonces, los hombres podían por fin construir casas y grandes ciudades usando ladrillos.

Mientras que los persas fueron los primeros campesinos y aprendieron mucho sobre la tierra, los babilonios estudiaban las estrellas, construyendo altas torres como observatorios.

Fueron los primeros en dividir el día en 24 horas y el año en 12 meses.

De tanto observar el Sol y el movimiento de las estrellas, llegaron a la idea de fabricar una rueda para luego fabricar el primer carro.

Hace cinco mil años los babilonios eran más dueños de la Tierra que los antiguos hindúes.

Eso implicaba que los hombres no querían dejar la Tierra y empezaban a temer a la muerte.

Los hijos de Pandú salieron en busca del Portal del Cielo, sin esperar la muerte, pero en Babilonia se contaba la historia de Gilgamesh.[5]

Cuando murió Eabani, el amigo de Gilgamesh, éste estaba tan asustado por la muerte que marchó a un largo viaje, no en busca del Portal del Cielo, sino en busca de la planta que le diera la vida eterna en la Tierra.

Le hubiese gustado vivir por siempre en la Tierra, pero acabó con una profunda tristeza cuando, finalmente, terminó perdiendo la planta.

Las grandes historias de la humanidad muestran que el ser humano, al principio, se hallaba más en casa en el Cielo que en la Tierra, pero más tarde empezó a gustarle cada vez más la vida en la Tierra, y el Cielo, el reino de los dioses, comenzó a oscurecerse.

Por esa época apareció la civilización de Egipto, hace más o menos unos cinco mil años.

Los egipcios no buscaban la planta de la vida eterna, pero pensaban que ya que no podían vivir por siempre, al menos podían preservar sus cuerpos el mayor tiempo posible y dejarlos lo más parecido posible al cuerpo vivo.

Por eso no quemaban a los muertos, como los hindúes, si no que los transformaban en momias.

Eran grandes constructores con piedras, no con ladrillos, como lo vemos en las poderosas pirámides.

Para los egipcios, la sabiduría venía aún de los dioses.

Recordemos el sueño del faraón de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas y de cómo José interpretó para el faraón lo que significaba aquel sueño.

La sabiduría venía de los dioses, y era el dios Osiris quien le dio la sabiduría a los egipcios: los jeroglíficos —la escritura en dibujos—de los que salió más tarde la escritura actual.

Si seguimos avanzando en el tiempo llegarnos a la antigua Grecia, más o menos hace unos dos mil quinientos años.

Para los griegos, el reino del Cielo, el mundo que los persas llamaban Reino de la Luz, parecía un mundo oscuro de sombras.

Recordaban cómo Odiseo le había hablado al alma de Aquiles, su amigo muerto.

Y que Aquiles le había dicho:

—Prefiero ser un mendigo entre los vivos que rey entre los muertos.

Para los griegos, la vida en la Tierra era maravillosa, amaban la vida en este mundo, y lo hacían todo lo más bello posible.

Y eso podemos verlo en sus templos y estatuas.

En los Juegos Olímpicos,[6] en el correr, saltar y luchar, los griegos admiraban la fuerza de sus cuerpos, amaban el cuerpo humano, su vida y su fuerza.

[3] Djemshid: Mítico rey persa que, a través de un sueño, vió una daga de oro y creó el arado. Otras versiones dicen que descubrió el vino. [n. del pr.]

[4] Ea (sumerio) o Enki o Enkil (acadio): Significa 'El señor de la tierra.' Dota a los humanos con las artes, oficios y medios técnicos para la agricultura. [n. del pr.]

[5] Gilgamesh o Gilgamés: Personaje legendario de la mitología sumeria. Según la Lista Real Sumeria, Gilgamesh, fue gobernante del distrito de Kulab y quinto rey de la ciudad Uruk (Erech en la Biblia; actual Warqa, en Irak) hacia el año 2750 aC. Protagonista de la 'Epopeya de Gilgamesh.' [n. del pr.]

[6] Juegos Olímpicos: Competencias organizadas por los antiguos griegos en el siglo VIII aC en la ciudad de Olimpia,

Los griegos fueron los primeros en tener teatros y juegos; la palabra 'teatro' es una palabra griega.

Pero el comienzo de las artes, de los deportes, de los teatros fue también el final de la sabiduría de los sueños.

Los griegos fueron los primeros hombres que pensaban por sí mismos.

Recordemos que Sócrates[7] era un gran maestro del arte de pensar.

En las guerras persas, los persas aún confiaban en los sueños: fue en un sueño en el que el rey de Persia escuchó la voz que le ordenó conquistar Grecia.

Pero los griegos pensaban por ellos mismos, y por eso pudieron derrotar el poder de Persia.

Los atenienses no tenían rey.

Cada ateniense quería pensar por sí mismo en la ciudad, quería elegir y opinar sobre ello.

Era el comienzo de una especie de gobierno, de la democracia, el gobierno del pueblo —también una palabra griega—.

Y por medio del pensar en Grecia comenzaron las ciencias: historia, geografía, botánica, física, aritmética —todos estos nombres son palabras griegas—.

A través de Alejandro Magno la sabiduría del pensar de Grecia y la sabiduría de los sueños de los países antiguos se juntaron en un gran imperio.

Alejandro Magno conquistó todos los países mencionados anteriormente: Persia, Babilonia, Egipto, Grecia, y también una parte de la India.

Murió joven, su imperio se dividió, pero su verdadera meta se había alcanzado: El arte y el conocimiento griego se expandió por el mundo, haciendo la vida en la Tierra rica y bella.

Pero —y esa es la otra cara de esa gran historia— el mundo del espíritu, el Reino del Cielo, comenzó a oscurecerse.

A la gente le encantaba la vida sobre la Tierra y consideraba que al morir iban a ser sólo sombras del submundo, del reino de Hades.[8]

De hecho, si no hubiesen pasado otras cosas, la vida del hombre en la Tierra se hubiese vuelto muy triste, pues ¿cómo podía vivir el hombre feliz en la Tierra pensando que la vida después de la muerte era oscura y llena de sombras? ♣

entre los años 776 aC y el 393. [n. del pr.]

[7] Sócrates o Sócrates de Atenas (470 aC-399 aC): Filósofo clásico ateniense, maestro de Platón, quien tuvo a Aristóteles como discípulo, siendo estos tres los representantes fundamentales de la filosofía de la Antigua Grecia. [n. del pr.]

[8] Hades: Alude tanto al inframundo griego como al dios de éste. También designa la morada de los muertos. [n. del pr.]

i:2 la esclavitud y el regalo de Cristo

Hoy en día usamos muchas cosas que hemos heredado de los hombres que vivieron hace miles de años.

De los persas tenemos el arado, así como los árboles frutales y las flores de los jardines, el trigo y la cebada.

De los babilonios tenemos los ladrillos, los primeros carros y carretas, y el conocimiento de la medición del tiempo.

De los egipcios tenemos la escritura.

Y de los griegos tenemos el arte en general, el teatro, el deporte, las ciencias y la democracia.

En los tiempos de la antigua Grecia ya había mucho más conocimiento, había grandes obras de arte maravillosas, y el ser humano aprendió a usar el poder del pensamiento independiente, ya no tuvo que esperar a los sueños para tomar sus decisiones.

Pero aún los mejores y más sabios de entre los griegos pensaban que era natural que hubiese esclavos.

Por ejemplo, los espartanos sólo eran educados para ser guerreros y los esclavos eran los que trabajaban los campos, cocinaban y servían la comida.

En Atenas, los ricos atenienses tenían tiempo para escuchar a los magníficos oradores, para pasar el

día en el teatro, practicar deporte, etcétera, simplemente porque todo el trabajo duro lo realizaban los esclavos.

Los atenienses tenían grandes arquitectos que diseñaban templos magníficos, supervisaban los trabajos, pero no cargaban las pesadas piedras para las columnas y los muros, no cortaban las piedras, todo eso era hecho por los esclavos.

Los barcos que llevaban personas y mercancías por los mares tenían velas, pero si el viento no soplaba en la dirección deseada o no había viento, los esclavos tenían que remar para mover la nave.

También los barcos de guerra eran movidos a remo por esclavos.

Muchas veces los esclavos eran encadenados en sus puestos, y si el barco se hundía, ellos se hundían con el barco.

Todo el trabajo duro y desagradable era realizado por los esclavos.

La mayoría de los griegos trataban bien a sus esclavos, aunque sólo porque costaban mucho dinero, y si eran mal alimentados o maltratados podían morir, se perdía plata, y había que comprar un nuevo esclavo.

Pero si un amo era cruel y malvado podía lastimar, pegar y hasta matar a sus esclavos.

El dueño era libre de hacer lo que quisiera con su esclavo, porque era un objeto de su propiedad.

Si un esclavo escapaba, casi siempre era alcanzado y condenado a muerte como escarmiento para que los otros esclavos no lo imitaran.

Los esclavos sólo podían casarse con el permiso de su dueño, y los hijos eran también eran esclavos propiedad del dueño, que se los podía quitar a los padres para venderlos cuando lo deseara.

En todas las ciudades del mundo antiguo, en Persia, Babilonia, Egipto, Grecia, existían mercados de esclavos donde se vendían hombres, mujeres, niños y niñas como nosotros vendemos ovejas, vacas o caballos.

Y a nadie se le ocurriría pensar que hubiera algo erróneo en ese trato con otros seres humanos.

Ni el mejor y más sabio hombre de aquellos tiempos tenía el sentimiento de que los esclavos eran individuos humanos igual que ellos. Realmente no lo sentían.

El ateniense tenía verdadero sentimiento de hermandad con los otros atenienses, pero los demás hombres, incluso un espartano, significaba poco para él.

Y un hombre que no era griego, un llamado bárbaro, difícilmente era considerado humano.

En los tiempos de Grecia y también en los de Roma, los seres humanos no tenían el sentimiento de que otro ser humano no podía ser vendido o comprado como un objeto.

Pero en los tiempos de Roma algo completamente nuevo entró en el mundo: la venida de Cristo.

Este evento dio a entender al mundo que cada ser humano en la Tierra es hijo del Padre del Cielo.

También tenemos nuestros padre y madre propios, y tal vez un hermano o hermana, pero todos tenemos un Padre del Cielo, todos los seres humanos son nuestros hermanos y hermanas, y todos son igualmente amados por Él.

Ese fue el regalo preciado que se le entregó a todos los hijos de Dios.

Fue lo más importante de toda la historia.

Pero esto fue algo tan nuevo que mucha gente no pudo entenderlo, e incluso muchos se volvieron contra Cristo.

Aún en nuestra época hay gente que no lo ha entendido, y odian y hacen daño a los demás.

Pero esos acontecimientos tan grandes necesitan tiempo y trabajo, poco a poco la humanidad irá entendiéndolo.

El regalo de Cristo trajo un gran cambio desde los tiempos de Grecia y Roma: nadie pensaría en tener esclavos hoy en día.

Nosotros consideraríamos algo terrible tener un esclavo en casa, una persona viviendo llena de temor y miedo hacia nosotros, cuya vida dependiera de nuestros caprichos y de nuestro humor.

Para un griego o romano eso era algo natural.

Así nos damos cuenta de lo mucho que ha cambiado la vida.

En nuestros tiempos sentimos que va en contra de la dignidad humana tener un esclavo, incluso si lo tratáramos bien y con amabilidad.

Es algo pernicioso y equivocado. Va en contra de la dignidad de un hijo de Dios.

El gran pintor Leonardo da Vinci mostró lo que dio Cristo a la humanidad cuando pintó su cuadro 'La Ultima Cena,'[1] que muestra a Cristo entre sus discípulos.

Cristo, que era mucho más que un ser humano ordinario, que tenía poderes divinos, nunca quiso que los hombres a su alrededor fueran esclavos, ni tan sólo sirvientes.

Cada uno de estos hombres hablaba sin ningún temor; algunos eran muy mayores, otros eran jóvenes, unos eran inquietos, otros tranquilos.

[1] 'La última cena': Pintura mural original de Leonardo da Vinci ejecutada entre 1495 y 1497, pintada en la pared del refectorio del convento dominico de Santa Maria delle Grazie, en Milán (Italia). Mide 8,80x4,60 m. Muchos expertos e historiadores del arte la consideran como una de las mejores obras pictóricas del mundo. [n. del pr.]

Pero las palabras de Cristo entraban en el corazón de cada uno de ellos, por muy distintos que fueran.

Esos hombres se unían bajo el amor de Cristo y no bajo las órdenes de un maestro temido que podía destruirlos.

Así muestra Leonardo da Vinci en su pintura lo nuevo que trajo Cristo a este mundo: amor por cada ser humano, porque todos somos hijos del Padre del Cielo; respeto por la dignidad humana, porque cada alma humana es apreciada y amada por Dios.

No se pueden comprar ni vender seres humanos que realmente son hijos de Dios.

Vemos entonces que el hombre aprendió cada vez más cosas que hacían agradable la vida en la Tierra, y la Tierra se fue convirtiendo cada vez más en su 'hogar,' pero el Reino del Cielo se fue oscureciendo cada vez más. Se hizo un mundo de sombras oscuras.

Pero para la gente que seguía a Cristo todo esto cambió: podían sentir cerca el reino de Dios lleno de luz, ya no temían a la muerte, porque el amor y la cordialidad no sólo une a los seres humanos, sino también une el Cielo con la Tierra.

Cuando amamos a los demás, cuando nos preocupamos de ellos y los cuidamos, el reino de Dios está en nuestro corazón.

Es por eso que la venida de Cristo es el evento más importante de toda la historia de la humanidad.

Todos los sueños de los hombres, todo el pensar inteligente de los griegos, toda la belleza del arte griego, son como nada, comparado con lo que trajo Cristo.

Todos los inventos de nuestros tiempos, automóviles, aviones y computadoras, son muy poco comparado con el regalo que nos trajo Cristo, pues ¿cuál es el bien que puede aportamos todo eso sí la gente vive con temor y odiando al prójimo, y si se destruyen los unos a los otros en las guerras?

Pero algo tan grande como lo que trajo Cristo requiere mucho tiempo para crecer y alcanzar todos los corazones humanos.

Aún nosotros estamos muy lejos de vivir en la Tierra como hermanos.

Los romanos, que vinieron después de los griegos, creían en el poder y no en el amor. ♣

i:3 los latinos

Los griegos tenían un gran sentido de la belleza.

Sus templos y sus estatuas, hasta su poesía —los poemas de Homero sobre la guerra de Troya, sobre las aventuras de Odiseo—, despiertan una gran admiración en el mundo hasta el día de hoy.

Y la claridad en el pensar, en su filosofía, y en su ciencia, era igual de admirable.

Pero cuando se trataba del poder, los griegos no eran muy hábiles, nunca pudieron construir un gran imperio.

Por supuesto que hubo un Alejandro Magno que en pocos años creó un vasto imperio, pero al morir él, el imperio se deshizo, y cada general arrebató un reino para sí mismo.

Fueron incapaces de estar juntos.

Los romanos eran muy distintos, tenían muy poco sentido por la belleza, no tuvieron realmente grandes pensadores, tuvieron que aprender su arte y sus conocimientos de otras naciones, pero eran buenos para imitar.

Pero cuando se trataba de ganar y mantener el poder, los romanos eran mejores y más rápidos que cualquier otra nación.

Para conocer los comienzos de Roma hemos de retroceder un largo camino, hemos de retroceder hasta la guerra de Troya.

Al final de la larga guerra, los griegos lograron penetrar en la ciudad de Troya a través de un truco ingenioso de Odiseo, que presentó un caballo de madera frente a Troya como regalo para los troyanos, y que éstos introdujeron en la ciudad.

Y en aquella noche terrible, los griegos atacaron a los troyanos y los mataron por miles.

Sólo un héroe troyano, Eneas,[1] logró escapar.

Él no pudo salvar a su esposa, que murió en las llamas, pero llevó a su padre anciano sobre su espalda, y guió a su hijo de la mano, junto con unos pocos sirvientes, a la orilla del mar.

Encontró un barco en la orilla, y él, junto a su gente, subió al barco para abandonar el lugar, dejando atrás el rojo fulgor del cielo nocturno y la Troya incendiada.

Durante largo tiempo navegó Eneas y su gente por el mar, en busca de un nuevo hogar.

A veces encontraban islas estériles y vacías, donde no podían quedarse; otras veces llegaban a playas habitadas por guerreros feroces que no les dejaban quedarse.

Finalmente, después de muchas aventuras, avistaron la línea costera de un país de un verde agradable con muchas colinas llenas de bosques, donde brillaba un sol magnífico.

Era el país que hoy llamamos Italia.

En aquellos días, hace unos tres mil años, Italia estaba compuesta de muchos pequeños estados, cada cual con su propio rey.

El rey de la parte a la que llegó Eneas se llamaba Latino,[2] igual que su gente, los latinos.

El rey Latino recibió a Eneas con gran hospitalidad y le dio la bienvenida; de modo que él y su gente se quedaron y establecieron allí.

Después de un tiempo, Eneas se casó con Lavinia,[3] la hija del rey Latino, y cuando murió Latino, Eneas se convirtió en el rey de su país.

El nombre del amable rey Latino se recuerda aún hoy día por el nombre que se le dio al idioma que su gente hablaba y que llegó a ser también el idioma de Eneas: el latín.

Así que un héroe troyano, Eneas, llegó a ser el rey de los pueblos que hablaban latín.

Cuando Eneas murió, su hijo Ascanio,[4] que era un niño muy pequeño cuando escaparon de Troya, llegó a sucederle en el trono.

Y así gobernaron por mucho tiempo reyes de sangre troyana sobre los pueblos latinos.

Uno de esos reyes descendientes de Eneas tuvo dos hijos: Numitor[5] y Amulio.[6]

Cuando murió su padre, Numitor, que era el mayor, tenía el derecho de ser el nuevo rey.

Pero el hijo menor, Amulio, envidiaba a su hermano Numitor, y pensaba: "¿Por qué tiene él que recibirlo todo?"

Y Amulio se quejaba diciendo que no era justo que él no recibiera alguna parte.

Entonces Numitor, el hermano mayor, no quiso luchar con su hermano Amulio, y le dijo:

—Estoy dispuesto a compartir contigo cualquier cosa que nuestro padre haya dejado.

»Dime, ¿qué es lo que quieres?

Y Amulio le contestó:

—Nuestro padre dejó un gran tesoro de oro.

»Si me das el oro, puedes ser el rey y gobernar el país.

»Pero no sería justo que tú tuvieras las dos cosas, el tesoro y el reino.

Numitor estuvo de acuerdo y el tesoro real le fue entregado a Amulio.

Pero Amulio sólo había pedido el tesoro porque él tenía su propio plan malvado de usar el tesoro de una manera que su hermano no esperaba.

Amulio tenía amigos en la guardia real de Numitor y secretamente les daba regalos de oro, prometiéndoles más si cumplían sus peticiones.

Cuando Amulio hubo sobornado a los soldados y los tuvo a su lado, les dio la orden de deshacerse de Numitor.

Y de ese modo, un día Numitor fue capturado por sus propios soldados, lo llevaron a una cabaña de campesinos y le dijeron:

—Desde hoy éste es tu palacio

Le mostraron un rebaño de ovejas y le dijeron:

---

[1] Eneas: héroe troyano hijo de Venus, que consiguió sobrevivir a la destrucción de Troya, llegar a Italia y fundar una ciudad que sería el germen del imperio romano. Es el protagonista de la 'Eneida.' [n. del pr.]

[2] Latino: Rey de los latinos y padre de Lavinia. Favorable a la alianza con Eneas, se verá arrastrado por el violento Turno y la presión popular a una guerra terrible contra los troyanos. [n. del pr.]

[3] Lavinia: Joven hija y heredera del rey Latino, pretendida por Turno y por Eneas, y, por ello, causa de la destructiva guerra entre ambos líderes y sus pueblos. Tras la paz que da fin a la guerra del Lacio, Lavinia se casa con Eneas. [n. del pr.]

[4] Ascanio: Hijo de Eneas y de Creúsa, fundador de la estirpe Julia, de la que los romanos creían que descendía Augusto. [n. del pr.]

[5] Numitor: Rey, según la tradición, el abuelo de los fundadores de Roma: Rómulo y Remo. [n. del pr.]

[6] Amulio: Rey de Alba Longa, hermano menor de Numitor e hijo de Proca. [n. del pr.]

—Desde hoy gobernarás estas ovejas.

Y así, el astuto Amulio se nombró a sí mismo rey de los latinos.

Pero eso no era todo; quería asegurarse de que nadie fuera a arrebatarle el poder algún día.

El rey Numitor tenía una hija, Rea Silvia.[7]

Ella no era ningún peligro para Amulio, pero si tuviera hijos ellos podían llegar a ser una amenaza algún día.

De modo que Amulio encerró a Rea en el templo de Vesta.[8]

Allí una mujer le llevaba comida una vez al día y ningún hombre la veía en aquel templo.

Finalmente Amulio se sentía seguro.

Pero Amulio había hecho sus planes sin tener en cuenta a los dioses, y esa era aún una época en la que los dioses a veces tomaban forma humana, y participaban de las peleas humanas, como lo habían hecho en la guerra de Troya.

Y había un dios que tomaba parte, el dios de la guerra, de las disputas y las batallas.

El nombre romano de ese dios era Marte, Ares para los griegos.

En las pinturas se lo mostraba con casco y armadura, espada y escudo, y un cuerpo de enorme poder y tremenda fuerza, con una barba negra y unos ojos que daban miedo a cualquiera que los mirara.

Pero ese dios que disfrutaba con el choque de armas, el ruido salvaje de las batallas, y los pasos firmes de los soldados marchando, no era amigo de cobardes como Amulio, que adquirían el poder por medio de trucos mezquinos y cobardes.

Marte se le aparecía a Rea en el templo donde estaba prisionera y la confortaba, le traía consuelo y, con el tiempo, acabó siendo su esposo.

Rea le regaló dos hijos mellizos.

Al poco tiempo el dios Marte le dijo:

—Escucho el sonido de los tambores de guerra.

»En un país muy lejano las trompetas llaman a los hombres a la batalla.

»Tengo que abandonarte, porque he de estar allí donde los hombres buscan la victoria o la muerte.

»Pero no tengas miedo, Rea, pase lo que pase, tus hijos mellizos no podrán ser jamás heridos por lo que haga el malvado Amulio.

Y así desapareció Marte.

Amulio llegó a saber que Rea había dado a luz a dos hijos, y se puso furioso, y sabía que tenía que destruir a esos niños antes de que llegaran a convertirse en un peligro para él.

En los comienzos de la historia de Roma, no hay mucha amabilidad ni amor.

En su origen no está la sabia Palas Atenea —como en Atenas—, sino Marte, el furioso dios de la guerra. ♣

[7] Rea Silvia o Ilia: Mítica madre de los gemelos Rómulo y Remo, que fundaron la ciudad de Roma. [n. del pr.]

[8] Vesta: Diosa del hogar y la fidelidad, hija de Saturno y de Ops y hermana de Júpiter, Neptuno, Plutón, Juno y Ceres. Hestia en la mitología griega. [n. del pr.]

i:4 Rómulo y Remo

Antes de seguir con la historia de los hijos de Rea, vamos a echar una ojeada a la vida de aquellos tiempos.

En la soleada Italia aún había inmensos bosques en las colinas, habitados por animales salvajes, osos y lobos.

En los aireados valles entre las montañas había campos de cebada y trigo.

Los campesinos y pastores construían sus pequeñas casas en las inclinadas laderas en lugar de hacerlo en los valles.

Podríamos pensar que eso era un inconveniente, pues para ir y volver del campo había que bajar y subir constantemente las colinas.

Pero de ese modo resultaba más difícil si los enemigos querían atacararles; y esos ataques eran muy frecuentes.

Muchas veces, habitantes de algún valle vecino intentaban robar los rebaños y los ganados.

Además de los osos y los lobos —que mataban muchas ovejas y vacas—, en los bosques también vivían bandidos y ladrones.

Cuando un hombre del pueblo había cometido un crimen, muchas veces escapaba antes de ser casti-

gado y cambiaba su vida convirtiéndose en bandido sin ley en el bosque.

Los pastores que llevaban el ganado y las ovejas de un pastizal a otro tenían que ir armados para ahuyentar tanto a los lobos como a las bandas de ladrones.

Luchar era algo natural, era parte de la vida de esta gente.

Las 'ciudades' eran sólo pueblos más grandes, construidos en la colina y rodeados por un muro.

Las casas eran simples cabañas y hasta la casa del rey era solamente una cabaña más amplia, con un gran salón, no era un palacio.

La ciudad donde vivía el rey Amulio, Alba Longa,[1] era así.

Amulio destronó a su hermano Numitor y lo dejó vivir como campesino, y la hija de Numitor había sido encerrada en el templo de Vesta.

Allí dio a luz a dos mellizos cuyo padre era Marte, el feroz dios de la guerra.

Amulio decidió que estos bebés tenían que morir para que no pudieran volverse en contra suya cuando crecieran.

Y entonces Amulio dio la orden de que los bebés fueran apartados de su madre y tirados al gran río Tíber, que estaba cerca.

Los sirvientes fueron al templo donde Rea estaba prisionera.

No hicieron caso de sus gritos y lágrimas, le quitaron a los niños y se los llevaron.

Para llevarlos más fácilmente los pusieron en un canasto, y así llegaron al río Tíber.

En aquella época había llovido mucho, el río Tíber iba muy crecido y había inundado sus orillas.

Los sirvientes no podían acercarse mucho a la poderosa corriente del río.

Por eso echaron el canasto con los niños al río desde la orilla más cercana, que estaba inundada, y se fueron.

Pero el río se portó bien con los bebés.

Apenas los sirvientes hubieron partido la crecida del río comenzó a retroceder y el canasto fue llevado flotando hasta detenerse en la orilla.

Cerca de aquel lugar había una cueva que era la madriguera de una loba y sus pequeños lobeznos.

La loba fue al río de noche para beber.

Al oír el llanto de los niños se acercó al canasto, sacó a uno de los bebés y lo llevó a la madriguera, luego hizo lo mismo con el otro.

En la madriguera amamantó a los dos bebés junto a sus cachorros.

Y así los dos hermanos vivieron un tiempo de la leche de la loba.

Los lobos son criaturas bravas, valientes y salvajes, y algo de esa naturaleza de lobo se traspasó a los niños que se alimentaban de la leche de la loba.

Pero un día en que la loba había salido de su madriguera a buscar su comida, pasó cerca de la cueva Fáustulo,[2] un pastor.

Escuchó el llanto de los niños y el ladrido de los lobeznos, y se acercó.

Vio a dos niños, los tomó, y se los llevó a su casa donde vivía con su mujer, Acca Larencia.[3]

No tenían hijos propios y le agradecieron a los dioses el haber encontrado a estos pequeños, porque ellos podían criar como si fueran sus propios hijos.

Les dieron de nombre Rómulo y Remo.

Y de ese modo Rómulo y Remo se criaron como hijos del pastor.

Cuando crecieron, los dos niños eran más fieros, rudos y fuertes que los demás pastores jóvenes de las colinas salvajes.

Un día, un grupo de malhechores salió del bosque, robaron algunos rebaños y secuestraron a algunos pastores para usarlos como rehenes.

Rómulo y Remo los buscaron, mataron a los ladrones en una feroz lucha, y dejaron a sus amigos en libertad.

Desde aquel día Rómulo y Remo llegaron a ser los líderes de los pastores de las colinas, y todos les obedecían.

En aquellos tiempos era normal que un pastor robara las ovejas de otro, y Rómulo y Remo se llevaron las ovejas que pertenecían a Numitor, que era su abuelo sin que ellos lo supieran.

Numitor ya era un anciano que no podía defenderse contra los atacantes.

A los habitantes del pueblo de la colina, que se llamaba Alba Longa, no les gustó lo que había ocurrido, pues la próxima vez podría tocarle a sus ovejas.

Así fue como algunos de ellos se escondieron en la colina, y cuando Remo estaba solo cayeron sobre él, lo amarraron y lo llevaron ante el viejo Numitor, que vivía como pastor y campesino.

Numitor miró al joven, podía estar enojado con él, pero extrañamente no sentía ninguna rabia, sino al contrario, sentía una extraña simpatía por aquel joven pastor.

[1] Alba Longa: Antigua ciudad del Lacio, situada en los montes Albanos, fundadora y cabeza de la Liga Latina; fue destruida por Roma alrededor de la mitad del siglo VII aC. [n. del pr.]

[2] Fáustulo: Pastor que encontró y crió a los gemelos Rómulo y Remo, hijos de dios Marte y de Rea Silvia, quienes fundaron Roma. [n. del pr.]

[3] Acca Laurencia ('ella que forma'): Esposa del pastor Fáustulo, que crió a Rómulo y Remo. [n. del pr.]

También tenía un aspecto noble de una manera mucho más orgullosa y altiva, lo que resultaba extraño para un simple pastor.

Numitor preguntó si podían traerle al padre de Remo.

Después de que este llegara, Numitor escuchó toda su historia, de cómo los dos hermanos habían sido encontrados en la madriguera de una loba.

Y entonces Numitor descubrió que esos dos jóvenes eran sus nietos.

Abrazó a Remo y le dio la bienvenida como su nieto.

Mientras tanto Rómulo había averiguado que su hermano había sido hecho prisionero y no iba a quedarse cruzado de brazos.

Llamó a sus amigos pastores y todos se presentaron fuertemente armados y lo siguieron a Alba Longa para liberar a Remo.

Amulio, el rey malvado de Alba Longa, escuchó que un grupo de pastores furiosos se acercaban a la ciudad.

Él y sus soldados se armaron y salieron apresuradamente, pensando que era cosa fácil ganar a esos rudos hombres de las colinas.

Pero estaba muy equivocado, se desató una batalla feroz, y en la lucha, Rómulo mató a Amulio.

Cuando los soldados vieron que su rey había caído, huyeron en todas direcciones.

Rómulo y sus pastores corrieron a las puertas de la ciudad para encontrar y liberar a Remo.

Pero no estaba allí.

Podemos imaginarnos cuál fue su sorpresa cuando vieron acercarse desde el campo a Remo con Numitor y cuán grande fue la alegría de Rómulo al escuchar que él y su hermano eran nietos del verdadero rey.

Apresuradamente, fueron a liberar a su madre Rea de su prisión en el templo, y Numitor otra vez ocupó el trono, como era su derecho, y la gente del pueblo y los pastores celebraron juntos una gran fiesta.

Pero Rómulo y Remo no querían quedarse en la ciudad de Alba Longa.

Querían construir su propia ciudad en las colinas donde habían apacentado a sus rebaños, una ciudad a orillas del río Tíber que había salvado sus vidas.

Aún no sabían que sólo uno de ellos iba a gobernar aquella nueva ciudad. ♣

i:5 La fundación de Roma

Rómulo y Remo decidieron construir su propia ciudad.

Debía estar cerca del río Tíber, que les había salvado la vida, y debía estar en la cima de una colina.

Pero tenían que elegir entre siete colinas, y los dos hermanos no se ponían de acuerdo sobre cuál colina elegir.

Por consejo de su abuelo, el rey Numitor, acordaron que los dioses decidirían dónde debía construirse la nueva ciudad.

Lo hicieron de la siguiente manera: Rómulo subió a la colina que más le gustaba —la colina Palatina[1]—, y Remo escaló la cima de la colina que él prefería.

Los dos construyeron un pequeño altar hecho de piedras, e hicieron un sacrificio a los dioses.

Luego ambos miraron hacia arriba para ver el vuelo de los pájaros, porque los dioses iban a manifestarse a través del vuelo de los pájaros.

De ese modo, cada uno, desde su colina y con mirada aguda, esperaba a ver lo que sucedía.

De pronto, Remo gritó:

[1] Colina Palatina: La más céntrica de las siete colinas originales de Roma. De su nombre deriva 'palacio,' pues en ella vivían los romanos más ricos. [n. del pr.]

—¡Yo veo seis pájaros volando sobre mi colina!

Apenas dicho esto, Rómulo gritó:

—¡Yo veo doce pájaros volando sobre mi colina!

Iba a resultar el ganador porque había visto más pájaros.

Esto se había ido haciendo esto durante cientos de años por costumbre.

Grandes acontecimientos se decidían por el vuelo de los pájaros.

No solamente se tenía en cuenta el número de pájaros, sino también la dirección de donde venían, si volaban alto o bajo, o qué tipo de pájaros eran.

Nadie viajaba, ningún general iba a la batalla, ningún barco navegaba hasta que el vuelo de los pájaros le indicaba si lo que iban hacer iba a salir bien o mal.

Predecir el futuro a través de los pájaros se llamaba 'augurio.'

En tiempos posteriores hubo personas especializadas en interpretar los augurios que se limitaban a describir lo que quería decir este o aquel vuelo de pájaros.

Era un conocimiento especializado.

En el caso de Rómulo y Remo fue bastante fácil.

Rómulo vio más pájaros, así que ganó.

La nueva ciudad se iba a construir en la colina que él había elegido, la colina Palatina.

Remo, no estaba muy contento, pero no tenía más remedio que ceder, porque el augurio había decidido en favor de Rómulo.

Y aún tenía más razones para estar enfadado.

Rómulo llamó a todos sus seguidores de entre los pastores, los congregó en la colina Palatina, y les dijo:

—Los dioses decidieron que aquí debe construirse la ciudad donde hemos de vivir.

»Pero ¿quién debe ser el rey de la ciudad?

»¿Yo o mi hermano?

Todos gritaron:

—¡Tú, Rómulo, nuestro rey!

Rómulo dijo:

—Así será, y la ciudad se llamará Roma.

Remo esperaba que él y Rómulo iban a ser los dos reyes, que iban a compartir el poder, y estaba muy resentido porque Rómulo se había adueñado de la ciudad para él solo.

Rómulo no se daba cuenta de nada ni tampoco tenía en cuenta a Remo.

Comenzó los preparativos de la construcción de la ciudad e ignoraba a su hermano desilusionado.

En aquellos días, fundación de una nueva ciudad, con la construcción de las casas, era toda una ceremonia.

Primero, Rómulo cavó un hoyo en el suelo, y en este hoyo echó un puñado de granos de trigo.

Cada uno de los hombres echó un poco de Tierra sobre los granos hasta que se tapó el hoyo.

Con eso se estaba pidiendo: "Que en esta ciudad nunca falte la comida."

Entonces ataron un buey y un toro blancos a un arado, y Rómulo los condujo alrededor haciendo un gran surco circular, pues ése iba a ser el límite de la ciudad.

Mientras hacía eso oraba a los dioses para que fuera una ciudad fuerte y poderosa, y como respuesta a sus oraciones se escuchó un trueno y se vieron relámpagos en el cielo.

Cuando los límites quedaron marcados en el suelo en el surco del arado, los hombres empezaron a construir la empalizada siguiendo ese cerco.

La muralla era lo primero que debía ser construido, porque en aquellos días siempre se pensaba primero en los enemigos que podían atacar, y ninguna casa estaría segura mientras no existiera la protección de la muralla de la ciudad.

La fundación de Roma, el día en que empezó la construcción de Roma, fue el 21 de abril del 752 aC —aunque según otras fuentes fue en el año 747 aC—.[2]

Con el tiempo, esa ciudad, cuyos límites fueron marcados por un arado, acabaría creciendo de colina en colina hasta cubrir las siete colinas, y llegar a ser la capital de un imperio que abarcaría desde Escocia hasta Egipto, desde Hispania hasta Siria.

Ese vasto imperio comenzó, pues, como una pequeña ciudad amurallada encima de una colina.

Cuando Rómulo comenzó a colocar la primera hilera de piedras para el muro de la futura ciudad, Remo, que había observado la ceremonia del arado con amargura, no pudo detenerse más.

Se burlaba del trabajo que se hacía e ironizaba sobre el muro.

Eso fastidiaba a Rómulo.

El muro aún era muy bajo, sólo se había colocado la primera fila de piedras y Remo seguía diciendo con sarcasmo:

[2] Este es uno de esos puntos donde Rudolf Steiner tiene razón al decir que la interpretación de los hechos, sin tener conocimiento de la realidad espiritual, se hace evidente. Alrededor del año 754 aC comienza la edad Alma Racional. [n. del pr.]

—¡Qué poderoso muro, qué maravillosa protección para la ciudad del rey Rómulo!

Rómulo se enojaba cada vez más y Remo estaba cada vez más contento.

Era una manera de hacer pagar a su hermano el hecho de haberse proclamado rey él solo, sin compartir el poder.

Después, Remo saltó sobre el muro gritando:

—¡Mira cómo protege este muro la ciudad!

Allí Rómulo perdió la paciencia, sacó su espada y mató a su hermano Remo.

Rómulo, al ver a su hermano muerto, se limitó a decir:

—¡Así perecerá cualquiera que trate de saltar el muro de Roma!

Y así fue cómo el día de la fundación de Roma fue un día sangriento: Rómulo mató a su hermano gemelo.

Cuando el muro creció en altura los pastores, que habían elegido a Rómulo como rey, comenzaron a hacer sus casas dentro del recinto.

Pero no eran muchos, y el espacio dentro del muro daba para mucho más: gran parte de la ciudad todavía quedaba vacía.

Rómulo anhelaba una ciudad llena de gente, él quería un gran número de personas sobre las que gobernar y que le obedecieran.

¿Qué podría hacer para aumentar el número de seguidores?

Estaban los sin ley, los malhechores y ladrones, que tenían su escondrijo en las colinas y bosques.

Esos hombres jamás podrían volver a su propia ciudad, y si lo hacían serían ejecutados.

Rómulo ofreció asilo, un refugio seguro, a todo el que fuera sin ley, ladrón o asesino, porque ninguna otra ciudad o pueblo los quería.

Y entonces fueron 'invitados' a echar raíces en Roma.

De toda Italia llegaron cientos de ellos y llenaron la ciudad.

Eran protegidos allí de cualquier castigo que hubieran merecido por sus fechorías.

Así que el primer rey de Roma fue un hombre que había asesinado a su propio hermano, y los primeros habitantes de Roma malhechores, ladrones y asesinos. ♣

i:6 las mujeres sabinas

En la fundación de Atenas, Poseidón, el dios del mar, y Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, compitieron para saber quién iba a tener el honor de convertirse en el protector de Atenas.

Poseidón regaló un caballo y Palas Atenea regaló un maravilloso olivo.

Lo que sucedería más tarde con la fundación de Roma fue muy distinto, ya que comenzó con el derramamiento de sangre, la matanza entre hermanos.

Los primeros habitantes de Roma no eran hombres de gran sensibilidad por la belleza artística, sino ladrones y gente de baja calaña.

Rómulo tenía tantos hombres como quería, hombres que habían vivido durante años de la caza y de sus propios esfuerzos por sobrevivir, pero no había suficientes mujeres.

Pocas niñas y mujeres vivían en cuevas de ladrones en las colinas.

Y esos hombres, cuando escaparon, habían dejado atrás a sus mujeres.

Pero cuando se asentaron en Roma querían volver a tener mujer y familia propia.

Cuando iban a los pueblos vecinos a buscar muchachas con las que casarse, eran echados de allí

con desprecio, pues ningún padre quería que su hija viviera con los sin ley.

No olvidemos que en aquellos días los padres decidían con quién se iba a casar sus hijas.

Los hombres se presentaron al rey Rómulo preguntándole de qué servía ser habitantes de Roma si no podían tener mujeres, hijos, sus propias familias.

Rómulo se dio cuenta de que los sin ley no se iban a quedar con él si no tenían mujeres.

Y decidió conseguirles lo que querían.

Había una tribu de gente pacífica viviendo bastante cerca de Roma: los sabinos.[1]

Las mujeres entre los sabinos eran famosas por su belleza.

Se estaba acercando la gran fiesta de las cosechas y Rómulo mandó mensajeros a los sabinos y los invitó con sus familias para el día de la fiesta, para que vieran los juegos y las carreras que se iban a realizar en Roma.

Los sabinos llegaron con sus mujeres y fueron recibidos con gran hospitalidad.

Se les convidó a comer y beber, y luego comenzaron los juegos.

Había luchas, carreras, y otras manifestaciones deportivas.

De pronto, a una señal del rey Rómulo, guerreros romanos armados capturaron con gran velocidad a las muchachas sabinas de entre la multitud, y se las llevaron, a pesar de sus gritos y de su resistencia.

Los hombres sabinos habían acudido sin armas, en son de paz, y no podían ayudar a sus hijas.

Huyeron de la traicionera ciudad de Roma, pero juraron venganza a la ciudad de los ladrones.

Pero Roma —asentada en la colina y rodeada de un fuerte muro— no era una ciudad fácil de asaltar.

Los sabinos —que eran gente pacífica— necesitaron dos años para prepararse para la lucha con los feroces romanos.

Después de dos años estaban bien armados y listos para marchar contra Roma.

Sin embargo, les hubiera sido difícil superar el muro vigilado por los feroces romanos, si no hubiese sido por un traidor entre los romanos, una joven vestal[2] llamada Tarpeya,[3] hija de Espurio Tarpeyo,[4] el guardián de la fortaleza.

La joven había visto que los sabinos llevaban pulseras doradas en el brazo izquierdo y ella prefería el oro más que otra cosa en el mundo.

Otra versión dice que quería ayudar a los Sabinos porque estaba enamorada de su rey Tito Tacio.[5]

Una noche se fue la ciudad de los sabinos y les prometió abrir las puertas de la muralla para ellos sí le recompensaban con las pulseras que llevaban en el brazo izquierdo. Después, volvió a Roma.

Al día siguiente, los sabinos atacaron la muralla de Roma y los defensores en el muro les echaron una lluvia de piedras y flechas.

De pronto, la gran puerta se abrió y los sabinos entraron precipitadamente en la ciudad.

En la entrada estaba Tarpeya, la muchacha que había traicionado a su propia gente.

Ella gritaba:

—¡Dadme mi recompensa, lo que lleváis en el brazo izquierdo!

Pero los sabinos despreciaban a los traidores, aunque ese traidor les hubiera sido útil, y le tiraron encima lo que llevaban en el brazo izquierdo, que no eran pulseras doradas, sino sus pesados escudos, y Tarpeya murió aplastada por ellos.

Luego fue arrojada desde una roca por el precipicio. Esa roca fue llamada la roca Tarpeya, desde donde, en lo sucesivo, los asesinos y traidores serían precipitados al vacío.

Después de matar a Tarpeya, los sabinos recogieron sus escudos y entraron en la ciudad, y se desató la lucha en las calles de Roma.

Las muchachas sabinas, que habían sido raptadas y que eran la causa de esta batalla, se habían casado con los romanos, llegaron a amar a sus esposos y les habían dado hijos.

Ahora, en las calles estaban luchando los abuelos y padres de esos niños, y se mataban entre sí.

Las mujeres sabinas no podían soportar que eso ocurriera.

Con sus bebés en brazos se interpusieron entre los dos ejércitos en pugna, se echaban entre los hombres en lucha, gritando que terminara la matanza.

Levantaban a sus bebés y éstos, a su vez, levantaban los bracitos como si también estuvieran pidiendo paz.

Los sabinos habían entrado en Roma furiosos para vengarse, pero ahora, viendo a sus hijas que se

[1] sabinos: Pueblo antiguo que habitaba la Italia preromana. Se cree que estuvieron en el Lacio desde la prehistoria y, una vez instaurada la República, se asimilaron a la cultura y llegaron a ser ciudadanos de Roma. [n. del pr.]

[2] vestal: 1. adj. Perteneciente o relativo a la diosa Vesta. 2. adj. Dicho de una doncella romana: Virgen consagrada a la diosa Vesta. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[3] Tarpeya: Joven de origen etrusco que traicionó a la ciudad de Roma abriendo sus puertas a los sabinos a cambio de joyas, pero fue aplastada hasta la muerte y su cuerpo arrojado desde una roca, nombrada Tarpeya por ella. [n. del pr.]

[4] Espurio Tarpeyo: Comandante de la ciudadela romana en tiempos del ataque sabino. Padre de Tarpeya, que entregó la fortaleza. [n. del pr.]

[5] Tito Tacio (¿? - 745 aC): Rey sabino originario de Cures. Atacó a los romanos para vengar el rapto de las mujeres jóvenes de su pueblo, conflicto resuelto con la intervención de las mujeres sabinas. [n. del pr.]

habían interpuesto intrépidamente entre los combatientes y que suplicaban de rodillas que se terminara la matanza, viendo a los niños en sus brazos, a sus propios nietos, la furia vengativa se apagó y también los romanos perdieron las ganas de seguir la lucha.

Uno tras otro fueron bajando las armas.

Finalmente, los padres sabinos abrazaron a sus hijas, le dieron la mano a sus 'enemigos' romanos, y sentaron a sus nietos y nietas sobre los escudos.

El ataque terminó en paz y amistad entre sabinos y romanos, y se unificaron.

Esta batalla es la única en la historia que no fue ganada por ningún bando, si no por las mujeres, que ni siquiera habían luchado.

Aunque las mujeres habían llegado a Roma por la fuerza y mediante una artimaña, esta vez un acontecimiento malvado, como fue su secuestro, terminó en paz y amistad.

El rey de Sabinia, Tito Tacio, y Rómulo gobernaron juntos y formaron una diarquía[6] en Roma, hasta la muerte de Tito, en que Roma siguió gobernada por Rómulo.

Los sabinos y romanos se habían convertido en un solo pueblo.

Un día ocurrió algo extraño: en la ciudad había un gran espacio abierto, el campo de Marte. Marte era el dios de la guerra y padre de Rómulo y Remo.

Rómulo había ordenado una gran asamblea de todos en el campo de Marte para celebrar un festival.

Cuando toda la gente se había reunido se desató una terrible tormenta en la que retumbaban truenos y brillaban relámpagos, los vientos soplaban, caían torrentes de lluvia, y las nubes oscurecían tanto el cielo que parecía de noche.

La gente asustada abandonó corriendo el campo, huyendo a sus casas.

Cuando la tormenta terminó y se aclaró de nuevo el cielo, el rey Rómulo había desaparecido y jamás nadie volvió a verlo.

Los romanos cuentan que había sido sacado fuera de la Tierra por su padre, el dios Marte.

El siguiente rey que fue elegido para gobernar Roma fue Numa Pompilio,[7] un sabino, un hombre de paz, sabiduría y justicia.

Durante su reinado no hubo ni violencia ni matanzas, no hubo guerras, los campos daban alimento en abundancia, los rebaños crecían.

Eran tiempos de paz y prosperidad para la joven ciudad.

Pero después de ese rey pacífico llegaron otros reyes y la guerra volvió a hacerse presente. ♣

[6] diarquía: 1. f. Gobierno simultáneo de dos reyes. 2. f. Autoridad dividida y ejercida simultáneamente entre dos personas, dos instituciones o dos poderes. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[7] Numa Pompilio (753 aC–674 aC): Segundo rey de Roma (716 aC-674 aC), sucesor de Rómulo. Se casó con Tacia, hija del rey sabino Tito Tacio. [n. del pr.]

i:7 los etruscos

En esos lejanos días, la vida de Roma era sencilla.

Los hombres trabajaban en el campo con los cultivos o con los rebaños.

Las mujeres cardaban la lana y el lino, convirtiéndolos en hilos —ovillos y madejas— que luego en el telar se convertían en telas para hacer la ropa.

Hacían sus propias ollas y cacerolas de barro.

Una casa romana de aquellos tiempos era muy sencilla, una habitación única en la que convivían todos los miembros de la familia.

Las casas no tenían ventanas, pero en el techo había una abertura por la que entraba la luz.

Había una chimenea abierta en una esquina.

El fuego de la chimenea no debía apagarse y el humo se escapaba por la abertura en el techo.

Cuando llovía, el agua que pasaba por la abertura era recogida en cubos.

Nadie sabía escribir, no había libros ni pinturas ni estatuas, y no existía el dinero.

Al pie de la colina estaba el foro, la plaza del mercado, donde los romanos intercambiaban ovejas por cereales, o vacas por lana.

Pero no toda la gente de esa parte de Italia vivía de forma tan sencilla como los romanos.

Al norte del río Tíber vivía un pueblo llamado los etruscos,[1] que estaban mucho más avanzados y civilizados que los romanos.

Como los griegos, los etruscos amaban la belleza.

Tenían frescos[2] hermosos en sus paredes, donde se veían bailarinas y músicos.

Tenían estatuas, de terracota, de barro cocido, no de piedra como los griegos.

Eran hábiles trabajadores del metal, hacían adornos en oro, plata y bronce.

Había mercaderes y comerciantes cuyos barcos llevaban los productos a Grecia, Egipto, Persia y Babilonia.

Comparados con los etruscos, los romanos eran 'bárbaros.'

Pero los romanos querían aprender de sus vecinos civilizados del norte.

Los reyes romanos tenían maestros etruscos para sus hijos y también eran etruscos los consejeros en todos los ámbitos del gobierno.

Cuando murió el rey Anco Marcio,[3] los romanos eligieron un rey etrusco.

Durante el tiempo en que reyes etruscos gobernaron Roma, el reino creció y se extendió por las siete colinas, y Roma fue conocida como 'la ciudad de las siete colinas.'

Algunas de estas siete colinas aún pueden verse hoy en día.

El río Tíber, que en otros tiempos le salvó la vida a Rómulo y Remo, aún corre a través de la ciudad de las siete colinas.

Bajo el reinado de los reyes etruscos Roma llegó a ser una gran ciudad y los romanos aprendieron muchas cosas.

Construyeron casas mejores y más grandes, aprendieron a escribir y comenzaron a usar monedas como dinero.

Los romanos nunca fueron buenos para inventar cosas por si mismos, pero eran muy buenos para imitar las habilidades de los demás; y de los etruscos aprendieron muchísimo.

Los romanos fueron felices bajo el reinado etrusco mientras sus reyes gobernaban con sabiduría y justicia.

Pero el último de esos reyes sabios, Servio Tulio,[4] fue asesinado por su yerno.

El yerno hubiera sido rey de todos modos, pero no quiso esperar tantos años a que su suegro muriera de una muerte natural, así que lo apuñaló y pasó a convertirse en rey, un rey cruel y malvado.

Su nombre era Tarquinio,[5] pero era llamado Tarquinius Superbus, es decir, Tarquinio el soberbio, el arrogante.

Los romanos, por supuesto, estaban horrorizados de que un hombre que había asesinado a su propio padre fuera a gobernarlos, pero cualquiera que hablase en público contra Tarquinio era ejecutado.

Si un romano era rico corría el peligro de que Tarquinio se apoderara de su casa, de sus campos o de sus tesoros, confiscando los bienes y matando al dueño.

Si era pobre, Tarquinio lo hacía trabajar como esclavo, y si no trabajaba lo suficiente perdería la vida.

No era sólo a Tarquinio que los romanos temían y odiaban.

Él tenía dos hijos que eran tan malvados como su padre.

Solían cabalgar por la ciudad, y si la gente no se apartada de su camino eran azotados con el látigo usaban con el caballo.

Si veían algo que les gustaba, en un comercio o en una casa, simplemente entraban, lo tomaban, y volvían a marcharse, riéndose.

Servio Tulio, el anciano rey que había sido asesinado por su hijo político Tarquinio, tenía algunos parientes, hermanos, primos y sobrinos.

Tarquinio temía que alguno de esos parientes se vengara del asesinato, y que uno de ellos pudiera liderar una rebelión.

Los parientes fueron capturados y ejecutados uno por uno.

Solamente uno de ellos escapó a la muerte. Era un sobrino del rey asesinado.

Ese joven no parecía estar en sus cabales y parecía medio tonto.

Cuando la gente le hablaba los miraba fijamente y de pronto estallaba en risas sin razón alguna; a veces hablaba consigo mismo o caía de bruces sin razón alguna.

---

[1] etruscos: Pueblo de la antigüedad que habitaba la Toscana (Italia), a la cual dieron su nombre. Eran llamados tirrenos por los griegos; y tusci, o luego etrusci, por los romanos; ellos se denominaban a sí mismos rasenna. [n. del pr.]

[2] fresco: Pintura realizada sobre una superficie cubierta con dos capas de mortero de cal, la primera (arricio) de mayor espesor, con cal apagada, arena de río y agua, y la segunda (intonaco) más fina formada por polvo de mármol, cal apagada y agua, sobre la que se van aplicando los pigmentos, cuando todavía esta última capa está húmeda. [n. del pr.]

[3] Anco Marcio: (reinado ca. 641 aC-ca. 617 aC): Rey de Roma, el último de origen sabino. Respetuoso de las instituciones, extendió el dominio de Roma sobre un amplio territorio. [n. del pr.]

[4] Servio Tulio (reinado ca. 578 aC-ca. 534 aC): Sexto rey de Roma. Reinó 44 años hasta que fue asesinado por su propia hija Tulia, en complicidad con su yerno Tarquinio el Soberbio, que ocupó el trono en su lugar. [n. del pr.]

[5] Lucio Tarquinio el Soberbio (reinado ca. 534 aC-ca. 509 aC): Séptimo y último rey de Roma. Fue yerno del rey anterior Servio Tulio, a quien asesinó. Ejerció un gobierno despótico. [n. del pr.]

Los romanos lo llamaban Bruto,[6] que quería decir tonto, alguien que no tiene más sentido que un animal.

A veces decimos de un animal 'este pobre' y llamamos 'brutal' al trato que se da a un ser humano como si fuera un animal.

Como el joven Bruto parecía estúpido, el rey Tarquinio supuso que nunca llegaría a ser un peligro para él.

Los romanos habían aprendido mucho de los etruscos, llegaron a ser más civilizados, pero en el reinado de Tarquinio estaban pagando un precio terrible.

Tuvieron que vivir bajo un tirano cruel y sus vidas no estaban a salvo. ♣

[6] Lucio Junio Bruto (¿?-509 aC): Uno de los fundadores de la República romana y primer cónsul, junto con Lucio Tarquino Colatino. [n. del pr.]

i:8 la república de Roma

Los etruscos eran artesanos habilidosos con gran sentido de la belleza, hacían pinturas, estatuas y hermosos ornamentos de metal, y también eran excelentes constructores.

Los romanos, que eran buenos para copiar, aprendieron mucho de los etruscos.

Aprendieron de ellos algo que los griegos no conocían: la construcción arquitectónica con arcos y cúpulas.

Los griegos hacían los dinteles de las puertas planos y horizontales.

Los romanos también aprendieron a escribir con las letras de un alfabeto, algo que los etruscos habían aprendido de los griegos.

Los etruscos tenían extrañas formas de predecir el futuro.

Un sacerdote mataba una oveja en el altar, y cuando miraban las entrañas del animal podía predecir —según las condiciones del hígado o del corazón— si un viaje o un negocio iba a resultar bueno o malo.

Los etruscos —y los romanos que los imitaban— consideraban con especial temor y respeto a ciertas mujeres que vivían solas en cuevas en los bosques o en las colinas, lejos de los hombres.

Eran llamadas sibilas,[1] y se decía que su conocimiento del futuro les venía de los vientos, nubes y tormentas.

Las sibilas vivían lejos de la gente y raras veces salían de sus cuevas.

En los tiempos del rey Tarquinio, el tirano malvado, la Sibila de Cumas[2] salió de su cueva montañosa y visitó a Tarquinio en Roma.

Era vieja, tan vieja que nadie se acordaba de haberla visto como mujer joven, pero caminaba tan erguida como un pino y era tan alta que parecía una torre entre la gente.

Un velo cubría sus cabellos grises y llevaba consigo nueve libros.

Llegó ante rey Tarquinio y le dijo:

—En estos libros está escrito el futuro de Roma.

»Yo te vendo estos nueve libros por mil monedas de oro.

El rey, que era tacaño y codicioso, le gritó:

—¡Son demasiadas monedas para nueve libros!

La sibila respondió:

—¿Eso piensas?

Tomó tres de los nueve libros y los tiró al fuego que estaba encendido en la chimenea.

[1] sibila: Profetisa, inspirada en ocasiones por Apolo, capaz de conocer el futuro. La más importante de todas en la mitología romana era la sibila cumana o de Cumas Vivían en grutas o cerca de corrientes de agua. [n. del pr.]

[2] Sibila de Cumas: La más importante de las diez sibilas conocidas en la antigüedad. Vivía en Cumas, antigua ciudad de la Magna Grecia, en la costa del mar Tirreno, al sur de Italia. [n. del pr.]

—Ahora me quedan seis libros, y por los seis libros también quiero mil monedas de oro.

El rey Tarquinio gritó:

—¡Nunca!

La sibila tomó otros tres libros y los tiró al fuego. Y luego dijo:

—Estos son los últimos tres libros en los que está escrito el destino de Roma, y siguen costando mil monedas de oro.

Tarquinio se asustó de la mujer, un rey no podía provocar la ira de una sibila.

Así que pagó los tres libros por el precio de nueve.

Los libros fueron depositados en el templo de Júpiter[3] y, en lo sucesivo, cuando Roma estaba en peligro, los sacerdotes los consultaban para ver la forma de salvar la ciudad.

Los libros de la sibila no decían nada sobre el futuro del rey Tarquinio. Tal vez era algo que estaba escrito en los libros que la sibila había quemado.

El rey Tarquinio estaba preocupado por su futuro, tenía terribles sueños por la noche, y veía a su suegro, el rey legítimo, y a otras personas que había asesinado, y no podía encontrar la paz ni de día ni de noche.

Un día hizo un sacrificio a los dioses en el templo y, súbitamente, apareció una serpiente y devoró la ofrenda del sacrificio delante de sus ojos.

El rey pensó que eso sólo podía ser un mal augurio para él.

Estaba tan alarmado que decidió consultar al oráculo de Delfos, en Grecia el lugar de la profecía más famoso en aquella época.

Mandó a sus dos hijos y a Bruto, el sobrino del anciano rey asesinado, que fingía no estar bien de la cabeza.

Los tres tuvieron que viajar por mar y tierra, y finalmente se encontraron ante la sacerdotisa del templo de Delfos.

Le preguntaron qué significaba la serpiente que había devorado el sacrificio de Tarquinio.

La sacerdotisa les dijo:

—Es un mal presagio, quiere decir que el reinado del rey Tarquinio llegará pronto a su fin.

Los príncipes preguntaron, muy interesados:

—¿Quién gobernará después de él?

La respuesta dejó una intriga:

—El que primero bese a su madre será el nuevo rey.

Los hijos de Tarquinio se apresuraron en regresar para correr hacia su madre.

Pero sólo Bruto entendió el sentido real de las palabras de la sacerdotisa.

Tan pronto como salió del templo, Bruto se tambaleó e hizo como si se cayera de bruces, los otros habían visto ese gesto estúpido muchas veces, pero no se dieron cuenta de que esta vez estaba besando la tierra.

Acababa de besar a la Madre Tierra, ésa era la madre a la que se refería el oráculo.

Los sacerdotes tenían una especie de lenguaje secreto que sólo ellos entendían, en ese lenguaje el Cielo era el padre y la Tierra la madre.

Nosotros aún somos hijos del Cielo y de la Tierra, porque nuestro espíritu inmortal procede del Cielo y nuestro cuerpo procede de la Tierra.

Bruto sabía todo esto y besó a la Madre Tierra, mientras los hijos de Tarquinio sólo pensaban en su propia madre humana.

Desde aquel momento Bruto comenzó a tener conversaciones secretas con otros romanos que estaban dispuestos a luchar contra el rey y sus hijos.

Un día, el rey Tarquinio salió a luchar contra otra ciudad italiana y los dos hijos le acompañaban.

Uno de ellos dejó el campo de batalla para divertirse en Roma.

En su camino pasó por la villa de un oficial romano que no estaba en casa por estar al servicio del rey Tarquinio.

La esposa del oficial, una hermosa mujer llamada Lucrecia,[4] estaba en la casa y le dio la bienvenida.

El príncipe la miraba y pensaba: "¿Qué puedo hacer con esta mujer?"

Los hijos de Tarquinio siempre tomaban lo que querían y por eso el príncipe le dijo a la mujer que tenía que irse con él.

La mujer se resistió y el hijo de Tarquinio la arrastró riéndose de ella.

Ella sabía que no podía luchar con un hombre tan fuerte y, en su desesperación, sacó una daga y se suicidó, clavándosela en el pecho.

El príncipe simplemente la dejó allí.

Cuando llegó su esposo pocas horas después aún estaba viva y antes de exhalar su último suspiro ella logró contarle lo que había sucedido.

[3] Templo de Júpiter Óptimo Máximo o Templo de Júpiter Capitolino: El templo más importante en la Antigua Roma, ubicado en la Colina Capitolina. Dedicado a la Tríada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. [n. del pr.]

[4] Lucrecia: Hija de Espurio Lucrecio Tricipitino y esposa de Colatino, fue violada por Sexto Tarquinio, hijo de Lucio Tarquinio. Este ultraje y el posterior suicidio de Lucrecia, influyeron en la caída de la monarquía y en el establecimiento de la República. [n. del pr.]

Entonces llegó Bruto y supo lo que había sucedido.

Ambos tomaron el cuerpo de Lucrecia y lo llevaron al foro de Roma.

Allí en la plaza, ante miles de romanos, Bruto arengó a la multitud y les contó lo que había sucedido.

Y les recordó que eso podía sucederle a cualquiera mientras Tarquinio y sus hijos gobernasen en Roma.

Había llegado la hora de deshacerse de él.

Sus furiosas palabras incitaron a los romanos que habían sufrido tanto tiempo.

Entonces se levantaron en armas contra Tarquinio y sus hijos.

Los soldados de Tarquinio al saber lo que le había sucedido a la mujer de uno de sus oficiales, desertaron y se unieron a los rebeldes.

Tarquinio y sus hijos, abandonados por sus soldados, huyeron a refugiarse entre su propia gente, los etruscos.

Entonces, los romanos decidieron que nunca más serían gobernados por un rey.

De este modo Roma se convirtió en una República,[5] donde cada año se elegía a dos hombres con el mismo poder para hacer leyes y ocuparse de la justicia del país.

Se les llamó cónsules, y los dos primeros fueron Bruto y Colatino,[6] el esposo de Lucrecia.

De este modo, Bruto, que había fingido estar loco, liberó a Roma de su tirano Tarquinio. ♣

i:9 de cómo Horacio mantuvo el puente

Roma era la ciudad de las siete colinas y creció desde la colina Palatina —donde Rómulo había construido su ciudad amurallada— hasta abarcar las siete colinas a lo largo del río Tíber.

Pero también fue la ciudad de siete reyes: el primero fue el propio Rómulo (752 aC-715 aC), luego le siguió el pacífico rey sabino Numa Pompilio (715 aC-673 aC), seguido de otros dos reyes romanos: Tulio Hostilio (673 aC-640 aC) y Anco Marcio (636 aC-617 aC) y, por último, tres de origen etrusco: Tarquinio Prisco (616 aC-573 aC), Servio Tulio (578 aC-534 aC) y Tarquinio el Soberbio (534 aC-509 aC).

El tercero de los reyes etruscos, el cruel Tarquinio el Soberbio fue, pues, el séptimo y último rey de Roma.

Tarquinio había sido expulsado de Roma y había huido a refugiarse entre su propia gente, los etruscos. Pero no era un hombre que abandonara las cosas, especialmente el poder, tan fácilmente.

[5] República Romana: Periodo de la historia de Roma caracterizado por el régimen republicano como forma de gobierno, desde el 509 aC, cuando se puso fin a la Monarquía Romana con la expulsión del rey Lucio Tarquinio el Soberbio, hasta el 27 aC, inicio el Imperio Romano. [n. del pr.]

[6] Lucio Tarquinio Colatino: Uno de los fundadores de la República Romana y primer cónsul, junto con Lucio Junio Bruto. Esposo de Lucrecia, cuya violación llevó a la destrucción de la monarquía. [n. del pr.]

Así que persuadió al rey etrusco, Lars Porsena,[1] para que se levantara en armas y marchara contra Roma.

Fue Bruto, el primer cónsul, quien condujo a los romanos contra los etruscos, y los dos ejércitos chocaron en una furiosa batalla.

En un momento determinado Bruto vio a uno de los hijos de Tarquinio, espoleó a su caballo y le apuntó con la lanza..

El hijo de Tarquinio hizo lo mismo.

Chocaron violentamente y los dos se atravesaron con sus lanzas mutuamente, cayendo muertos desde sus caballos.

Los romanos acabaron ganando esa batalla, pero fue una victoria triste, porque habían perdido a Bruto.

Entonces eligieron a otro cónsul, Valerio,[2] para reemplazarlo.

Pero Lars Porsena, el rey etrusco, deseaba vengar la derrota y volvió a marchar contra Roma.

Otra vez, los romanos salieron de la ciudad para enfrentarse a los etruscos a campo abierto, pero esta vez fueron derrotados y huyeron a refugiarse a la ciudad, perseguidos por los etruscos.

Por donde pasaron los etruscos lo incendiaron todo, pueblos, casas, y campos.

Fuera de la ciudad de Roma había una pequeña colina, la colina Janícula,[3] y estaba conectada con las murallas de Roma mediante un puente de madera, debajo del cual fluía el poderoso río Tíber.

Los romanos intentaron resistir a los etruscos en esa pequeña colina, pero no lo consiguieron, los etruscos lograron invadirla.

El cónsul Valerio y los demás líderes dentro de Roma se encontraban en una situación desesperada.

Los etruscos podían atacar fácilmente Roma atravesando el puente, por lo que lo más conveniente era destruirlo.

¿Quién se mantendría en el otro lado, en la colina, enfrentándose a los etruscos mientras era destruido el puente?

Naturalmente, los hombres que se hallaran en la colina tampoco tendrían posibilidad de regresar a la ciudad.

Pero a los romanos nunca les faltó el coraje.

Horacio,[4] un soldado que había perdido un ojo en batalla, se acercó y se ofreció voluntario para retener al ejército etrusco el tiempo suficiente como para que se pudiera destruir el puente.

Y después de que ese valiente se ofreciera para realizar la misión, dos de sus amigos, Espurio[5] y Herminio,[6] se ofrecieron voluntarios a acompañarle.

Armados hasta los dientes, los tres hombres se precipitaron hasta el extremo del puente del lado de la colina Janícula y desafiaron a los etruscos que se acercaban.

Por muchos que fueran, los etruscos no podían atacar todos a la vez, sólo unos pocos podían hacerlo al mismo tiempo.

De modo que Horacio en el centro, y sus dos amigos a ambos lados, lucharon como leones; mantuvieron a los etruscos a raya, y los montones de cadáveres que se iban acumulando a su alrededor hicieron cada vez más difícil que los demás llegaran hasta ellos.

Mientras tanto, a sus espaldas, los romanos sacaron las maderas del puente y las echaron al río.

Cuando estaban quitando la última, les gritaron a los tres héroes:

—¡Volved!

Los dos amigos de Horacio regresaron, y se lanzaron sobre la madera oscilante para saltar al otro lado.

Pero Horacio siguió luchando hasta que no quedara en pie ninguna madera.

Cuando Horacio estaba matando a otro enemigo, se oyó el estruendo de la última viga estrellándose sobre el Tíber.

Estaba complemente solo, frente a miles de enemigos y el puente había desaparecido tras él.

Sangrando de muchas heridas, exclamó:

—¡Padre Tíber, río de Roma, cuida de la vida de un romano!

Y saltó las torrentosas aguas del río.

Los etruscos, en su furia, empezaron a tirarle lanzas, pero ninguna de ellas lo alcanzó.

Varias veces Horacio se hundió por el peso de su armadura, pero cada vez lograba salir, hasta que

---

[1] Lars Porsena: Rey etrusco de la ciudad de Clusium, de finales del siglo VI aC. Atacó la República Romana, por pedido de Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma, de origen etrusco, que había sido destituido. [n. del pr.]

[2] Publio Valerio Publícola (ca. 560 aC-503 aC): Cónsul romano en cuatro ocasiones. Participó activamente en la expulsión del último rey, Lucio Tarquinio el Soberbio. [n. del pr.]

[3] Colina Janícula: Colina ubicada en la ribera oeste del Tíber. No es una de las siete colinas de Roma, junto con la colina Vaticana y el monte Pincio. [n. del pr.]

[4] Horacio Cocles: Héroe mítico romano del siglo VI aC, que defendió en solitario el puente que conducía a la ciudad de Roma contra los etruscos liderados por Lars Porsena. 'Cocles' significa 'con un solo ojo.' [n. del pr.]

[5] Espurio Larcio Flavo: Héroe romano que, junto con Tito Herminio Aquilino, estuvo al lado de Horacio Cocles en la defensa del puente contra las tropas de Lars Porsena. [n. del pr.]

[6] Tito Herminio Aquilino: Héroe romano que, junto con Espurio Larcio Flavo, estuvo al lado de Horacio Cocles en la defensa del puente contra las tropas de Lars Porsena. [n. del pr.]

llegó a la otra orilla, donde muchas manos estaban dispuestas a ayudarle a salir.

El acto heroico de Horacio fue siempre recordado en Roma.

Una vez destruido el puente Lars Porsena y los etruscos no pudieron tornar Roma.

Al poco tiempo firmaron la paz.

Tarquinio abandonó toda esperanza de recuperar el reino y murió sin amigos ni hogar.

Muchos años más tarde los romanos fueron conquistando todas las ciudades etruscas.

Los etruscos conquistados se convirtieron en romanos, y con el tiempo la lengua etrusca acabó desapareciendo.

Hoy sólo conocernos el hecho de que fueron hábiles constructores y artistas, que enseñaron muchas cosas a los romanos, y que no hablaban latín.

Existen inscripciones, pero nadie sabe interpretarlas.

Han sido los escritores romanos los que nos han dado a conocer la existencia de reyes etruscos que habían gobernado Roma y que cuando el último, Tarquinio el Soberbio, fue expulsado de Roma, ésta se convirtió en República. ♣

i:10 patricios y plebeyos

Tarquinio, el séptimo y último rey de Roma, había sido expulsado de Roma, los etruscos no solamente habían sido expulsados, sino también conquistados por los romanos, y la ciudad de Roma ya no era una pequeña fortaleza en la colina que había elegido Rómulo, sino una gran ciudad extendiéndose sobre siete colinas.

Se había convertido en una República, gobernada por los ciudadanos, no por un rey.

Las calles de la ciudad eran muy estrechas y sin pavimentar. Peatones, carros tirados por asnos repletos de frutos y vegetales, jinetes a caballo, todos se amontonaban en estrechos callejones.

Las casas eran bajas, pero muchos templos con pilares de mármol se erguían por encima de ellas.

Un visitante de Atenas se habría dado cuenta de que los dioses de los romanos eran los mismos que los griegos, pero con nombres latinos.

Había el templo para Apolo, el dios solar, y otro para su hermana Diana, la diosa de la Luna y de la caza, que a la vez protegía a los niños.

Había el templo para Marte, el dios de la guerra —cerrado en los escasos momentos de paz— y el templo de Venus, la diosa del amor —Afrodita en griego—.

Había el templo de Mercurio, el dios del comercio y los negocios —Hermes para los griegos—.

Arriba en la colina Capitolina, una de las siete colinas, se elevada el templo de Júpiter, el Padre de los Dioses —Zeus para los griegos—.

En castellano, todavía se oyen los nombres de esos dioses en los días de la semana: martes por Marte, miércoles por Mercurio, Jueves por Júpiter, y viernes por Venus.

Al pie de la colina donde se hallaba el gran templo de Júpiter se hallaba el foro, el gran centro del mercado.

El foro era mercado solamente una vez a la semana.

Cada siete días los campesinos se congregaban allí para vender grano, carne, legumbres y pescado.

También había tenderetes donde se vendía miel en panales y que era utilizada para endulzar la comida, pues el azúcar era desconocida.

Una vez a la semana se congregaba allí la multitud, los campesinos que vociferaban anunciando sus productos, hombres y mujeres regateando sus compras.

En otros días el foro estaba mucho más tranquilo, pero era importante por otra razón.

Imaginemos a un visitante de Atenas que llega en un día tranquilo a un lugar abierto y amplio, el foro, y que un romano le explica lo que ve:

—El hombre allá al fondo, seguido de dos esclavos, viste una túnica, y encima, doblada sobre el hombro izquierdo, lleva una gran pieza de tela de lana, llamada toga.

»Los romanos estamos muy orgullosos de nuestras togas.

»Las llevan hombres y mujeres.

»Los ricos utilizan tela suave y delicada, las togas de los pobres son de material más burdo.

»Los niños solamente llevan la túnica, y para un joven o una joven romana, cuando cumplen los catorce años es un gran día de ceremonia, cuando se le permite llevar su primera toga.

»Pero los esclavos solo pueden llevar la túnica.

»El hombre que te he señalado, el de la toga fina, es un patricio.

El visitante de Atenas, lleno de curiosidad, pregunta:

—¿Y qué son los patricios?

El romano le responde:

—Los primeros que se asentaron en Roma.

»Tal vez hayan sido pastores o ladrones, pero desde aquellos lejanos días, los nietos y biznietos de aquellos primeros romanos se hicieron ricos y poderosos.

»Y como esas familias eran las más antiguas de Roma, las 'familias que fundaron la patria,' se les llama los patricios.

»Los que llegaron más tarde, cuando Roma ya se extendía sobre las siete colinas, eran muy pobres, los llamamos 'plebe,' 'plebeyos' o 'gente del vulgo,' 'gente vulgar.'

Y el romano le sigue explicando:

—En un hogar romano el padre es el dueño absoluto, su esposa y sus hijos lo obedecen sin cuestionarlo, ni siquiera se atreverían a discutirle o desobedecerle, pues él tiene sobre ellos incluso el poder de la vida o de la muerte.

»¡Hasta podría venderlos como esclavos!

»Y así como el padre es el dueño de la familia, los patricios son los dueños de Roma.

»Los senadores son elegidos de entre esas antiguas familias nobles, ricas y respetadas.

—¿Y quiénes son los senadores?

—Los senadores son el verdadero gobierno de Roma, son los padres de la ciudad.

»Cuando expulsamos a Tarquinio juramos que nunca más volveríamos a tener un rey en Roma.

»En lugar de ser gobernados por un rey somos gobernados por el Senado, la asamblea de senadores.

»Los patricios más sabios y experimentados son elegidos como senadores.

»La palabra 'senex' en latín quiere decir 'anciano,' y esos senadores son todos personas que han vivido muchos años antes de ser considerados lo suficientemente sabios para convertirse en miembros del gobierno.

"Cuando nuestros soldados desfilan hacia la batalla portan estandartes en los que se ven escritas las siglas 'SPQR' que es la abreviatura de 'Senatus Populus Quae Romanus': el 'Senado y el Pueblo Romano.'

»Nuestros edificios públicos también ostentan esa inscripción, y todas nuestras leyes son emitidas en nombre del Senado y del pueblo.

»Estamos orgullosos de tener este tipo de gobierno, pero como ha sucedido con muchas otras cosas, como la escritura, la construcción, el uso de monedas para el comercio, las hemos copiado de los etruscos.

»Aquí, en el foro, está el Senado, donde se reúnen los senadores.

Y entonces el visitante ateniense pregunta:

—¿Pero qué pasa cuando hay guerra?

»¡Esos senadores ancianos seguro que no son buenos conductores de soldados en la batalla!

—¡Eso es cierto! Entonces, los senadores escogen a dos jóvenes patricios como cónsules.

»Esos cónsules son nuestros guías en tiempos de guerra, y cuando hay paz procuran que impere la ley y el orden en Roma.

»Esos cónsules tienen gran poder, pero sólo durante un año, después del cual los senadores eligen a otros dos de entre los jóvenes patricios, de manera que nadie ostenta el poder demasiado tiempo.

Intrigado, el ateniense pregunta:

—¿Y quiénes son vuestros soldados?

—Todo ciudadano romano sano entre 17 y 45 años ha de estar disponible para servir en el ejército como soldado cuando se le convoque, tanto si es un noble patricio como si es un plebeyo.

»Los patricios son los oficiales del ejército y cabalgan y luchan montados a caballo.

»Los plebeyos son los soldados comunes y marchan a pie, como infantería.

—¿Están satisfechos los plebeyos con el hecho de que no tengan voz ni voto en el gobierno?

»Los senadores son elegidos de entre los patricios, los senadores eligen a los cónsules de entre los patricios, no hay posibilidad alguna para los plebeyos.

»Ni tampoco pueden convertirse en oficiales del ejército.

El romano titubeó antes de responder:

—Bueno, ha habido problemas de vez en cuando.

»En una ocasión los plebeyos amenazaron con marchar de la ciudad y construir otra nueva para ellos en una colina fuera de Roma.

»Pero se les convenció de que volvieran, porque, al fin y al cabo, los plebeyos están tan orgullosos de ser romanos como los patricios, y siempre que aparece un enemigo a quien enfrentarse —lo que sucede constantemente— entonces olvidamos nuestras riñas y discusiones y luchamos hombro a hombro.

»Pues nosotros, patricios y plebeyos, sólo tenemos un deseo y un anhelo, convertir nuestra ciudad de las siete colinas en la mayor, más rica, más poderosa y más espléndida ciudad en el mundo.

Y el ateniense piensa: "¡Ojalá mi gente en Atenas pensara igual! y aunque tenemos templos más bellos, mejores artistas y maestros más sabios que vosotros nunca seremos tan poderosos como lo seréis algún día vosotros los romanos." ♣

i:11 las leyes y costumbres romanas

Los romanos tenían algo que no tenían los griegos.

¿Y qué era eso?

El padre romano era el dueño absoluto en el hogar: la madre y los niños obedecían todos sus deseos y órdenes con total sumisión, tanto en los asuntos nimios como en los grandes.

El padre era quien decidía cuándo había de casarse su hijo o su hija: ningún joven romano hubiera pensado en la posibilidad de elegir por sí mismo.

Desde su más tierna infancia, los romanos estaban acostumbrados a la obediencia y a la disciplina.

Incluso la palabra 'disciplina' —que viene de la palabra latina 'discipulus'— se refiere a alguien que ha de aprender, a un alumno.

Estando acostumbrados a ello desde la infancia, los romanos mantenían la disciplina a lo largo de toda su vida.

En el hogar, el padre establecía las reglas y toda la familia obedecía.

En el Estado, el Senado establecía las leyes y todo el pueblo las obedecía.

Una vez que se promulgaba una ley, los romanos consideraban que no había que cambiarla nunca.

Por eso, las leyes del Senado se escribían siempre con sumo cuidado.

Cuando un cónsul romano tenía que emitir un juicio, por ejemplo, entre dos hijos que no se ponían de acuerdo a la hora de compartir la herencia de su padre, al cónsul no se le ocurría pensar: "¿Cuál sería la manera más justa de compartir los bienes en este caso?"

Sino que consultaría qué leyes habían sido escritas al respecto desde hacia mucho tiempo y decidiría de acuerdo con ellas.

Mientras los griegos iban cambiando las leyes de vez en cuando, los romanos las mantenían inalteradas; se aferraban a la letra de las leyes.

Los romanos creían en la justicia, pero era una justicia muerta que no procedía del corazón, sino de los viejos libros.

Cuando un cónsul romano caminaba por las calles para ir a emitir su decisión en la corte, doce hombres, llamados 'lictores,' caminaban delante de él.

Llevaban un hacha grande rodeada de un manojo de varas de madera, la cabeza del hacha sobresalía por encima de las varas.

Esos haces, que llamaban 'fasces,' fueron los primeros signos de la justicia romana.

Toda la gente en la calle cedía respetuosamente el paso al cónsul que llevaba una toga especial, con borde púrpura.

Y todo niño en Roma sabía lo que significaba ese haz de varas: el cónsul podía hacer azotar a los malhechores con las varas o hacer que los decapitaran con el hacha.

Al estar tan acostumbrados a las reglas estrictas desde la infancia, los romanos también mantenían una severa disciplina como soldados en el ejército.

Un hombre que no obedeciera a su oficial, un oficial que no obedeciera a su general, un general que no obedeciera a los senadores, perdía la vida sin misericordia.

Pero al estar entrenados en esa disciplina rigurosa, los romanos se convirtieron en soldados mejores que los de cualquier otra nación de su época.

El soldado romano llevaba sobre su túnica una coraza de metal mantenida por bandas de acero.

Un casco de metal le protegía la cabeza.

Llevaba un gran escudo grabado hecho de madera muy resistente con borde metálico y una agarradera de hierro en el centro.

Como armas llevada una lanza de dos metros y una espada corta de dos filos.

En una batalla, los romanos luchaban en tres filas.

La primera línea, la frontal, estaba compuesta de soldados jóvenes que habían luchado muy poco o no lo habían hecho nunca.

La segunda línea estaba hecha de soldados que ya tenían mucha más práctica en la lucha.

Y en la tercera estaban los soldados que habían visto tantas batallas a lo largo de los años que la guerra era simplemente parte de su vida.

De modo que en una batalla, si los soldados de la primera línea, para quienes todo era nuevo y terrible, perdían los nervios, estaba la segunda línea de soldados más veteranos para detener el enemigo.

Si éstos también cedían, intervenía la tercera línea, los soldados a quienes el fragor de la batalla, el silbido de las flechas, el choque de las espadas y los gritos de los heridos y moribundos eran sonidos tan familiares como los de una calle concurrida.

Esos eran los hombres que se mantendrían y morirían luchando sin retroceder ni huir.

Los soldados de esa última línea eran llamados 'veteranos,' de la palabra latina 'vetus,' que quiere decir 'viejo,' 'experimentado.'

Cuando los romanos atacaban empezaban lanzando las largas lanzas hasta que se rompía la línea del enemigo, luego cargaban y usaban la espada corta con letal habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo.

El ejército romano estaba dividido en legiones o regimientos, cada una de unos cinco mil hombres.

A la cabeza de cada legión estaba el portador del estandarte —no tenían banderas— con un águila de bronce en el extremo y las orgullosas letras 'SPQR.'

Todo romano de 17 a 45 años, ya fuera patricio o plebeyo, tenía que servir como legionario, como soldado, cada vez que era reclamado por el Senado.

A veces el Senado requería muchos soldados, a veces, sólo unas pocas legiones, pero todo romano tenía que estar listo para ir a la guerra por Roma.

Y desde el período en que Horacio mantuvo a raya a los etruscos frente al puente, Roma no cesó de luchar para incrementar sus dominios.

Italia estaba constituida por muchos pequeños Estados y los romanos los conquistaron uno tras otro, hasta que toda la península se halló bajo el gobierno de Roma.

En el extremo sur, los romanos se toparon con las ciudades que habían sido fundadas por los griegos que se habían establecido en Italia, una región conocida como Magna Grecia.

Nápoles era una de esas ciudades.

Esas colonias griegas eran ciudades de mercaderes, prósperas y florecientes, cuyos barcos surcaban los mares y transportaban bienes de un país a otro.

El provecho de ese comercio marítimo había enriquecido esas ciudades griegas.

Los romanos conquistaron las ciudades griegas de Italia igual como hicieron con el resto del país, pero miraban con admiración las obras de arte de esos griegos, en los templos y estatuas, admiraban a los hombres sabios por su sabiduría y conocimiento.

Aprendieron de ellos todo cuanto pudieron y los imitaron.

E igual como antes habían aprendido de los etruscos, ahora aprendían de los griegos.

En sus inicios, los romanos habían sido sobre todo campesinos, y conocían muy poco del comercio, e incluso el manejo del dinero, que aprendieron de los etruscos.

Pero ahora aprendieron de las ciudades griegas en Italia los beneficios que podía reportar el comercio marítimo, el enviar barcos que compraban bienes en un puerto y los vendían a un precio mayor en otro.

Pronto los barcos romanos surcaron los mares llevando a Roma riquezas y tesoros.

Esta veloz expansión de Roma en el comercio marítimo la llevó a enfrentarse al peor enemigo que jamás había encontrado.

Y ese enemigo era una ciudad más antigua que Roma y tan poderosa como ella, una ciudad que también se había enriquecido por el comercio marítimo, y no toleraba la competencia de Roma.

Esa pequeña ciudad en el norte del norte de África se llamaba Cartago. ♣

i:12 Cartago

El mar que rodea Italia es un gran mar rodeado por tierra.

Los romanos lo llamaban el mar 'en medio de la tierra,' el 'medi terra,' y hoy lo llamamos mar Mediterráneo.

Desde los tiempos más antiguos ese mar fue una enorme vía de comunicación, en la que los barcos a vela transportaban bienes y personas, así como también conocimientos.

Los egipcios y los griegos habían navegado las aguas azules del Mediterráneo para el comercio y la conquista.

Pero los marinos más intrépidos y los comerciantes más astutos eran los fenicios.

Fueron los fenicios los que simplificaron la escritura desarrollando el alfabeto que, a su vez, fue adoptado y transformado por los griegos.

Los fenicios tenían su patria en la costa oriental del Mediterráneo, donde hoy se encuentra el Líbano, al norte de Tierra Santa.

A medida que sus barcos navegaron por todo el Mediterráneo fueron fundando ciudades allí donde hubiera buen comercio.

Cartago era su ciudad más grande, situada en la costa norte de África, al lado de la actual ciudad de Túnez, justo al frente de Italia.

En pocos siglos, Cartago se había convertido en una ciudad de riqueza y poder.

La casa de cada mercader cartaginés era como un palacio construido con mármol y maderas exóticas, inmensos jardines; una multitud de esclavos cuidaban de las haciendas y sus posesiones.

Los templos de Cartago brillaban con el oro, pero los dioses venerados en estos templos no eran los dioses de Grecia.

Los dioses de Cartago eran crueles y recibían sacrificios humanos.

Los mercaderes de Cartago eran ricos y poderosos con sus tesoros de oro y piedras preciosas en sus depósitos.

Y eran tan ricos que incluso no luchaban en sus propias guerras sino que pagaban a otros para que lucharan en las batallas por ellos.

Y pagaban tan bien que griegos, egipcios, persas y africanos servían como soldados en la gran ciudad de Cartago.

Sólo los generales y los oficiales de más alto rango eran cartagineses.

Todos los soldados eran extranjeros que servían y luchaban por el dinero que se les pagaba, eran mercenarios.

Ahora bien, a los mercaderes de Cartago no les gustaba que los barcos de Roma se multiplicaran por el Mediterráneo y que les quitaran parte de su comercio.

Tampoco les gustaba tener a un vecino tan poderoso como Roma justo a la otra orilla del Mediterráneo.

Los cartagineses empezaron a pensar que era hora de detener a esos intrusos romanos, y, por su parte, los romanos consideraban que iba siendo tiempo de terminar con competencia de la ciudad de Cartago y adueñarse del Mediterráneo.

Y así empezó la guerra entre Roma y Cartago, guerra que se luchaba en tierra y en mar.

Pero nadie acababa de ganarla, y en los momentos que había paz, se temían mutuamente.

Aníbal[1] era el más grande de los generales cartagineses. Desde su infancia sólo tenía un objetivo en mente: conquistar Roma.

Era todavía niño cuando su padre Amílcar,[2] un gran general de Cartago, lo llevó a un templo del dios cartaginés Baal y le dijo:

> *—Hijo mío, quiero que jures ante la estatua de Baal, nuestro dios supremo, que toda tu vida, pase lo que pase, odiarás a Roma y a los romanos, y que lucharás contra ellos mientras vivas.*

Y el niño, de sólo nueve años en aquel entonces, levantó su brazo derecho y gritó:

> *—¡Juro por los dioses de Cartago que, mientras viva, odiaré y lucharé contra Roma y los romanos!*

Desde ese día Aníbal fue allí donde fuera su padre con los soldados de Cartago.

---

[1] Aníbal Barca (247 aC-183 aC): Aníbal significa 'quien goza del favor de Baal' y Barqa, 'rayo.'General y estadista cartaginés considerado como uno de los más grandes estrategas militares de la historia. [n. del pr.]

[2] Amílcar Barca (ca. 275 aC-228 aC): General y estadista cartaginés, líder de la familia Bárcida, y padre de Aníbal, Asdrúbal y Magón. Mandó las fuerzas de tierra cartaginesas en Sicilia en las últimas etapas de la primera guerra púnica. [n. del pr.]

Se sentaba con los soldados de su padre en el fuego de campaña por la noche, los ayudaba a afilar sus espadas y a pulir sus armaduras.

Escuchaba con avidez lo que contaban cuando regresaban de alguna batalla hablando de las furiosas luchas y de los enemigos que habían matado.

Escuchaba con avidez cuando su padre y otros oficiales hacían planes para la siguiente batalla.

A los mercenarios, los soldados pagados por Cartago, les gustaba el valiente muchacho.

Le dejaban manipular sus armas y montar en sus caballos, y le enseñaron habilidades con la espada y la lanza.

De modo que Aníbal creció entre soldados y esperaba el momento en que él mismo pudiera ser un soldado y un líder.

Cuando el padre de Aníbal murió en la batalla, se incrementó su deseo de convertirse en un gran general como su padre.

Finalmente se convirtió en el comandante en jefe, el general supremo de Cartago.

Hasta ese momento, los cartagineses habían realizado sus ataques contra los romanos llevando a sus soldados en las naves, desembarcando en la costa italiana, e intentando abrirse paso hacia Roma, pero siempre habían sido rechazados.

Un día, Aníbal, que comandaba el poder militar de Cartago, tuvo un sueño.

Y eso muestra que la gente de Cartago todavía tenía una sabiduría basada en los sueños y todavía no habían aprendido a pensar como lo hacían los griegos.

En su sueño vio el Mediterráneo y los países a su alrededor desde arriba, como hoy lo vemos en un mapa.

Y Aníbal vio un dragón de fuego que salía de Cartago, se arrastraba por la costa norte de África, entraba en la región que entonces se llamaba Iberia, la actual España, de allí se arrastraba hasta la Galia, la actual Francia, giraba al sur y llegaba ante unas altísimas montañas, los Alpes.

Pero el dragón no se detenía, se deslizaba por las montañas y las cruzaba, acabando en el otro lado, en Italia, la tierra de los romanos.

Y desde allí se arrastraba echando fuego por la boca e incendiando las ciudades romanas una tras otra.

Y Aníbal despertó, y comprendió que el dragón que había visto en su sueño iba a ser su propio ejército, y que tendría que invadir Italia haciendo marchar sus tropas por Iberia y la Galia, atravesando los Alpes y llegando así a Italia desde el norte, no desde el sur, por mar, como había sido habitual. ♣

i:13 Aníbal cruza los Alpes

Los fenicios eran navegantes intrépidos y comerciantes inteligentes.

Así, por ejemplo, el estaño es un metal muy útil que mezclado con cobre crea una aleación que llamamos bronce, que podía ser moldeada para hacer cascos, escudos y corazas.

Es muy duro y tiene un bello color casi dorado.

El cobre era extraído en las minas de la isla de Chipre en el Mediterráneo oriental, de modo que los habitantes de las ciudades que bordeaban el Mediterráneo no tenían que ir muy lejos para conseguir cobre.

Pero el estaño era más escaso, sólo podía encontrarse un poco en alguna montaña aquí o allá.

Pero los fenicios encontraron una isla habitada por gente salvaje lejos, en el norte.

En las colinas de esa isla se podía encontrar estaño en grandes cantidades.

Los nativos apenas iban vestidos con pieles de animal, así que los fenicios les ofrecían tejido rojo y lino blanco a cambio del estaño, y regresaban con sus naves cargadas del preciado metal, que luego vendían a buen precio a los griegos, egipcios y persas.

Esa isla en el norte era Britania, y el estaño procedía de las minas de Cornualles.

Cartago era una ciudad fenicia cuyos barcos surcaban los mares y sus mercaderes podían pagar mercenarios extranjeros para luchar en sus ejércitos.

Los cartagineses carecían de preocupaciones, pero cuando las naves romanas empezaron a navegar a Egipto, Grecia e Iberia, y les quitaron mercados donde comerciar, decidieron que había que detenerlos.

Y los romanos, por su parte, querían tener todo el comercio del mar Mediterráneo para ellos solos.

Las guerras —hubo tres guerras entre Roma y Cartago—, fueron guerras por el comercio y el provecho económico.

Los romanos las llamaron las Guerras Púnicas —punicus era la palabra latina para fenicio—.

La' primera de las guerras púnicas (264 aC-241 aC) no fue decisiva.

Los cartagineses no pudieron transportar en sus naves un ejército lo suficientemente grande para conquistar Italia, y los romanos tampoco pudieron llegar hasta África para conquistar Cartago.

Sin embargo, Cartago perdió Sicilia y más tarde los romanos se apoderaron también de Córcega, Cerdeña y Malta.

Fue la primera expansión de Roma fuera de sus fronteras italianas.

Para resarcirse, los cartagineses se concentraron en la invasión de la península ibérica.

Fundaron colonias en Ebusus, la actual Ibiza, y Mahón) ambas en las islas Baleares, y se fueron expandiendo por la península.

Amilcar fundó Aleuke, la actual Alicante, y su sucesor Asdrúbal[1] fundó luego su principal ciudad ibérica Quart Hadasht o Cartago Nova, la actual Cartagena, puerto estratégico. que serviría de base de operaciones.

En el 241 aC Cartago firmó un tratado de paz con Roma y se estableció como frontera entre ambas potencias el río Íber, el actual Ebro, del que los griegos extrajeron el nombre para denominar a la península ibérica.

La Segunda Guerra Púnica (218 aC-20 aC) empieza cuando Aníbal, en un asedio de ochos meses, asalta, saquea y masacra a los habitantes de la ciudad de Sagunto, colonia griega que estaba dentro del territorio ibérico cartaginés, pero que tenía un tratado de protección por parte de Roma.

Y a partir de ahí se reanudaron las hostilidades.

Aníbal, que de niño había jurado luchar contra los romanos mientras viviera, había concebido en sueños que la mejor manera de destruir a los romanos era penetrando en Italia desde el norte.

A los romanos nunca se les ocurrió que sus enemigos del sur pudieran venir desde el norte, porque por allí estaban protegidos por una poderosa muralla montañosa, los Alpes.

Las cimas de esas montañas estaban cubiertas de nieve, hielo y glaciares incluso en verano.

Para un simple viajero ya era muy difícil abrirse paso por las empinadas laderas montañosas, pues no había caminos y los valles estaban habitados por tribus montaraces[2] muy belicosas que echaban piedras y gigantescas rocas a cualquier intruso que se atreviese a pasar por su tierra.

Pero Aníbal congregó un inmenso ejército de mercenarios de todas partes del mundo: cien mil infantes y doce mil de caballería; había hábiles espadachines de Grecia, ingeniosos arqueros persas, honderos baleáricos que lanzaban piedras con honda con una puntería y fuerza que eran capaces de abollar las corazas y los cascos; había hombres que conducían carros con largas cuchillas curvadas en las ruedas que podían cortar a cualquiera que se pusiera en el camino.

Y había 40 elefantes entrenados para la guerra, que podían utilizar sus trompas para estrangular a los enemigos, sus enormes patas para aplastar cualquier cosa que se interpusiera y que podían llevar torretas sobre sus lomos donde iban colocados arqueros.

Con este poderoso ejército y sus elefantes Aníbal se puso en marcha, siguiendo el camino que el dragón le había mostrado en su sueño.

Viajando a lo largo de la costa de África llegaron a Iberia, España, conquistaron las ciudades más al norte del Ebro, luego cruzaron los Pirineos y llegaron a la Galia, Francia.

Los nativos eran gentes celtas que odiaban a los romanos, y estaban dispuestos a ayudar a Aníbal y a su ejército a atravesar la Galia.

Y de ese modo, el ejército de Aníbal llegó al pie de los Alpes.

El año estaba ya muy avanzado, ya estaba cerca el invierno y empezaba a caer la nieve.

[1] Asdrúbal Barca (245 aC-207 aC): General cartaginés de la dinastía Bárcida, uno de los tres hijos de Amílcar Barca. [n. del pr.]

[2] montaraz: 1. adj. Que anda o está hecho a andar por los montes o se ha criado en ellos. 2. adj. Dicho del genio o de alguna otra cualidad de una persona: Agreste, grosero y feroz. Diccionario RAEL [n. del pr.]

La mayoría de los soldados de Aníbal procedían de países cálidos y soleados que nunca antes habían visto ni nieve ni montañas tan terriblemente altas.

Incluso los soldados de Aníbal más curtidos miraban con temor y respeto aquellas elevaciones montañosas y sus blancas cúspides nevadas.

Pero confiaban en Aníbal, su líder, un hombre que había crecido entre ellos y que compartiría cualquier penuria con ellos.

Y así empezó el ascenso.

Tenían que abrirse paso por senderos estrechos en los que, a veces, había espacio sólo para un hombre o un animal.

Todo el ejército se alargó en una sola fila ascendiendo paulatinamente, jadeando y sudando, incluso en el aire gélido.

A un lado de esos estrechos senderos se erguían altísimas paredes rocosas y al otro se abrían precipicios tan profundos que los hombres no se atrevían a mirar hacia abajo, y los senderos ya estaban resbaladizos por la nieve.

Los caballos, y, especialmente, los elefantes, no estaban acostumbrados a ese tipo de caminos.

De modo que, de vez en cuando, un caballo o un elefante resbalaba y caía por el precipicio, arrastrando a algunos hombres consigo.

Los demás no podían hacer otra cosa que observar horrorizados e impotentes cómo sus amigos o los animales se estrellaban en el fondo.

El aire se hacía escaso y tan frío que parecía cortar como un cuchillo.

En el momento en que alguien se detenía para tomar aire y descansar un poco, empezaba a temblar y tiritar de frío.

Había soldados tan agotados y desanimados por la tensión y el terrible frío que, en lugar de seguir adelante, preferían dejarse llevar y caer por los precipicios.

Pero era el espíritu valiente de Aníbal que les permitía proseguir.

Parecía estar por todas partes:' aquí hablaba como un viejo amigo a un hombre que tiritaba de frío, allá ayudaba a otro hombre exhausto a superar una roca, y más allá calmaba a un caballo aterrorizado por una piedra que acababa de caer.

Y así el gran ejército fue ascendiendo.

Y agregado a eses dificultades, las tribus salvajes de las montañas les tendían emboscadas de vez en cuando, echándoles grandes rocas desde arriba.

Aníbal congregó a sus hombres más fuertes y logró hacerlas huir.

Los descendientes de esas tribus montaraces son los actuales suizos.

Finalmente, el ejército alcanzó la cumbre de su ascenso y desde allí se veían las llanuras de Italia, extendiéndose abajo.

Aníbal exclamó:

—¡Mirad, soldados, ahí al frente se halla Italia con todas sus riquezas!

»¡Y todas esas riquezas serán vuestras.

Pero pronto descubrieron que aunque el camino hacia abajo era más corto, era más abrupto que el de subida.

Ahora todo estaba cubierto de nieve.

Un soldado podía pisar en falso y hundirse desapareciendo para siempre: caídas, avalanchas, y congelaciones.

El ejército de Aníbal alcanzó finalmente el valle, dejando atrás las terribles alturas de los Alpes, tardando sólo diez días para atravesarlos, pero quedaban sólo treinta mil hombres y veinte elefantes.

Los hombres estaban exhaustos y sufrían de congelamiento.

¡Y dos días después tenían que entrar en combate con un ejército romano!

Nadie, excepto Aníbal, hubiera sido capaz de animar a estos hombres agotados a recuperarse de los terrores de la travesía, y enfrentarse en la batalla a un ejército romano descansado y fresco, y que estaba dispuesto a destruir a esos insolentes invasores. ♣

i:14 ¡Aníbal ante portas!

Mientras Aníbal marchaba lentamente por Iberia, los romanos no se habían quedado dormidos.

Enviaron una flota con sus soldados a Iberia para detener a Aníbal, pero llegaron demasiado tarde. Aníbal ya estaba en la Galia.

Y cuando los romanos se enteraron que Aníbal pretendía entrar en Italia atravesando los Alpes pensaron que se había vuelto loco.

Sus tropas estarían tan debilitadas al acabar el viaje que destruirlas sería cosa de niños.

De modo que el ejército romano volvió a Italia y se mantuvo en el norte, al pie de los Alpes, a la espera del ejército de Aníbal.

Estaban descansados y entrenándose mientras las tropas de Aníbal luchaban por atravesar los glaciares y las nieves.

Sólo dos días después de atravesar los Alpes, los hombres

de Aníbal — exhaustos, sufriendo de congelamiento—, tuvieron que enfrentarse a los soldados romanos, que les doblaban en número y que estaban descansados y con ganas de luchar.

Había sesenta mil romanos contra treinta mil soldados de Cartago.

El general de los romanos, Escipión,[1] les había dicho a sus soldados que la lucha contra los agotados invasores sería cosa fácil y se lanzaron a la batalla, convencidos de que el enemigo no ofrecería demasiada resistencia.

Pero los hombres de Aníbal se repusieron y cobraron fuerza por el ejemplo y las palabras de su general y lucharon como leones.

Los romanos e quedaron sorprendidos por la furia belicosa de sus enemigos y estaban aterrorizados por los elefantes.

Empezaron a flaquear, a retroceder, y acabaron huyendo.

¡Aníbal había ganado su primera batalla!

Poco después, una segunda batalla tuvo el mismo resultado.

Todo el norte de Italia estaba abierto e inerme ante Aníbal.

Las ciudades y los pueblos simplemente se rindieron.

En Roma, la capital, la gente no podía creer el anuncio que se hizo en el foro de que Aníbal, ese terrible invasor, había derrotado dos veces a los ejércitos romanos.

Había que detenerlo, porque Roma misma estaba en peligro.

Así que se congregó un enorme ejército romano, los campesinos habían de dejar sus campos, los artesanos sus tiendas, los patricios sus villas.

Roma estaba en peligro y todo hombre romano que estuviera sano tenía que acudir a la defensa de su ciudad.

Un gigantesco ejército romano de cien mil hombres, bajo el mando del cónsul Flaminio,[2] se puso en marcha hacia el norte para enfrentarse a Aníbal.

Flaminio era un comerciante rico con escaso conocimiento de la guerra, mientras que Aníbal era el más grande general antes de Alejandro Magno.[3]

Con sus treinta mil hombres, Aníbal tendió una emboscada a los romanos cerca de un lugar llamado Cannas,donde el camino pasaba entre una colina y un lago.

Los hombres de Aníbal estaban al acecho en las laderas de las colinas, y cuando todo el ejército romano estaba dentro de la trampa, se precipitaron contra él como una avalancha.

Una repentina lluvia de lanzas, dardos y piedras de las hondas se precipitó sobre los romanos, matando a cientos y creando terror y confusión entre los demás.

Luego, los soldados de Aníbal descendieron cargando sobre los romanos, con sus caras medio ocultas por los cascos con visores, con las piernas protegidas con grebas[4] de bronce, los escudos que les llegaban a las rodillas, toda la tropa moviéndose como un solo hombre, escudo pegado a escudo.

A ambos lados de esos soldados de infantería había jinetes de caballería apuntando con sus lanzas.

Y detrás de la primera oleada de atacantes iban los elefantes, con sus trompas pintadas de rojo que les hacían parecer serpientes contorsionándose, con

[1] Escipión el Africano o Publio Cornelio Escipión Africano (236 aC-183 aC):Político de la República romana que sirvió como general durante la segunda guerra púnica. [n. del pr.]

[2] Cayo Flaminio Nepote (¿?-217 aC): Político y militar de la República romana del siglo III aC, el mayor líder popular que desafió al Senado, antes de los Graco un siglo más tarde. [n. del pr.]

[3] Alejandro III de Macedonia o Alejandro Magno (356 aC-323 aC):Rey de Macedonia, Hegemón de Grecia, Faraón de Egipto, y Rey de Media y Persia. [n. del pr.]

[4] greba: 1. f. Pieza de la armadura antigua que cubría la pierna desde la rodilla hasta el pie. Diccionario RAEL [n. del pr.]

el pecho armado con lanzas y sus colmillos alargados con cuchillas de acero.

Los elefantes habían sido intoxicados con una mezcla de pimienta y vino, y barritaban[5] salvajemente.

Entre los romanos se produjo una confusión completa.

Se levantaron nubes de polvo que les impedían ver.

El estrépito era terrible, a las voces de los capitanes, el estruendo de los toques a rebato[6] y los gritos de los heridos, se les añadía el choque de las espadas y el silbido de las flechas y la piedras.

Rodeados por todas partes, cercados por sus propios hombres, confusos y aterrorizados, los romanos fueron masacrados como ganado, cercenados por las espadas, aplastados por los elefantes.

Muchos fueron empujados hacia el lago y se ahogaron por el peso de sus armaduras.

Sólo una cuarta parte del ejército romano logró escapar; los otros, incluyendo el cónsul, murieron en Cannas.

Fue el peor desastre que pudiera haberles pasado a los orgullosos romanos.

En toda su historia, nunca sería olvidada la batalla de Cannas.

Cuando llegó al foro la noticia de la derrota, entre la gente emergió un grito:

—¡Aníbal ante portas!

»¡Aníbal está a las puertas de la ciudad!

Mucha gente empezó a prepararse para huir. Pero Fabio, uno de los senadores, les arengó:

—¡Romanos, no olvidéis que perder una batalla no es perder la guerra!

»Nuestro segundo cónsul, Varro, tiene suficientes soldados para defender nuestra ciudad cuando llegue Aníbal.

»Si nos mantenemos unidos en este momento de prueba llegaremos a vencer a los invasores africanos.

Y, al final persuadió, a los romanos de no abandonar la lucha.

Pero Aníbal no tenía prisa alguna para atacar Roma.

Aunque sus propios oficiales le urgieron a que marchara sobre la ciudad, él los rechazó, diciendo:

—Mis soldados han hecho maravillas, han ganado todas las batallas, pero no estamos lo suficientemente fuertes para tomar la ciudad de Roma.

»Está acercándose el invierno, y en la primavera los hombres estarán descansados y más soldados de Cartago se unirán a nosotros.

»Entonces tomaremos Roma.

»Pero ahora, durante el invierno, quiero llevar a todo el ejército a una ciudad placentera en el cálido sur de Italia donde tendrán un merecido descanso.

De modo que, durante todo el invierno, los soldados de Aníbal disfrutaron de una vida de placer en Capua, un lugar agradable y soleado.

Se dedicaron a hacer fiestas, a comer y a beber, eran servidos por esclavos y vivieron una vida de placer y confort.

Mientras los soldados de Aníbal se volvían blandos y perezosos bajo el cielo azul y el aire perfumado de flores de Capua, los romanos se entrenaban, trabajaban y planeaban las batallas que tendrían que luchar en la primavera siguiente. ♣

[5] barritar: 1. intr. Dicho de un elefante: Dar barritos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[6] tocar a rebato: 1. loc. verb. Dar la señal de alarma ante cualquier peligro. 2. loc. verb. desus. Se empleaba para expresar el peligro de una incursión repentina del enemigo sobre el pueblo, al cual se avisaba tocando aprisa las campanas para que se pusiese en defensa. Diccionario RAEL [n. del pr.]

i:15 la destrucción de Cartago

Cuando los soldados de Aníbal habían descendido de las alturas heladas de los Alpes estaban exhaustos y agotados, pero a pesar de ello habían derrotado en dos batallas a lo romanos, muy superiores en numero.

Ahora, durante meses, habían disfrutado de un merecido descanso y placer en la soleada Capua.

Pero la vida fácil de Capua los había hecho blandos y perezosos, y ya no tenían el buen espíritu para largas marchas y la ardua lucha.

Los romanos, sin embargo, habían hecho buen uso de los meses de invierno: habían formado nuevas legiones, incluso jóvenes de 14 y 15 años habían sido hechos soldados, se habían entrenado duramente y estaban en el espíritu adecuado para luchar.

Los romanos eran dirigidos por Fabio,[1] que había arengado a la multitud de Roma cuando ya estaban desesperados.

Aníbal comprendió que los soldados que tenía consigo no podían marchar sobre Roma.

Esperaba que, por mar, le llegara otro ejército de Cartago para unirse a sus fuerzas.

Y ese ejército llegó, liderado por su hermano Asdrúbal, pero los romanos atacaron al nuevo ejército antes de que pudiera unirse al de Aníbal, y en esa ocasión fueron los romanos los que obtuvieron la victoria.

El hermano de Aníbal y miles de sus soldados murieron en la batalla, y otros miles fueron hechos prisioneros.

Sin nuevas tropas para ayudarle, Aníbal no podía hacer nada.

De modo que durante un tiempo no se produjo ninguna gran batalla en territorio italiano, porque los romanos estaban satisfechos con dejar a Aníbal arrinconado en una pequeña región del sur de Italia; había dejado de ser un peligro para ellos.

Y Aníbal, por su parte, no podía arriesgarse a una gran batalla con los romanos.

En esa época los romanos decían: “Capua fue la Cannas de Aníbal.”

Mientras tanto, los ejércitos romanos estaban ocupados en otras zonas.

Conquistaron la mayor parte de Iberia, las actuales España y Portugal, y enviaron una flota al norte de África.

Habían organizado un gran ejército que marchó sobre Cartago.

Esa fue una decisión muy inteligente por parte de los romanos, porque Aníbal no podía permanecer en Italia cuando Cartago, su propia ciudad, estaba en peligro.

Los ancianos de Cartago le pidieron que regresara.

Y de ese modo Aníbal y sus soldados abandonaron Italia y se embarcaron hacia África.

Fue un día muy triste para Aníbal, que veía cómo se alejaba la costa de Italia.

Había llegado a ella con la esperanza de derrotar a la orgullosa Roma, pero la esperanza se había desvanecido.

Una vez en África, Aníbal condujo un imponente ejército contra los romanos.

Además de sus veteranos —los soldados que habían cruzado los Alpes con él—, tenía mercenarios que estaban orgullosos de luchar bajo el mando del gran general, e hizo participar a todos los cartagineses en la defensa de su país.

¡Y volvía a tener un gran número de elefantes!

Pero los romanos aprendían rápido.

Y descubrieron que los sonidos muy agudos irritaban a los elefantes.

En esa batalla, el cónsul romano, Escipión —el hijo del Escipión que había perdido la primera batalla contra Aníbal en Italia—, dio la orden de que sonaran gran cantidad de clarines y trompetas.

Se produjo un ruido tan ensordecedor que asustó de tal manera a los elefantes que al querer huir empezaron a aplastar a los propios cartagineses.

Se produjo una confusión tan enorme que los mercenarios y los cartagineses empezaron a luchar entre sí.

Luego los romanos se precipitaron sobre sus confundidos enemigos y los mataron por miles, mientras el resto de los defensores huía.

El propio Aníbal huyó.

El día de la batalla de Zama fue un día muy triste para él, pues había sido vencido por los odiados romanos.

Después de esa terrible derrota de Zama, los cartagineses solicitaron la paz a los romanos.

[1] Quinto Fabio Máximo Verrucoso Cunctactor (ca. 280 aC-203 aC): Político y general romano. Cinco veces cónsul y dos veces Dictador, y Censor. Desarrolló las Tácticas Fabianas y fue precursor de la guerra de guerrillas. [n. del pr.]

Cartago había quedado tan debilitada por las guerras que dejaba de ser un peligro para Roma.

Iberia se hallaba en manos romanas y ningún ejército podría invadir ahora Italia.

De modo que firmaron la paz.

Los romanos querían que se les entregase a Aníbal, porque todavía le temían.

Pero Aníbal había huido de Cartago antes de que pudieran capturarlo.

Aníbal se convirtió entonces en mercenario, soldado que serviría a cualquier rey que le pagara.

Naturalmente, no podía ser un soldado común, sino un líder.

Fue a Grecia y se hizo general de un rey de allí, pero los romanos demandaron al rey que les entregara a Aníbal.

Aníbal se enteró a tiempo, y pudo huir y se refugió con otro rey griego, Prusias.[2]

Pero los romanos volvieron a reclamarlo.

En esa época todas las ciudades y gobernantes de Grecia temían el poder de Roma y Aníbal sabía que nadie iba a arriesgarse a entablar guerra con Roma a causa suya.

Pero Aníbal —el orgulloso vencedor de Cannas, el hombre ante el que Roma había temblado y gritado atemorizada al decir "Aníbal está ante nuestras puertas"— no iba a darle a los romanos el placer de verlo desfilar encadenado por las calles de Roma, con la muchedumbre insultándolo, burlándose y apedreándolo antes de ser ejecutado.

De modo que le dijo al rey Prusias:

—Sé que no puedes rehusar entregarme a los romanos.

»Pero los romanos no van a disfrutar viéndome como su prisionero.

»Tengo un anillo que contiene un veneno mortal, y prefiero morir por ese veneno que por la espada de los romanos.

»Moriré con ese veneno, y conmigo morirá la esperanza de mi querida patria, Cartago.

»Cartago está sentenciada, como lo estoy yo.

Y tras decir esas palabras, se puso el anillo en la boca, sorbió y cayó muerto.

Esa fue la muerte de uno de los más grandes generales de todos los tiempos.

Y lo que dijo sobre Cartago se convirtió en realidad.

Porque cuando en tiempo de paz Cartago volvió a enriquecerse, los romanos no soportaron que floreciera su derrotado enemigo y que volviera a crecer el poderío militar cartaginés.

Al crecer de nuevo su riqueza, los cartagineses volvieron a rearmarse.

Alarmados por este rebrote de militarismo cartaginés, y temiendo el resurgir del mayor promotor de la causa contra Roma, muchos romanos abogaron por su destrucción completa a modo preventivo.

Después de uno de sus viajes a Cartago, Catón el Viejo,[3] a quien también disgustaban las muestras públicas de opulencia que se hacían en la ciudad, y ser testigo del resurgir del viejo enemigo, solía acabar todos sus discursos en el Senado, sin importar cual fuera el tema, con la frase: "Ceterum censeo Carthaginem esse delendam." Es decir: 'Es más, creo que Cartago debe ser destruida.'

Durante el año 149 aC, Roma realizó una serie de reclamaciones, a cual más exigente, con la clara intención de empujar a Cartago a una guerra abierta, proporcionando un 'casus belli'[4] que esgrimir ante el resto del mundo antiguo.

Tras exigir la entrega de 300 hijos de la nobleza cartaginesa como rehenes, se demandó que la ciudad fuera demolida y trasladada a otro punto más hacia el interior de África, lejos de la costa.

Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia cartaginesa.

Se negaron a aceptar tal demanda, y Roma declaró el inicio de la Tercera Guerra Púnica (149 aC-146 aC).

La población de Cartago, que hasta el momento había confiado principalmente en el uso de mercenarios, tuvo que tomar una parte mucho más activa en la defensa de la ciudad.

Se fabricaron miles de armas improvisadas en un corto tiempo, incluso se llegó a emplear pelo de las mujeres cartaginesas para trenzar cuerdas de catapulta, con lo que se logró rechazar el ataque inicial romano.

Una segunda ofensiva, liderada por Publio Cornelio Escipión Emiliano,[5] acabó tras un asedio de tres años de duración en el que finalmente los romanos lograron romper las murallas de la ciudad, la saquearon, y procedieron a quemarla por completo hasta sus cimientos.

Sus habitantes fueron hechos prisioneros y vendidos como esclavos.

[2] Prusias I: Rey de Bitinia (228 aC-182 aC). Conocido por haber acogido a Aníbal en su huida de los romanos. [n. del pr.]

[3] Marco Porcio Catón el Viejo (234 aC-149 aC): Político, escritor y militar romano. Como político, se distinguió por ser el mayor defensor e impulsor de la tercera guerra púnica contra Cartago. [n. del pr.]

[4] casus belli: Expresión latina, traducible al español como 'motivo de guerra.' [n. del pr.]

[5] Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Menor Numantino (185 aC-129 aC): Militar y político romano del siglo II aC, conquistó Cartago en la Tercera Guerra Púnica. [n. del pr.]

Los ricos mercaderes de Cartago, que habían sido servidos por centenares de esclavos, se convirtieron en esclavos ellos mismos.

Luego se pasó el arado por todo el terreno y se le echó sal, con la intención de que no creciera nada en el lugar donde había estado Cartago.

Cartago dejó de existir hasta que Julio César Augusto la reconstruyó como colonia para veteranos, un siglo más tarde.

Ahora sólo Roma era la dueña de todo el Mediterráneo.

Ya no había país que rodeara ese mar que pudiera enfrentarse a Roma, y con el tiempo la misma Grecia se convirtió en provincia romana. ♣

i:16 la casa de un patricio

Una vez que Cartago hubo sido destruida completamente, ya no había país en la costa mediterránea suficientemente fuerte para luchar contra Roma.

Cerca de quinientos años después de que Rómulo aró un surco para delimitar su ciudad, no sólo Italia, sino también Iberia, Grecia, Cartago y la costa de África del Norte frente a Grecia, habían caído bajo el dominio romano.

Todas estas conquistas cambiaron la vida en Roma.

Del tributo de las tierras conquistadas y del comercio de los mercaderes romanos, la riqueza iba llenando las arcas de Roma.

De Grecia, los romanos tomaron las más hermosas estatuas y pinturas y se las llevaron a Roma para adornar en foro y los edificios públicos.

No había patricio que no tuviera alguna gran obra de arte griego en su casa.

Los maestros, doctores y artistas griegos eran muy admirados en Roma, y gustosamente se trasladaban a la opulenta ciudad donde los romanos aprendían ávidamente de ellos.

En realidad podría decirse: la espada romana conquistó Grecia, pero el conocimiento y el arte de Grecia conquistaron Roma.

Cuando un escritor romano escribía un poema tenía que ser una imitación del verso griego.

No todos los romanos se habían enriquecido con esas guerras y conquistas.

La mayoría de los plebeyos habían perdido lo poco que tenían.

Un campesino plebeyo que tenía una pequeña parcela era llamado para engrosar el ejército y dejaba su tierra durante años.

Su esposa y sus hijos no podían trabajar la Tierra, de modo que acababan vendiéndosela a un rico patricio, y de ese modo podían vivir del dinero pero que una vez que se acababa, los dejaba sin nada de nada.

Mientras tanto, los patricios compraban esclavos.

Los esclavos eran baratos, ya que todos los prisioneros tomados en las guerras eran vendidos como esclavos, y había muchos.

Los esclavos, entonces, trabajaban la tierra.

Y cuando el plebeyo regresaba de las guerras, su granja ya no existía, y ni siquiera había trabajo en los campos para él, con lo que él y su familia tenían que pasar hambre y mendigar por las calles de Roma.

O tenían que vender a sus hijos como esclavos, pues no tenían ninguna otra cosa que vender.

De modo que los plebeyos no habían ganado nada por las guerras, al contrario, estaban mucho peor que antes.

Los patricios se habían hecho más ricos y los plebeyos más pobres.

En la Roma de esa época —unos 150 años antes de Cristo— vivía una noble mujer, una patricia llamada Cornelia,[1] de la familia de lo Graco.

[1] Cornelia (189 aC-110 aC): Famosa matrona romana, conocida como Madre de los Gracos. De casó con Tiberio Sempronio Graco. Tuvo doce hijos, pero sólo llegaron a la

Era viuda y su preocupación principal era educar a sus dos hijos, Tiberio Graco[2] y Cayo Graco.[3]

Ella y sus hijos vivían en una bella casa, como muchas familias romanas adineradas. Esa casa era muy distinta de las que podemos ver hoy.

La casa de Cornelia no tenía jardín ni delante ni detrás, sino que estaba construida como un cuadrado con un jardín o un gran patio en el centro.

La parte frontal de la casa, que daba a la calle, no tenía habitaciones.

Estaba reservada para los comerciantes y sus tiendas.

Y la entrada estaba entre los comercios.

Al entrar se desembocaba en el jardín con césped verde, flores, dos o tres fuentes con surtidores, y varias estatuas de mármol.

A izquierda y derecha del jardín estaban las habitaciones de los muchos esclavos de Cornelia.

Eran esclavos felices, pues en ninguna otra parte de Roma se trataba tan bien a los esclavos y con tanta amabilidad como en la casa de Cornelia.

Atravesando el jardín se llegaba a la parte mayor y más importante de la casa.

Al entrar en ella desde el jardín uno se encontraba con una enorme sala llamada atrio —todas las casas de los ricos tenían un atrio así—, y las paredes del atrio estaban pintadas con bellos colores.

En el centro del atrio había una gran piscina o estanque donde se acumulaba el agua de la lluvia que caía por un agujero en el techo.

El techo estaba construido especialmente para capturar el agua y hacer que se deslizara hacia dentro hasta esa abertura, no hacia afuera, como suele ser el caso entre nosotros hoy en día.

Al vivir en un clima cálido, a los romanos les gustaba ver cómo la lluvia caía en el estanque del atrio.

En el atrio, Cornelia, la dueña de la casa, se acercaría y nos daría la bienvenida.

Y luego nos llevaría a una parte del atrio envuelta en cortinas del techo hasta el suelo, el lugar donde se comía.

Un esclavo mantendría levantada la cortina para dejar entrar a los invitados al refectorio.[4]

Ese refectorio era muy diferente a cualquier comedor que podamos tener en nuestras casas.

Había una enorme mesa, pero no había sillas.

En lugar de sillas, a tres de los cuatro lados de la mesa habían largos divanes, los triclinios.[5]

Y el cuarto lado de la mesa quedaba libre.

De modo que uno no se sentaba para comer, sino que se reclinaba sobre el costado izquierdo, se apoyaba en el brazo izquierdo y se usaba la mano derecha para alcanzar los alimentos. y por el lado libre de la mesa iban y venían los esclavos que servían la comida y retiraban los platos vacíos.

No había cucharas, cuchillos ni tenedores, en la comida romana no había sopa.

La carne era cortada en pedazos pequeños por los esclavos y cada comensal tomaba los pedazos con la mano.

Después pasaba un esclavo con un recipiente de agua y una toalla para que cada uno se lavara y secara las manos.

Otro esclavo mezclaba el vino con agua —los romanos y griegos nunca bebían vino sin mezclarlo con agua— y llenaba las copas.

Antes de tomar el primer sorbo uno tocaba el vino con los dedos y salpicaba el suelo con unas cuantas gotas, era una especie de sacrificio a los dioses.

Nosotros habríamos encontrado la comida romana un poco pesada.

Varios tipos de carne: ternera, cerdo, cordero, una tarta de carnes, pescado, pollo o pavo, y pan para acompañar, pero no había verduras de ningún tipo.

Luego se tomaban algunos pasteles dulces, todos hechos con miel, y fruta.

Naturalmente, no había ni papas,[6] ni té[7] ni café.[8]

edad adulta: Tiberio Sempronio Graco, Cayo Sempronio Graco y Sempronia. [n. del pr.]

[2] Tiberio Sempronio Graco (ca. 164 aC-133 aC): Notable político popular romano del siglo II aC, perteneciente a la familia de los Graco, una de las más ricas y destacadas de Roma, hermano de Cayo Sempronio Graco. [n. del pr.]

[3] Cayo Sempronio Graco (154 aC-121 aC): Notable político popular romano del siglo II aC, perteneciente a la familia de los Graco, una de las más ricas y destacadas de Roma, hermano de Tiberio Sempronio Graco. [n. del pr.]

[4] refectorio: 1. m. En las comunidades y en algunos colegios, habitación destinada para juntarse a comer. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[5] triclinio: 1. m. Cada uno de los lechos, capaces por lo común para tres personas, en que los antiguos griegos y romanos se reclinaban para comer. 2. m. Comedor de los antiguos griegos y romanos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[6] papa o patata: Planta tuberculosa, cultivada desde los años 8000 y 5000 aC, en los Andes del sur y el altiplano de Perú y el noroeste de Bolivia. Luego de la conquista de América, se introdujo en Europa y se ha convertido en un alimento básico en la gran mayoría de países del globo. [n. del pr.]

[7] té: Infusión de las hojas y brotes de la planta del té (Camellia sinensis). Su descubrimiento se atribuye al erudito emperador chino Shen Nung, quien ordenó como obligatorio hervir toda el agua destinada para el consumo humano. El té entró en contacto con los europeos por primera vez en la India, cuando los portugueses llegaron a ella en 1497, ya que en la India el uso del té estaba muy extendido. [n. del pr.]

[8] café: Infusión que se obtiene a partir de las semillas tostadas y molidas de los frutos de la planta del café. Una leyenda atribuye su descubrimiento a un cabrero etíope llamado Kaldi alrededor del año 300. Observó que su rebaño estaba muy activo cuando los animales comían ciertas bayas rojas. Decidió probarlas y descubrió el efecto energético de las semillas del café. Se considera que fue el botánico alemán

Después de la comida, Cornelia podría habernos llevado a la sala de los niños, donde Tiberio y Cayo, sus dos hijos, eran educados por maestros griegos y romanos.

Allí habríamos visto qué es lo que usaban los romanos para escribir.

El papiro era muy caro y sólo era usado para asuntos importantes.

Si un romano quería enviar un mensaje corto a un amigo, por ejemplo, '¿Puedo ir a verte mañana por la tarde?,' usaba una tablilla de cera en un marco de madera, sobre la que escribía su mensaje en la cera con un estilo[9] de metal acabado en punta en un extremo y en una superficie plana en el otro.

Y con la punta del estilo rayaba el mensaje sobre la tablilla.

No había servicio postal, tenía que enviar a un esclavo con el mensaje a su amigo.

El amigo, escribiría debajo del mensaje: 'Sí, serás bienvenido,' y el esclavo regresaba con la tablilla a su dueño.

Luego borraba todo el mensaje con la parte plana del estilo y de ese modo podía volver a escribir sobre la cera.

Los niños que practicaban la escritura del latín y del griego también usaban esas tablillas de cera, pues no existía el papel barato como sucede hoy en día.

Otra cosa interesante que podía verse en una domus —casa— romana era cómo se mantenían calientes en invierno sin estufas.

El suelo en las salas de estar, el atrio y las habitaciones estaban construidos encima de unos pilares.

Fuera de la pared de esas estancias había leña ardiendo y el humo de ese fuego era conducido por un agujero que había por debajo del piso.

Eso mantenía el piso y las paredes calientes.

La idea 'moderna' de la calefacción por piso radiante es, en realidad, es una antigua idea romana.

♣

i:17 las viviendas de les plebeyos

La casa espaciosa y bella de la noble dama Cornelia se erguía sobre la pendiente de la colina donde antaño Remo había visto el vuelo de seis pájaros.

Esa colina, una de las siete colinas de Roma, era llamada la colina Palatina, y todas las casas de la colina Palatina eran casas de patricios, de las familias ricas y nobles, con grandes patios, fuentes con surtidores y mármoles brillantes.

Las casas de los patricios eran tan bellas que los romanos llamaban palatina a cualquier casa bella que hubiera en el mundo y de ahí que llegara ese concepto a nosotros con el término 'palatium,' 'palacio,' que significa 'casa digna de estar en la primera colina de Roma.'

Pero Cornelia quería que sus dos muchachos supieran que habían también otro tipo de casas en Roma, las casas donde vivían los pobres, los plebeyos.

De modo que un día se los llevó de paseo.

De esas brillantes villas romanas, mantenidas brillantes y limpias por los esclavos, bajaron desde la colina Palatina.

Al pie de la colina llegaron primero al foro.

Léonard Rauwolf quien, por primera vez, describió el café en un libro publicado en 1583, en Europa. [n. del pr.]

[9] estilo: 7. m. Punzón con el cual escribían los antiguos en tablas enceradas. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Allí Cornelia les fue mostrando a sus hijos los numerosos templos con sus brillantes pilares y estatuas de los dioses y héroes, muchas de ellas traídas de Grecia.

Les mostró el rostrum,[1] la plataforma de piedra desde la cual los senadores, cónsules y otras personas importantes solían pronunciar sus discursos al pueblo, y les mostró el gran Senado donde se reunían los senadores, los ancianos patricios que gobernaban Roma.

Y Cornelia le dijo a los muchachos:

—En este Senado se crean las leyes de Roma y los romanos estamos muy orgullosos de nuestras leyes, de nuestra, justicia.

»Nos jactamos ante los demás pueblos de la justicia romana y de los libros en los que están escritas sus reglas.

»Pero ahora voy a mostraros algo que no es justo en absoluto, algo que a los orgullosos patricios tendría que avergonzamos.

Dejaron el espléndido foro, y llegaron a una parte de Roma que no estaba en las colinas, sino entre ellas.

Era un terreno húmedo, pantanoso, y sobre ese terreno insalubre se levantaban las casas de los plebeyos.

Eran una especie de bloques de varios pisos.

La planta baja estaba construida con ladrillos de barro, pero los dos pisos por encima —no las había más altas— estaban hechos de madera.

Las habitaciones en esas casas eran pequeñas y el techo era tan bajo que apenas se podía uno mantener de pie en ellas.

Familias enteras, a veces con ocho o diez niños, vivían en una de esas habitaciones.

Estaban sucias igual que la gente que vivía en ellas.

Allí cocinaban, comían, dormían, todo en una misma habitación.

Las calles entre estas casas de los plebeyos eran tan estrechas que incluso el sol brillante de Italia no podía aportar demasiada luz a sus moradas.

Las ventanas no eran meros agujeros en la pared y no tenían vidrios.[2]

La gente en la calle llevaba togas tan sucias y andrajosas que parecían más bien bolsas.

Y esas calles no estaban pavimentadas.

Con el tiempo seco uno caminaba con los tobillos enterrados en polvo. Y cuando llovía uno apenas podía moverse en el barro espeso.

Los niños sucios corrían entre los adultos.

Por las noches, esas calles eran tan oscuras como un pozo, pues no había iluminación callejera y las habitaciones también permanecían en la oscuridad, porque la gente no podía permitirse el lujo de malgastar el aceite para sus lamparillas.

Podemos imaginamos cómo se estremecieron esos dos muchachos procedentes de su bello hogar en la colina Palatina al presenciar ese tipo de vida.

Pero su madre Cornelia les dijo:

—Tendríais que saber que muchos de estos hombres que veis en andrajos han luchado valientemente por Roma en Hispania, África, Grecia.

»Ese mendigo a quien le falta el brazo, probablemente lo perdió en la batalla de Zama.[3]

»¿Veis ahora cómo Roma, la ciudad de la justicia, está llena de cruel injusticia?

En otra ocasión Cornelia se llevó a los niños al campo, a los grandes terrenos y granjas a las afueras de Roma.

Y en las granjas, de las que eran propietarios unas cuantas familias patricias, pudieron ver a cientos de esclavos —algunos con cadenas en los pies para evitar su huida— trabajando en los campos.

Entre ellos había capataces con látigos que podían azotar a cualquiera que no trabajara bien o con la suficiente celeridad.

Cuando los dos muchachos vieron eso, le dijeron a su madre:

—¿Pero no es justo que los patricios ricos sean dueños de toda la tierra y la trabajen con esclavos.

»Los pobres, los soldados que han luchado por Roma, no tendrían que vivir en los barrios bajos de Roma.

»Cada uno tendría que tener una pequeña parcela de tierra que pudieran trabajar por sí mismos.

Su madre les contestó:

—Efectivamente, y así fue antaño, pero las cosas han cambiado.

[1] rostrum: Tribuna del Foro Romano que servía de púlpito desde el que los magistrados y oradores arengaban al pueblo. [n. del pr.]

[2] Aun cuando el vidrio se conocía desde la época de los fenicios, alrededor del año 60, los romanos introducen su utilización en ventanas: pequeños trozos de vidrio sujetos con tiras de plomo. [n. del pr.]

[3] Batalla de Zama (19 de octubre del 202 aC): Batalla final de la Segunda Guerra Púnica. En ella, el joven Publio Cornelio Escipión, 'el Africano Mayor,' derrotó a Aníbal Barca, que huyó a Cartago. [n. del pr.]

—¡Entonces cambiaremos eso de nuevo!

Los muchachos contestaron:

»Dedicaremos nuestras vidas a devolver la verdadera justicia a Roma.

Cornelia no sólo vio que los niños habían aprendido lo que suelen aprender los patricios para ser inteligentes, sino que quería verlos crecer como hombres de bien con un sentido de solidaridad y justicia.

Amaba mucho a sus hijos.

Un día, una dama patricia muy rica los visitó en su casa.

La mujer estaba muy orgullosa de sus piedras preciosas, de las joyas que poseía.

Estaba hablando con Cornelia y dijo:

—Mira este collar de perlas que llevo ¿no es hermoso?

»Y mira las esmeraldas, zafiros y diamantes en mis anillos, , ¿acaso no brillan y chispean como estrellas?

»Bueno, ¿y tú, mi querida Cornelia, no tienes gemas que mostrarme?

—Sí, sí que las tengo, te las mostraré.

Y llevó a la presumida dama a la alcoba donde dormían sus dos hijos, y señalándolos le dijo:

—Estas son mis joyas, las únicas de las que estoy orgullosa.

La dama se sintió algo avergonzada y salió pronto de la casa.

Pero cuando crecieron, los dos muchachos Tiberio y Cayo

, se convirtieron en hombres de los que su madre podía estar orgullosa, aunque perdieran la vida por la causa de la solidaridad y la justicia. ♣

i:18 la causa de los plebeyos

Mucho antes de las guerras con Cartago hubo un tiempo en que los plebeyos se marcharon de Roma y dijeron que iban a construir una ciudad propia, pero los patricios los persuadieron de que regresaran.

Entonces, los patricios prometieron a los plebeyos que cada año podrían elegir a un patricio que pudiera hablar por ellos en el Senado.

A ese hombre se le dio el título de Tribuno.[1]

Cada vez que un patricio se aprovechaba de un plebeyo pobre, o cada vez que los plebeyos eran tratados injustamente, el Tribuno podía hablar por ellos en el senado y los senadores tenían que escucharle y buscar soluciones.

Se dejó por escrito en la ley que los plebeyos debían elegir cada año un tribuno diferente que defendiera sus derechos.

Las leyes más importantes de Roma fueron grabadas en doce tablas de piedra y la ley por la que los plebeyos debían elegir anualmente a un tribuno fue una de las que quedó grabada en las tablas, porque era muy importante.

[1] tribuno: 2. m. Cada uno de los magistrados que elegía el pueblo romano reunido en tribus, y tenían facultad de poner el veto a las resoluciones del Senado y de proponer plebiscitos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Pero los mismos tribunos eran patricios, y con el correr del tiempo empezaron a hacer cada vez menos por los plebeyos.

Llenos de esperanza, los plebeyos elegían cada año a otra persona como tribuno, y cada año quedaban desengañados de que el hombre que habían elegido nunca hablara por ellos.

Tiberio y Cayo, los dos hijos de Cornelia, fueron educados por su madre para ver el mal que se hacía a los plebeyos, a los hombres que habían luchado por Roma y no habían recibido ningún agradecimiento por ello.

Tiberio, el mayor de los dos, fue el primero que se propuso asumir la tarea de hacer algo por los plebeyos.

Cada romano con cultura había sido entrenado para hablar bien en público, para ser buen orador. Eso fue también algo que los romanos copiaron de los griegos.

Tiberio Graco también había sido instruido para pronunciar discursos públicos.

Así que se dirigió al foro y de pie sobre el rostrum —desde el que los líderes de Roma solían hablar al pueblo— habló muchas veces a los plebeyos.

—La bestias salvajes de los bosques tienen sus cuevas y madrigueras, pero los soldados que han traído gloria y riquezas a Roma carecen de tierra y no tienen casa propia.

»Los ricos patricios que no saben cómo manejar un arado, poseen toda la tierra y hacen que los esclavos la trabajen, mientras que los fuertes brazos de los valientes romanos han de permanecer inactivos.

»Pero si vosotros, los plebeyos me convertís en vuestro portavoz, en vuestro tribuno, procuraré que los patricios entreguen parte de sus tierras y que sean repartidas entre vosotros.

»Volveréis a tener vuestras propias granjas.

Los plebeyos venían por miles a escuchar a Tiberio Graco y una nueva esperanza creció en su corazón.

Y cuando llegó el momento de elegir un tribuno, escogieron a Tiberio.

Tiberio fue al Senado y le explicó a los senadores que no había justicia, ni solidaridad en Roma, a menos que se repartiera entre los plebeyos parte de la tierra de los patricios.

Ahora bien, los senadores mismos eran ricos terratenientes y no estaban dispuestos a ceder el más mínimo fragmento de sus tierras.

Pero eran hombres astutos que no le dijeron "No" a Tiberio.

Así que le dijeron:

—Efectivamente, tienes razón, pero has de entender que tomará un tiempo averiguar cuánta tierra tiene que entregar cada uno de nosotros.

Y entre ellos mismos, los senadores se decían:

—Este joven Tiberio Graco es un estorbo, pero sólo puede ser tribuno por un año, tal como está escrito en las doce tablas.

»Si hacemos que las cosas vayan lentas en la decisión de cuáles han de ser las tierras a repartir, habrá terminado el año y otro hombre será el tribuno.

»Y entonces volverá a ser, como ha sido siempre, un hombre que esta de nuestra parte, ya procuraremos que lo esté.

Y así, cuando pasó el año, los senadores apenas habían avanzado en la decisión de dividir las tierras.

Pero Tiberio habló a los plebeyos y les pidió que volvieran a elegirle como tribuno.

Y todos gritaron:

—¡Si, sí, queremos a Tiberio como tribuno!

Volvió a ser tribuno por segunda vez.

Pero los senadores se frotaron las manos con regocijo, porque Tiberio había quebrantado la ley según la cual sólo se podía ser tribuno por un ano.

Por orden de los senadores se envió a un cónsul con soldados a buscar a Tiberio.

Cuando las multitudes de plebeyos los vieron venir huyeron, y sólo unos pocos se quedaron con él.

Tiberio no podía entablar una lucha e intentó huir al templo de Júpiter en la colina Capitolina.

El templo era un lugar de asilo y nadie en el templo podía ser muerto o tomado por la fuerza.

Pero las puertas del templo habían sido cerradas por los patricios antes de que él pudiera entrar.

Y Tiberio fue asesinado en la escalera del templo por el cónsul y sus hombres.

Cornelia, su madre, asumió la noticia con verdadero espíritu romano.

No derramó ninguna lágrima, pero le dijo a Cayo, su hijo menor.

—Ahora es tu turno de continuar la tarea que empezó tu hermano.

Cayo era todavía mejor orador que su hermano, los plebeyos lo aclamaban cada vez que hablaba, y se convirtió en su tribuno.

Pero Cayo no dejó que los senadores postergaran una vez más la división de la tierra.

Habían aceptado que era correcto que había que repartir las tierras con los plebeyos y ahora simplemente tenían que cumplirlo.

Naturalmente, los senadores y todos los patricios odiaban a Cayo mucho más de lo que habían odiado a su hermano.

Pero no podían hacer nada contra él si no quebrantaba la ley.

De modo que se devolvió tierra a los soldados veteranos y a sus familias, que pudieron vivir nuevamente como campesinos en su propia parcela y en sus propias cabañas.

Pero los patricios y senadores nunca perdonaron a Cayo que se les hubiera arrebatado parte de sus tierras, así que esperaron la oportunidad de matarlo como habían hecho con su hermano.

Pronto Cayo les dio esa oportunidad.

Se le ocurrió una nueva idea: quería construir una nueva ciudad en el lugar donde había estado Cartago.

En esa nueva ciudad los plebeyos de Roma podrían hallar su nuevo hogar, pues no se le había dado tierra en Italia a todos los plebeyos, no había suficiente para todos.

Muchos romanos, patricios y plebeyos, detestaban la idea de tener una ciudad allí donde había estado su gran enemigo.

Pero otros estaban a favor.

Pronto los romanos quedaron divididos a favor y en contra de construir una nueva Cartago.

Empezaron a pelear en las calles, y en una de esas refriegas callejeras, uno de los lictores —los hombres que llevaban los fasces delante del cónsul— murió en la refriega.

A los ojos de los romanos, con su gran respeto por la ley, matar a un lictor era un crimen terrible, y los senadores acusaron a Cayo por ello, pues habían sido sus seguidores que habían matado al lictor.

Los senadores tenían ya una excusa para enviar a un cónsul y sus soldados contra Cayo.

Cayo no quería ser ejecutado como un criminal y le ordenó a un fiel esclavo que lo matara con una daga.

El esclavo obedeció y luego se mató a sí mismo.

Cornelia había perdido a sus dos hijos.

Pero nunca mostró signo alguno de pesar.

Continuó viviendo a las afueras de Roma en una casa de campo durante otros diez años.

Más tarde, los patricios romanos acabaron avergonzándose de lo que habían hecho a los dos hermanos.

Honraron la memoria de Tiberio y Cayo y le dieron honores especiales a Cornelia.

En el foro se levantó una estatua de Cornelia con una inscripción donde constaba que era una mujer grande y noble madre de dos hijos grandes y nobles.

Porque, al final, los patricios comprendieron que hasta que los plebeyos no fueran tratados con justicia Roma nunca se convertiría en un gran poder.

El poder de Roma seguía creciendo pero no podría haber continuado si los patricios y los plebeyos hubieran estado en guerra entre sí.

Por eso, al final, los patricios honraron la memoria de los Graco. ♣

i:19 Mario

Gracias a las reformas de Tiberio y Cayo Graco los plebeyos pudieron tener al menos una pequeña parcela de tierra propia, y aunque no fuera mucho y siguieran siendo pobres, al menos eran dueños de su propia tierra.

Otro cambio que se produjo fue que los plebeyos podían convertirse en oficiales y generales en las legiones romanas, y podían incluso llegar a ser cónsules.

Uno de esos plebeyos era Cayo Mario.[1]

No creció en Roma sino en un pueblo cerca de la ciudad.

Al ser hijo de campesinos pobres no había recibido una educación, ni tenía tutores que le enseñaran filosofía u otras materias, ni buenos modales, ni cómo pronunciar discursos.

Creció entre muchachos rudos y salvajes, y él era el más rudo y el más salvaje de todos.

Él y su pandilla merodeaban por las colinas, incluso cuando llovía a cántaros, y muchas veces pasaban la noche durmiendo al aire libre.

[1] Cayo Mario (ca. 157 aC-86 aC): Político y militar romano, llamado tercer fundador de Roma por sus éxitos militares. Elegido cónsul siete veces. Reorganizó la estructura de las legiones a las que dividió en cohortes. [n. del pr.]

Los otros muchachos admiraban a Mario porque era capaz de escalar los acantilados más empinados y de nadar en las corrientes más rápidas.

Naturalmente, Mario era siempre el líder entre ellos, y si alguno de ellos osaba enfrentarlo, acababa siempre perdiendo en la pelea.

Mario quería ser un líder y no soportaba que hubiera nadie por encima de él.

Fue de lo más lógico que cuando se hizo adulto se convirtiera en soldado en el ejército romano.

Su vida en las montañas lo había preparado bien para las penurias de la vida de soldado.

Mario encajaba bien con las largas marchas y luchas encarnizadas.

Fue un excelente soldado y pronto ascendió a oficial.

En aquella época, Roma estaba en guerra con Numidia,[2] en la costa norte de África.

Yugurta,[3] el rey de Numidia, era un hombre malvado: había asesinado a su predecesor y a su hijo, que eran aliados de Roma, para ocupar el puesto de rey de Numidia.

Para vengar la muerte de su aliado, el anterior rey, los romanos enviaron un ejército a África liderado por el general Metelo.[4]

Mario era uno de sus oficiales.

Pero no era fácil luchar y marchar en el abrasador sol de África.

Los guerreros númidas estaban acostumbrados a ello, mas para los soldados romanos era agotador, y progresaban muy poco.

Pero los soldados de Mario admiraban a su oficial.

Marcharon junto a él bajo el calor cegador del sol, y él compartía la preciada agua de su propia botella con sus hombres.

Y cuando tenían que cavar trincheras, Mario tomaba una pala y trabajaba más duro que ellos.

Pero aunque Mario era popular entre sus soldados no lo era para Metelo, su general.

Metelo era un patricio arrogante y no le gustaba Mario, ese plebeyo burdo y rudo.

Y Mario odiaba al orgulloso patricio y estaba totalmente seguro de que él sería mejor general que Metelo.

Mario era un hombre ambicioso, quería mostrar que aunque había crecido como campesino en un pueblecito, era mejor que todos esos prepotentes patricios.

De modo que Mario envió mensajes desde África al Senado en Roma explicando que Metelo era demasiado lento en la guerra contra los númidas, y que él, Mario, lo haría mejor.

Y un día se limitó a decirle a Metelo:

—Ya he tenido suficiente de esto, me voy a Roma para ser elegido cónsul.

»Luego volveré aquí y seré yo quien esté al mando, no tú.

Metelo se puso furioso, pero no podía hacer nada.

Y Mario volvió a Roma donde los senadores que querían acabar la guerra en África le creyeron y le convirtieron en cónsul.

El plebeyo Mario regresó a África como cónsul, pero Metelo regresó a Roma porque era demasiado orgulloso para permitir que Mario le mandara.

Una de las ciudades más difíciles de tomar era una fortaleza en la montaña, donde Yugurta, el malvado rey, había escondido una gran parte de su tesoro.

Las tropas de Mario asediaron la fortaleza, pero los defensores tenían muchos alimentos y pasaron semanas sin que los romanos pudieran tomar la fortaleza, era totalmente imposible asaltar los empinados precipicios.

Un día, uno de los soldados estaba al pie de una de esas rocas y vio algunos caracoles en una comisa.

A los romanos les gustaba comer caracoles, eran una delicia para ellos.

Así que el soldado se encaramó para coger los caracoles.

Y miró a su alrededor para ver si había más para sus amigos.

Descubrió que podía encaramarse más y más, y para su sorpresa, subiendo de saliente en saliente, acabó llegando a la cúspide del despeñadero.

Y allí había un gran roble que sobrepasaba el muro de la fortaleza.

Y no se veían guardias.

Los númidas defensores de la fortaleza pensaban que esa parte del precipicio era tan empinada y tan segura que no consideraban necesario apostar guardias en esa parte.

El soldado bajó rápidamente e informó a Mario de lo que había descubierto y Mario demostró que era un general inteligente.

Al conocer esto, Mario planeó el ataque.

A sus órdenes, una parte de sus tropas simularon atacar la fortaleza, y mientras los defensores estaban

---

[2] Numidia (202 aC-46 aC): Antiguo reino bereber africano ahora extinto, que incluía la actual Argelia y parte de Túnez (Norte de África) y fue una provincia romana y un estado vasallo romano. [n. del pr.]

[3] Yugurta o Jugurta (160 aC-106 aC): Rey de Numidia entre los años 116 aC y 106 aC. [n. del pr.]

[4] Quinto Cecilio Metelo Numídico: Político y militar romano del siglo II aC. Cónsul y censor, líder de la facción política de los optimates en el Senado romano. [n. del pr.]

ocupados en rechazar a los romanos en una parte, los demás soldados escalaron silenciosamente las rocas, siguiendo la ruta que les mostraba el soldado.

Y lograron entrar en la fortaleza.

Los guerreros númidas se quedaron tan sorprendidos que soltaron sus armas y se rindieron.

Fue una victoria espléndida para Mario, pero el rey Yugurta seguía libre y continuaba luchando. ♣

i:20 la traición a Yugurta

Antes de seguir adelante echaremos una ojeada a la época en que tenían lugar estos acontecimientos.

Roma había sido fundada por Rómulo en torno al 752 aC.

Las guerras con Cartago tuvieron lugar unos doscientos años antes de Cristo.

Y la época en que vivía Mario apenas distaba cien años antes del nacimiento de Cristo.

En esa época anterior a Cristo no había amabilidad especial en la gente.

Los hombres, mujeres y niños de una ciudad conquistada eran masacrados o tomados como esclavos.

La vida humana contaba muy poco; había una enorme ambición, sed de poder, y también coraje y astucia, pero no había misericordia.

También había muchas traiciones, mentiras y engaños.

Yugurta, el rey númida, seguía luchando.

Para empeorar las cosas, su suegro Boco I,[1] otro rey africano, acudió en su ayuda.

Así que Mario tenía dos enemigos contra los que luchar: Yugurta y su suegro.

A Mario le preocupaba que, de no acabar pronto la guerra, los senadores de Roma no estarían contentos con él.

Su ambición era seguir siendo cónsul toda la vida.

Si no conseguía acabar pronto la guerra contra Yugurta no habría posibilidad alguna de que los senadores lo volvieran a nombrar cónsul.

Pero tal vez podría intentar ganar al suegro de Yugurta para la causa romana.

Mario empezó a enviar mensajes al rey Boco, diciéndole:

—Piensa que, al final, los romanos acabarán ganando…

»Ganaremos, cueste lo que nos cueste, como hicimos ya antes con Cartago.

»Y los romanos son terribles con sus enemigos, pero son generosos con sus amigos.

»Muéstrate ahora como amigo de Roma y Roma será tu amiga y aliada, y aplastará a tus enemigos.

El rey preguntó:

—Pero, ¿cómo puedo mostrarme como amigo de Roma?

Mario respondió:

—Es muy sencillo.

»Yugurta confía en ti, entréganoslo y Roma siempre será tu amiga.

»Pero si no haces lo que te decimos, tarde o temprano, tú y Yugurta acabaréis miserablemente.

[1] Boco I: Rey de Mauritania entre 110 aC y 80 aC. Suegro de Yugurta, rey de Numidia, lo apoyó en la guerra contra Roma. Ambos fueron derrotados dos veces por Mario. [n. del pr.]

El rey Boco, suegro de Yugurta, se asustó tanto de los romanos que al final decidió traicionar a su yerno.

Le pidió a Mario que le enviara un oficial romano y algunos soldados a quienes entregaría a Yugurta.

Cuando Sila, el oficial romano, y sus hombres llegaron, el rey Boco envió un mensajero para invitar a Yugurta.

El mensaje decía: 'Tu suegro ha hecho algunos prisioneros romanos. Ven y llévatelos.'

Y Yugurta, que confiaba en su suegro, fue a la cita.

Pero en el momento de entrar en la tienda de Boco, los guardias armados cayeron sobre él, le ataron las manos y lo entregaron a los romanos.

Llevaron a Yugurta ante Cayo Mario que lo hizo encadenar y lo envió a Roma.

En Roma, Yugurta encadenado fue paseado por las calles, mientras era apedreado por la multitud, y luego fue encerrado en una prisión oscura y húmeda.

Con una amarga sonrisa dijo:

—¡Romanos, qué fríos son vuestros baños!

Y pronto murió en esa mazmorra fría y húmeda.

Mario había mantenido su promesa al Senado.

Había terminado con la guerra en Numidia.

Los senadores, agradecidos, le nombraron cónsul por segunda vez, luego por tercera y cuarta.

Mario, el plebeyo, se había convertido en el hombre más poderoso de Roma.

Pero Sila, el oficial que había hecho prisionero a Yugurta, iba a convertirse en el peor enemigo de Mario y con el tiempo sería más poderoso que Mario. ♣

i:21 los pueblos del norte

Después de la guerra en África, Mario volvió a Roma, donde fue nombrado cónsul cuatro veces.

Había una buena razón para que los senadores hicieran cónsul al mismo hombre tantas veces:

Roma estaba en grave peligro ante un nuevo enemigo terrible, y no había hombre mejor para salvar a Roma que Cayo Mario, soldado rudo e implacable.

Algunos años atrás, Aníbal con sus mercenarios había invadido Italia desde el Norte, atravesando los Alpes.

Ahora otro enemigo estaba atravesando los Alpes para invadir Italia.

Pero esos invasores no eran gentes que procedían de países cálidos, como había pasado con las tropas de Aníbal, sino que eran gentes del norte totalmente diferentes.

Los romanos nunca habían visto gente como esa.

Eran altos, casi todos superaban el metro ochenta.

Tenían la piel clara, pelo lacio y largo que caía sobre sus hombros y barbas rubias.

Esos hombres tan altos iban vestidos en pieles de animales, y en sus cascos llevaban alas de pájaros o cuernos de animal, tenían grandes escudos y espadas largas.

Esos hombres salvajes del norte estaban muy orgullosos de su fuerza y de su dureza.

Cuando paraban en un lugar nevado de los Alpes, se quitaban la ropa y riendo y gritando, se encaramaban desnudos bajo la nieve que caía y sobre las rocas frías y heladas.

Tras los hombres venían las mujeres y los niños en carros tirados por bueyes o caballos.

Y las mujeres eran tan altas y fuertes como los hombres.

O sea que los que atravesaron los Alpes no eran sólo un ejército, sino toda una nación, compuesta de diversas tribus.

Para ellos, el frío, el hielo, la nieve eran sus amigos y los disfrutaban.

Cuando alcanzaron la cima de las montañas del norte, los hombres tomaron sus anchos escudos, los convirtieron en trineos y se deslizaron sobre ellos por las pendientes cubiertas de nieve.

Cientos y miles de ellos llegaron a Italia.

Esos hombres fuertes bárbaros, altos y de pelo rubio, llegaron a un río en el norte de Italia y al otro lado del río vieron un campamento de legiones romanas que había sido enviado allí para detener a esos invasores bárbaros.

Los bárbaros, que habían cruzado los Alpes como si fuera un juego, decidieron construir una presa en el río antes de atacar a los romanos.

Y los soldados romanos, que observaban desde su campamento, se quedaron sorprendidos por la fuerza de esos extraños.

Los bárbaros arrancaron grandes árboles y los echaron al río como si fueran pequeñas astillas, y echaron grandes rocas como si fueran piedritas.

Fue una visión que aterrorizó a los soldados romanos.

Y cuando los bárbaros se prepararon para la batalla, las filas delanteras de guerreros se unieron con grandes cadenas que pasaron por sus cintos, de manera que la larga hilera de hombres no podía romperse.

Justo antes de empezar la batalla, todos levantaron sus escudos ante su boca y soltaron un terrible grito de batalla que los escudos amplificaron y sonó como si fuera un trueno.

Y cuando empezó la batalla, esos altos guerreros del norte parecieron volverse locos, luchando con una furia salvaje, una rabia que los romanos no habían visto nunca.

Golpeaban y cortaban a diestra y siniestra sin importarles si se herían o mataban entre ellos mismos.

Los heridos luchaban desde el suelo, aquellos a quienes se les había roto la espada luchaban con las manos y machacaban las cabezas de los romanos con sus puños antes de caer bajo las espadas romanas.

En las primeras batallas, las legiones romanas acabaron huyendo aterrorizadas y las ciudades norteñas de Italia quedaron a merced de los invasores.

Los romanos llamaron cimbrios[1] y teutones[2] a esas gentes salvajes.

Y la furia de combate que desplegaban la llamaron 'furor teutonicus.' ♣

[1] cimbrio, bria: 1. adj. Dicho de una persona: De un pueblo que habitó antiguamente en Jutlandia. U. t. c. s. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[2] teutón, na:1. adj. Dicho de una persona: De un pueblo de raza germánica que habitó antiguamente cerca de la desembocadura del Elba, en el territorio del moderno Holstein. U. t. c. s. 2. adj. coloq. alemán. Apl. a pers., u. t. c. s. Diccionario RAEL [n. del pr.]

i:22 Roma se salva

Podemos imaginarnos cuán aterrorizados estaban los romanos, y estaban contentos de poder nombrar cónsul a Mario por quinta vez si lograba quitarles de encima a esos pueblos salvajes del norte, los cimbrios y los teutones.

Y Mario era la persona idónea para esa misión, no sólo porque él mismo era intrépido, sino también porque los soldados lo conocían muy bien y confiaban plenamente en él.

Entre los legionarios romanos era común decir:

—Cuando Mario nos conduce, la victoria es segura y suele haber también un buen botín.

De modo que cuando Mario se puso al frente del ejército contra los bárbaros salvajes, sus soldados estaban animados.

La primera batalla iba a ser contra una parte de los invasores, los teutones.

Pero los teutones estaban ansiosos por luchar y no esperaron que los romanos los atacasen.

Querían atacar ellos primero.

Mario lo sabía.

Hizo que sus soldados construyeran un campamento fortificado sobre una colina, mientras él mismo, con parte de sus tropas, se escondía en un bosque cercano, en la llanura.

Luego los teutones se lanzaron profiriendo su salvaje grito de guerra, se precipitaron colina arriba sobre el campamento, pero su empuje salvaje fue detenido.

Los romanos con sus espadas cortas podían golpear más rápido que los bárbaros que llevaban largas y pesadas espadas.

Y los salvajes del norte perdieron coraje y se retiraron bajando de nuevo la colina.

En ese momento, Mario y sus hombres les tendieron una emboscada y los bárbaros se vieron atrapados entre dos fuerzas romanas.

No estaban acostumbrados a ese tipo de lucha, se produjo una confusión total y los bárbaros fueron masacrados.

Al final de la batalla, el campo estaba cubierto de cientos de cadáveres teutones.

Los otros invasores, los cimbrios, no sabían nada de lo que les había pasado a sus aliados.

Cuando vieron acercarse a Mario y a sus tropas enviaron mensajeros a los romanos diciéndoles que les respetarían la vida si se les daba tierra para establecerse en Italia.

Mario les contestó:

—Naturalmente,os daré tanta tierra como la que les he dado a vuestros amigos los teutones.

Los mensajeros. le preguntaron:

—¿Y cuánta tierra fue esa?

Mario respondió:

—Para cada hombre un agujero en el suelo. »¡Porque los hemos matado a todos!

Los mensajeros llevaron esa noticia a los cimbrios que lanzaron un fuerte grito de venganza y se aprestaron a la lucha para vengar a sus compañeros.

Pero habían elegido un mal día para la batalla.

Porque era un cálido día de verano en Italia, y el verano allí puede llegar a ser insoportable en algunas ocasiones.

Sin embargo, los soldados romanos estaban acostumbrados a sufrir más calor aún en África, mientras que los cimbrios sólo eran buenos guerreros en el clima frío.

El ardiente calor del estío italiano los hizo sentirse débiles y desfallecidos y fueron cayendo progresivamente bajo las espadas romanas.

Algunos de ellos intentaron huir, pero estaban atados unos a otros por sus cadenas y los romanos acabaron matándolos a todos como si fueran ovejas.

Algunos de los bárbaros lograron zafarse de las cadenas y regresaron a los carros donde estaban sus mujeres y niños.

Pero las mujeres les gritaron:

—¡Volved a la lucha, cobardes!

Y les golpearon con las hachas y las espadas.

Cuando llegaron los soldados romanos las mujeres tampoco se rindieron, lucharon tan fieramente como los hombres.

Al final, cuando ya no pudieron contener más a los romanos, las mujeres que todavía estaban vivas mataron a los niños y luego se suicidaron, estrangulándose con sus propias cabelleras, pues preferían morir que convertirse en esclavas.

De ese modo los bárbaros del norte fueron derrotados por Mario.

Pero mucho, muchísimo tiempo más tarde, quinientos años después, otras tribus volverían a invadir Italia desde el norte y acabarían conquistando Roma y haciendo añicos el imperio.

Al final, la matanza de los cimbrios y los teutones acabaría siendo vengada.

Pero por aquella hazaña Mario fue alabado y honrado por el Senado y la gente de Roma, pues los había salvado de los bárbaros salvajes. ♣

i:23 Mario enemigo público

Cuando Mario salvó a Roma de los cimbrios y teutones, los senadores estaban tan agradecidos que lo hicieron cónsul por sexta vez.

A Mario le encantaba ser el hombre más poderoso de Roma, era orgulloso y ambicioso, y quería seguir siendo cónsul.

Pero Mario era sólo un gran cónsul en tiempos de guerra, podía llevar los ejércitos a la batalla.

Sin embargo, no era tan buen cónsul en tiempos de paz.

Un cónsul con frecuencia tenía que pronunciar discursos en el foro, o en el Senado, y Mario, que nunca había sido instruido en las palabras que tenía que decir, tendía a arrastrar las palabras.

Los romanos no consideraban bueno a un cónsul que no supiera hablar bien.

Pero había algo más.

Todavía había dos partidos en Roma: los patricios y los plebeyos que reñían constantemente.

Cada vez que había algún conflicto entre patricios y plebeyos el cónsul tenía que hacer una decisión justa y equilibrada.

Pero Mario sólo era bueno para las decisiones en el campo de batalla, no lo era en las decisiones políticas, y en todo caso los patricios siempre dirían que

Mario era un plebeyo y que siempre iba a favorecer a los plebeyos.

De modo que en períodos de paz, Mario no fue precisamente un éxito como cónsul.

Los patricios se quejaban constantemente de que un hombre sin educación no estaba preparado para ser cónsul.

Los senadores —que, naturalmente, eran patricios— habían tenido suficiente de ese soldado rudo Mario y al año siguiente eligieron como cónsul al patricio Lucio Cornelio Sila, el oficial que en su momento habla tomado prisionero a Yugurta.

Ese fue un duro golpe para el orgullo de Mario.

Ya no era el hombre que estaba en la cúspide de Roma. Y tampoco era comandante del ejército romano porque el cónsul era siempre el general supremo en Roma.

Pero lo que más hirió a Mario fue que Sila, un hombre mucho más joven que él, había sido un oficial bajo su mando, y ahora era el general de la fuerzas romanas.

Mario estaba lleno de amargura, de orgullo herido, de que los romanos que lo habían alabado tanto cuando estaban en peligro ante los bárbaros, y a no lo quisieran, y hubieran puesto al joven patricio Sila en su lugar.

Luego estalló una guerra en Asia Menor y, naturalmente, Sila, como cónsul, empezó a congregar a los hombres y prepararlos para embarcar.

Pero Mario no podía soportar el pensamiento de que, habiendo guerra, otro liderara las tropas romanas.

Mario tenía muchos amigos entre los plebeyos, e hicieron estallar una rebelión en Roma.

Plebeyos armados llenaron el foro, y los senadores, temiendo por sus vidas, promulgaron una ley ordenando que Mario fuera el comandante del ejército romano.

Los plebeyos en rebelión habían buscado a Sila por todas partes para darle muerte.

Pero Sila había escapado de Roma y había llegado a un campamento en la costa donde sus soldados se estaban congregando para zarpar hacia África.

Sila les habló y les explicó cómo Mario había quebrantado la ley y se había hecho nombrar comandante en jefe.

Les preguntó:

—¿Queréis como líder a alguien que quebranta la ley?

Los soldados respondieron:

—¡No! ¡Te seguiremos a ti, Sila, el cónsul legítimo de Roma!

Y Sila marchó con su ejército sobre Roma.

Los plebeyos sabían que no podían competir contra soldados experimentados y ni siquiera intentaron luchar.

Los senadores respiraron aliviados al ver que Sila venía a rescatarlos.

Y promulgaron otra ley declarando enemigos públicos a Mario y a los que habían instigado la rebelión.

Lo que implicaba que todo ciudadano romano no sólo tenía el derecho, sino el deber de matarlos.

Los amigos de Mario fueron capturados y asesinados, pero él escapó.

Y ahora Mario, el hombre que antaño había salvado a Roma, que durante seis años había sido el hombre más poderosos de Roma, era un fugitivo apátrida que podía ser ejecutado por cualquier ciudadano romano. ♣

i:24 Mario en el exilio

¿Qué es lo que había conducido a Mario a ese estado en que su vida ya no estaba a salvo, en que se había convertido en un apátrida y en un fugitivo?

Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían gobernado cuando él mismo se convirtió en el líder de los muchachos de su pueblo natal.

Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían hecho disputar a su general en África, hasta que él mismo se había convertido en cónsul y comandante en jefe.

Había sido la ambición y el orgullo que le habían hecho permanecer como cónsul año tras año.

Y ahora la ambición y el orgullo le habían hecho perder todo.

Estaba pagando un alto precio por su orgullo.

Llegó a la costa y vio un barco.

Había llevado dinero consigo y le ofreció a los marineros una fuerte recompensa si lo sacaban de Italia.

Los marineros estuvieron de acuerdo, pero una vez en alta mar cambiaron de opinión.

¿Por qué iban a arriesgarse a ser castigados a causa de Mario?

Así que regresaron con su nave y lo dejaron en la orilla, diciéndole:

—No te hemos matado, como era nuestro deber, ni siquiera te entregaremos a los soldados que te están buscando por todas partes, pero no queremos tener nada que ver contigo.

Mario quedó abandonado a su suerte.

Encontró la pequeña cabaña de un viejo campesino que le dio cobijo.

Apenas había descansado unas horas en la cabaña del anciano cuando oyó trotar los cascos de los caballos de un grupo que lo estaba buscando.

Desesperado, Mario salió precipitadamente de la cabaña y llegó a un campo pantanoso.

Allí se escondió en una zanja húmeda y cenagosa.

Pero los jinetes desmontaron y lo buscaron palmo a palmo.

Finalmente lo encontraron y lo sacaron de allí cubierto de barro.

Lo llevaron a la prisión de la ciudad más cercana, paseándolo por la plaza como un hombre cubierto de barro y suciedad, una triste figura.

Los soldados podrían haberlo matado directamente, pero no se atrevían a matar al hombre que pocos años antes había sido su líder.

Preferían entregarlo a la autoridad más cercana que tendría la tarea de ejecutarlo.

El juez de la pequeña ciudad en la que fue entregado Mario descubrió que no era tan fácil ejecutar a Mario, pues no había soldado ni ciudadano que quisiera entrar en la celda y matarlo.

Todos se rehusaron.

Finalmente, el juez encontró a un esclavo galo que estaba dispuesto a entrar en la prisión y matar a Mario por una recompensa.

El esclavo entró en la oscura celda, espada en mano.

Al principio no podía ver nada en la oscuridad.

Luego vio dos ojos feroces que lo contemplaban y empezó a temblar de miedo.

Y luego una poderosa voz le gritó:

—Compañero, ¿te atreverás a matar a Mario?

El esclavo dio la vuelta y salió gritando:

—¡No puedo matarlo!

El juez y los ciudadanos decidieron que preferían no tener nada que ver con el terrible Mario.

Lo sacaron de allí y lo metieron en una nave que zarpaba para África.

De modo que Mario escapó de una muerte segura, porque la gente no podía olvidar lo mucho que había hecho por Roma.

Pero incluso en África, nunca estuvo seguro, y tenía que huir constantemente de un sitio a otro.

Quienquiera que le diera cobijo no le permitía permanecer mucho tiempo.

Fue una época muy dura para Mario y en su corazón juró que un día se vengaría de sus enemigos en Roma, de Sila y los patricios que lo habían rebajado hasta ese punto.

Mientras tanto, las cosas cambiaron en Roma y aceleraron el momento en que Mario podría vengarse. ♣

i:25 el retorno de Mario

Mario había pasado épocas muy precarias, pero ese período no lo hizo más humilde, y aunque por aquel entonces ya era un hombre de edad avanzada, pues tenía casi setenta años, seguía siendo tan orgulloso y ambicioso como siempre.

Y también vengativo.

En ningún momento se le ocurrió pensar que había quebrantado la ley, de que estuviera equivocado, o que su orgullo lo había llevado a caer tan bajo.

No, lo único que pensaba era que sus enemigos —Cornelio Sila y muchos de los patricios— lo habían denigrado.

En su interior se hacía la imagen de cada persona, de cada patricio que en alguna ocasión hubiera hablado contra él, que hubiera hecho algún comentario sobre sus toscos discursos, y se prometió que, cuando llegara el momento, pagarían con su vida el haberse atrevido a enfrentarse a Mario.

Pero mientras en África Mario iba soñando en la venganza, se estaban produciendo grandes cambios en Roma.

Cuando Mario había sido expulsado, Sila, el cónsul y comandante el jefe del ejército romano, embarcó con sus tropas hacia Asia.

Pero la guerra en Asia Menor duró mucho tiempo, y todo ese tiempo estuvo fuera de Roma.

Los senadores decidieron que mientras Sila estuviera fuera, Roma necesitaba dos cónsules, para mantener el orden en la ciudad.

Escogieron a Cina,[1] un plebeyo, y a Octavio,[2] un patricio.

Pero no fue una decisión sabia.

Pronto se produjeron disputas y odio entre los dos cónsules, y en lugar de mantener el orden, los dos cónsules convirtieron Roma en un lugar de desorden y discordia entre los dos partidos.

Cina quería permitir la vuelta de Mario a Roma.

A los senadores no les gustaba la idea en absoluto, pero Cina les dijo:

—Que el pueblo de Roma decida si quieren el retomo de Mario.

»Que vengan al foro y que voten a favor o en contra de su vuelta.

y los senadores no tuvieron más remedio que ceder.

Pero cuando la gente de Roma estaba congregada en el foro para dar su voto, Cina se presentó con un grupo de hombres armados, y quedó claro que atacarían a quienquiera que votase contra el retomo de Mario.

Naturalmente, eso era totalmente ilegal e injusto.

El otro cónsul, el patricio Octavio, no podía permitir que sucediera eso y se presentó a su vez con hombres armados para sacar de allí a Cina y a sus hombres.

Se produjo así una lucha feroz en el foro.

Los ciudadanos desarmados huyeron aterrorizados, mientras los hombres armados de ambas facciones luchaban en el foro frente al senado y los grandes templos del lugar.

Al final, la mayoría de los hombres de Cina fueron masacrados, aunque el propio Cina logró escapar.

Luego los senadores decretaron que Cina había quebrantado la ley, que no podía seguir siendo cónsul y que era un enemigo público.

Pero Cina estaba furioso por el fracaso de su plan.

No iba a huir, sino a reunir un ejército para luchar contra Octavio.

Y no solo eso, sino que iba a conseguir que Mario se uniera a él, y así ambos entrarían en Roma, matarían a sus enemigos y se convertirían en los dueños de Roma.

Ese era el plan de Cina.

Mientras estaba reuniendo un ejército entre los plebeyos, sus mensajeros encontraron a Mario en África, y aunque estaba ya viejo, Mario volvió con ellos a Italia, pues todavía estaba lleno de orgullo, ambición y sed de venganza. ♣

[1] Lucio Cornelio Cina (ca. 130 aC-84 aC): Político romano del siglo I aC. Aunque de familia patricia, perteneció a la facción de los populares, siendo aliado de Cayo Mario y enemigo de Lucio Cornelio Sila. Pretor en la guerra social, tras la marcha de Sila sobre Roma dio un cruento golpe de Estado junto con Mario, y tras la muerte de éste se convirtió en líder de los populares. [n. del pr.]

[2] Cneo Octavio: Político romano del siglo I aC. Se opuso a Cayo Mario y Lucio Cornelio Cina y fue asesinado por sus partidarios. [n. del pr.]

i:26 la muerte de Mario

La idea de Cina, el cónsul plebeyo, de llamar a Mario a su lado fue una idea muy inteligente.

Porque el nombre de Mario todavía obraba mágicamente en la gente: miles de hombres se acercaron y se ofrecieron como soldados para luchar bajo las órdenes del gran general que nunca había perdido una batalla.

Y cuando Octavio, el cónsul patricio, marchó con sus soldados contra Cina y Mario, muchos de sus hombres desertaron y se cambiaron de bando.

E incluso los que permanecieron con él simplemente tenían miedo de luchar contra Mario.

El único hombre que podría haber protegido a Roma contra Mario era Sila, que estaba luchando en Asia y Grecia.

No podía acudir en ayuda de Roma.

Los senadores estaban desesperados, sabían que Mario y Cina tenían suficientes soldados para asediar Roma y hacer que la gente que se rindiera por hambre.

O sea que decidieron rendirse sin luchar, esperando que Mario y Cina se mostrarían misericordiosos.

Pero estaban equivocados, la piedad no era una palabra que importara a Mario.

Solamente se acordaba de los vergonzosos días en los que había tenido que huir para salvar su vida, cuando había sido arrastrado y sacado del barro, arrastrado por las calles y en que se había enviado a un miserable esclavo extranjero para matarlo.

Y cuando Mario pensaba en esos días se endurecía como una piedra y sólo pensaba en la venganza.

Cuando Roma abrió sus puertas, Mario y Cina desfilaron a la cabeza de sus tropas y llegaron al foro.

Allí fueron bienvenidos por los senadores.

Pero ellos se limitaron a mirarlos con rostro sombrío y a exponerles lo que querían.

Primero tenía que abolirse la ley que convertía a Mario y a Cina en enemigos públicos.

Los senadores estuvieron de acuerdo y la abolieron.

Luego el patricio Octavio tenía que dejar de ser cónsul.

Los senadores también aceptaron y Octavio dejó de ser cónsul.

En tercer lugar, reclamaron que Mario y Cina fueran nombrados cónsules.

Los senadores volvieron a estar de acuerdo. No podían hacer otra cosa.

Y de ese modo Mario se convirtió en cónsul por séptima vez.

La tarea de los cónsules era mantener la ley y la justicia en Roma.

Pero Mario y Cina no usaron su poder para ello, lo utilizaron para vengarse cruelmente.

Mario trajo consigo un cuerpo de guardia especial, hombres que desconocían la misericordia y la piedad, y los utilizó para efectuar su venganza.

El primer patricio al que mataron fue Octavio, y luego mataron a cientos de ellos.

Los ciudadanos de Roma vivían atemorizados, y rezaban a los dioses que los salvaran del terror que estaba sembrando Mario.

Y los dioses escucharon.

Todos estos acontecimientos eran muy excitantes para Mario: de ser un fugitivo apátrida volvía a estar en la cúspide del poder en Roma, había ejecutado una , terrible venganza sobre sus enemigos, pero esa excitación era demasiado para el corazón de un anciano.

De repente tuvo un infarto y murió a las pocas horas.

Ese fue el fin del hombre que había empezado la vida como un pobre muchacho campesino que había sido ascendido a cónsul siete veces.

Mas como hemos visto, hubo muy poca felicidad en su vida y mucha crueldad y derramamiento de sangre.

Y cuando murió, los romanos maldijeron su nombre.

Su amigo Cina era el único cónsul, y se estaba preparando para luchar contra Sila que, tras la guerra de Asia, estaba regresando a Roma.

Pero la lucha nunca llegó a producirse.

Pues Cina no era tan popular con sus soldados como la había sido Mario.

No deseaban luchar para él, se rebelaron y lo mataron.

Así que cuando Sila volvió a Roma no encontró ninguna resistencia.

Y con un ejército poderoso y fiel pudo convertirse en el dueño indiscutible de Roma. ♣

i:27 Espartaco

Como Mario, los romanos de aquella época, tanto si eran patricios como plebeyos, eran valientes, intrépidos, habilidosos, pero sin amabilidad ni misericordia, y les gustaba el poder sobre todas las cosas.

Sila era igual.

Lo primero que hizo al regresar a Italia fue ejecutar a todos los hombres que habían sido amigos de Mario o Cina.

Nuevamente, cientos pagaron con su vida.

Pero Sila también quería asegurarse de que seguiría siendo cónsul todo el tiempo que quisiera.

Así que obligó a los senadores a nombrarlo Dictador, y eso lo convertía en dueño absoluto de Roma, no sólo por un año, sino por todo el tiempo que él considerara oportuno, hasta el final de su vida.

A los ciudadanos romanos no les gustó el asunto, pero las ejecuciones habían aterrorizado a todo el mundo y era más seguro hablar bien de Sila que hablar mal de él.

Los romanos eran tan crueles que apenas merecían algo mejor que un dictador como Sila.

Su crueldad lo atestiguan los entretenimientos públicos que se hicieron tan populares en esa época.

De cada guerra los romanos traían muchos prisioneros que eran vendidos como esclavos.

Pero muchos de esos prisioneros eran hombres fuertes, bien entrenados para el uso de las armas.

Y los romanos consideraron que sería un gran deporte hacer que esos prisioneros lucharan entre sí.

Los prisioneros que vencían serían bien tratados y alimentados hasta la siguiente lucha.

A esos luchadores se les llamaba gladiadores,[1] y el contemplar las luchas entre gladiadores se convirtió en uno de los entretenimientos más populares de Roma.

Se construyeron grandes circos —anfiteatros— para miles de espectadores y en el gran centro cubierto de arena esos desafortunados tenían que luchar a muerte.

A veces sólo había dos que luchaban, a veces eran grupos, de cien o más, que tenían que representar una batalla.

Y los romanos iban a esos espectáculos de gladiadores como la gente de hoy en día va al cine o a un partido de fútbol.

El hecho de que ahí los hombres se mataran no les importaba en absoluto.

Pero mientras Sila era dictador sucedió algo que los romanos nunca hubieran esperado.

En el año 73 aC, en la ciudad de Capua —donde Aníbal había pasado un invierno— iba a realizarse un gran espectáculo de gladiadores en el circo.

Se habían traído unos dos cientos prisioneros.

Entre ellos había un tracio —del norte de Grecia— llamado Espartaco.[2]

Y Espartaco le dijo a los otros:

—¿Acaso somos tan necios para luchar entre nosotros en lugar de luchar contra nuestros crueles amos romanos?

»Si me seguís tal vez muramos igualmente, pero al menos lo habremos luchando por nuestra libertad y no para entretenimiento de los romanos.

Sus compañeros de cautiverio estuvieron de acuerdo.

Cuando llegaron los guardianes romanos, les siguieron dócilmente hasta el circo.

Antes de los juegos había un refrigerio para los espectadores.

Se asó un buey entero y fue llevado en un carro hasta el circo.

Clavados en el buey había cientos de cuchillos largos y afilados para que cada espectador pudiera cortar una porción de carne.

Pero esa vez los romanos no disfrutaron de su trozo de carne.

A una señal de Espartaco, los gladiadores se precipitaron hacia el carro, sacaron los cuchillos largos y afilados, y mataron a los guardias que fueron tomados por sorpresa.

Los espectadores saltaron de sus asientos y huyeron para salvar la vida.

Pero los gladiadores tomaron las armas de los guardias, fueron a la ciudad y llamaron a todos los esclavos a unirse a ellos.

Pronto hubo miles.

Capturaron un arsenal de armas y Espartaco se encontró a sí mismo convertido en jefe de un gran ejército bien armado hecho de un número creciente de esclavos que huían de sus amos romanos.

Todo habría ido bien si los gladiadores y esclavos hubieran escuchado a Espartaco.

Él quería marchar con el ejército a través de los Alpes fuera de Italia desde donde cada uno de sus hombres podría haber encontrado el camino de regreso a su patria.

Pero los gladiadores querían robar y saquear las ciudades romanas y hacerse ricos antes de dejar Italia.

Contra sus propios deseos, Espartaco permaneció con ellos, no podía dejar a sus amigos.

Pero para los romanos, una rebelión de gladiadores y esclavos era algo terrible.

¿Cómo iban a vivir sin esclavos?

Uno de los mejores generales de Sila, Cneo Pompeyo,[3] fue llamado desde Hispania y enviado con un gran ejército contra los gladiadores y esclavos rebeldes.

Lucharon valerosamente.

Pero sólo los gladiadores habían estado entrenados para luchar, la mayoría de los rebeldes eran esclavos sin ninguna instrucción para la batalla, y los romanos acabaron ganando la batalla.

Espartaco murió luchando hasta su último aliento.

Muchos miles de esclavos fueron capturados.

Cualquier esclavo que se levantara contra sus amos sólo podía ser castigado con la muerte.

La muerte por la espada era demasiado honorable para un esclavo, para los esclavos existía la muerte

[1] gladiador, ra: 1. m. y f. Persona que en los juegos del circo romano luchaba con otra o con fieras. [n. del pr.]

[2] Espartaco (113 aC-71 aC): Esclavo tracio que dirigió la rebelión más importante contra la República romana en suelo itálico, conocida como Tercera Guerra Servil, Guerra de los Esclavos o Guerra de los Gladiadores, hecho ocurrido entre los años 73 aC y 71 aC. [n. del pr.]

[3] Pompeyo o Cneo Pompeyo o Cneo Pompeyo Magno (106 aC-48 aC): Político y general romano. Formó el Primer Triunvirato con Cayo Julio César y Marco Licinio Craso, desde el 60 aC hasta el 53 aC. [n. del pr.]

más vergonzosa que los romanos podían pensar: la muerte en la cruz.

De ese modo, unos cien años antes de que Jesucristo muriera clavado en una cruz, miles de pobres esclavos murieron de la misma manera. ♣

ii: césares y cristianos

ii:1 Julio César

En la antigua India los cinco hijos de Pandú, Yudishtira y sus hermanos, recobraron su reino después de un gran esfuerzo, pero se preocupaban tan poco del poder terrenal, que lo dejaron todo para irse, como peregrinos pobres, en busca del Portal del Cielo, arriba en las altas montañas del Himalaya.

Eso ocurrió hace miles de años en la cultura protoindia.

Cuando llegamos a Roma, las cosas cambian, a los seres humanos ya les gusta el poder en la Tierra.

Desde los comienzos de Roma, cuando Rómulo construyó el muro de la nueva ciudad, no quiso repartir su reino con su hermano gemelo Remo.

Se preocupó en ser elegido único rey de Roma, y cuando Remo se estaba mofando del muro bajo que habían comenzado a construir, Rómulo mató a su propio hermano.

Desde el comienzo de Roma hubo una disputa por el poder.

La ciudad de las siete colinas quería el poder sobre las demás naciones.

Conquistó Italia, Cartago y Grecia.

Pero, entre los mismos romanos había una constante lucha por el poder.

¿Quién iba a ser el dueño de la poderosa Roma?

Ya vimos que Mario, el plebeyo rudo y poco educado, hizo que los senadores lo eligieran cónsul siete veces.

El cónsul enemigo, Sila, el general que había conquistado Grecia, llegó a ser dueño de Roma.

Cuando Sila ya no estuvo satisfecho con ser solamente cónsul, forzó a los senadores a que lo nombraran dictador.

Podríamos preguntamos ¿para qué se molestó Sila en recurrir a los senadores?

Seguramente podría haberse adueñado de Roma por sí mismo con un ejército poderoso que tenía de su lado, sin tener en cuenta a los viejos senadores.

Pero los romanos eran fanáticos de las leyes, todo tenía que hacerse según las leyes.

La ley decía que sólo los senadores podían designar un dictador.

Y Sila, siendo romano, quería ser dueño de Roma legalmente.

Eso eran los verdaderos romanos: podías lograr todo lo que quisieras (si eras poderoso, pero tenías que asegurarte de que todo estaba hecho de acuerdo a la antigua ley.

Así llegó Sila a ser dictador, es decir, que ostentaba el poder sobre la vida y la muerte de cualquier romano.

Podía ordenar la ejecución de cualquier persona, y había que hacerlo sin cuestionamiento alguno.

Sila usaba su poder y cualquiera que se descuidara, que dijera públicamente algo que no le gustase al dictador, o le desobedeciese, aunque fuera en algo poco importante, era ejecutado.

En aquellos tiempos vivía en Roma un hombre joven, un patricio de familia noble, descendiente de Rómulo, el primer rey de Roma.

Ese patricio se enamoró de una joven que tenía una sola falta: era plebeya.

El dictador Sila había prohibido los matrimonios entre patricios y plebeyos.

Pero el joven amaba a la muchacha, y se casó con ella.

Sila estaba furioso, hizo llamar al joven patricio y le dijo:

—Te doy tiempo hasta mañana para separarte de esta mujer plebeya.

»Si no lo haces, morirás.

El joven no sólo estaba enamorado de la mujer, sino que era también orgulloso, y sintió herido su orgullo al recibir esa amenaza.

Cuando Sila le dejó ir para arreglar su divorcio, huyó con su mujer a los montes salvajes Sabinos —parte de los Apeninos— donde los soldados de Sila no podían encontrarlos.

Sila estaba indignado de que alguien tratara de desobedecerle, pero los soldados no encontraron al joven.

Senadores y patricios, y los parientes del joven suplicaron a Sila, que acabó cediendo y perdonó al joven.

El joven patricio que se había atrevido a desobedecer al poderoso dictador Sila fue más tarde el más famoso entre los romanos, el hombre más grande en la historia de Roma.

Su nombre era Cayo Julio César.[1]

Cuando Sila hubo perdonado a Julio César, éste podía volver a Roma, pero sentía que Sila podía cambiar de opinión en cualquier momento y castigarlo.

Era más prudente mantenerse lejos de Roma y de Sila.

De ese modo Julio César decidió viajar por el Mediterráneo a Grecia, para quedarse allí un tiempo, mientras su mujer vivía en Roma.

En aquellos tiempos el mar Mediterráneo no era seguro para los viajeros: había piratas por todas partes que atacaban a los barcos, tomando como rehenes a los pasajeros ricos, y sólo los liberaban a cambio del pago de una gran suma por rescate.

La mala suerte hizo que el barco en el que navegaba Julio César fuera asaltado por unos piratas.

Llegaron a bordo y fácilmente se dieron cuenta de que ese joven, con toga fina y atendido por lo de sus esclavos, era justo el tipo de rehén que ellos buscaban.

Julio César tuvo que trasladarse a bordo del barco pirata, le permitieron quedarse con dos de sus esclavos, mientras los otros recibían la orden de navegar de vuelta a Roma, para recoger el dinero del rescate entre los familiares de Julio César.

Cuando el dinero llegara, Julio César sería liberado, si no, lo matarían.

Julio César escuchaba atentamente y preguntó:

—¿Cuánto dinero de rescate piden por mí?

El capitán de los piratas le dijo:

—Tu valdrás veinte talentos.

Enojado, Julio César gritó:

—¿Qué? ¿Veinte talentos por un hombre como yo, miembro de una familia que llega hasta Rómulo?

[1] Cayo Julio César: Cayo es el nombre; Julio, el apellido: y César, la rama familiar a la que se pertenecía. A causa de sus logros militares, César o Julio César pasó a ser un título dado otros gobernantes. [n. del pr.]

»¡Yo valgo por lo menos 50 talentos!

El pirata contestó sorprendido:

—¡Muy bien! ¡Entonces pediremos cincuenta talentos!

Julio César prosiguió:

—Déjenme contarles algo más.

»Vosotros sois hombres malvados que no llegaréis a disfrutar del dinero de mi rescate por mucho tiempo.

»En cuanto yo esté libre reuniré a un grupo de hombres y un barco e iré a por vosotros, cada uno de vosotros caerá bajo mi espada.

El capitán de los piratas miraba a aquel romano elegante y se reía a carcajadas diciendo:

—Puedes intentarlo, pero primero espera a que tengamos el dinero.

Los piratas llevaron a Julio César a una pequeña isla en el Mediterráneo que era su guarida y cuartel general, y lo dejaron allí como su prisionero.

Durante ese período de espera Julio César hizo todo lo posible para importunar a sus captores.

Cuando practicaban con sus armas les decía que eran una banda de torpes.

Los piratas se limitaban a reírse de él.

A medida que pasaba el tiempo, Julio César componía versos, poesías muy largas, y pedía a los piratas que se sentasen para escuchar sus poemas.

Al principio, los piratas lo escuchaban, para divertirse. Pero pronto se aburrieron.

No estaban interesados en poetas, preferían jugar a los dados, o emborracharse, y así se lo hicieron saber.

Julio César se enfadó con ellos y les respondió:

—¿Qué? ¿No os gustan mis poemas?

»Había pensado dejarles con vuestra miserable vida cuando os capturase, pero después de esto, os mataré uno a uno.

Que un hombre que escribía poesía les amenazara de este modo les parecía tan chistoso a los piratas que se partían de risa.

Pocas semanas después llegaron los esclavos con los cincuenta talentos del rescate, y los piratas liberaron a Julio César, riéndose todavía de sus amenazas.

Pero Julio César no fue lejos. Llegó a la siguiente isla griega.

Reunió a todos los hombres de la isla, les prometió dinero de recompensa si le ayudaban a atacar a los piratas, y pronto tuvo un buen grupo de hombres y un barco a su disposición.

Bajo su mando navegaron a la isla donde había estado Como prisionero.

Los piratas aún estaban celebrando el éxito, bebiendo y comiendo.

Fueron tomados completamente por sorpresa, y, tal como había dicho Julio César, todos fueron pasados por las armas y sus posesiones fueron divididas entre los hombres que habían luchado con él. ♣

ii:2 poder

En la antigua India los hombres no añoraban el poder.

Cuando los hindúes pensaban en sus dioses, los amaban y veneraban su sabiduría.

Que los dioses fueran también poderosos no significaba tanto para la gente de esa primera cultura india.

Los hombres santos de la India trataban de convertirse en sabios. Cuanto más sabio era un hombre tanto más cerca estaba de los dioses.

Más tarde, en la cultura protopersa, Ahura Mazda era el Dios de la bondad y la verdad.

El gran hombre de Persia enseñó a su gente que ser bueno y verdadero acercaba a las personas a su Dios, el dios del sol brillante, Ahura Mazda.

Los hindúes consideraban que la sabiduría hacía a los hombres más parecidos a los dioses.

Los persas, en cambio, pensaban que ser buenos y verdaderos les hacía parecerse más a Ahura Mazda.

Pero en la época romana la gente ya no tenía ese sentimiento por la sabiduría en el mundo, ni tampoco por todo lo bueno en el mundo, ya sólo pensaban en sus dioses como seres poderosos.

Cuanto más poder pudiera adquirir un hombre para sí mismo, más se parecía a un dios.

Por eso los romanos tenían esa ansia de poder; no el anhelo por la sabiduría ni por la bondad, sino: 'cuanto más poder tenga más me pareceré a un dios.'

Sila, el cruel dictador, disfrutaba siendo el hombre más poderoso del Imperio Romano, que se había ya tragado Italia, España, Grecia y parte del norte de África.

Disfrutaba con la sensación de miedo que le tenía la gente, que temblaba frente a él.

Pero a medida que crecía, la tarea de gobernar ese reino tan grande era ya demasiado difícil.

Así que, siendo anciano, renunció a la dictadura y pasó sus últimos años como un ciudadano privado, viviendo en gran lujo y comodidad.

La gente de Roma suspiró con alivio cuando Sila dejó de ser dictador, y todos en Roma, patricios y plebeyos, senadores y soldados, sólo tenían un deseo: no tener nunca más un nuevo dictador, no estar siempre caminando con temor por la propia vida.

Pero ahora que Sila se había retirado, algunos querían el poder que Sila había manejado, pero descubrieron que después de los terribles años de la dictadura de Sila, no sería tan fácil obtener ese poder.

Los senadores, así como toda la población de Roma se resistía a que alguien intentara tomar el lugar de Sila.

Un hombre que era ambicioso, que quería el poder para sí mismo, era Julio César.

Un día pasó con algunos amigos por una pequeña villa de campesinos pobres.

Uno de sus amigos exclamó:

—¡Qué lugar más pobre y miserable!

Julio César dijo:

"Sí, lo es, pero preferiría ser el primer hombre de esta villa que el segundo hombre de la gran Roma."

Julio César procuraba no mostrar sus ambiciones y sus sueños de poder a la gente de Roma.

Al contrario, disimulaba y mostraba que todo aquello por lo que él se preocupaba era por una vida fácil de placeres.

Se vestía con las más exquisitas togas, tenía un barbero que le cortaba el pelo cada día, y la gente de Roma pensaba que un hombre que se preocupaba tanto por su pelo no podría preocuparse de cosas serias, como el poder.

También era inteligente, astuto para hacerse popular entre la gente común de Roma.

Una de las principales calles de Roma, la Vía Apia,[1] estaba en muy malas condiciones, llena de barro cuando llovía y con un polvo que llegaba hasta los tobillos en verano.

Él la hizo reparar y pavimentar con dinero de su propio bolsillo.

A veces invitaba a la gente de Roma a una noche gratis en la arena del circo y pagaba por todos los asientos.

Los ciudadanos podían ver las carreras de carros y las luchas de gladiadores sin tener que pagar por ello.

Les encantaba y les gustaba que Julio César fuera tan generoso dándoles diversión gratis.

En tiempos posteriores, todos los gobernantes romanos continuaron con esa costumbre, que era la forma más fácil de ganarse el afecto del pueblo.

Cuando Julio César se había hecho famoso de esa manera, dio otro paso para alcanzar su meta del poder: hizo un acuerdo secreto con dos romanos importantes.

Uno era el exitoso general Pompeyo —la ciudad de Pompeya llevaba el nombre en su honor—, y el otro era Craso,[2] el hombre más rico de Roma.

Y ¿qué les dijo Julio César a Pompeyo y Craso?

—Ahora soy tan popular entre la gente de Roma, entre la gente común, que se regocijan cada vez que me ven.

»Si les pidiera que votaran por mi, lo harían.

»Pero me temo que a los senadores no les gusto, no confían en mi.

»La única manera de acercarme a los senadores es sobornándolos, haciéndoles grandes regalos pecuniarios.

»No soy suficientemente rico para eso, pero tú, Craso, podrías hacerlo, tú eres muy rico.

»De ese modo, con dinero, podríamos tener a los senadores.

»Y si aún hay gente en contra nuestra, tú, Pompeyo, podrías hacer que tus soldados, que te aman, luchen por ti cuando les dieses la orden.

»Así, los tres juntos podemos obtener el poder de Roma y compartirlo.

Ambos, Pompeyo y Craso, estuvieron de acuerdo, porque ellos también estaban poseídos de esa ansia romana por el poder.

[1] Vía Apia: Una de las más importantes calzadas de la antigua Roma, que unía la ciudad con Brindisi, el más importante puerto comercial del Mediterráneo. [n. del pr.]

[2] Marco Licinio Craso (ca. 115 aC-53 aC): Aristócrata, general y político romano. Se distinguió en la batalla de la Puerta Colina, aplastó la revuelta de los esclavos acaudillada por Espartaco. Con Julio César y Cneo Pompeyo Magno formaron el Primer Triunvirato, para. [n. del pr.]

Mantuvieron su pacto en secreto esperando el momento justo para convertirse en los dueños de Roma.

Sila se había retirado, pero había otros hombres, astutos e inteligentes, que querían tomar su lugar. ♣

ii:3 la Galia

En los tiempos romanos, la sabiduría de la antigua India y la bondad de la cultura protopersa habían desaparecido, y todo lo que quedaba, especialmente en Roma, era el sentimiento de que los dioses eran poderosos, y cuánto más poderoso era un hombre, tanto más se parecía a un dios.

Pero había un país, un país muy pequeño, que era distinto.

Era la tierra de la gente a quien Moisés había sacado de Egipto más de mil años antes, llevándolos hasta la tierra prometida.

Nos referimos a Palestina.

Entre la gente de esa tierra, los judíos, regía la ley de Moisés que, igual que la religión de Zaratustra, consideraba que Dios quería que los seres humanos fueran buenos, pues ante Dios contaba la bondad y solamente la bondad, no el poder.

Todas las naciones vecinas, Egipto, Roma, e incluso Grecia, adoraban a sus dioses porque eran seres poderosos.

Los judíos llamaban a Dios el Todopoderoso, pero también lo llamaban el Dios de la Misericordia; adoraban su bondad más que su poder.

Pompeyo, el general romano que, junto con Craso, el hombre más rico de Roma, había hecho un pacto secreto con Julio César, también tenía esa ansia de poder.

Encontró otra forma de ser popular con la gente de Roma.

No le daba entretenimiento gratis, como Julio César lo hacía, pero conquistó más pueblos para Roma.

A los romanos les gustaba un general que podía obtener grandes victorias, que extendía el poder de Roma cada vez más.

Entre otros países, Pompeyo conquistó también Palestina, la tierra de los israelitas.

Los judíos pelearon valientemente por su tierra pero no eran suficientemente fuertes para vencer el poderío de los soldados romanos.

De modo que Pompeyo puso Tierra Santa — Palestina— bajo el poder romano, y los soldados romanos marcharon por las calles de Jerusalén, la ciudad sagrada.

Otras naciones que fueron conquistadas por los romanos en esa época aceptaban las reglas y el gobierno romano, copiaban las maneras y costumbres romanas, y adoraban también a los dioses romanos.

Pero no los judíos.

Los judíos odiaban siempre a los gobernadores romanos, no imitaban las costumbres romanas, y, además, adoraban sólo a un Dios, el Dios que les había dado los Diez Mandamientos a través de Moisés.

Pero a los romanos les daba igual que la gente de Palestina los aceptaran o no.

Estaban orgullosos de que hubiera sido agregada a sus conquistas, y ellos alababan a Pompeyo y lo llamaban Pompeyo el Grande.

Aunque Julio César tenía un pacto secreto con Craso y Pompeyo, no había amistad real entre los tres hombres.

A Julio César no le gustaba del todo escuchar que Pompeyo fuera alabado por sus conquistas.

El quería mostrar a los romanos que él también podía hacer conquistas, que era un general tan bueno, incluso mejor que Pompeyo.

Y entonces Julio César le pidió a los senadores que le dieran el mando de un ejército para conquistar un gran país al noroeste de Italia, la Galia, el país que hoy conocemos como Francia.

Los senadores pensaron que era una buena idea tener a un hombre tan peligroso como Julio César fuera de Roma.

Mientras estuviera marchando y luchando lejos de Roma no podía causar ningún problema en la ciudad.

Así que le entregaron a Julio César un ejército y él pudo marchar al norte a conquistar la Galia.

La gente, que sólo había conocido a Julio César como un hombre que vivía rodeado de comodidades y lujo en Roma, habría quedado sorprendida si lo haberlo visto con su ejército.

Cuando sus soldados marchaban, él no iba a caballo, sino que caminaba junto a ellos —en la forma de marchar rápido, largas distancias—, comía la misma comida que la de los soldados comunes, y en toda batalla se encontraba a Julio César allí donde la lucha era más dura.

Una vez, durante una tormenta, Julio César se había refugiado en una pequeña cabaña al lado del camino, pero cuando vio a un hombre herido acarreado por sus camaradas en una camilla, Julio César dio la orden de que ese hombre fuera introducido inmediatamente en la cabaña, saliendo él a dormir afuera, bajo la lluvia, con sus soldados.

Ese tipo de cosas hicieron a Julio César muy popular entre los soldados comunes, ellos amaban al general que compartía sus peligros y penurias.

Pero a los oficiales no les gustaba tanto.

A ellos no les gustaba marchar cuando había caballos para cabalgar, no les gustaba la comida que comían los soldados comunes, pero no tenían más remedio que hacer lo que hacía Julio César.

Y no dejaban de quejarse.

Las quejas se hicieron cada vez peores, hasta que un día Julio César dio la orden de que todas sus tropas, todo su ejército, se congregase en un punto.

Cuando todos estaban parados ante él, cada legión con su oficial, Julio César les habló a los oficiales que se quejaban y dijo que los debiluchos y malcriados no eran útiles para él, y que cualquier oficial o soldado común que tuviera miedo de las largas marchas y de la lucha encarnizada, tenía su permiso para volver a Roma.

Y añadió:

—Pero me quedaré con una sola legión, la Décima Legión, porque los soldados de la Décima Legión son verdaderos soldados.

Toda la Décima Legión gritó de orgullo y alegría cuando escucharon estas palabras, y los oficiales que se quejaban estaban tan avergonzados que fueron hasta Julio César y le suplicaron que les permitiera quedarse con él.

Desde ese día Julio César no tuvo más quejas, y sus soldados estaban orgullosos de poder servirle. ♣

ii:4 los pueblos celtas

El gran país que hoy llamamos Francia, y que en la época de Julio César se conocía como la Galia, era bastante distinto a lo que es hoy en día.

No había campos de trigo dorado ni viñedos, no existía el 'Jardín Sur del Loira,'[1] ni había grandes ciudades.

La mayor parte de la tierra estaba cubierta de vastos bosques, más grandes y oscuros que cualquiera de los que hayamos podido ver.

Y por esos bosques vagaban lobos, osos y jabalíes.

La gente que vivía en esos bosques era fiera y orgullosa, esa gente de la Galia era alta, con ojos azules el pelo claro o pelirrojo.

Su vestimenta era simple, los hombres usaban túnicas cortas, rodeaban sus pies con una tela unida con tiras de cuero, y sobre sus hombros llevaban una especie de manto.

El idioma que hablaban era el galo.[2]

[1] Posiblemente de refiera a: Castillo de Villandry, situado en la región Centre Val de Loire, es de estilo Renacimiento en el corazón de 3 jardines en terraza. Es el último de los grandes castillos Renacimiento edificados en los bordes del Loira. Notable por la armonía de su arquitectura y de sus jardines. [n. del pr.]

[2] galo: 5. m. Lengua celta continental que se habló en la Galia hasta aproximadamente el siglo V. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Esa gente de los grandes bosques de la Galia pertenecían a la misma gran familia de pueblos que la gente de las tierras altas de Escocia, los irlandeses, y los galeses.

En su conjunto se les llamaba los Celtas —procedían inicialmente de Galacia al sur de la actual Rusia—.

En esa época todos los países que hoy llamamos Francia, Gran Bretaña e Irlanda, el norte de España —una parte de la cual, Galicia, todavía conserva el nombre de su filiación celta—, de hecho toda la Europa occidental, estaban habitados por los celtas.

Pero nunca llegaron a unirse como una nación.

Vivían en tribus o clanes separados, que siempre estaban luchando entre SÍ.

Igual que los judíos en Palestina, tenían el sentimiento, como en la antigua cultura protopersa, de que Dios quería seres humanos buenos.

De hecho los celtas habían retenido algo de lo que antaño había existido en la antigua India.

Sentían la sabiduría del mundo.

Cuando el sol salía en el cielo no solamente veían su luz que invadía el mundo, sino que ello equivalía a encontrarse con un ser infinitamente sabio.

Imaginemos que nos encontramos con alguien de quien tenemos la sensación de que sabe mucho más que nosotros.

De una manera más intensa eso era lo que sentían los celtas cuando el sol brillaba sobre la Tierra.

Los vientos que soplaban, las olas que rompían, todo era para ellos como un hermoso lenguaje, y en la luz suave de la luna veían a seres parecidos a las hadas que trabajaban en las plantas, en las flores y en los árboles.

Y los hombres santos, los sacerdotes que mejor entendían la sabiduría del sol, el secreto del lenguaje del viento y de las olas, de los elfos trabajando en las plantas, eran llamados druidas.[3]

Les llevaba casi una vida entera llegar a ser druidas. Eran ancianos de barba vestidos de blanco.

Además de sacerdotes, eran también médicos y jueces.

Y si algún hombre necesitaba un consejo iba a consultar al druida.

Construían sus templos como sencillos círculos de piedras —como Stonehenge[4]— abiertos al cielo azul, en la naturaleza.

Vistos desde fuera, esa gente tan alta podría parecer salvaje, tosca y fiera.

Sus hogares eran cabañas sencillas amontonadas unas junto a otras y rodeadas en su conjunto por una pared de tierra.

No construían ni ciudades ni caminos.

Pero esa gente tenía amor por la poesía, por las canciones.

Los hombres que podrían crear poemas eran llamados bardos, y eran altamente respetados.

No poseían escritura: todos sus poemas eran recitados y cantados de memoria y toda la sabiduría y conocimiento de los druidas se aprendía por transmisión oral y se retenía de memoria.

Por fuera parecían rudos, gente fiera, pero sus corazones estaban abiertos a la sabiduría y a la belleza de la naturaleza.

Como los hombres sabios de la India, los sacerdotes de la Galia, los sacerdotes celtas, sabían que cuando uno moría su alma retomaba a la Tierra, y nacía de nuevo.

Los celtas, la gente de la Galia, tuvieron un periodo en que se producían invasiones y ataques de tribus germánicas.

Y entonces pidieron ayuda a los romanos para luchar contra esos invasores.

El ejército romano, bajo el liderazgo de Julio César fue llevado a través de los Alpes hacia la Galia, supuestamente, para ayudar a los galos.

Al principio, Julio César luchó contra los invasores germanos.

Los venció en terribles batallas y sólo algunos de ellos escaparon cruzando el río Rin, que limitaba la Galia con Germanía.

Pero al terminar de lidiar con los invasores germanos, Julio César se volvió contra los mismos galos.

Los galos no eran una sola nación, sino que estaban divididos en muchas tribus independientes, y al faltarles la voluntad y la visión de unirse contra el general romano, una tribu tras otra fue vencida por Julio César.

Sin embargo, cada una de estas tribus luchaba desesperada y valientemente por su libertad.

La tribu de los nervios,[5]

que esperaba al acecho en un tupido bosque al lado de un río para atender una emboscada a los romanos.

Los romanos llegaron por el otro lado del río y no tenían ni idea de que el enemigo estaba tan cerca.

Julio César ordenó a sus tropas que levantaran un campamento.

[3] druida: 1. m. Entre los antiguos galos y britanos, miembro de la clase elevada sacerdotal, considerada depositaria del saber sagrado y profano, y estrechamente asociada al poder político. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[4] Stonehenge: Monumento megalítico tipo crómlech, de finales del neolítico (siglo XX aC), situado cerca de Amesbury, en el condado de Wiltshire, Inglaterra, a unos quince kilómetros al norte de Salisbury. [n. del pr.]

[5] nervios: Una tribu celta de guerreros de infantería. [n. del pr.]

Algunos soldados montaron tiendas, otros comenzaron a cavar las trincheras y a levantar una muralla de tierra para proteger el campamento, otros fueron a recoger leña para el fuego, y mientras casi todos los soldados romanos estaban ocupados montando el campamento, los nervios silenciosamente cruzaron el río y súbitamente se lanzaron sobre los romanos profiriendo su grito de guerra.

Hubo una terrible confusión, los soldados que acarreaban leña o que sólo tenían una tabla para defenderse fueron degollados por los nervios, otros se apresuraron a buscar sus armas y se atropellaron entre sí, era un desastre completo.

Pero en toda esa confusión Julio César permaneció tranquilo y vigilante.

Dio orden de hacer sonar la trompeta para rearmar a sus hombres que se habían alejado del campamento, se puso su armadura y con un grupo de hombres preparados, los llevó a atacar a los nervios.

La Décima Legión, su favorita, que estaba en una colina más lejos vio el desarrollo de la lucha, y se apresuró a ir en su ayuda.

Los romanos, con su disciplina estricta y su largo entrenamiento, descendieron, cerraron sus filas y mantuvieron a los nervios en la orilla del río.

Pero hubo una sola cosa que los romanos no podían hacer: forzar a los nervios a retroceder y huir, porque los galos nunca le daban la espalda al enemigo.

De modo que los romanos los mataron a todos, cerca de sesenta mil.

Julio César, con sangre fría y mente siempre abierta, convirtió lo que parecía un desastre en la victoria más grande.

Envió un informe de su victoria a Roma.

Por esta victoria, los senadores decretaron 15 días de celebraciones en Roma, con festines y juegos ininterrumpidos durante dos semanas.

Y el nombre de Julio César fue alabado por todos.

La tierra de la Galia se convirtió en parte del Imperio Romano, sin que nadie pensara en lo más mínimo en los miles de muertos de los nervios. ♣

ii:5 Britania

Julio César era un hombre inteligente. Sabía que una vez que el enemigo estaba derrotado, lo mejor era ser generoso.

Pues al pasar el tiempo, el enemigo podía volverse amigo.

Muchas de las tribus que lucharon contra él descubrieron que cuando se rendían Julio César no ejecutaba a sus jefes, ni tomaba prisioneros a los hombres y mujeres para ser vendidos como esclavos.

Sólo exigía que reconocieran a Roma como su gobierno.

En aquellos días era raro ser piadoso, pero esa era una política estratégica de Julio César.

Mientras estaba en la Galia, Julio César a menudo oía hablar de una isla que se hallaba a poca distancia de allí, cruzando el mar, al norte de la Galia.

Una isla llamada Britania y que allí, en Anglesey[1] había el centro más sagrado de los druidas donde cada druida había estado alguna vez.

[1] Anglesey: Isla al noroeste de la costa de Gales (Reino Unido). Históricamente ha sido asociada con los druidas. En el año 60, el general romano Cayo Suetonio Paulino atacó la isla, destruyendo el santuario y las arboledas sagradas. [n. del pr.]

También se sabía que algunas tribus de la isla de Britania habían enviado ayuda a sus amigos en la Galia, para luchar contra los romanos.

Julio César pensó que convendría llegar a esa isla y darle a esas tribus una lección, y tal vez llegar a conquistarlas.

Sólo había una dificultad: para pasar de la Galia a Britania hacía falta barcos, y Julio César no los tenía.

Aunque era una dificultad menor, porque todo soldado romano no sólo era entrenado para luchar, sino que era también experto en construcción.

Sus murallas, fortalezas y caminos perviven aún hoy en día.

Fueron construidas por los legionarios.

Y también eran buenos carpinteros.

Por lo tanto, si Julio César necesitaba barcos, tenía a los hombres que los construirían y disponía de los bosques de la Galia, que le suministrarían madera.

De ese modo llegó el día en que cerca de ochenta barcos romanos con cerca de doce mil soldados, liderados por Julio César, se aproximaron a las costas de Britania, cerca de Deal.[2]

Lo britanos, que habían oído rumores de que se acercaba Julio César, cuando vieron la flota de barcos que aproximaba, se precipitaron a la costa listos y deseosos de luchar contra los invasores.

Pero los romanos descubrieron con desánimo que sus barcos no podían llegar a la orilla.

El mar tenía muy poco calado y los barcos podían encallar si se acercaban más.

Sin desanimarse, Julio César dio la orden:

—¡Saltad al agua, y llegad a la orilla!

Pero los bravos saldados romanos no tenían valor para saltar a la fría y gris agua del mar.

Incluso la Décima Legión estaba paralizada como si no hubiese escuchado la orden del general.

Pero el portaestandarte no se sentía amedrentado, y con el estandarte del águila en la mano saltó al agua y gritó:

—Aquí va el águila, ¿quién la dejara caer en manos enemigas?

Los legionarios reaccionaron:

—¡Ahí va el honor de nuestra legión!

Y, acto seguido, se lanzaron al mar para seguir al estandarte.

Fue una batalla feroz, pero las espadas romanas vencieron a las hachas britanas, y los britanos se vieron obligados a huir.

Julio César encontró un país salvaje, sin tesoros de interés, y al poco tiempo se marchó de Britania.

Cien años después, los romanos volverían a atacar Britania, pero Julio César había sido el primero en poner allí el pie. ♣

[2] Deal: Localidad costera inglesa situada en el condado de Kent, al sureste de Inglaterra. Julio César realizó dos desembarcos en la zona, en 55 aC y 54 aC. [n. del pr.]

ii:6 el Rubicón

Roma fue fundada por Rómulo en el año 752 aC Julio César había nacido 652 años después, en el 100 aC, sólo cien años antes de la llegada de Cristo.

Y Julio César hizo su incursión contra los britanos en el año 54 aC.

Pero la primera invasión de Britania por parte de Julio César fue muy breve, pues consideró que no valía la pena penetrar más en la isla.

Por otra parte, el país que acababa de conquistar, la Galia, de ningún modo había quedado en paz con el gobierno romano.

Bajo el liderazgo de un hombre joven y noble, Vercingetórix,[1] estalló una rebelión contra los amos romanos.

Por un tiempo pareció como si la Galia, que había luchado desesperadamente por la paz, fuera a derrotar a los romanos por el mero peso numérico.

Los galos luchaban ferozmente, pero sin ninguna planificación, mientras los romanos eran entrenados para usar la cabeza.

[1] Vercingétorix (ca. 80 aC-46 aC): Líder galo. Al fin de la Guerra de las Galias, unió a la mayoría de las tribus galas para enfrentarse a Julio César y expulsarle de sus territorios. Vencido en Alesia (52 aC), fue apresado y encarcelado en el Tullianum durante seis años hasta que fue ejecutado tras celebrarse el triunfo de César. [n. del pr.]

En cada batalla, cada regimientos sabía lo que estaban haciendo los otros, y su líder, Julio César, el general que planificaba la batalla, había pensado en cada movimiento y contramovimiento, como si fuera una partida de ajedrez.

De modo que, a pesar de la furiosa lucha de los galos, y de su gran número, fueron derrotados por la destreza de los soldados romanos y por el genio y la premeditación de Julio César como general.

La rebelión de los galos fue aplastada.

Vercingetórix, su líder,fue mandado encadenado a Roma, donde languideció en prisión esperando el regreso de Julio César a Roma para celebrar su triunfo.

Siempre que un general romano vencía en alguna gran batalla o conquistaba un nuevo país, a su regreso era honrado por sus triunfos en un gran desfile para celebrar su victoria.

Algunas veces se construían 'arcos de triunfo' bajo los cuales pasaba toda la columna del desfile.

Hoy en día pueden verse aún muchos de ellos en Italia, España, y otros países del

Mediterráneo.

Los habitantes de Roma llenaban las calles engalanadas de flores y el desfile las recorría con toda pompa.

Al principio iban los oficiales de más alto rango de la ciudad de Roma en sus togas blancas —pues cada victoria era una victoria de Roma—, luego le seguían los soldados, los legionarios que marchaban con orgullo marcando el paso, con sus armaduras y armas brillando al sol, llevando el botín de guerra, los tesoros, estandartes y armas de los vencidos.

Era el día del orgullo de los soldados romanos que podían desfilar entre las multitudes alegres de Roma.

Después de los soldados venía el carro dorado, tirado por corceles blancos, donde iba el general victorioso que llevaba en la cabeza una corona hecha de hojas de laurel.

El regocijo de las multitudes crecía, era como un poderoso rugido.

Pero en el carro iba un esclavo. ¿Y qué hacía ese esclavo?

Mientras se desencadenaba el regocijo y los gritos de alegría de la gente, el esclavo susurraba a los oídos del general:

—No te olvides de que eres un mortal, acuérdate de que tú también tendrás que morir un día como cualquier ser humano.

Incluso en esa gran hora de triunfo, el gran hombre tenía que recordar que sólo era un hombre como todos los demás y tenía que morir alguna vez.

Después del carro con el general victorioso seguía la triste fila de los esclavos.

El líder de los conquistados, como fue el caso del joven Vercingetórix, era ejecutado después del desfile.

Julio César tenía el derecho a ese gran honor, el derecho a desfilar triunfalmente por las calles de Roma.

Pero aún faltaba mucho tiempo antes de que pudiera recorrerlas en su carro dorado tirado por corceles blancos, y escuchar el regocijo de la muchedumbre, y el susurro del esclavo en sus oídos.

Después de aplastar la rebelión de los galos, primero tenía que asegurarse de que no iba a haber más levantamientos contra Roma.

Sus legionarios construyeron caminos para que las tropas pudieran marchar fácilmente a cualquier parte de la Galia.

Aún hoy en día existen algunos caminos o vías romanas.

Para construir esos caminos se cavaba primero una zanja profunda, se la rellenaba luego con una capa de pequeñas piedras de pedernal,[2] luego se cubría con una capa de grava,[3] seguida por una capa de piedra caliza,[4] luego otra nueva capa de grava.

Finalmente, se acababa con una capa de piedra lisa y que permanecía seca.

Esas carreteras o vías construidas así duraron siglos y muchas de ellas han llegado hasta nosotros.

Se construían tan rectas como el vuelo de una flecha, sin ángulos ni curvas, porque era la ruta más directa para las marchas de los soldados.

Con la misma destreza, los hombres de Julio César construyeron templos romanos después de haber sofocado la rebelión.

A los jóvenes nobles de la Galia les enseñaban profesores romanos, o eran enviados a Roma donde eran introducidos a las maneras, costumbres y leyes romanas.

De modo que, con el tiempo, los mismos galos se volvieron romanos y llegaron a militar como soldados de Roma.

Olvidaron incluso su propia lengua, acabaron hablando latín, del que procede el francés moderno.

Después de aplastar la rebelión, Julio César estuvo muy ocupado en la Galia.

---

[2] pedernal: 1. m. Variedad de cuarzo, compacto, traslúcido en los bordes y que produce chispas al ser golpeado. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[3] grava: 1. f. Conjunto de guijas (piedras lisas y pequeñas). 2. f. Piedra machacada con que se cubre y allana el piso de los caminos. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[4] calizo, za: 1. adj. Dicho de un terreno o de una piedra: Que tiene cal. 2. f. Roca formada de carbonato de cal. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Mientras tanto, muchas cosas habían cambiado en Roma.

Uno de los dos hombres que habían sellado el pacto secreto con Julio César, Craso, había sido asesinado en el este.

Con la muerte de Craso y Julio César lejos en la Galia, Pompeyo, el conquistador de Palestina, se convirtió en el hombre más poderoso de Roma.

Los senadores estaban de su lado y preferían a Pompeyo antes que a Julio César, de modo que proclamaron cónsul a Pompeyo.

En la Galia, Julio César era informado por sus amigos en Roma de las cosas que iban sucediendo en la capital, y de que cada vez había más gente que se ponía de parte de Pompeyo.

Supo que Pompeyo había llegado a ser tan poderoso que Julio César no tenía ninguna posibilidad de hacer nada contra él.

Sin embargo, Julio César esperaba, todavía no estaba listo para comenzar una guerra civil, en la que romanos lucharan contra romanos.

Incluso un hombre tan ambicioso como Julio César temía ante la idea de una guerra de romanos contra romanos.

Los senadores y Pompeyo en Roma se sentían intranquilos con Julio César que estaba en la Galia al mando de un enorme ejército cuyos soldados eran verdaderos devotos suyos.

Ni los senadores ni Pompeyo podían sentirse completamente seguros mientras Julio César estuviera al mando de ese ejército.

Pero Julio César era sólo un general, y un general no es un rey, un general tiene que obedecer al gobierno, y los senadores y Pompeyo eran el gobierno.

Por eso, los senadores le mandaron a Julio César un mensaje que era una orden: 'Disuelve tu ejército, manda a tus soldados a casa y vuelve a Roma.'

¿Qué podía hacer Julio César?

Si obedecía la orden de los senadores y volvía solo a Roma, su vida estaba a merced de Pompeyo, que tal vez podía tratarlo generosamente, pero Julio César no tendría nunca más la posibilidad de llegar al poder por sí mismo.

Por otra parte, si Julio César desobedecía la orden, se convertía en un rebelde contra su propio gobierno, y los soldados romanos liderados por Pompeyo lucharían contra él.

Julio César no sabía qué hacer.

Marchó con su ejército hasta un pequeño río, el Rubicón, que hacía de frontera entre la Galia e Italia.

Ahí, junto al Rubicón tuvo que tomar una decisión.

Podía ordenar a sus tropas que bajasen las armas y volvieran a Roma como ciudadanos privados, retornando a sus casas.

O podía ordenarles marchar completamente armados bajo su comando, atravesando el puente del río, lo que significaba rebelión y guerra civil.

Sabía que la decisión era muy importante, y si decidía avanzar, no habría marcha atrás, no habría vuelta a la paz.

Estuvo en pie un largo rato, mirando la corriente del río, sumergido en profundas cavilaciones, mientras los soldados estaban en pie más lejos, esperando una orden.

Mientras Julio César y sus soldados estaban de un lado del Rubicón, observó que en el otro lado había un pastor tocando una tonada con su flauta.

A algunos de los soldados de Julio César les gustó el sonido de la flauta, y uno de ellos dijo:

—¡Atravesemos el puente para acercarnos al pastor y escuchar mejor la flauta!

Y cierto número de soldados cruzó el puente corriendo para llegar al otro lado.

Y cuando Julio César vio a esos hombres cruzando el puente, tuvo la certeza de que eso era una señal enviada por los dioses.

Dio la vuelta y dirigiéndose al ejército que le esperaba, gritó con voz fuerte:

—¡Los dioses nos han mandado una señal, a lea jacta est —la suerte está echada—.
»Marchemos soldados y crucemos el Rubicón!

Hoy en día todavía se usa esa metáfora cada vez que alguien tiene que tomar una decisión importante y difícil de la que no habrá vuelta atrás: 'Tiene que cruzar el Rubicón.' ♣

ii:7 saludos, ¡oh, rey!

Julio César penetró con sus tropas en Italia atravesando el Rubicón.

Todas las ciudades en el norte de Italia le iban abriendo las puertas para saludarle, aplaudirle, y darle la bienvenida.

Era como si lo hubieran estado esperando.

En Roma mismo se produjo una gran confusión cuando llegaron las noticias de que Julio César había desafiado la orden de los senadores.

Pompeyo trató de reunir rápidamente un ejército, pero se dio cuenta de que sus propios soldados desertaban para unirse al ejército de Julio César que venía en camino.

Cuando Pompeyo comprobó que no podía contar con ninguna tropa italiana, decidió levantar un ejército en Grecia donde tenía amigos y mucho apoyo.

Y de ese modo Pompeyo huyó a Grecia.

Y así Julio César pudo marchar por Italia directo a Roma sin encontrar opositores, no se levantó ninguna espada en su contra.

Cuando sos soldados entraron en Roma, lo hicieron cantando, y la gente le aplaudía.

Los senadores temblaban temerosos por sus vidas y estaban dispuestos a hacer todo lo que Julio César les pidiera.

Fue nombrado Cónsul, Tribuno e incluso Dictador, todo para agradarle.

Tal vez pensaban que eso no era tan importante, porque, tarde o temprano, regresaría Pompeyo y se enfrentaría a Julio César por ellos.

Pero estaban totalmente equivocados.

Sin pensarlo dos veces, el propio Julio César embarcó con su ejército a Grecia.

Y Pompeyo el Grande, que nunca había perdido una batalla, perdió allí la batalla de Farsalia, donde fue derrotado por Julio César: fue el 9 de agosto del año 48 aC.

Pompeyo huyó y encontró un barco que le llevó a Egipto.

Los egipcios no tenían deseo alguno de dar refugio a un hombre que era enemigo de Julio César.

Querían darse a conocer como amigos de Julio César y se lo mostraron de una manera espantosa.

Cuando Julio César llegó a Egipto diez días después con una de sus legiones, el faraón niño[1] le dio la bienvenida.

Y cuando preguntó por Pompeyo, los cortesanos del faraón le trajeron la cabeza de Pompeyo.

Lo habían asesinado cuando había pedido asilo político.

Cuando Julio César vio la cabeza de uno de los hombres más grandes de Roma, se derrumbó y lloró.

Pero una vez muerto Pompeyo Julio César ya no tenía ningún rival que se le opusiera.

Era el hombre más poderoso de toda Roma.

Después de una lucha por el poder entre hermanos —Ptolomeo XIV y Cleopatra—, Julio César facilitó la ascensión al poder de faraón a Cleopatra, que en aquel entonces contaba con sólo veinte años.

Quedó profundamente enamorado de Cleopatra y ambos tuvieron un hijo: Ptolomeo XV César,[2] también llamado Cesarión por los egipcios.

Después de este prolongado período en Egipto, Julio César regresó a Roma en el año 47 aC, llevando consigo a Cleopatra y a su hijo.

En Roma, Cleopatra se ganó muchos enemigos, que la veían como una amenaza, por lo que muchos escritores e historiadores se encargaron de ofenderla e insultarla.

La reina de Egipto caía muy mal en Roma.

Vivía en una casa cerca del Tíber, junto a su hijo, pero seguía como la amante de Julio César y no sufrió penalidades —recordemos que Julio César estaba casado oficialmente con Calpurnia—.[3]

Cuando Julio César regresó a Roma tenía 52 años.

La gente se acordaba de Sila y pensaba que Julio César se vengaría de los senadores y de los amigos de Pompeyo o de cualquiera que hubiera estado contra él.

Pero Julio César sorprendió a todos, amigos y enemigos, por su tolerancia.

[1] Ptolomeo XIII Teos Filópator: Faraón de la dinastía Ptolemaica de Egipto; gobernó de 51 aC a 47 aC. Hijo de Ptolomeo XII Auletes; a los 10 años de edad heredó el trono, conjuntamente con su hermana Cleopatra VII, con la que se desposó. [n. del pr.]

[2] Ptolomeo XV Filópator Filómetor César ((47 aC-30 aC): Faraón de la Dinastía Ptolemaica. Su madre fue Cleopatra VII, última reina de Egipto, y su padre Julio César.·Diccionario RAEL [n. del pr.]

[3] Calpurnia: Noble romana del siglo I aC, hija de Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, y la tercera y última esposa de Julio César. [n. del pr.]

No sólo perdonó a los amigos de Pompeyo, sino que les otorgó puestos importantes.

Se preocupó de los soldados que le habían servido con lealtad, le habían apoyado y luchado por él.

Cada uno recibió un generoso regalo en monedas, y una parcela de tierra en Italia.

También se preocupó de los pobres de Roma.

Por orden suya, Cartago fue reconstruida para la gente pobre de Roma y de otras partes del imperio.

De ese modo esa gente podía crear una nueva ciudad con sus propias casas y jardines en el norte de África.

Extrañamente, además de ser cónsul, tribuno y dictador, a Julio César le fue otorgado otro gran honor, fue designado 'Pontifex Maximus,' 'Sumo pontífice,' el sacerdote que está por encima de los demás sacerdotes.

'Pontifex' quiere decir 'el que construye el puente entre los seres humanos y los dioses.'

El nombre latino para el Papa, hoy en día, sigue siendo el de 'pontífice.'

Como sumo sacerdote del Imperio Romano, Julio César tenía que revisar el calendario para fijar las fechas de las fiestas romanas.

El calendario romano de los tiempos de Julio César no era igual que el nuestro.

Estaba regido por la luna.

De una luna llena a otra pasan alrededor de veintinueve días y medio, y el mes era sólo de 20 o 30 días, doce meses que daban 354 días, que son 11 días menos que un año real.

Ello implicaba que cada año empezaba 11 días antes que el anterior, lo que era un verdadero enredo.

Julio César decidió cambiar la situación.

Llamó a algunos astrónomos famosos de Egipto, y bajo su consejo se modificó el calendario que pasó a parecerse al nuestro —la inclusión del año bisiesto se produjo mucho más tarde.

Se alargaron los meses que pasaron a ser de 30 o 31 días, con excepción de febrero que tenía 28 días, o 29 días cada cuatro años.

Eso dio un año de 365 días y un cuarto: El calendario juliano.

Y en honor y memoria de Julio César al mes más luminoso y soleado del año (en el hemisferio norte) se le dio el nombre Julio: cuando hablamos de ese mes estamos recordando a Julio César.

Otro honor que se le otorgó fue el título de 'Imperator,' 'emperador,' es decir, comandante máximo de todos los soldados romanos.

De ese modo, Julio César acabó adquiriendo mucho más poder que cualquier hombre antes: tribuno, dictador, cónsul, emperador y sumo sacerdote.

Pero a pesar de ser ambicioso y disfrutar en ser el hombre más poderoso del mundo antiguo, usaba su poder sabiamente.

Sin embargo, había un título que Julio César no tenía, el titulo de rey.

Tenía más poder que cualquier rey, pero no podía llamarse a sí mismo rey.

Incluso los romanos que le amaban podrían haberse vuelto en contra suya si lo hubiera hecho.

Pero todos los otros poderes y títulos tenían que morir con Julio César, no podía traspasárselos a un hijo o a un pariente.

De hecho, excepto por Cesarión, Julio César no tuvo hijos, su pariente más cercano fue Octavio, el hijo de su sobrina, y que él convirtió en hijo adoptivo.

Mientras que los reinados se heredaban, los romanos ya no querían tener reyes, veneraban a Julio César, pero cuando él muriera Roma volvería a sus costumbres republicanas y no estaría a merced de un solo hombre.

Por eso los romanos podrían haberse vuelto contra Julio César si hubiera asumido el título de rey.

Julio César lo sabía, y se cuidaba mucho de evitar cualquier sospecha de que él también quería ser rey.

Marco Antonio, un joven oficial que había luchado con él contra Pompeyo, y lo admiraba mucho, al ver a Julio César un día en el foro le saludó con las palabras:

—¡Ave rex! ¡Se te saluda, rey!

Julio César frunció el ceño y dijo:

—Marco Antonio, ¿no sabes que soy Julio César y no rey?

Pero de aquel día en adelante hubo rumores en Roma de que Julio César quería ser rey.

Un día, durante el gran festival de las lupercales,[4] Julio César contemplaba y escuchaba desde su balcón los cantos y celebraciones de la gente en la calle.

Al verle, la gente empezó a aplaudirle y aclamarle.

Y apareció Marco Antonio en el balcón con una corona de oro en sus manos y se la ofreció a Julio César.

La multitud se quedó en silencio, y Julio César sonrió y apartó la corona.

Entonces la multitud al observarlo, empezó a aplaudir fervorosamente.

[4] lupercales: 1. f. pl. Fiestas que en el mes de febrero celebraban los romanos en honor del dios Pan. Diccionario RAEL [n. del pr.]

Una vez más Marco Antonio le ofreció la corona y Julio César volvió a rechazarla, y lo mismo sucedió una tercera vez.

Pero los enemigos de Julio César esparcían rumores de que Marco Antonio le había ofrecido la corona a Julio César porque Julio César mismo quería averiguar la reacción de los romanos si él aceptara ser rey.

Y ese rumor se extendió y hubo cada vez más gente que empezó a creérselo. ♣

ii:8 los idus de marzo

Roma estaba repleta de rumores:

Unos decían:

—Julio César será proclamado rey.

Y otros replicaban:

—No, la gente jamás lo apoyaría.

Y otros más:

—Sus soldados van a proclamarlo y nos lo van a imponer como rey.

La gente rumoreaba y hablaba.

Incluso los que amaban a Julio César empezaron a creer que tal vez era cierto que iba a ser nombrado rey y que luego Octavio heredaría su poder como sucesor.

Después de todo, ¿por qué Julio César llevaba a Octavio a donde quiera que fuera?

¿Por qué lo trataba como a un príncipe de la corona?

Aún había gente en Roma que, a pesar de que le gustara Julio César, no querían que Roma fuera regida por siempre por un solo hombre.

Ellos esperaban que cuando Julio César muriera Roma sería libre de escoger un nuevo líder.

Una de esas personas era Bruto,[1] descendiente del Bruto que antaño había echado al último rey, Tarquinio, el etrusco.

Bruto tenía muchas razones para estimar a Julio César, porque éste le apreciaba y nunca le había negado ningún favor.

Bruto apreciaba a Julio César, pero creía de todo corazón que Roma tenía que volver a ser una verdadera república.

Temía que Julio César no descansaría hasta convertirse en rey y que eso sería el fin de todas las esperanzas de que los romanos algún día pudieran volver a escoger a sus líderes.

Bruto estaba cada vez más convencido de que había una sola manera de detener a Julio César: asesinándolo.

A pesar de que Bruto era amigo de Julio César, sintió que su deber frente a Roma era asesinar a Julio César antes de que él mismo se proclamara rey.

Bruto tenía un amigo, Casio[2] que, a diferencia de Bruto, odiaba a Julio César.

Casio había sido amigo de Pompeyo y no podía olvidar la manera tan miserable en que había muerto el pobre Pompeyo, y todo a causa de Julio César.

Era cierto que Julio César había sido amable con Casio, y hasta le había dado un alto cargo, pero, en su corazón, Casio no había perdonado a Julio César.

Quería vengar a Pompeyo.

De modo que estos dos hombres, Bruto y Casio, encontraron a una serie de hombres que odiaban a

[1] Marco Junio Bruto Cepión (85 aC-42 aC): Político y militar romano de la etapa final de la República. Participó en la conspiración que condujo al asesinato de Julio César en los idus de marzo de 44 aC. [n. del pr.]

[2] Cayo Casio Longino (87/86 aC-42 aC): Junto con su amigo y cuñado Marco Junio Bruto, como cabeza del asesinato de Julio César en los idus de marzo de 44 aC preparado por el partido senatorial.1 [n. del pr.]

Julio César por diferentes razones —envidia, ambición, venganza— y los conspiradores empezaron a reunirse secretamente para planear el asesinato de Julio César.

Pero mientras más gente se unía a la conspiración, mayor era el riesgo de que uno de ellos traicionara a los otros contándoselo a Julio César.

Bruto y Casio decidieron que no esperarían más tiempo.

Había llegado el momento de actuar.

Al día 15 de cada mes, los romanos lo llamaban los 'idus,' la 'mitad del mes,' y en los idus de marzo tenía que realizarse un.

importante encuentro en el senado y en el foro.

Naturalmente, Julio César estaría allí.

Y ese sería el momento y el lugar idóneos para asesinarlo.

Un hombre clarividente, que podía ver el futuro, había advertido a Julio César que los idus de marzo serían para él muy peligrosos y que debía estar en guardia.

Pero Julio César se reía de esa advertencia.

La noche del 14 de marzo hubo un banquete en la casa de Julio César y durante la conversación sus invitados comenzaron a hablar de la muerte.

Uno de ellos le preguntó a Julio César qué tipo de muerte le gustaría a él.

Julio César contestó:

—Una muerte repentina.

Durante la noche, la esposa de Julio César, Calpurnia, tuvo una pesadilla en la que vio el cuerpo de Julio César lleno de sangre y que le traían a casa el cadáver ensangrentado.

Cuando despertó a la mañana siguiente, llena de lágrimas, le imploró a Julio César que no fuera al senado ese día.

Y Julio César, para hacerle un favor a ella, consintió en quedarse en casa.

Cuando se veía que Julio César no llegaba al Senado hubo una gran consternación entre los senadores.

¿Qué hacer? ¿Por qué no se había presentado?

Pero los más alterados eran Bruto y Casio y los demás conspiradores, que llevaban sus dagas escondidas debajo de la toga.

Bruto se dirigió a casa de Julio César para averiguar qué le mantenía allí.

Cuando Julio César le habló del sueño de su esposa, Bruto le dijo:

—¿Habré de decirle a Roma que Julio César se queda en casa por los sueños de su esposa?

Eso hirió el orgullo de Julio César.

No quería que los romanos se rieran de él, y a pesar de las súplicas desesperadas de Calpurnia, se fue con Bruto.

Mientras caminaban a través de las calles Julio César vio al clarividente que había profetizado que el mal caería sobre él en los idus de marzo, y Julio César le dijo:

—Los idus de marzo ya han llegado, amigo mío.

El vidente respondió:

—Sí, pero aún no han terminado.

Entre la gente de las calles había un hombre que parecía ansioso de entregarle un trozo de papel a Julio César.

Le dijo:

—Léelo, Julio César, tiene que ver con tu seguridad.

El papel contenía los nombres de los conspiradores que habían planeado asesinar a Julio César.

Pero Julio César estaba tan apremiado por entrar en el senado que no miró el papel, y se lo pasó a alguien para que se lo guardara.

En cuanto Julio César entró en el senado, Bruto, Casio y los otros conspiradores se le acercaron y lo rodearon para evitar que el resto de senadores pudieran ver lo que estaba sucediendo.

Entonces, uno de ellos le entregó a Julio César una carta de súplica, con una petición que Julio César ya había rechazado antes.

Julio César miró la carta y enojado respondió negativamente al senador que se la había entregado y se dio la vuelta.

En ese mismo instante el hombre tomó la toga de Julio César por la parte de atrás del cuello y la tiró hacia abajo.

Esa era la señal para los conspiradores que sacaron sus dagas, se abalanzaron sobre Julio César y se las clavaron.

Con la sangre chorreando de sus heridas, Julio César golpeaba a sus atacantes con las manos vacías.

Pero entonces vio cómo Bruto —el hombre que él estimada y en el que confiaba— levantaba su daga para clavársela, y le gritó:

—Et tu Bruto. ¿Tú también, Bruto?

U entonces se cubrió la cara con la toga, y cayó muerto al suelo, justo al pie de la estatua de Pompeyo.

Ese fue el fin de Julio César, el hombre que había adquirido más poder que cualquier romano antes que él.

Cuando el resto de senadores vieron lo que estaba sucediendo en el senado, el lugar de la ley y de la justicia, quedaron horrorizados y huyeron de allí.

No querían tener nada que ver con ese crimen.

Mientras se alejaban del senado se encontraron con Marco Antonio, el joven oficial que tanto admiraba a Julio César, y al escuchar la espantosa noticia temió que él mismo también podría ser asesinado, porque era amigo de Julio César, y también se alejó de allí.

Mas no por mucho tiempo.

Tras la muerte de Julio César, Cleopatra tuvo que volver a Egipto con su hijo.

Allí quedó reinando ella junto a Cesarión.

Mientras tanto, los conspiradores empezaron a preocuparse de que la gente de Roma se volviera contra ellos.

Aún estaban discutiendo lo que debían hacer cuando se presentó Marco Antonio y exigió que Julio César tuviera un funeral público.

Bruto y Casio estuvieron de acuerdo.

En un funeral público era costumbre hacer grandes discursos, y esa era una buena ocasión para ellos de hablarle a la gente de Roma y explicarles que ellos no eran asesinos comunes, sino que habían asesinado a Julio César por el bien de la libertad romana.

Estuvieron también de acuerdo en que a Marco Antonio se le permitiera hablar.

Al día siguiente, se colocó el cuerpo de Julio César sobre un altar en el foro.

Primero habló Bruto, y habló con tal sinceridad, explicando por qué un amigo de Julio César, como era él, había decidido que Julio César muriera antes de convertirse en rey.

Habló tan bien que la gente de Roma prorrumpió en aplausos, y estuvo de acuerdo en que lo que Bruto había hecho era lo correcto.

Pero entonces le tocó el turno de hablar a Marco Antonio y su discurso quedó inmortalizado en las palabras del escritor inglés Shakespeare, en su obra 'Julio César.'[3]

—Amigos, romanos, compatriotas, prestadme atención; he venido a enterrar a Julio César, no a ensalzarlo.

»El mal que hacen los hombres les sobrevive; el bien suele quedar sepultado con sus huesos.

»Que así ocurra con Julio César.

»El noble Bruto os ha dicho que Julio César era ambicioso; si lo fue, esa fue una falta de extrema gravedad, y Julio César gravemente la ha pagado.

»He venido a hablar en el funeral de Julio César, por la benevolencia de Bruto y de los demás, pues Bruto es un hombre honorable, como son todos los demás, hombres honorables.

»El fue mi amigo, fiel y justo conmigo; pero Bruto dice que era ambicioso; y Bruto es un hombre honorable.

»Julio César trajo a Roma muchos cautivos, y sus rescates llenaron el tesoro público.

»¿Puede verse en esto la ambición de Julio César?

»Cuando el pobre lloraba, Julio César lloraba; la ambición tendría que ser de una sustancia más dura; Pero Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honorable.

»Todos visteis que, en las Lupercales, le ofrecí tres veces una corona real, y tres veces la rechazó.

»¿Era eso ambición?

»Pero Bruto dice que era ambicioso y es indudable que Bruto es un hombre honorable.

»No hablo para desmentir lo que Bruto dijo, sino que estoy aquí para decir lo que sé.

»Todos amasteis a Julio César alguna vez, y no sin razón.

»¿Qué razón, entonces, os impide ahora hacerle el duelo?

»¡Ay, raciocinio te has refugiado entre las bestias, y los hombres han perdido la razón!

»Perdonadme.

»Mi corazón está ahí en ese féretro, con Julio César, y debo detenerme hasta que vuelva en mí...

(Los ciudadanos discuten entre sí sobre las palabras de Marco Antonio, y él reanuda el discurso.)

»Ayer, la palabra de Julio César hubiera prevalecido contra el mundo.

»Ahora yace ahí y nadie hay con la suficiente humildad para reverenciarlo.

»¡Oh, señores! Si tuviera el propósito de excitar vuestras mentes y vuestros corazones al motín y a la cólera, sería injusto con Bruto y con Casio, que, como todos sabéis son hombres honorables.

»No quiero ser injusto con ellos.

»¡Prefiero serlo con el muerto, conmigo mismo y con vosotros, antes que con esos hombres tan honorables!

»Pero aquí hay un pergamino con el sello de Julio César.

[3] Shakespeare, William. 'Julio César.' Tragedia escrita probablemente en 1599. Recrea la conspiración en contra del dictador romano Julio César, su homicidio y sus secuelas, así como su lugar de desarrollo: la antigua Roma. [n. del pr.]

»Lo encontré en su gabinete.

»Es su testamento.

»Si se hiciera público este testamento que, perdonadme, no tengo intención de leer, iríais a besar las heridas de Julio César muerto y a empapar vuestros pañuelos en su sagrada sangre.

»¡Suplicaríais un cabello suyo como reliquia, y al morir lo mencionaríais en vuestro testamento, como un rico legado a vuestra posteridad!

(Los ciudadanos reclaman que se lea el testamento.)

»Tened paciencia, gentiles amigos.

»No debo leerlo.

»No es conveniente que sepáis hasta que extremo os amó Julio César.

»No estáis hechos de madera, ni de piedra, sois seres humanos, y, como seres humanos, sí oís el testamento de Julio César os vais a inflamar, os vais a volver locos.

»No es bueno que sepáis que sois sus herederos, pues si lo supierais, podría ocurrir cualquier cosa.

(Los ciudadanos siguen reclamando que se lea el testamento.)

»¿Seréis pacientes?

»¿Querréis esperar un poco?

»He ido demasiado lejos al deciros esto.

»Temo agraviar a los honorables hombres cuyos puñales traspasaron a Julio César.

¡Lo temo!

(Los ciudadanos empiezan a ver a Bruto y Casio como traidores y reclaman que se lea el testamento.)

»¿Me obligáis a que lea el testamento?

»En ese caso, formad círculo en torno al cadáver de Julio César, y dejadme mostraros al que hizo el testamento.

»¿Puedo descender?

»¿Me dais vuestro permiso?

(Hacen sitio a Marco Antonio.)

»Si tenéis lágrimas, preparaos a derramarlas.

»Todos conocéis este manto.

»Recuerdo la primera vez que Julio César se lo puso.

»Era una tarde de verano, en su tienda, el día que venció a los nervios.

»¡Mirad: por aquí penetró el puñal de Casio!

»¡Ved que brecha abrió el envidioso Casca!

»¡Por esta otra le apuñaló su muy amado Bruto!

»Y al retirar su maldito acero, observad cómo la sangre de Julio César lo siguió, como si se abriera de par en par para cerciorarse si Bruto, malignamente, la hubiera llamado.

»Porque Bruto, como sabéis, era el ángel de Julio César.

»¡Juzgad, oh dioses, con qué ternura le amaba Julio César!

»¡Ese fue el golpe más cruel de todos, porque cuando el noble Julio César vio que él lo apuñalaba, la ingratitud, más fuerte que las armas de los traidores, lo aniquiló completamente.

»Entonces estalló su poderoso corazón, y, cubriéndose el rostro con el manto, el gran Julio César cayó a los pies de la estatua de Pompeyo, al pie de la cual se desangró…

»¡Oh qué funesta caída, conciudadanos!

»En aquel momento, yo, y vosotros, y todos, caímos, mientras la sangrienta traición nos sumergía.

»Ahora lloráis, y me doy cuenta que empezáis a sentir piedad.

»Esas lágrimas son generosas.

»Almas compasivas: ¿por qué lloráis, si sólo habéis visto la desgarrada túnica de Julio César?

»Mirad aquí.

»Aquí está, desfigurado, como veis, por los traidores.

(Los ciudadanos reclaman venganza.)

»¡Conteneos, ciudadanos!

»Amigos, queridos amigos: que no sea yo quien os empuje al motín.

»Los que han consumado esta acción son hombres dignos.

»Desconozco qué secretos agravios tenían para hacer lo que hicieron.

»Ellos son sabios y honorables, y no dudo que os darán razones.

»No he venido, amigos, a excitar vuestras pasiones.

»Yo no soy orador como Bruto, sino, como todos sabéis, un hombre franco y sencillo, que quería a su amigo.

»Y eso lo saben muy bien los que me permitieron hablar de él en público.

»Porque no tengo ni talento, ni elocuencia, ni mérito, ni estilo, ni ademanes, ni el poder de la oratoria para enardecer la sangre de los hombres.

»Hablo llanamente y sólo digo lo que vosotros mismos sabéis.

»Os muestro las heridas del amado Julio César, pobres, pobres bocas mudas, y les pido que ellas hablen por mí.

»Pues si yo fuera Bruto, y Bruto Marco Antonio, ese Marco Antonio exasperaría vuestras almas y pondría una lengua en cada herida de Julio César capaz de conmover y amotinar los cimientos de Roma.

(Los ciudadanos llaman al motín.)

»Escuchadme, ciudadanos.

»Escuchadme lo que tengo que decir.

»¿Qué ha hecho Julio César para merecer vuestro afecto?

»¿No lo sabéis?

»Yo os lo diré.

»Habéis olvidado el testamento del que os hablé.

(Reclaman que lo lea.)

»Aquí está, con el sello de Julio César:

»A todos y cada uno de los ciudadanos de Roma, lega setenta y cinco dracmas.

»Lega, además, todos sus paseos, sus quintas particulares y sus jardines, recién plantados a este lado del Tíber.

»Los deja a perpetuidad a vosotros y a vuestros herederos, como parques públicos, para que os paseéis y recreéis.

»¡Este sí que era un Julio César!

»¿Cuándo tendréis otro como él? ♣

ii:9 en Filipos

Los que alguna vez han estado en peligro de una muerte súbita —por ejemplo, un escalador que cae por un precipicio, o un nadador que ha estado a punto de ahogarse, pero que ha sido salvado en el último momento—, en muchos casos han tenido una extraña experiencia.

Relatan que vieron en un instante su vida entera, todos los acontecimientos de su vida desde la más tierna infancia hasta ese momento de la muerte.

Si eso le pasa a las personas que han estado a punto de morir, también puede pasarle a todo el mundo cuando muere de verdad: que perciba una visión de toda su vida cuando ésta se acaba.

Imaginemos el momento en que Julio César gritó:

—¿Tú también Bruto?

Y cubrió su rostro con la toga, desplomándose en el suelo del Senado.

En ese momento tal vez vio toda su vida, todos los grandes y pequeños acontecimientos de su vida.

¿Qué habría visto?

Volvió a ver el día en que estaba frente a Sila y éste le amenazó de muerte si no se divorciaba de su esposa plebeya: el día en que recitaba poemas a los piratas y ellos se le reían; el día que hizo el pacto con Pompeyo; los espesos bosques de la Galia, los hombres de la Décima Legión que le veneraban, el Rubicón donde estuvo sopesando lo que debía hacer, su propio triunfo, y cómo los senadores le daban todos los honores y títulos, la batalla contra Pompeyo, aquel día terrible en Egipto cuando le ensañaron la cabeza de Pompeyo, a Marco Antonio que lo estimaba pero que, sin querer, hacía lugar a los rumores contra Julio César, a su sobrino nieto Octavio, a Bruto en quien había confiado y que era uno de sus asesinos.

Fue una gran vida plagada de aventura que acabó el 15 de Marzo del 44 aC.

Era una vida que le había llevado al poder, al poder máximo, pero había pagado su precio por ella creándose enemigos, provocando que la gente le odiara.

Con la muerte de Julio César comenzó una nueva lucha por el poder.

Marco Antonio, con su gran discurso, había conmovido los corazones de los romanos que acabaron volviéndose contra los conspiradores, Bruto y Casio.

Los asesinos de Julio César tuvieron que huir de Roma y pusieron rumbo a Grecia.

A pesar de haber asesinado a Julio César, que confiaba en él, Bruto no quería el poder para sí mismo.

Real y sinceramente, quería restaurar la república romana.

Pero Marco Antonio, que había incitado a los romanos contra Bruto, se veía a sí mismo como sucesor de Julio César.

Marco Antonio quería poder.

Pero había alguien más que se consideraba el legítimo heredero de Julio César.

Era Octavio, el pariente masculino más cercano a Julio César, su sobrino nieto.

Hubo un momento en que parecía que Octavio y Marco Antonio iban a empezar una guerra civil.

Pero cuando oyeron que Bruto y Casio habían reclutado un ejército en Grecia —en Grecia había siempre hombres dispuestos a rebelarse contra los romanos—, comprendieron que sería una locura declararse la guerra entre ellos, y por consiguiente hicieron un pacto para reunir sus fuerzas para derrotar a Casio y Bruto.

Y cuando lo consiguieran gobernarían en un triunvirato, tres hombres —Lépido,[1] Marco Antonio y Octavio—, compartirían el poder como socios iguales.

Los ejércitos respectivos partieron para Grecia hasta que llegaron a la vista de las tropas de Casio y Bruto.

Era el año 42 aC. El lugar donde los ejércitos se enfrentaron estaba cerca de una ciudad llamada Filipos.[2]

La noche anterior a la batalla, a Bruto le ocurrió algo extraño.

Estaba solo en su tienda, sus soldados estaban durmiendo excepto los que hacían el turno de guardia nocturna.

Todo estaba en silencio, pero Bruto no podía dormir.

No era la batalla del día siguiente lo que le preocupaba.

Era un romano, y las batallas eran algo a lo que estaba acostumbrado.

Pero desde la muerte de Julio César le costaba dormir.

Así que sentado en su tienda a la luz de una lámpara de aceite, súbitamente sintió que no estaba solo, alzó la mirada y vio ante él una figura extraña y adusta. Preguntó:

—¿Quién eres?

La extraña aparición respondió:

—Soy tu genio negativo.

Y entonces reconoció al fantasma de Julio César. Y le gritó:

—¿Qué quieres de mí?

Y el fantasma le contestó con una voz hueca:

—Mañana te veré en Filipos.

Pero Bruto se rehizo y respondió:

—Bien, entonces nos veremos mañana en Filipos.

Y el fantasma desapareció.

Bruto no era un cobarde.

Fuera o no un fantasma, dirigió a sus hombres tan bien y luchó con tanto coraje que las tropas de Octavio acabaron dando media vuelta y huyendo.

Pero Marco Antonio, que había luchado y había derrotado a Casio, el amigo de Bruto, pudo ir en ayuda de Octavio.

Ese fue el final de la batalla, con los soldados de Bruto huyendo, y Bruto con ellos.

Casio se había suicidado en lugar de entregarse.

Durante la noche, Bruto comprendió que no podría escapar, que Marco Antonio y Octavio no descansarían hasta que lo capturaran y lo mataran por el asesinato de Julio César.

Pero Bruto no permitiría que le llevasen encadenado por Roma.

Como romano era demasiado orgulloso para tener ese fin.

De modo que en la noche que siguió a la batalla de Filipos, Bruto se suicidó clavándose su propia espada.

Cuando los soldados de Marco Antonio encontraron el cadáver de Bruto, el propio Marco Antonio se acercó y miró en silencio a su enemigo muerto. Y dijo:

—Aquí yace un noble romano.

Y puso su propio manto púrpura sobre Bruto como signo de respeto por un noble enemigo.

Luego Octavio, Marci Marco Antonio y Lépido mantuvieron su pacto.

En la ciudad de Roma y en Italia gobernaban los tres por igual.

Fuera de Italia, Octavio gobernaría la Galia e Hispania en occidente, Marco Antonio gobernaría el oriente, que incluía Grecia, Siria y Palestina; y Lépido gobernaría las provincias de África.

Para sellar el acuerdo y fortalecer su amistad, Marco Antonio se casó con Octavia, la hermana de Octavio.

La gente de Roma y los senadores, ya no tenían nada que decir.

Marco Antonio y Octavio simplemente se dividieron el poder entre ambos a su placer.

A los senadores sólo se les informó y ellos tuvieron que aceptarlo.

[1] Marco Emilio Lépido: Cónsul del año 78 aC, formó parte en una rebelión contra la República por lo que fue asesinado. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[2] Filipos: Ciudad de Macedonia oriental fundada por Filipo II de Macedonia. Cerca había minas de oro, especialmente las de Asyla. [n. del pr.]

Bruto había matado a Julio César en vano, y había perdido su propia vida en vano.

Nunca más hubo una república romana. ♣

ii:10 Marco Antonio y Cleopatra

Durante un tiempo, Marco Antonio permaneció en Roma con su joven esposa Octavia, y compartía la tarea de gobernar el Imperio Romano con Octavio y Lépido, con quienes habían formado un segundo triunvirato en el 43 aC.

En el año 41 aC —tres años después de la muerte' de Julio César—, Marco Antonio se desplazó a la parte del imperio que le correspondía gobernar, que incluía Egipto, Siria y Macedonia y donde no tenía que compartir el poder.

De modo que dejó a su esposa en Roma y viajó primero a Grecia.

Muchos griegos habían estado dispuestos a luchar por el desafortunado Bruto, y Marco Antonio se propuso la tarea de castigar a los hombres que habían ayudado a Bruto.

Muchos griegos perdieron sus vidas o languidecieron en prisión por haber estado en el lado perdedor de la batalla de Filipos.

Marco Antonio aprovechó para entrar en contacto con Cleopatra y envió un mensajero a la reina de Egipto para llamarla en su ayuda en su guerra contra los republicanos, pero la reina no quería que Egipto entrara en una guerra civil de los romanos y tampoco se fiaba de él.

Finalmente, accedió a reunirse con él con la condición de hacerlo en su propio barco, considerado como suelo egipcio donde fuere que estuviese anclado.

Así que se encontraron en Tarso en el año 41 aC.

La reina de Egipto se presentó unas pocas semanas después de que se hubiera enviado el mensaje, Marco Antonio fue informado de que se aproximaba un bajel, que según explicaron excitados sus sirvientes, era algo nunca visto antes.

Llevado por la curiosidad, Marco Antonio se apresuró en ir hacia el puerto y vio un espectáculo asombroso.

El barco real egipcio estaba cubierto de láminas de oro y parecía como si todo él estuviera hecho de oro.

Llevaba una vela púrpura y los remos estaban tan tachonados de clavos de plata que parecían estar hechos completamente de plata.

Cuando ese barco resplandeciente llegó al embarcadero se extendió una pasarela y un esclavo negro invitó a Marco Antonio a subir a bordo.

Cuando llegó a la cubierta vio, reclinada en un diván, a la mujer más bella que jamás hubiera visto.

Tenía el pelo oscuro, ojos negros grandes y su bella figura estaba vestida en telas de la más delicada seda.

Un sirviente la abanicada con grandes plumas de pavo real.

A su alrededor había músicos que tocaban suavemente el arpa.

Con una voz que parecía música, la reina lo invitó a sentarse a su lado.

Y la belleza, el encanto, y la inteligencia de esa mujer obraron como si fuera un hechizo mágico sobre Marco Antonio.

En unos instantes se olvidó de su joven esposa en Roma, se olvidó de Roma y de sus deberes, y de su pacto con Octavio.

Solamente le importaba una cosa: esa hermosa mujer, la reina de Egipto, Cleopatra.

Al día siguiente el barco regresó a Egipto, y en él iba Marco Antonio.

Se fue con Cleopatra hasta Alejandría y permaneció allí durante el invierno de ese año, y allí tuvo dos hijos gemelos con ella.

Tras la muerte de su esposa Fulvia, Marco Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio.

Después de invadir Armenia y Partia e incorporarlas al imperio, Marco Antonio regresó a Alejandría, donde volvió a reunirse con Cleopatra, y declaró a Cesarión heredero de Julio César.

El gran Marco Antonio que había derrotado a Bruto y Casio, cuyo discurso había conmovido a los romanos, el amigo de Julio César, se volvió tan blando como la cera en las manos de Cleopatra.

Vivía rodeado de un impresionante lujo y esplendor en el palacio de Cleopatra, como si fuera su esposo, y dejó de pensar en su esposa en Roma y en lo que ella sentiría cuando se enterara de la noticia.

Su vida estaba tan llena de fiestas, celebraciones, placeres y diversiones, estaba tan sometido al hechizo de Cleopatra que no se preocupaba en nada por lo que pasaba en Roma.

El triunvirato expiró en el año 33 aC y no se renovó.

Mientras tanto Octavio había mostrado a los romanos que era un digno sucesor de Julio César.

Las legiones romanas estaban bien entrenadas y bien pagadas.

La ley y la justicia romana mantenía el orden y la paz en el país.

Al principio, los romanos habían preferido a Marco Antonio, porque era un joven oficial apuesto y elegante que podía dar emocionantes discursos.

Pero con el tiempo comprobaron que Octavio, ese hombre más bien serio, que trabajaba duramente y tomaba muy seriamente su tarea de gobernar Roma, era un hombre y un gobernante mejor que Marco Antonio.

Al final, Octavio decidió —y los ciudadanos de Roma estuvieron de acuerdo— que no debía tolerar a un socio que había abandonado a su esposa, que no trabajaba, y que malgastaba su tiempo viviendo en el indolente lujo bajo el hechizo de una reina extranjera.

De modo que Octavio envió una flota para luchar contra Marco Antonio y acabar con su pacto mutuo.

Marco Antonio no estaba preocupado, tenía su propia flota y Cleopatra tenía otra e insistía en mandar su propia flota en la batalla.

De ese modo, las flotas conjuntas de Marco Antonio y Cleopatra se enfrentaron con las naves de Octavio en el mediterráneo, cerca de la ciudad griega de Actium.

Pero en medio de la batalla naval, Cleopatra, repentinamente, ordenó que todas sus naves volvieran a Alejandría.

Cuando Marco Antonio vio que las naves de Cleopatra se retiraban, perdió todo interés en la batalla naval, y marchó precipitadamente tras de ella, dejando abandonadas a su suerte al resto de naves de su flota, que fueron destruidas por Octavio.

Marco Antonio llegó a Alejandría y los llorosos sirvientes le dijeron que Cleopatra se había suicidado.

Cuando oyó la noticia, estaba desesperado e, igual que Bruto, se quitó la vida con su propia espada.

Pero en realidad Cleopatra le había engañado, todavía estaba viva y pretendía hechizar esta vez a Octavio.

Pero estaba equivocada.

Cuando a Octavio llegó a Alejandría con su flota victoriosa, puso a Cleopatra bajo arresto de los soldados romanos.

Y Cleopatra averiguó lo que le esperaba, a través del oficial de la guardia: que la conducirían encadenada por las calles de Roma en el desfile triunfal de Octavio.

Al oír eso, Cleopatra supo que no tenía oportunidad alguna de atrapar a Octavio en su red.

A petición suya, los guardias romanos dieron permiso para que una de sus sirvientas le llevara una cesta de higos.

Ocultas bajo los higos había serpientes venenosas.

Cleopatra tomó una serpiente y dejó que le mordiera.

De ese modo murió la mujer más fascinante de su época.

Cuando Octavio se enteró de su muerte solamente se lamentó de no poderla haber paseado por las calles de Roma en su desfile triunfal.

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma.

Finalmente ocupaba el puesto de Julio César. ♣

ii:11 Dios en la Tierra

Habiendo hecho renunciar a Lépido años antes, y una vez derrotado Marco Antonio, Octavio ostentaba ahora todo el poder en Roma, finalmente ocupaba el puesto de Julio César.

Pero ¡cuán diferentes eran los dos hombres que habían querido ocupar el puesto de Julio César: Marco Antonio y Octavio!

Marco Antonio era un gallardo oficial, fuerte, bello y que podía hablar con gran elocuencia. Era el hombre que gustaba a todo el mundo a primera vista.

Pero esa agradable apariencia exterior era sólo eso: experiencia externa, pues interiormente era débil y blando, buscaba el placer y el lujo, mientras que el deber, el trabajo duro y la responsabilidad le preocupaban poco.

Si hubiéramos conocido a Marco Antonio seguramente nos habría gustado, pero nunca podríamos haberlo respetado.

Octavio era lo opuesto, desdeñaba el lujo.

Incluso cuando alcanzó el poder máximo en Roma, sus comidas eran frugales, las mismas que un simple campesino italiano: pan, queso, aceitunas, poca carne y un poco de vino.

Podría haber llevado las vestiduras más exquisitas y más caras, pero eligió una túnica y una toga tejida a mano por su esposa, Livia Drusila en su propio telar.

Ella misma podría haber tenido los placeres de una reina, pero prefería vivir como una simple ama de casa romana.

Si hubiéramos conocido a Octavio, probablemente no nos hubiera gustado al principio, porque era demasiado serio y adusto, un hombre parco en palabras, no era una compañía divertida como lo era Marco Antonio.

Podríamos haberlo encontrado frío y no tan vivaz como Marco Antonio, pero con el tiempo habríamos descubierto que ese hombre tranquilo tenía una enorme fuerza interior y una determinación férrea.

Tal vez no nos habría gustado, pero se habría ganado nuestro respeto.

Por lo tanto, no fue por casualidad que al final fuera Octavio quien ocupara el lugar de Julio César.

Marco Antonio estaba destinado a perder, destruido por sus propias debilidades.

Fue bueno para Roma que Octavio asumiera el poder, porque no hizo mal uso de él dedicándose a una vida fácil y lujosa.

Realizaba sus deberes como gobernante de un gran imperio con mucha seriedad y trabajaba mucho más y mejor que muchos de los hombres ricos de Roma.

Demostró ser un gobernante sabio, y Roma estaba libre de guerra civil por primera vez en muchos años.

Había paz en el país, y el comercio y la economía prosperó.

Fue también la época en que florecieron los grandes poetas, como Virgilio,[1] el gran escritor de la época de Octavio.

Los romanos mismos llamaron al período de Augusto la Edad de Oro de Roma.

Octavio no quería el título de dictador, y sabía que a los romanos no les gustaba el de rey, de modo que pensó en otro título para los gobernantes de Roma, el nombre de su tío abuelo: Julio César.

Desde ese momento el título que ostentaron los emperadores romanos fue el de Julio César.

Pero a los romanos les gustaba tener a un gobernante sabio y justo, y los senadores lo honraron dándole un nuevo nombre: en lugar de Octavio se le llamó Augusto,[2] convirtiéndose así en Julio César Augusto.

Ese nombre de Augusto era muy especial porque quiere decir 'el que trae la buena fortuna,' y los romanos acostumbraban a hablar de su dios Júpiter como Júpiter Augusto, 'Júpiter que trae la buena fortuna.'

El nombre de Augusto, que hasta ese momento sólo se había utilizado para los dioses —pues sólo un dios podía enviar la buena fortuna— empezó así a ser utilizado para una persona.

Al darle el nombre de Augusto, los romanos consideraban a Octavio con un ser casi divino.

---

[1] Virgilio o Publio Virgilio Marón1 (70 aC-19 aC): Poeta romano, autor de la 'Eneida,' las 'Bucólicas' y las 'Geórgicas.' — Posiblemente, la 'Eneida' sea el primer plagio (a la 'Odisea' y a la 'Ilíada') y primer panfleto político. [n. del pr.]

[2] Augusto (63 aC-14): Primer emperador romano. Nacido Cayo Octavio Turino fue adoptado por su tío abuelo Julio César en su testamento, y pasó a llamarse Cayo Julio César Octaviano. En 27 aC. el Senado le concedió usar el 'Augusto.' [n. del pr.]

Los romanos tenían el sentimiento de que cuanto más poder se tiene, más se parece uno a los dioses.

Y Octavio, o Julio César Augusto, como se le llamaba ahora, realmente era el hombre más poderoso del mundo.

No es de extrañar que pensaran en él como en un ser parecido a los dioses.

En su honor, fue denominado Agosto (Augusto) el mes posterior al soleado mes de Julio. ¡Todavía podemos ver la historia romana en nuestro calendario!

Julio César Augusto tenía un gran conocimiento de las cosas que habían sucedido en el pasado remoto.

Sabía, por ejemplo, que, en antiguo Egipto, el dios Osiris había reinado como rey, como faraón.

Y Augusto consideraba que sería bueno que los romanos contemplaran a sus gobernantes como dioses, igual como habían hecho los egipcios.

A Julio César Augusto no le parecía mal que le llamaran dios.

Pronto se construyeron templos en los que se ponían la estatua de Julio César Augusto, y los romanos se acercaban gustosamente a ellos para ofrecer sacrificios ante sus estatuas y venerarlo.

Desde ese momento se convirtió en una costumbre que los Césares fueran venerados como dioses.

Julio César Augusto fue el primero que hizo que los romanos lo adoraran como un dios.

Sin embargo, justo en esa misma época, en que un hombre como Octavio, el sobrino nieto de Julio César, se erigiera a sí mismo como un dios, en la lejana Palestina estaba sucediendo algo de enorme importancia: Dios se hacía hombre en Jesús.

El niño Jesús nació en la época de Julio César Augusto.

El niño Jesús había nacido en un establo; María y José no pudieron encontrar cobijo en ninguna posada en el pequeño pueblo de Belén, en la pobreza, en una tierra aplastada y conquistada por los romanos.

En ese momento, en que Dios se hacía realmente hombre en Jesús, en Roma, un hombre, Julio César Augusto, se autoproclamaba dios.

En Roma, los hombres adoraban a un hombre como dios.

En la lejana Palestina, Dios se hacía hombre y sólo unos pocos, pastores y hombres sabios —los magos de Oriente—, llegaron a adorar al niño recién nacido.

En otro lugar hubo gente que supo que algo de capital importancia acababa de suceder en una tierra muy lejana.

En Britania, especialmente en Irlanda, hubo druidas que dijeron:

—Ha sucedido algo, la sabiduría sagrada que había en la luz del sol acaba de venir a la Tierra.

Pero Roma sólo conocía el poder, y veneraba como un dios al hombre más poderoso: Julio César Augusto. ♣

ii:12 en Palestina y en Roma

A menudo, aunque no siempre, los niños se parecen a sus papas o a sus mamas.

Si uno ve al niño junto sus padres notará la semejanza.

Ese parecido no es sólo externo, a veces también sucede que algún talento artístico o musical, o la facilidad en pensar matemáticamente, etcétera, que tenga alguno de los padres, también aparece en el niño.

Esa es también una semejanza en el niño, que puede haber sido heredada de los padres.

Todos tenemos a nuestro padre y a nuestra madre, pero también hay un gran Padre en el Cielo, que es Dios, y todos los seres humanos somos sus hijos.

Pero Dios es espíritu, no es un ser de carne y hueso como lo son nuestros padres.

Y, sin embargo, también podemos tener semejanzas con nuestro Padre Celestial.

Él no se parece a nosotros exteriormente, ni nosotros podemos parecemos a Él, porque es espíritu.

No podemos mostrar nuestra semejanza por nuestra inteligencia, porque ningún ser humano puede tener una sabiduría semejante a la de Dios.

Los romanos sentían que el poder nos hace más afines a Dios, pero ningún ser humano tiene el poder para crear el mundo como lo hizo Dios.

Ni por nuestra pequeña sabiduría humana ni por nuestro ínfimo poder —podemos destruir la vida, pero no podemos crearla—, podemos mostrar que somos semejantes a Dios, que todos somos hijos de Dios.

Pero Dios es realmente amor, puro amor, y cuanto más mostremos amor, amabilidad y amistad a todos los seres humanos, a todo lo que vive y existe, tanto más mostraremos nuestra semejanza con el Padre Celestial.

Mostramos nuestra semejanza con Dios, que somos verdaderos hijos del Padre Celestial, en cada acto de amor y amistad que realizamos.

En la época de los romanos, el alma y la mente de los seres humanos en la Tierra se habían oscurecido tanto que todo lo que sabían de Dios era su poder, y pensaban que el poder hacía a los hombres semejantes a los dioses.

Y si esto hubiera continuado así, la humanidad hubiera empeorado progresivamente, el derramamiento de sangre y el asesinato se habrían hecho cada vez más comunes si nos ayudaran a adquirir poder.

Pensemos en los juegos de gladiadores donde se instruían a los hombres para matarse mutuamente para placer de los espectadores.

Pensemos simplemente en los esclavos que podían ser asesinados por sus amos, pues tenían derecho a hacerlo.

Todas estas cosas hubieran continuado y hubieran empeorado si no hubiera sucedido algo nuevo que viniera en ayuda de la humanidad.

Pero algo sí sucedió.

La humanidad fue salvada de volverse mucho más cruel y loca por el poder.

Muy lejos del esplendor y brillo de Roma, en la pequeña y olvidada provincia de Palestina, nacía Jesús.

Ese niño creció en un entorno muy humilde, José, su padre, era un pobre carpintero en la villa de Nazaret, y durante treinta años, Jesús vivió tranquilamente con esta familia entre su gente, los judíos.

Pero a la edad de treinta años se produjo un gran cambio en su vida.

En aquel tiempo había un hombre sabio, un profeta que se llamaba Juan.[1]

Y Juan profetizaba que un hombre de Dios vendría y cambiaría las mentes de la gente en la Tierra sacándolos de sus senderos de maldad y conduciéndolos a la verdadera luz de Dios.

El iba a ser el Salvador.

Y todos los que creían que Dios enviaría a un salvador se acercaban a ese profeta, y él los bautizaba sumergiéndolos en las aguas del río Jordán, que atraviesa Palestina.

A la edad de treinta años, Jesús se acercó a Juan en el río Jordán para ser bautizado.

Y en el momento en que Juan bautizaba a Jesús, se produjo el acontecimiento más grande jamás sucedido antes en la historia de la humanidad.

Pues en ese momento el Espíritu de Dios que es puro amor se unió con Jesús.

Y Jesús se convirtió en el salvador, el ungido, que en griego se dice Cristos, y en hebreo, Mesías.

Jesús se convirtió en Cristo, el Mesías, el Salvador.

Desde ese momento en que el Espíritu de Dios, que es amor, se unió con Jesús, Jesucristo predicó a la gente.

Les enseñó que Dios es amor.

Y una vez le preguntaron:

[36] "Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?"

[37] Él le dijo: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. =

[38] Éste es el mayor y el primer mandamiento.

[39] El segundo es semejante a éste: = Amarás a tu prójimo como a ti mismo. =

[40] De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas.»[Mt 22:34-40]

Pero Jesucristo no sólo predicaba el amor, el espíritu del amor era tan fuerte y poderoso en Él que era como una fuerza de vida: cuando los ciegos, los paralíticos y los enfermos eran traídos ante Él, Él los tocaba con sus manos y el poder del amor que fluía a través de sus manos los curaba.

¿Y qué pasaba en Roma mientras sucedían estas cosas en Palestina?

En Roma, Julio César Augusto moría después de un largo reinado.

Como no tenía hijos fue sucedido por su sobrino Tiberio,[2] que se convirtió en Julio César Tiberio.

Al principio, este nuevo Julio César parecía un digno sucesor de Augusto, continuó el gobierno sabio y justo de Augusto.

[1] Juan el Bautista: Predicador itinerante judío coetáneo de Jesús de Nazaret, nacido a finales del siglo I aC. Venerado en el cristianismo, el islam y la fe Bahá'í, considerado un profeta por todas estas confesiones [n. del pr.]

[2] Tiberio Julio César, nacido Tiberio Claudio Nerón (42 aC-37): El segundo emperador romano (14-37. Fue el segundo emperador de Roma y perteneció a la dinastía Julio-Claudia. [n. del pr.]

Pero tras siete años en el poder se produjo un terrible cambio en Tiberio, una especie de locura extraña se apoderó de él.

Empezó a imaginar que estaba rodeado de enemigos que querían asesinarlo.

Mantuvo una guardia especial de soldados cuya única misión era protegerlo y matar a sus enemigos.

No podía tocar ninguna comida antes de que un esclavo la hubiera probado por si estaba envenenada.

Que el esclavo muriera no le importaba en lo más mínimo a Julio César Tiberio.

Pero ese fue solamente el inicio de la locura.

Empezó a imaginar que sus propios parientes planeaban asesinarlo, de modo que hizo apresar a sus primos, sobrinos y tíos y, los hizo ejecutar sin ningún juicio, ni oportunidad de defender su inocencia.

La locura empeoró.

Si los romanos alababan a un general por sus victorias, ese general era ejecutado por orden de Tiberio.

Si algún senador o ciudadano romano se hacía popular, eran asesinados por orden de Tiberio.

Y la locura creció aún más.

Julio César Tiberio empezó a odiar a toda la humanidad, odiaba tanto a todos los seres humanos que no quería ver a nadie.

Dejó Roma y se hizo construir un gran palacio en la pequeña isla de Capri, cerca de Nápoles.

Allí en su palacio, Tiberio vivía solo con su cuerpo de guardia y algunos sirvientes que lo habían servido desde su juventud.

A nadie más le estaba permitido acercarse a la isla de Capri bajo pena de muerte.

Un pobre pescador empujado hasta la isla por una tormenta fue muerto por los guardias que lo echaron por un precipicio.

Aún así, durante todo este tiempo los romanos adoraban y ofrecían sacrificios al dios Julio César Tiberio, porque eso se había convertido en ley.

Adoraban a un loco, a una figura de odio, a un hombre que odiaba a la humanidad, mientras que en Palestina Jesucristo hablaba del Dios que es amor, y predicaba el amor a toda la humanidad.

Al final, Tiberio sospechaba de todo el mundo, no confiaba si quiera en su cuerpo de guardia, e hizo que mataran a algunos de sus soldados.

Y entonces los demás miembros de la guardia decidieron no darle a Tiberio otra oportunidad de ejecutar a más de ellos.

Una mañana, un soldado se acercó a la alcoba del emperador y lo mató, poniéndole una almohada en la cara y manteniéndola así hasta que se ahogó. ♣

ii:13 césares y cristianos

Cuando Pompeyo conquistó Palestina, los judíos, la gente que habitaba Palestina, no llegaron a romanizarse como, por ejemplo, los galos o los hispanos.

Los judíos no adoptaron las costumbres romanas, rechazaban adorar a los dioses romanos, y más tarde también rechazaron adorar a los nuevos dioses Julio César Augusto y Julio César Tiberio.

Los judíos odiaban a los opresores romanos, deseaban y esperaban que un gran líder, un gran guerrero emergiera entre ellos y expulsara a los romanos.

Cuando Jesucristo empezó su gran tarea, la gente vio que tenía poderes que ningún otro mortal poseía, que un toque de su mano podía curar cualquier enfermedad y muchos judíos pensaron que Jesucristo debería conducirlos contra los romanos, que debería usar sus poderes para aplastar a las legiones romanas.

Pero el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, no había venido a la Tierra para una nación, los judíos, sino para toda la humanidad, para que los corazones humanos cambiaran, y ya no sintieran odio, para que la gente perdonara a sus enemigos.

Algunos judíos entendían que la nueva y maravillosa fuerza del amor había descendido al mundo a través de Jesucristo y le siguieron como discípulos.

Pero la mayoría fe los judíos odiaban tan intensamente a los romanos que no querían escuchar el mensaje de Jesucristo.

No querían perdonar a los romanos.

Y cuando vieron que Jesucristo no iba a conducirlos contra los romanos, se volvieron contra Jesucristo y también le odiaron a Él.

Había sucedido el más grande acontecimiento en la historia del mundo, había venido el Espíritu de Dios, el Espíritu del Amor, pero las almas humanas estaban sumergidas de tal manera en la oscuridad —pues el odio es en realidad una oscuridad del alma— que sólo algunos pudieron reconocer al principio lo maravilloso que había descendido a la Tierra en Jesucristo.

Los otros se volvieron contra Él: los romanos porque temían que pudiera conducir una rebelión contra ellos y los judíos porque no iba a conducirlos a una rebelión contra los romanos.

Sólo algunos judíos y algunos romanos pudieron reconocer al Espíritu de Dios en Jesucristo.

Pero tanto los judíos como los romanos pagaron un terrible precio por su ceguera, por la oscuridad del odio en sus almas.

Los infelices judíos pagaron su precio treinta y siete años después del Viernes Santo en el que las tres cruces se habían erguido sobre la colina del Gólgota en las afueras de Jerusalén.

Treinta y siete años después de la crucifixión de Cristo, los zelotes, un grupo radicalizado judío que quería la independencia de Judea por las armas, logró tomar Jerusalén para expulsar a los romanos.

La rebelión, conocida como la Gran Revuelta Judía de 66-73, tuvo un terrible final.

Una gran cantidad de judíos murió en la lucha, el gran templo de Jerusalén donde había predicado Jesucristo fue incendiado, y sólo quedaron sus cimientos que aún pueden verse hoy en día.

Tres años más tarde los romanos destruyeron la fortaleza de Mazada, último refugio de los zelotes, después que todos se hubieran suicidado.

Y cuando acabó la lucha, los romanos impusieron un terrible castigo al resto de los judíos.

Los hombres más fuertes fueron llevados como esclavos a Roma.

Muchos otros fueron exiliados fuera de Palestina: fueron enviados a Grecia, Egipto, Hispania, Italia, y de ese modo perdieron su tierra, la Tierra Prometida adonde Moisés había conducido a sus antepasados.

Ese exilio forzado por todo el mundo es lo que se conoce como la diáspora.[1]

Por su parte, los romanos, que creían en el poder, que consideraban dioses a sus poderosos emperadores, los Césares, pagaron su precio de otro modo.

Se les mostró qué tipo de dioses, qué tipo de seres divinos eran esos Césares.

Después de que Julio César Tiberio fuera asesinado por su propia guardia, fue sucedido por un sobrino que había sobrevivido cuando Tiberio había hecho asesinar a sus parientes.

Ese nuevo Julio César fue llamado Calígula,[2] y estaba mucho más loco que Tiberio.

No estaba satisfecho con que los romanos veneraran su poder; a veces se vestía como la diosa Venus, la diosa de la belleza, y los romanos tenían que venerarlo como si fuera Venus.

Un día Calígula decidió que su caballo favorito, un semental blanco, podría ser un excelente cónsul de Roma.

Y por aquella época los senadores se habían hecho tan inútiles que no osaron rechazar la propuesta y nombraron cónsul de Roma al caballo.

Pero para entonces, los guardias de Calígula consideraron que un hombre tan loco no estaba habilitado para gobernar y acabaron asesinando a Calígula.

El nuevo Tiberio Claudio[3] era un loco débil, que no podía gobernar y dejaba que el gobierno y todas las decisiones las tomara su esposa Agripina.[4]

Claudio y Agripina tenían un hijo, y cuando ese hijo cumplió los diecisiete años Agripina pensó que ella tendría más poder si su hijo fuera emperador en lugar de su esposo.

Súbitamente, murió su marido Claudio.

Hubo rumores en Roma de que su esposa lo había envenenado.

De ese modo, Nerón,[5] el hijo de Claudio y Agripina, se convirtió en César.

---

[1] diáspora: 1. f. Dispersión de los judíos exiliados de su país. 2. f. Dispersión de grupos humanos que abandonan su lugar de origen. Diccionario RAEL [n. del pr.]

[2] Cayo Julio César Augusto Germánico o Calígula (12-41): Tercer Emperador romano (37-41). Considerado uno de los más grandes generales de la historia de Roma. Su madre era Agripina. [n. del pr.]

[3] Tiberio Claudio César Augusto Germánicon (10 aC-54): Cuarto emperador romano de la dinastía Julio-Claudia, (41-54). Nacido en la Galia, fue el primer emperador romano no italiano. Permaneció apartado del poder por sus deficiencias físicas, cojera y tartamudez, hasta Calígula lo nombró cónsul y senador. Tras la muerte de Calígula, su aparente debilidad y su inexperiencia política, hicieron que la guardia pretoriana lo proclamara emperador, pensando tal vez que sería un títere fácil de controlar. [n. del pr.]

[4] Agripina o Agripina la menor (15-59): Hija mayor de Germánico y Agripina la Mayor, bisnieta de Marco Antonio y Octavia, hermana de Calígula, esposa y sobrina de Claudio y madre de Nerón. [n. del pr.]

[5] Nerón Claudio César Augusto Germánico (37-68): Emperador romano (54-68), último de la dinastía Julio-Claudia. Centró la atención en la diplomacia y el comercio, la cultura. Militarmente venció el Imperio parto y las revueltas de los británicos (60-61). Se asocia comúnmente a la tiranía y la extravagancia, a la implacable persecución de los

Fue el peor monstruo sediento de sangre en la historia romana.

En una ocasión dijo:

"Qué lástima que toda la humanidad no tuviera una sola cabeza y así podría cortarla de un solo tajo."

Uno de sus primeros actos como Julio César fue asesinar a su madre; pensaba que era tan tiránica que la gente de Roma tenía que celebrar un día de acción de gracias por ese terrible acto.

Nerón no era solamente un monstruo de crueldad, sino que era también excesivamente vanidoso.

Se imaginaba que tenía una hermosa voz y que era un gran cantante.

Invitaba a los patricios y senadores a un banquete, tomaba la lira y se acompañaba a sí mismo cantándoles.

Y si alguien de su audiencia no aplaudía lo suficientemente fuerte o daba la impresión de estar aburrido, Nerón lo hacía arrestar al día siguiente y hacía que lo ejecutaran.

Lo mismo le pasaba a cualquiera que no asistiera cuando Nerón lo invitaba.

De ese modo Nerón estaba seguro de tener siempre una gran audiencia y fuertes aplausos.

A veces entretenía a la gente de Roma con sus canciones, y todos consideraban más recomendable aplaudir bien fuerte.

En otras ocasiones ofrecía el espectáculo de cientos de gladiadores en el circo para entretenimiento de los romanos.

A veces se hacía que cientos de animales salvajes, leones, tigres, leopardos, lucharan entre sí en el circo.

Se los mantenía hambrientos durante días y luego se los volvía más fieros aplicándoles hierros candentes.

Sin embargo, mientras la locura cruel seguía adelante, algo mucho más importante estaba teniendo lugar en Roma.

Los apóstoles Pedro[6] y Pablo[7] habían llegado a la ciudad y encontraron a hombres y mujeres ávidos de escuchar el mensaje de Cristo, el mensaje de que Dios es amor y que amándose los unos a los otros estamos realizando la voluntad de Dios.

De modo que mientras la mayoría de los romanos disfrutaban con las crueldades de los espectáculos ofrecidos por el demente Nerón, también había buenas personas que se apartaban de esos horrores.

Algunos de los que se volvían cristianos eran esclavos, otros eran romanos ricos y nobles.

Al principio, los otros romanos apenas prestaban atención a esos cristianos, pero entonces sucedió algo que lo cambiaría todo.

Nerón quería ser recordado como gran constructor y quería erigir magníficos templos, palacios y grandes baños públicos con piscinas de agua caliente y fría.

Pero en esa época Roma estaba muy densamente construida y había muy poco espacio para construir.

Los suburbios de Roma eran feos, sucios vecindarios donde vivía la gente pobre.

Si Nerón pudiera desembarazarse de esos barrios tendría el espacio para edificios nuevos y esplendorosos.

Era el mes de Julio, el mes más cálido y seco en Roma.

Todos los ricos e igualmente Nerón y su corte estaban fuera de Roma y permanecían en sus villas en las colinas fuera de la ciudad.

Y entonces, una noche, empezaron a declararse varios incendios simultáneos en los barrios bajos de Roma.

El viento propagó las llamas con terrible velocidad.

Diez de los catorce distritos de Roma estaban en llamas.

No se sabe cuánta gente perdió la vida esa noche, seguramente muchos miles, y cientos de miles se quedaron sin hogar.

Nerón podía ver Roma ardiendo desde su villa en las colinas; llamó a sus cortesanos y mientras observaban el cielo rojo y el mar de llamas, Nerón tocaba su lira y cantaba una canción comparando el incendio de Roma con la quema de Troya.

Sin embargo, durante los días siguientes los cientos de miles de romanos sin hogar empezaron a preguntarse cómo había empezado el fuego y cada vez hubo más que afirmaron que habían sido los hombres de Nerón los que habían incendiado Roma.

Nerón se asustó ante la perspectiva de que los romanos se volvieran contra él.

¿A quién podría culpar del incendio?

¿Por qué no a los cristianos?

cristianos y a la historia de que tocaba la lira mientras Roma se incendiaba. [n. del pr.]

[6] Simón Pedro o San Pedro (finales siglo I aC-ca. 67):Uno de los discípulos más destacados de Jesús de Nazaret. Acabó sus días en Roma, donde fue obispo, y murió martirizado bajo el mandato de Nerón en el Circo de la colina vaticana. [n. del pr.]

[7] Pablo de Tarso, nacido Saulo de Tarso o san Pablo (5/10-58/67): Conocido como el Apóstol de los gentiles. Reunió en su persona sus raíces judías, la cultura helénica, y su ciudadanía romana, y cambió su nombre al abrazar la fe en Jesucristo como Mesías de Israel y Salvador de los gentiles. al). Fue martirizado y muerto bajo el gobierno de Nerón entre los años 58 y 67 en Roma. [n. del pr.]

Ellos veneraban a Jesucristo, un criminal que había muerto ajusticiado en la cruz, seguro que ellos mismos debían ser criminales y perversos.

E hizo que sus hombres extendieran el rumor:

—¡Los cristianos han incendiado Roma, muerte a los cristianos!

Los soldados de Nerón se repartieron por las calles y arrestaron a cientos de cristianos.

Era fácil; les bastaba con preguntar:

—¿Eres cristiano?

Y ninguno de ellos negaba su fe, aunque supieran lo que les esperaba.

Normalmente respondían:

—Sí, alabado sea el Señor, yo soy cristiano.

Fueron conducidos a las grandes mazmorras que había debajo del Circo Máximo, el Coliseo, el gran circo de Roma.

Había empezado la persecución de los cristianos; había empezado la batalla entre los poderes del mal —los Césares romanos— y el Dios del amor.

Y en esta batalla el Dios del amor luchaba con las únicas armas del amor y de la fe. ♣

ii:14 la arena

Pensemos en la primigenia cultura de la India en la que los cinco hijos de Pandú dejaron su reino en busca del Reino del Cielo y que no temían dejar la Tierra.

Esperaban entrar en el mundo de los dioses.

Los miembros de la cultura protopersa que se sentían ya más en casa en la tierra, todavía elevaban su mirada hacia el reino de la luz, el reino de Ahura Mazda, el reino en el que ingresaban al morir.

Pero la cosa ya fue distinta con Gilgamesh en la antigua Babilonia: según él, después de la muerte sólo había una vida oscura y sin gozo alguno, y temía tanto a la muerte que partió en busca de la planta que otorgara la vida eterna.

Más tarde, los griegos sintieron que después de la muerte el alma se convierte en una mera sombra en el oscuro inframundo.

El mundo donde se hallan las almas humanas después de la muerte se había oscurecido tanto que el alma del fallecido Aquiles le dijo a Odiseo:

—Prefiero ser un mendigo entre los vivos que rey entre los muertos.

La venida de Cristo fue el acontecimiento más importante y más grande de la historia de la humanidad, no sólo para la gente que vivía en la Tierra, sino también para las almas de los muertos.

Pues cuando el cuerpo de Jesucristo fue bajado de la cruz y depositado en el sepulcro, el espíritu de Cristo, impregnado con el poder de amor de Dios se apareció a las almas de los muertos y les llevó luz.

La oscuridad había desaparecido, y el reino de la luz, el Reino de los Cielos volvió a abrírseles.

De modo que para los primitivos cristianos —los judíos y romanos que habían acogido la enseñanza de Cristo en su corazón— había sucedido algo maravilloso: por su fe en Cristo podían sentir que después de la muerte entrarían en el reino de la luz, del amor y la verdad, el Reino de los Cielos, y no en un mundo inferior oscuro.

Y como eso lo sabían en el corazón, no le tenían ningún miedo a la muerte.

Ya sabemos que Nerón culpó a los cristianos del incendio de Roma y centenares de ellos fueron apresados por sus soldados y echados a las mazmorras debajo del Circo Máximo en Roma.

Y luego vino el gran día que Nerón llamó 'el día de la venganza por el incendio de Roma.'

Ya en la mañana empezó a llenarse el gran circo, que podía albergar a doscientos cincuenta mil espectadores.

Los romanos entraban trayendo consigo comida y bebida para permanecer allí hasta la puesta del sol.

Cada vez se iba llenando más, los amigos se saludaban a gritos entre las gradas; se hablaba, se gritaba, se reía.

De repente, se produjo un gran silencio.

Nerón y su corte acababan de llegar e iban ocupando sus asientos especiales.

Tenía una apariencia obesa, perezosa y cruel, y la corona en su cabeza no lo embellecía.

Una vez llegado el Julio César Nerón, sonaron las trompetas, como señal de que el espectáculo podía comenzar.

¡Y vaya espectáculo!

Empujados a latigazos, los cristianos fueron sacados de sus mazmorras, y fueron paseados en procesión rodeando la arena del circo.

Las multitudes de espectadores esperaban que los cristianos llorarían o pedirían clemencia, o que se mostrarían altaneros y orgullosos.

Pero en lugar de eso, los cristianos no prestaron atención a la muchedumbre.

Hicieron con firmeza un círculo que rodeaba el recinto de la arena y cantaban un salmo: 'El señor es mi pastor...'

Y luego elevaron una oración y los sorprendidos romanos les oyeron decir:

—Padre nuestro que estás en los cielos…

»"…perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Pero ahí los romanos empezaron a impacientarse, y gritaron:

—¡Que empiece el espectáculo!

Se volvió a meter de nuevo a los cristianos en las mazmorras, porque no iban a ser ejecutados todos juntos sino en grupos.

Cuando la arena quedó vacía, volvieron a oírse las trompetas y empezó el verdadero espectáculo.

Primero salió a la arena una manada de grandes toros negros con hombres y mujeres cristianos atados a sus cuernos.

Los toros intentaban quitárselos de encima cosa que acababan consiguiendo cuando ya la vida había salido de los cuerpos de las pobres víctimas.

Sacaron a los toros y despejaron la arena.

Volvieron a sonar las trompetas y un nuevo grupo de cristianos fue sacado a la arena.

Estaban juntos rezando.

Se abrió otra puerta y salieron varios leones locos de hambre y con gran rapidez la arena era un montón de despojos.

El terrible espectáculo acabó cuando llegó la oscuridad.

No había luces nocturnos en las calles de Roma; si eras rico, un esclavo llevaba una antorcha para ti, si eras pobre llevabas tu propia antorcha.

Pero esa noche Roma tenía iluminación nocturna, porque a lo largo de todo el 'camino, cristianos atados a cruces y cubiertos de paja estaban ardiendo como antorchas.

Pero incluso mientras morían abrasados, los romanos los oían rezar como había rezado Jesucristo:

—Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen…

Pero algo extraño sucedió entre los espectadores que habían acudido a esos crueles espectáculos.

No fueron pocos los que decían:

—El Dios a quienes veneran estos cristianos les da fuerza y coraje más allá de los poderes humanos ordinarios, se enfrentaron a su muerte sin temor.

»Vimos a muchos de ellos sonriendo, como si les esperara una gran alegría.

»Seguramente que su Dios debe de ser el Dios verdadero.

Los romanos que pensaban así empezaron a buscar a otros cristianos que habían escapado a los soldados de Nerón, y escucharon de ellos el mensaje de amor de Cristo, y acabaron convirtiéndose en cristianos ellos mismos.

De modo que los cristianos que habían muerto en la arena hicieron que hubiera más cristianos y llevaron a más romanos hacia el Dios del amor.

La sangre de los mártires —como se les llamó— se convirtió en la semilla de la fe.

Igual como Cristo se había erguido de la muerte, la fe cristiana se levantó de los mártires muertos, y creció y se expandió, como la semilla muere en la tierra y de ella crece una nueva espiga de trigo, una nueva planta.

Pero ahora los cristianos dejaron de reunirse públicamente.

Empezaron a excavar secretamente profundos túneles en la tierra, las llamadas catacumbas, y allí empezaron reunirse, a sepultar a sus muertos, y a realizar los servicios divinos.

Esas catacumbas y las inscripciones hechas por los primeros cristianos aún pueden verse hoy en día.

Pero Nerón, el cruel monstruo, murió como se merecía.

Al final, las legiones de la Galia e Italia se rebelaron contra él.

Nerón huyó de Roma, demasiado cobarde para luchar, y se suicidó antes de que sus enemigos lo capturaran.

Los Julio Césares, con todo su poder y riquezas, se destruyeron a sí mismos.

Pero la fe cristiana, sin poder ni ejércitos, sin utilizar espadas ni para defenderse a sí misma, creció y se expandió, y al final triunfó sobre los Césares. ♣

iii: la historia de Britania[1]

iii:1 las edades de piedra

La época de los romanos tuvo lugar hace unos dos mil años.

Si de padres a hijos calculamos unos treinta años para el paso de una generación a otra, dos mil años representarían unas setenta generaciones.

Pero queremos retroceder aún más, a unos diez mil años, a más de trescientas generaciones.

Si retrocedemos a períodos tan remotos, de trescientas generaciones, llegamos a una época en que nuestros antecesores no vivían en Gran Bretaña: era la época de la Atlántida.

Y las islas británicas estaban cubiertas de hielo, era la Era Glacial.

Pero el clima fue calentándose y el hielo empezó a fundirse.

Las semillas traídas por el viento desde tierras más cálidas pudieron germinar y empezaron a crecer las plantas y los árboles.

Poco a poco fueron creciendo enormes bosques y todo tipo de animales y aves vinieron desde tierras más cálidas en el sur.

Eran animales todavía muy distintos de los que podamos ver hoy en día: había, ciervos mucho más grandes que los de hoy, osos gigantescos, caballos salvajes lanudos, una especie de elefantes con piel muy peluda, llamados mamuts, e incluso una especie de tigre de piel muy gruesa.

En aquella época, hacia finales de la Era Glacial, Gran Bretaña todavía no estaba separada del continente por el Canal de la Mancha.

Todavía estaba conectada con el continente, permitiendo que estos animales y las personas migraran hasta allí.

Esos hombres y mujeres iban vestidos con pieles de animal unidas por correas, y ni siquiera construían casas, sino que se refugiaban en cuevas.

Pero ya dominaban dos grandes artes.

Por un lado, usaban el fuego para cocinar; sabían cómo encender yesca —como el musgo seco— con chispas que producían con piedras de pedernal.

Y, por otro lado, sabían cómo hacer utensilios y armas de pedernal.

Pero esas primeras armas y utensilios de piedra eran muy primitivos; una piedra pesada, afilada y atada a un palo se convertía en un hacha.

El pedernal era golpeado con otra piedra hasta que se conseguía que tuviera cantos afilados y un extremo puntiagudo que podía usarse como punta de lanza, de flecha o como cuchillo.

A esa época se le llama la Edad de Piedra, la época en que la gente solamente tenía utensilios y armas de piedra.

Pero con esas armas primitivas se cazaban grandes bestias, osos, tigres, mamuts, ciervos y búfalos.

Los cazadores de la Edad de Piedra tenían un maravilloso sentido de la belleza.

Con sus piedras afiladas grababan pinturas de animales sobre huesos y con tierra roja pintaban animales en las paredes de las cuevas.

En Gran Bretaña no han quedado pinturas de ese tipo, pero en el sur de Francia o en el norte de

[1] Es posible que la inclusión de esta sección esté más relacionada con el hecho que el autor enseñaba en Gran Bretaña que con el tema histórico de la narrativa. [n. del pr.]

España existen las famosas cuevas de Lascaux en Francia o de Altamira en el norte de España.

En esas cuevas, las paredes están cubiertas de maravillosas pinturas, casi vivas, de bisontes y caballos salvajes.

En realidad existen dos Edades de Piedra.

A la primera se la llama Paleolítico —del griego 'paleos,' antiguo, y 'lithos,' piedra—, que es la que acabamos de describir,

Y luego hubo el Neolítico —'neo,' nuevo—, la edad de piedra moderna.

Después de unos dos o tres mil años, no lo sabemos con exactitud, llegaron nuevos pueblos a las islas británicas, posiblemente de lo que hoy es Turquía y Persia.

Y trajeron consigo nuevas artes y habilidades.

La nueva edad de piedra, el Neolítico, comienza con esa gente.

Tenían mucho mayor habilidad en hacer sus armas y utensilios, que se pulían y afilaban frotándolos con arena mojada.

Ya no vivían en cuevas, sino que excavaban pozos en la tierra que rodeaban con paredes de tierra, con un techo de ramas sostenido por un poste de madera.

Pero el logro más importante de la nueva edad de piedra fue que plantaban semillas de trigo, cebada y avena en campos cercanos a sus viviendas, y cosechaban el grano cuando estaba maduro.

Ese fue el comienzo de la agricultura.

El neolítico es también la época de la cultura protopersa, cuando empezó la agricultura.

Era todavía una agricultura muy primitiva: las semillas eran esparcidas en la tierra y cuando las ovejas las pisaban las iban metiendo en la tierra.

La trilla se hacía con varas o con bueyes que caminaban sobre las espigas de trigo.

Y luego los granos eran molidos entre dos piedras.

Ya no se vestían con pieles de animales; en sus campos hacían crecer el lino.

Las fibras de esta planta eran retorcidas de una manera que se convertían en hilos, y los hilos eran tejidos en telares manuales haciendo con ello una tela rugosa.

La gente del Neolítico llevaban ropas de lino.

Otra de las artes de la gente del Neolítico consistió en hacer vasijas, recipientes y jarros de barro, que luego endurecían cociéndolos al fuego.

La gente del Paleolítico todavía eran cazadores, pero la del Neolítico eran agricultores sedentarios que tenían nuevas artes y habilidades. ♣

iii:2 la edad del bronce

En el Neolítico, la nueva edad de piedra, se produjo un gran cambio con la gente que trajo las nuevas artes y habilidades que poseían en la antigua Protopersia.

Otro de los cambios que se produjo fue la manera en que la gente trabajaba.

Durante el Paleolítico, la antigua edad de piedra, cada persona tenía que hacerlo todo para sí misma y su familia: desollaba los animales y convertía esas pieles en vestidos para ellos mismos y su familia.

Pero en el Neolítico había tantas cosas que hacer —plantar, arar y cosechar; construir, hacer canoas y redes para pescar; cuidar de los rebaños y ordeñar las vacas; tejer, hilar y hacer recipientes de cerámica— que una sola persona o una familia sola no podía hacer todas esas labores.

De modo que la gente dividió el trabajo entre las personas: unos harían utensilios de piedra y se convirtieron en verdaderos expertos, otros cazarían y pescarían, otros construirían y otros hilarían y tejerían.

Y el hombre que hacía herramientas de piedra cambiaría sus puntas de lanza y cuchillos por la

comida traída por el cazador o producida por el agricultor.

Ese fue el inicio del comercio.

La "división del trabajo fue un cambio muy importante que continúa hasta hoy en día a un nivel mucho más extendido.

Esa división del trabajo empezó en el Neolítico que fue también la época de la cultura protopersa.

En realidad es el comienzo de la civilización, pues la división del trabajo lleva hacia el comercio.

Donde quiera que existiera una comunidad de personas neolíticas existían entre ellos grupos de personas que eran muy respetadas y reverenciadas.

Eran los sacerdotes.

Eran personas sabias, porque eran médicos que conocían hierbas y ungüentos para todas las enfermedades, eran los legisladores que ponían paz en los litigios entre la gente, y sabían cómo el sol, la luna y las estrellas cambian su posición en el curso del año.

Toda siembra, plantación y cosecha se realizaba cuando los sacerdotes determinaban el momento adecuado del sol, la luna y las estrellas.

La suya era una especie de ciencia-religión.

Bajo la guía de esos sacerdotes sabios se hacían también sepulcros especiales para los muertos.

Dos o tres grandes bloques de piedra se colocaban en posición vertical y luego se ponía una gran piedra plana encima de ellos.

El muerto era colocado dentro, junto con sus posesiones: armas, ornamentos, recipientes de barro.

Luego todo era cubierto con tierra, formando un montículo de tierra llamado túmulo.

Se han encontrado muchos de esos túmulos en Gran Bretaña y se ha aprendido mucho sobre el modo de vida de esa gente a partir de las armas y otros utensilios descubiertos en ellos.

Bajo la guía de estos sacerdotes se hacían cosas aún mayores.

Todas las cosas en la vida eran reguladas por los sacerdotes de acuerdo con la posición del sol, la luna y las estrellas, no sólo la siembra de semillas en los campos.

Había el momento preciso para construir una casa, o el momento adecuado para celebrar un casamiento.

Esas gentes querían recibir la bendición del sol, la luna y las estrellas en todas las cosas que hacían, y por eso les era muy importante observar cómo los astros variaban su posición en el cielo en el transcurso del año.

Para ayudar a los sacerdotes a observar esos cambios, la gente del Neolítico construía círculos de piedras erguidas.

Se situaban en medio del círculo a la hora de la salida del sol y entonces podían ver cómo, día tras día, el lugar por donde salía el sol cambiaba de una piedra a otra.

Y se podían percibir los mismos cambios en la luna y ciertos grupos de estrellas.

El más grande de estos círculos de piedras que todavía podemos ver hoy en Gran Bretaña es el de Stonehenge, en el llano de Amesbury, al sur de Inglaterra.

La gente del Neolítico ya no eran nómadas y cazadores —como lo habían sido en la Edad de Piedra antigua—, tenían casas, campos y rebaños, confeccionaban vestidos y cerámica, y miraban al sol, la luna y las estrellas para orientarse en todos sus quehaceres en la Tierra.

La intención era que la sabiduría divina que guía los movimientos de los astros en el cielo también guiara sus actividades en la Tierra.

Y para ello construían grandes círculos de piedra como los de Stonehenge.

Cuando se construyó Stonehenge, el clima y las condiciones generales en Gran Bretaña habían cambiado mucho.

Se había hecho todo mucho más cálido, los grandes animales como mamuts, bisontes, el oso gigante, y los enormes alces habían desaparecido.

Y aunque había extensos bosques llenos de lobos, zorros y ciervos, ya había muchos asentamientos humanos, grandes y pequeños, por toda Gran Bretaña.

Por otra parte, el nivel del mar había subido y Gran Bretaña había quedado aislada del Continente.

Pero entonces se produjo la invasión de otros pueblos que atravesaron el canal: los celtas.

También vinieron del sudeste; se cree que originariamente vivían alrededor del mar Caspio, en la región conocida como Galatia, antes de emigrar hacia el norte.

Algunos de ellos se establecieron en Europa Central, otros en Francia, pero muchos otros siguieron su camino y llegaron a Gran Bretaña, hace unos cuatro mil años.

La época en que los celtas llegaron a Gran Bretaña coincide con la época en que florecía la civilización egipcia con sus pirámides, jeroglíficos y momias.

Los celtas trajeron consigo algo totalmente nuevo: sus armas e instrumentos hechos de bronce, ya no de piedra.

El arte de trabajar el bronce había sido inventado en Egipto.

Los sacerdotes egipcios habían mostrado a su gente que si las rocas que tenían vetas de cobre —es decir menas metalíferas de cobre— eran colocadas sobre un fuego muy caliente, el cobre se fundía y se colaba hasta el fondo del horno.

Entonces tomaban ese cobre, lo volvían a calentar, y lo colaban en moldes para darle diversas formas: puntas de lanza, de flecha, espadas, cuchillos.

Pero el cobre por sí mismo era muy blando para hacer instrumentos cortantes y útiles, y por eso se le añadía una pequeña cantidad de otro metal, el estaño.

Y a esa mezcla o aleación más fuerte y más dura de cobre y estaño se la conoce con el nombre de bronce.

El invento egipcio se expandió por otras partes del mundo, y los celtas aprendieron también el arte de extraer cobre de las vetas en las rocas y a fundirlo junto al estaño para colarlo en moldes que tenían la forma de espadas, cabezas de lanza o diversos ornamentos.

A los celtas les encantaba decorar sus armas y especialmente sus escudos de bronce; realizaban los más intrincados diseños espirales sobre los escudos, cascos y fundas de espadas.

Con la llegada de los celtas finalizó la Edad de Piedra y empezó la Edad del Bronce.

Como quiera que los celtas tenían armas de bronce, que eran mejores que las de la gente del neolítico, los celtas se convirtieron en los dueños de Gran Bretaña.

Pero los lugares sagrados de los pueblos de la Edad de Piedra, los círculos de piedra donde se podían observar los movimientos del sol, la luna y las estrellas, siguieron siendo lugares sagrados para los celtas.

Ahora, sus sacerdotes, los druidas, observaban el curso de las luminarias en los cielos y guiaban a la gente en su vida y en su trabajo de acuerdo con lo observado. ♣

iii:3 la edad del hierro

Veamos ahora cómo se corresponden las civilizaciones protoindia, protopersa, etcétera, con las 'edades.'

edad	civilización	hace…
Era Glacial	Atlántida	…10.000 años
Paleolítico	Protoindia	…8.000 años
Neolítico	Protopersa	…6.000 años
Edad de Bronce	Egipto/ Babilonia	…4.000 años
…	Grecia y Roma	…2.000 años

¿Cuál es la 'edad' que se corresponde con las épocas de antigua Grecia y antigua Roma?

En las islas británicas la era del bronce se inauguró con la llegada de los celtas que tenían ojos grises y cabello rubio o castaño, y que trajeron consigo armas e instrumentos de bronce.

Eran grandes artistas y decoraban sus escudos y espadas con bellos ornamentos espirales.

Esa edad del bronce duró cerca de dos mil años.

Unos quinientos años antes de Cristo, nuevos invasores cruzaron el mar.

También eran celtas, pero tenían ojos azules y cabello rojo.

Esos nuevos celtas, que vinieron en la época en que apareció la civilización griega y después la romana, habían aprendido el uso de un nuevo metal, el hierro, para sus instrumentos y armas.

La época de Grecia y Roma, la época en que los celtas pelirrojos llegaron a Gran Bretaña es la época en que empieza la Edad del Hierro.

Hacer armas de hierro es muy distinto que hacer armas de bronce.

El cobre en el bronce puede fundirse y verterse fácilmente en un molde.

Pero el hierro necesitaba mucho más calor para ponerse al rojo y ablandarse lo suficiente para poder darle forma con el martillo, sin verterlo en un molde.

En aquellos remotos días, cuando empezó el uso del hierro, el herrero —que forjaba el hierro al rojo y le daba la forma a martillazos en el yunque mientras volaban chispas ardientes a su alrededor—, era considerado como una especie de mago que dominaba extraños poderes.

Con la invención de los instrumentos y las armas de hierro la humanidad empezó el largo camino que nos ha llevado hasta los ferrocarriles, automóviles, aviones, y también a los cañones, las escopetas y las bombas.

Por eso, la gente que pensaba que el herrero era una especie de mago, tal vez tenía la sensación de que con el uso del hierro se había puesto en las manos de los hombres un gran poder, para el bien y para el mal.

Los instrumentos y armas de hierro eran mucho más duros que los de bronce.

Una espada de hierro era más aguda que una de bronce y duraba mucho más.

Y de ese modo, la gente pronto abandonó el trabajo con el bronce y se dedicó al hierro.

Los hermosos escudos y armas de bronce desaparecieron y los instrumentos y armas de hierro que los sustituyeron no eran tan bellos como los de bronce, pero eran mucho más prácticos.

La edad del hierro se preocupó cada vez menos de la belleza y, a medida que pasaba el tiempo, se fue preocupando exclusivamente de la utilidad y de lo práctico.

Con la Edad del Hierro se produjo otro gran cambio.

Hasta entonces los bienes se intercambiaban por un sistema de trueque, por ejemplo, se cambiaban telas por jarros de cerámica, o cierta cantidad de grano por un cuchillo.

Pero en esa época, la gente empezó a utilizar dinero, monedas de metal —no dinero de papel, que vendría muchísimo más tarde—.

Al principio usaban pequeñas barras de hierro, pero más tarde descubrieron que las monedas redondas eran más prácticas, y se usaron monedas de oro, plata y cobre para comprar y vender cosas.

La Edad del Hierro, pues, es también la edad del dinero.

En las islas británicas fueron los celtas los primeros que usaron el bronce y el hierro.

Los celtas eran un pueblo fieramente independiente, orgulloso y belicoso.

Igual que los griegos, nunca estuvieron unidos en una nación, y las tribus se peleaban constantemente entre sí.

Cada tribu construía un fuerte en la cima de una colina, con zanjas y terraplenes, desde donde podían ver a los enemigos que se aproximaban desde lejos y que era difícil de atacar.

Todavía pueden verse restos de esos fuertes celtas sobre las colinas, construidos en la Edad del Hierro.

Fueron esas constantes rencillas entre las tribus celtas las que ayudaron a los romanos a conquistar Britania cuando llegaron.

Cuando en el año 54 aC Julio César desembarcó en Britania, no estuvo mucho tiempo, pues tuvo que regresar a la Galia para sofocar una rebelión.

Y cuando consiguió sofocarla se dirigió hacia el sur, atravesando el Rubicón, para derrotar a Pompeyo y convertirse en el dueño de Roma.

De modo que, durante un tiempo, los romanos no molestaron a Britania después de esa primera incursión.

Después de Julio César, su sobrino Octavio se convirtió en emperador con el nombre de Julio César Augusto —fue en la época de Julio César Augusto que nació Jesucristo—.

Bajo el reinado de Julio César Augusto, y más tarde de Tiberio, se dejó Britania en paz, sobre todo porque los romanos tenían suficientes problemas luchando contra las tribus germánicas a lo largo del Rin.

Pero luego les sucedió Claudio —el padre de Nerón— y fue en esa época que los generales romanos empezaron a planear nuevas conquistas.

Condujeron sus legiones a través del Canal, cerca de cien años después de la primera invasión de Julio César.

Algunas de las tribus celtas en la costa pensaron que era mejor rendirse a los romanos sin luchar y salvar sus vidas y hogares.

Muchos realmente querían ayudar a los romanos contra otras tribus con las que tenían viejas deudas que saldar.

Sin embargo hubo un rey celta, Caractacus,[1] que no estaba dispuesto a inclinarse ante los romanos.

Llamó a su gente a luchar, y en una furiosa batalla demostró a los romanos que los britanos estaban preparados para defender su libertad.

Pero al final, Caractacus fue vencido, hecho prisionero y miles de britanos murieron en la batalla.

Cargado de cadenas, fue llevado a Roma donde fue paseado por las calles e insultado por la muchedumbre.

Después de ese triunfo fue llevado ante el emperador Claudio, que le dijo:

—Bárbaro, que vienes de una tierra donde la gente vive en cabañas, ¿has visto el esplendor de nuestros edificios?

»¿Te han dado alguna idea de la riqueza y el poder de Roma?

A lo que respondió Caractacus:

—Sí, lo he visto todo.

»Pero me sorprende que gente que sea tan rica y que vive en casas hechas de mármol venga a nuestro país para robarnos en nuestras cabañas.

Claudio gritó:

—¿Cómo? ¿Cómo te atreves a hablarme con tanta impertinencia?

»¿No sabes que tú puedes morir con una simple palabra mía?

Caractacus contestó:

—Naturalmente que lo sé.

»Pero nunca temí a la muerte cuando era rey y era libre.

»¿Por qué habría de temerla ahora cuando soy un prisionero encadenado?

Claudio lo observó largamente y dijo:

- "Por Júpiter, tú eres un hombre valiente y yo respeto la valentía."

Volviéndose hacia los guardias les ordenó:

—Quitadle las cadenas y dejadlo libre.

Y luego le dijo a Caractacus:

—Te devuelvo la libertad.

»Vuelve en paz a tu país.

Y Caractacus respondió:

—Y yo respeto a un enemigo noble y generoso, Julio César Claudio.

»Volveré a Britania y dejaré de luchar contra tus legiones.

Cuando Caractacus volvió a Britania vivió hasta el final de sus días en paz con los romanos, que lo trataron con gran respeto.

Pero la conquista de Britania siguió adelante.

La sed de poder y de conquista que tenia Roma era insaciable. ♣

[1] Caractacus: Caudillo de los catuvellani — una tribu o reino celta-belga del sureste de Britania—, hijo del rey Cunobelinus, y principal líder de la resistencia contra la invasión romana de Britania. [n. del pr.]

iii:4 Boadicea

Caractacus había sido afortunado; había encontrado a un emperador romano que —al menos en esa ocasión— había sido noble y generoso.

Pero no todos los romanos eran así, y muchos britanos aprendieron amargamente que no siempre se podía confiar en los romanos.

Entre las numerosas tribus celtas en Britania había una, la de los icenos,[1] cuyos miembros eran famosos como criadores de caballos y como hábiles jinetes y aurigas.

No habían sido conquistados por los romanos porque el rey de su tribu había sido amigo de los romanos desde el principio.

Creía que los romanos serían gente justa que estarían de su lado y esperaba que su tribu permanecería independiente.

Hubo un momento en que el rey se enfermó, se fue debilitando, y supo que iba a morir.

El rey de los icenos no temía la muerte, pero estaba preocupado sobre lo que sucedería con su pueblo cuando él muriera.

[1] icenos o eceni: Tribu britana que habitó un área de Inglaterra que correspondería a la actual Norfolk, entre los siglos I aC y el siglo I.. [n. del pr.]

Después de su muerte, su esposa reinaría sobre los icenos y el rey quería asegurarse de que los romanos la dejarían en paz.

Cato Deciano,[2] el general romano en aquella parte de Britania, había sido siempre un amigo personal del rey; y por eso el rey le pidió al general que se acercara a su lecho de enfermo y le dijo:

—No voy a vivir mucho, pero quiero asegurarme de que mi esposa, la reina, pueda reinar en paz sobre mi gente cuando yo muera.

»Ahora, lo que quiero hacer es dar la mitad de mi reino a los romanos si me prometes que mi esposa puede reinar en paz sobre la otra mitad y los romanos no interfieren.

El general romano Cato Deciano prometió ser fiel a la promesa y la reina no tenía por qué temerle.

Así que El rey murió en paz, confiando en su amigo romano Cato Deciano.

Después de su muerte, una mitad de su reino pasó a ser regida por los romanos y la otra mitad fue gobernada por la reina viuda, Boadicea.[3]

Muy poco después de la muerte del rey, el general romano Cato Deciano envió soldados a la reina Boadicea para exigirle que pagara tributos e impuestos.

La reina Boadicea lo rechazó con orgullo, pero los soldados dijeron:

—¡Si vosotros los bárbaros no pagáis voluntariamente, nosotros os haremos pagar!

Y se apoderaron de manadas de caballos y rebaños de reses de los icenos.

La reina Boadicea no podía creer que un general romano rompiera la promesa dada a un moribundo.

Así que ella y sus hijas fueron a visitar al general Cato Deciano en el fuerte romano de Verulamium,[4] justo al norte de Londres, donde tenía su residencia.

Y cuando estuvo delante de Cato Deciano le recordó su promesa.

Pero Cato Deciano se limitó a reírse de ella y le dijo:

—Si no tienes cuidado no solamente os cobraré impuestos, sino que me apoderaré de todo tu reino.

Boadicea respondió:

—Eres tú quien tendría que tener cuidado de no convertir en enemiga tuya a la reina de un pueblo orgulloso y valiente.

Eso enojó muchísimo al general Cato Deciano, que gritó:

—¿Cómo?

»¿Te atreves a amenazarme!

Llamó a sus guardias y, por orden suya, los soldados empezaron a golpear a Boadicea y a sus hijas con las astas de sus lanzas.

Cuando las mujeres quedaron severamente magulladas y heridas, los soldados las arrastraron fuera de las puertas de la ciudadela y las expulsaron de allí.

Boadicea y sus dos hijas lograron llegar a duras penas a su pueblo, el de los icenos.

Y cuando éstos vieron cómo su reina y sus hijas habían sido tratadas tan vergonzosamente, se alzó un salvaje rugido de todos ellos y juraron vengarse del insulto.

Otras tribus celtas habían sufrido también la rudeza, la crueldad y la codicia de los romanos, y reunieron sus fuerzas con los icenos.

Pronto se reunió un gran ejército de feroces guerreros celtas.

Ese ejército no fue dirigido por un hombre, sino por una mujer, la reina Boadicea.

Como un torrente enfurecido, el ejército celta cayó sobre los romanos que fueron tomados por sorpresa.

Los britanos atacaron la fortaleza de Verulamium, donde el general Cato Deciano tenía su cuartel general.

Y el general traicionero murió en la batalla.

En ese momento, Paulinus,[5] el comandante en jefe de todas las legiones romanas en Britania se hallaba en Gales, luchando contra las feroces tribus galesas con un inmenso ejército romano.

Cuando le llegaron las noticias del levantamiento de los britanos, él y sus legiones abandonaron inmediatamente Gales y volvieron hacia Inglaterra, donde mientras tanto Boadicea y sus guerreros habían atacado incluso la ciudad de Londinium —Londres—.

Los dos ejércitos, el romano bajo las órdenes de Paulinus y el de los britanos dirigidos por Boadicea, chocaron en una furiosa batalla; los britanos se lanzaron una y otra vez con gritos salvajes contra las cerradas filas de los romanos.

[2] Cato Deciano: Procurador romano en Britania en 60/ 61. Provocó la rebelión de Boadicea. [n. del pr.]

[3] Boadicea o Boudica [significa 'victoria']: Reina guerrera de los icenos, durante el mayor levantamiento en Britania contra los romanos (60/61), en tiempos de Nerón. [n. del pr.]

[4] Verulamium: Tercera ciudad en importancia durante la ocupación romana de Inglaterra, junto a la actual ciudad de St Albans, Hertfordshire. [n. del pr.]

[5] Gaius Suetonius Paulinus: General romano en Britania conocido como el vencedor de la rebelión de Boadicea. [n. del pr.]

Pero los romanos se mantuvieron firmes, escudo junto a escudo, y cuando los britanos acabaron agotándose, las legiones entraron al ataque y al final del día los britanos, después de perder a miles de soldados, cedieron y huyeron.

Roma se había apuntado otra victoria.

A reina Boadicea y sus dos hijas lograron escapar del campo de batalla y llegaron a un bosque.

Allí la reina le dijo a sus hijas:

—Hijas mías, tarde o temprano, los soldados de Roma nos encontrarán, y si lo hacen nos pasearán cargadas de cadenas por las calles de Roma, y luego seremos estranguladas en una prisión romana.

»Es mucho mejor morir aquí, en el verde bosque en nuestra propia tierra, que morir en un país extranjero en una oscura mazmorra de la mano de crueles carceleros.

Y ella y sus hijas ingirieron un poderoso veneno que llevaban consigo y murieron juntas.

Hoy en Londres todavía podemos ver una estatua de la reina Boadicea.

Está representada conduciendo un carro con dos caballos brincando.

Es un monumento en honor a una mujer valiente y noble.

La reina Boadicea fue la última en resistirse al poder de los romanos.

Después de su derrota, los romanos extendieron sus posesiones paso a paso, llegando cada vez más al norte.

Cuando una tribu se rendía, los romanos trataban a la gente más o menos bien, excepto a los sacerdotes, los druidas.

Allí donde estuvieran, los druidas eran asesinados sin misericordia.

En Anglesey, en Gales, había un gran centro de saber de los druidas —podríamos decir que era al mismo tiempo un templo sagrado y una universidad para los druidas—.

Los romanos mataron a toda persona que encontraron allí, cientos de druidas, y destruyeron todo el lugar.

Sin los druidas, los britanos pronto adoptaron las costumbres romanas, a los dioses romanos, construyeron casas como las que tenían los romanos, llevaban togas como ellos, e incluso algunos abandonaron su propia lengua y empezaron a hablar latín.

Los britanos ricos enviaban incluso a sus hijos a Roma para ser educados allí.

En el. plazo de cien años, Britania, desde el Canal hasta los ríos Tyne y Solway había sido totalmente romanizada.

En el año 130, el emperador Adriano[6] ordenó construir un gran muro de piedra de este a oeste que iba desde la desembocadura del Tyne hasta el estuario del Solway.

Hoy pueden verse todavía restos del muro de Adriano.

El país al norte del muro, Northumberland[7] y Escocia era tan salvaje que los romanos lo dejaron de lado.

En los bosques y colinas de esa tierra salvaje vivían las fieras tribus de los pictos y escoceses que, de vez en cuando, atacaban el muro.

Y aunque un poco más tarde, en el año 143, los romanos avanzaron más hacia el norte e incluso construyeron un terraplén, como muro de tierra, entre el estuario del río Forth y el río Clyde —el muro de Antonino— en realidad nunca conquistaron realmente esas tribus que no participaron en la civilización romana del resto de Britania. ♣

[6] Publio Elio Adriano (76-138): Emperador romano (117-138). Durante su reinado el Imperio alcanzó la mayor extensión territorial de su historia (125). Destacó por su afición a la filosofía estoica y epicúrea. [n. del pr.]

[7] Northumberland: Región de Inglaterra situada en la frontera con Escocia. Perteneciente al Imperio romano y escenario de diversas batallas entre Escocia e Inglaterra. Se le conoce como 'la cuna de la cristiandad' en Inglaterra pues fue en Lindisfarne, una isla al norte de la ciudad de Bamburgo, donde la cristiandad floreció cuando los monjes de Iona llegaron para convertir a los ingleses. [n. del pr.]

iii:5 Albano

Verulamium era la fortaleza donde había establecido su residencia Cato Deciano, el traicionero general romano, el lugar donde insultó y ultrajó a la reina Boadicea, lo que luego pagó con su vida.

Pero cien años más tarde, en Verulamium, que estaba a unos cincuenta kilómetros al norte de Londinium —Londres—, no quedaba huella alguna de que hubiera habido guerra entre britanos y romanos.

En aquella época, Verulamium era una pequeña copia de Roma, con un foro, templos romanos, con baños públicos donde se podía escoger entre piscinas de agua caliente, tibia o fría.

Los ciudadanos de Verulamium se parecían a sus antepasados, pero su lenguaje era el latín, y llevaban sus togas con el mismo orgullo que cualquier ciudadano de la misma Roma.

Y si en Roma se establecía alguna moda en los peinados de las damas, no pasaba mucho tiempo en que fuera adoptada por las damas de Verulamium.

Pero no era sólo la moda lo que se extendía desde Roma a Verulamium y todo el resto del Imperio Romano, también se extendían otras cosas.

El gobernador de Verulamium estaba preocupado porque había oído rumores de una peligrosa religión nueva.

Había oído hablar de una gente malvada que se llamaban a sí mismos cristianos y que veneraban a un criminal que había sido crucificado durante el reinado del emperador Tiberio.

El gobernador de Verulamium no había prestado demasiada atención a esos rumores: seguro que esa religión perversa sería erradicada de Roma y no seguiría prosperando.

Pero ahora parecía que, a pesar de los terribles castigos, esa nueva cosa se estaba extendiendo.

Había llegado a Britania y había cristianos incluso en Verulamium.

El gobernador pensaba: "No toleraré estas cosas en mi ciudad de Verulamium."

Y le dio órdenes a sus soldados para que buscaran en todas las casas de la ciudad y que cualquiera que admitiera ser cristiano tenía que ser ejecutado.

Y eso, pensaba el gobernador, acabaría de una vez por todas con esa nueva religión perniciosa.

En aquella época vivía en Verulamium un joven britano llamado Albano.[1]

Pertenecía a una familia noble, había sido educado en Roma, e incluso el gobernador de Verulamium lo trataba con respeto.

Albano había sido educado para venerar a los dioses romanos y a él nunca le había preocupado esa nueva religión que, según él, tenía que ser mala, porque había incluso una ley en contra de ella.

Una noche, el joven Albano regresaba de una visita a un amigo, y a medida que se aproximaba a su casa vio a un anciano envuelto en una capa oscura y gruesa, acurrucado en la puerta.

Albano era un joven generoso y de buen corazón; sintió que era su deber darle comida y cobijo a los pobres.

Así que se dirigió al anciano y le invitó a entrar con él en su casa.

El anciano dijo:

—No creo que deba entrar en tu casa.

»"Es peligroso darme cobijo porque soy cristiano y los soldados del gobernador me buscan.

Pero Albano vio la frágil figura, los rasgos demacrados del viejo. Era evidente que no había comido durante días, y Albano sintió que no debía abandonar a ese hombre.

Insistió en que debía entrar en la casa, donde le dio comida y bebida y un lugar para descansar su cuerpo agotado.

Al día siguiente Albano habló con el anciano y le dijo:

—Te llamas a ti mismo cristiano.

»He oído antes esa palabra y quiero que me expliques lo que quiere decir.

Y el anciano le habló de Jesucristo, el Señor, sobre su vida, muerte y resurrección.

A medida que lo escuchaba, Albano se sintió extrañamente conmovido, todo su corazón le decía que eso era la verdad.

Y le dijo al anciano:

—Ahora yo también creo en aquél de quien me has hablado, quiero convertirme en cristiano.

[1] Albano de Verulamium [ingles: Saint Alban]: Santo cristiano, primer mártir de Gran Bretaña. Albano dio refugio a un sacerdote misionero cristiano perseguido por el emperador romano Diocleciano. [n. del pr.]

Y el anciano le dio gracias a Dios por haberle conducido a aquella casa, y bendijo y bautizó a Albano.

Todavía estaban hablando cuando llamaron a la puerta.

Un sirviente entró corriendo a la sala donde estaban Albano y su visitante y le dijo a Albano que los soldados del gobernador estaban esperando fuera y querían registrar la casa buscando a un anciano que había sido visto en esa parte de la ciudad llevando un viejo manto grueso.

Albano reaccionó rápidamente:

—¡Rápido, toma mi manto y márchate por la puerta de atrás!

El anciano protestó, y dijo:

—Si yo huyo tu vida estará en peligro.

Pero Albano dijo:

—Tu tarea es enseñar a otros tal como me has enseñado a mí.

»Déjame ahora y déjame servir a nuestro Señor Jesucristo a mi manera.

El anciano le bendijo, tomó el manto de Albano y logró huir por la puerta trasera.

Albano tomó el manto gastado y raído que el anciano había dejado y se envolvió con él.

Un momento después los soldados del gobernador irrumpieron en la sala.

Vieron una figura encapuchada en el viejo manto, arrodillada en oración, lo cogieron y se lo llevaron.

Albano pasó una noche en prisión.

A la mañana siguiente fue conducido a la presencia del gobernador que lo reconoció y se enojó mucho de que, con esta artimaña, Albano hubiera ayudado a escapar al anciano.

Y le espetó:

—¿Cómo es posible que tú, un hombre de noble familia, un hombre educado en Roma, ayude a escapar a un criminal?.

Y Albano le respondió:

—Ese hombre no era un criminal, era un servidor de Cristo, igual que yo.

El gobernador gritó:

—¿Tú, un cristiano?

»"Debes de estar loco.

»Te doy otra oportunidad.

»Te perdonaré la vida si ofreces un sacrificio a nuestros dioses.

Albano respondió:

—No, un cristiano no ofrece sacrificios a los dioses de Roma.

El gobernador gritó:

—¡Lleváoslo! ¡Y ajusticiadlo!

Un oficial y algunos soldados se lo llevaron y lo pasearon por las calles de Verulamium hasta las puertas de la ciudad.

Allí, fuera de la ciudad, le dijeron que se arrodillara.

Luego el oficial le dijo a uno de sus soldados que sacara su espada y le cortara la cabeza a Albano.

Pero el soldado dudó.

El oficial gritó:

—¿Qué pasa contigo?

»"¿Acaso no has oído mi orden?

El soldado dijo:

—La he oído, pero no puedo matar a este hombre.

—Lo conozco de hace muchos años y sé que es un buen hombre y no un criminal.

El oficial gritó:

—¡Entonces morirás con él!

Sacó su espada y se la clavó al soldado antes de decapitar a Albano.

A pesar de esas crueles persecuciones, el Cristianismo creció y se extendió tanto en Britania como en Roma, y los cristianos siempre recordaron los nombres de los mártires, los hombres y mujeres que murieron por su fe.

Muchos siglos después se construyó una iglesia en el lugar donde Albano había dado su vida por la fe.

Se convirtió en una gran Abadía y la ciudad de Verulamium hoy en día se llama San Albano. ♣

iv: la caída del Imperio Romano

iv:1 las tribus germánicas

El último emperador romano del que hemos hablado fue Nerón, un hombre malvado que, además, estaba loco.

Primero incendió Roma, y cuando la gente de la ciudad le acusó él culpó a los cristianos, lo que desencadenó terribles persecuciones.

Al final, las legiones se rebelaron contra Nerón y él acabó quitándose la vida.

Después de Nerón vinieron emperadores que eran muy parecidos a Augusto, hombres duros pero inteligentes que procuraban que hubiera justicia y orden en todos los territorios gobernados por Roma.

Naturalmente, todavía seguían persiguiendo a los cristianos, porque el afán de poder de los romanos no podía tolerar una religión que llamaba hermanos a todos los seres humanos.

Pero al margen de eso, esos emperadores gobernaron con sabiduría.

Y bajo el reinado de uno de ellos, Adriano (76-138), Roma alcanzó la cúspide de su poder.

Hay que imaginarse el imperio que se extendía desde el muro de Adriano en el norte de Inglaterra hasta el río Nilo en Egipto y toda la costa del norte de África.

Se extendía desde España en el oeste hasta el río Eufrates eh el este.

Las fortalezas y las legiones romanas vigilaban la frontera a lo largo del Rin y del Danubio.

Era un poderoso imperio y desde cada esquina del mismo llegaban impuestos y contribuciones al centro, a Roma.

Justo en las afueras de Roma se hallaba la villa de Adriano, que era como una pequeña ciudad: había dos maestros, varias bibliotecas, varios baños, aparte de las viviendas de Adriano, su corte y sus esclavos, y los establos para los caballos y carruajes.

Había enormes jardines con grandes estanques e incluso un hipódromo para carreras de caballos.

Hoy todavía pueden verse sus ruinas.

Produce una extraña sensación estar ante esos enormes muros y pensar que fueron construidos para un hombre cuyo poder alcanzaba desde las colinas de Escocia hasta los desiertos de África.

Miles de ciudades y pueblos florecieron en ese gran imperio.

Estaban conectadas por caminos rectos sobre los que marchaban las legiones romanas, por donde viajaban bienes de todo tipo sobre carruajes de caballos, por donde los viajeros podían desplazarse con seguridad de una parte a otra del imperio.

Sobre esos caminos también viajaban los hombres y mujeres que llevaban consigo el mensaje de Cristo.

Y aunque muchos cristianos fueran encarcelados y ejecutados, por todo el imperio había almas dispuestas a recibir el mensaje: esclavos y nobles, soldados y comerciantes, hombres y mujeres.

Y ningún emperador ni persecución alguna podían detenerlo.

Bajo el emperador Adriano Roma alcanzó la cúspide de su poder, pero esa culminación no duró mucho.

Bajo los éxitos de Adriano el poder de Roma empezaba a desmoronarse, primero lentamente y luego cada vez más rápido.

¿Qué es lo que hacía tambalearse al Imperio Romano?

La incursión de una nueva gente procedente del noreste, las tribus germánicas.

El hogar original de los pueblos germánicos había sido Siberia.

Hoy en día Siberia es una tierra muy fría, y allí no vive mucha gente.

Pero hace unos cuatro mil años Siberia tenía un clima mucho más cálido y era una tierra de enormes llanuras cubiertas de pasto.

Y las tribus germánicas vivían en esas llanuras como nómadas.

Cabalgando caballos y cuidando ganado, iban trasladándose de unos pastos a otros.

Cuando el clima de Siberia fue haciéndose más frío, las tribus germánicas comenzaron a emigrar hacia el oeste.

Poco a poco, durante muchas generaciones fueron atravesando Rusia hasta que llegaron a Escandinavia, los países que hoy conocemos como Noruega y Suecia.

En aquella época —hace unos 2500 años— la península escandinava tenía un clima mucho más cálido que hoy en día.

Y de ese modo, durante un tiempo, las tribus germánicas se establecieron en Escandinavia, que se convirtió en su hogar en Europa.

Pero el clima escandinavo también fue cambiando: los' inviernos se hacían más fríos y más largos, ya no había suficiente pasto para todos sus ganados y algunas de las tribus germánicas comenzaron a trasladarse hacia el sur, emigrando hacia las tierras que hoy conocemos como Alemania.

Pero ya había otros pueblos que vivían allí, los celtas, que habían emigrado mucho antes desde cerca de Persia y se habían establecido en las zonas centrales de Europa.

Pero las tribus germánicas lucharon contra los celtas, los conquistaron y siguieron trasladándose más al sur.

Hasta que llegaron a los Alpes y se detuvieron durante un tiempo.

Recordemos cómo los cimbrios y los teutones descendieron de los Alpes penetrando en Italia y cómo incendiaron ciudades romanas hasta que Mario los venció.

Estos cimbrios y teutones habían sido solamente una pequeña oleada que se había desparramado sobre Italia.

Durante un tiempo no hubo más oleadas.

Algunas tribus germánicas se dirigieron hacia el oeste, cruzaron el Rin e invadieron la Galia.

Eso le dio a Julio César la excusa para penetrar en la Galia con sus legiones para ayudar a los galos contra los invasores germánicos.

Pero no sólo hicieron retroceder a las tribus germánicas más allá de Rin, sino que aprovecharon y conquistaron la Galia para Roma.

Desde la época de Julio César en adelante, siempre hubo batallas entre las tribus germánicas y las legiones romanas.

Del mismo modo en que una gran marea envía sus oleadas una tras otra contra un dique, las tribus germánicas atacaban las fortalezas y asentamientos romanos , una tras otra, atravesando el Rin y el Danubio.

Por muchas veces que fueran derrotadas, volvían una y otra vez.

Pero los romanos habían cambiado.

Como dueños de un gran imperio se habían acostumbrado demasiado al confort, el lujo y el placer, y ya no les gustaba luchar.

Pero eran inteligentes, y pensaron: "Convertiremos a estos bárbaros en nuestros propios soldados."

Enviaron sus mensajeros a algunas de estas tribus y les dijeron:

"Lo que realmente queréis es tierra para asentaros.

»Los romanos tienen tierra de sobra y estamos dispuestos a daros tierra en la Galia.

»En compensación, vuestros hombres han de estar de acuerdo en luchar por nosotros y mantener alejadas a las tribus invasoras.

Las tribus que recibieron esa oferta aceptaron.

Y al poco tiempo los ejércitos romanos sólo tenían generales y tal vez algunos oficiales romanos, mientras que la mayoría de los soldados eran germanos, además de algunas legiones de galos y britanos.

Y esas tropas extranjeras protegieron las fronteras romanas, al menos por un tiempo.

Pero una vez que los romanos dejaron de estar preparados para luchar en sus propias batallas, los días del poder de Roma estaban contados. ♣

iv:2 el imperio dividido

Esas tribus germánicas solían tener una vida de nómadas en las estepas de Siberia.

Los nómadas son trashumantes, se mueven de un lado a otro con sus ganados y no cultivan ni cosechan la tierra.

Dejan que los rebaños pasten hasta que se acaba la hierba, y entonces se trasladan a otro lugar.

La ocupación típica de los nómadas era cazar, cuidar a sus animales o luchar, pero no labraban la tierra.

Más tarde, cuando las tribus germánicas llegaron a Europa, no podían deambular con tanta libertad como en Asia, y se asentaron y cultivaron la tierra para así obtener de ella su alimento.

Para entonces ya habían conquistado a los pueblos celtas que se convirtieron en sus sirvientes o siervos, como se les llamaba. Y esos siervos trabajaban las tierras de sus amos.

Pero los hombres libres, los guerreros, no podían realizar ningún trabajo.

Consideraban que luchar y cazar eran las únicas dos cosas que valía la pena hacer.

¡Y les encantaba luchar! Para ellos era vergonzoso morir de viejo en la cama.

La llamaban 'muerte de paja,' que era de lo que estaban hechas sus camas.

Decían que si un hombre moría de esa vergonzosa muerte en la cama de paja, su 'alma descendería al oscuro mundo inferior donde reinaba la diosa Hela.

La única muerte digna de un hombre era la muerte en batalla.

Pues entonces, desde el Valhalla,[1] el castillo de los dioses, descendían unas mujeres totalmente armadas montadas en caballos blancos.

Y esas mujeres guerreras, las Valkirias,[2] se llevaban el alma del guerrero hasta el Valhalla, el hogar de los dioses.

Pero eso sólo le sucedía a aquellos que morían luchando, no a los que morían en la cama.

Y cuando el alma estaba en el Valhalla, eso no significaba que se hubiera acabado la lucha.

Todos los días, los héroes y guerreros salían a un gran campo y allí luchaban y batallaban unos contra otros, pero cuando la lucha acababa todas las heridas se curaban y todos los muertos revivían de nuevo para que pudieran volver a luchar al día siguiente.

Para esas tribus germánicas incluso el cielo era un lugar donde podían seguir luchando eternamente.

No sólo su religión, sino también sus historias y canciones eran sobre guerras y luchas.

Cuando los hombres se sentaban juntos en un banquete, disfrutaban escuchando a cantantes y bardos que recitaban largos poemas de batallas y guerras y héroes.

Cuando esa gente no luchaba querían oír hablar de luchas.

Veneraban a dioses como Odín,[3] también llamado Wotan, Thor,[4] Tyr,[5] el dios de la guerra, y Freyja,[6] la diosa de la belleza.

Todavía existen en la lengua inglesa mismos nombres expresados en los días de la semana: Wednesday, miércoles, 'el día de Wotan'; Thursday, jueves, 'el día de Thor'; Tuesday, martes, 'el día de Tyr'; Friday, viernes, 'el día de Freyja. Los otros nombres siguen a los planetas: Monday, lunes, 'el día de la Luna —Moon—'; Saturday, sábado, 'el día de Saturno —Saturn—'; y Sunday, domingo, 'día del Sol —Sun—.'[7]

Pero como los celtas, las tribus germánicas no veneraban a sus dioses en templos ni en ningún edificio hecho por manos humanas.

Los veneraban al aire libre, en el claro de un bosque, o en la cima de una colina.

Cuando soplaba un viento fresco y refrescante en la cúspide de la montaña, decían:

[1] Valhalla [Palacio de los predestinados]: Palacio de Odín, donde se hallan todos los hombres muertos en el campo de batalla desde la creación del mundo. Se los llaman Einherjer y esperan a combatir el día de Ragnarök, el Ocaso de los Dioses. [n. del pr.]

[2] Valkiria: Vírgenes que Odín envía a todos los campos de batalla, saben los guerreros que sucumbirán, y disponen de la victoria. [n. del pr.]

[3] Odín o Wotan ['el respiro']: Dios principal que gobiena el cielo y la tierra. Su mujer se llama Frigga, y sus hijos son los Æsir. Habita en Asgard. [n. del pr.]

[4] Thor ['Trueno']: Hijo de Odín y de la tierra, notable por su fuerza extraordinaria. Guardián de dioses y hombres. Posee tres objetos preciosos: el martillo Mioelner, el cinturón que duplica su fuerza, y unas manoplas de hierro. [n. del pr.]

[5] Tyr: El más atrevido y más valiente de los Æsir. Sacrificó su mano para refrenar a Fenris. Será muerto por el perro Garm. [n. del pr.]

[6] Freyja: La más bella de las Ásynjur; posee en el cielo el palacio de Folkvang, y le pertenecen la mitad de los hombres muertos en el campo de batalla. La otra mitad es de Odín. [n. del pr.]

[7] En castellano, los nombres de los días siguen a los planetas: lunes, Luna; martes, Marte; miércoles, Mercurio; jueves, Júpiter; viernes, Venus. El sábado deviene del 'shabat' —reposo— judío y el domingo de 'Dominus Dies,' el 'día del Señor' cristiano. [n. del pr.]

—Puedes sentir cómo este viento fresco te hace más fuerte, vigoroso y saludable?

»Es el poder de Wotan en el viento.

Y cuando retumbaba el trueno y brillaba el rayo, decían:

—Este es Thor lanzando su martillo que siempre le vuelve a la mano.

Veían a todos sus dioses por doquier en la naturaleza.

Los germanos eran todos altos y fuertes y se parecían en muchas cosas a los celtas.

Pero en otras eran muy diferentes.

A los celtas les encantaba hablar y, sobre todo, les gustaba alardear de sus actos.

Los germanos eran parcos en palabras y no alardeaban.

Los celtas tenían una imaginación vívida y les gustaban las cosas bellas, e incluso llevaban vestiduras con mucho color.

Los germanos eran mucho más prácticos, no eran muy proclives a los ornamentos, y vestían con gruesas ropas de lana.

Como se esperaba que todos los muchachos fueran guerreros, los germanos no veían ningún propósito en dejar crecer a un niño que parecía débil, de modo que cada recién nacido era colocado a los pies de su padre, y si el padre consideraba que ese niño no llegaría a ser fuerte era llevado a una montaña y se dejaba allí a que muriera.

Eso no se hacía por crueldad, sino porque a esa gente a quienes les gustaba guerrear sobre todas las cosas consideraban que un hombre débil no podría luchar por su propia vida y no llevaría una vida digna de vivir.

Esos eran los pueblos que amenazaban al Imperio Romano.

Si todas las tribus germánicas se hubieran unido, Roma habría sido conquistada por ellas mucho antes.

Pero el hecho es que cada tribu escogía su propio momento para luchar contra Roma.

Algunas de ellas preferían luchar entre sí.

Y otras ayudaban a los romanos luchando como soldados contra otras tribus germánicas.

De ese modo el Imperio Romano duró más de lo que lo habría hecho si todas las tribus germánicas se hubieran unido contra Roma.

Pero esos bárbaros extranjeros que se habían convertido en soldados romanos no sentían sobre Roma lo que hubiera sentido un verdadero romano.

Y si un general congregaba a sus legiones y les decía:

—Quiero ser emperador.

»Si lucháis por mí os prometo altas recompensas.

Estos soldados marcharían sobre Roma y matarían al emperador que estuviera en ese momento en el poder y luego colocarían a su propio emperador en el trono.

Pero al cabo de unos años o incluso meses, otro general haría lo mismo y, con la ayuda de los bárbaros, mataría al nuevo emperador y ocuparía su lugar.

Al final, después de cincuenta años de este desorden y caos, hubo un emperador que era un hombre implacable y duro.

Él logro restablecer la paz y el orden, y expulsó a los invasores.

El nombre de ese emperador era Diocleciano.[8]

Comprendió que era demasiado difícil para un solo hombre gobernar el vasto Imperio Romano, mantener alejados a los bárbaros y procurar que las legiones no empezaran a instalar a su propio emperador.

De modo que decidió dividir el Imperio Romano en dos partes, el Imperio de Occidente —que incluía Italia, Galia, España, Britania— y el Imperio Oriental —Grecia, Siria, Egipto—.

El propio Diocleciano gobernó el Imperio Oriental y su amigo Maximiano[9] gobernó el Imperio Occidental.

Mientras vivieron los dos, el sistema funcionó.

Octavio y Marco Antonio ya habían hecho antaño una división así.

Pero tanto Diocleciano como Maximiano eran acérrimos enemigos del cristianismo, y en su reinado se produjeron las peores persecuciones de cristianos con miles de ellos asesinados.

Pero esa fue también la última persecución, porque después de Diocleciano todo cambió para los cristianos. ♣

[8] Diocleciano o Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto, nacido Diocles (ca. 244-311): Emperador romano (284-305), proclamado por el ejército, que puso fin a la crisis del siglo III. Instituyó un nuevo régimen, conocido como la tetrarquía, o 'gobierno de cuatro.' [n. del pr.]

[9] Maximiano o Marco Aurelio Valerio Maximiano Hercúleo (ca. 250-310): César y Augusto del Imperio romano. Compartió el cargo de Augusto con Diocleciano, quien creó la tetrarquía. Acabó con los rebeldes de la Galia y combatió a las tribus germanas que habitaban a orillas del Rin. [n. del pr.]

iv:3 la visión de Constantino

Diocleciano, el emperador que había dividido el Imperio Romano en dos partes, no tuvo hijos.

Pero cuando se hizo viejo quería retirarse y ceder la corona y el peso de gobernar a un joven.

Escogió como sucesor suyo a un noble romano llamado Constantino.[1]

Constantino había nacido en Britania, en York; su padre había sido gobernador de Britania y su madre era una princesa britana.

Como sucesor de Diocleciano, Constantino se convirtió en el gobernante del Imperio Oriental.

Poco tiempo después murió Maximiano, gobernador del imperio occidental, y fue sucedido por su hijo Magencio.[2] Odiaba a los cristianos tanto como lo había hecho su padre.

Pero Constantino era diferente.

Su madre, Helena, una princesa britana, aunque era pagana, también creía que Cristo era un ser grande y poderoso.

Veneraba a Cristo y a los dioses romanos.

De manera que Constantino, aunque también era pagano, no odiaba a los cristianos, pues su madre también veneraba a Cristo.

Pero esa no era la única diferencia entre Constantino, emperador oriental, y Magencio, emperador occidental.

No se fiaban el uno del otro, cada uno 'estaba celoso del poder del otro, y al final decidieron que sólo uno de ellos estaba preparado para ostentar el poder.

Es lo que siempre sucedió en la historia romana, desde Rómulo y Remo, a Julio César y Pompeyo, a Octavio y Marco Antonio: no podían compartir el poder.

Y eso llevó a que se declarase la guerra entre Magencio y Constantino.

Magencio había congregado un ejército de doscientos mil hombres que mantuvo en Roma.

Esperaba que Constantino le atacara.

Constantino tenía sólo la mitad de soldados.

Cuando condujo su ejército sobre Italia, Constantino estaba preocupado y empezó a dudar de si podría derrotar a su enemigo.

Una noche estaba cabalgando al frente de su ejército cuando miró al cielo y tuvo una extraña visión.

Vio rayos de luz que formaban una gran cruz resplandeciente y por encima de la cruz aparecían en letras brillantes las palabras: 'In hoc signo vinces,' que quiere decir: 'Con este signo vencerás.'

Luego desapareció la visión, el cielo se oscureció y se hizo de noche.

Los soldados montaron un campamento y Constantino se acostó.

No lograba dormirse, se preguntaba sobre el significado de la visión.

Al final acabó durmiéndose, y tuvo un prodigioso sueño.

En él veía a Jesucristo que le hablaba y le decía:

—El signo que has visto en el cielo es el signo que te dará la victoria sobre tu enemigo.

»Si tus soldados llevan mi nombre en la batalla desperdigarás a tus enemigos.

Cuando se despertó a la mañana, Constantino ya no tenía duda alguna sobre lo que debía hacer.

Dio órdenes para que se hiciera una bandera con las dos letras griegas de la palabra 'Cristo': 'XP.'

Y el palo de la bandera tenía que tener forma de cruz, pero hecha de oro.

En esa época,-la mayoría de los soldados de Constantino ya eran cristianos, y cuando vieron que Constantino, su líder, les daba una bandera con las iniciales de Cristo, gritaron de alegría y pintaron el signo de la cruz sobre sus escudos.

La cruz —el instrumento con el que eran ejecutados los peores criminales en la antigua Roma—, se había convertido en el signo bajo el cual esos soldados marchaban orgullosamente contra el enemigo pagano.

Mientras tanto, Magencio, el emperador en Roma, había pedido consejo a sus dioses, los dioses romanos.

En la época de Tarquinio había llegado a Roma una sibila que había vendido los tres libros que desde entonces fueron custodiados en el templo de Júpiter, en la colina del Capitolio.

Cada vez que algún peligro se cernía sobre Roma, los sacerdotes consultaban los libros de la sibila para

[1] Flavio Valerio Aurelio Constantino o Constantino I (ca. 272-337): Emperador romano proclamado por sus tropas. Legalizador de la religión cristiana por el Edicto de Milán en 313, refundó la ciudad de Bizancio (actual Estambul, en Turquía), llamándola 'Nueva Roma' o Constantinopla, la 'ciudad de Constantino.' Convocó el Primer Concilio de Nicea en 325, que otorgó legitimidad al cristianismo en el Imperio romano. [n. del pr.]

[2] Marco Aurelio Valerio Majencio o Magencia: Emperador romano de Occidente (306-312), era hijo de Maximiano, y yerno de Galerio. [n. del pr.]

averiguar si existía algún consejo sobre lo que debía hacerse.

Magencio le pidió a los sacerdotes que consultaran los libros de la sibila y averiguaran lo que había que hacer.

Los sacerdotes estudiaron los libros y le dijeron a Magencio que debería sacar a sus soldados de la ciudad para enfrentarse a Constantino en campo abierto, saliendo a su encuentro y atacándolo, que no debía limitarse a rechazarlo desde el interior de los muros.

Magencio siguió el consejo.

Cuando Constantino y su ejército llegaron a las llanuras en el exterior de Roma esperaban tener la terrible tarea de asaltar los temibles muros de la ciudad, pero, para su sorpresa, las puertas se abrieron, se extendió un gigantesco puente levadizo sobre el amplio y profundo foso por el que salieron el propio Magencio y sus soldados.

En la batalla que se produjo acto seguido, los legionarios de Constantino lucharon como leones, parecía como si tuvieran una fuerza y un coraje sobrehumanos, cada soldado podía luchar con más de dos de los de Magencio.

Aterrorizados por la furiosa arremetida, los soldados de Magencio dieron la vuelta y regresaron precipitadamente hacia el puente levadizo, y Magencio huyó con ellos.

Pero justo cuando estaba sobre el puente con cientos de soldados empujando a su alrededor, el puente cedió bajo el enorme peso de tantos hombres.

Magencio y todos los que le rodeaban cayeron al foso lleno de agua y se ahogaron.

Desprovisto de su líder, el resto del ejército entregó sus armas y se rindió.

La batalla había terminado y Constantino penetró victorioso en Roma.

Si Magencio con sus doscientos mil soldados hubieran permanecido dentro de la ciudad protegida por sus gruesos muros, Constantino nunca hubiera podido tomar la ciudad con sólo la mitad de los soldados.

Esa batalla —que cambió todo el curso de la historia— tuvo lugar el 28 de octubre del año 312.

Apenas trescientos años después del nacimiento de Cristo, esta batalla que se luchó bajo el signo de la cruz llevó la victoria a los cristianos.

Al año siguiente Constantino decretó una ley para todo el Imperio, permitiendo a los cristianos practicar su religión y venerar a Cristo libremente y sin trabas.

Y aún hizo más: favoreció a los cristianos y llegó un momento en que nadie podía alcanzar una alta posición si no era cristiano.

A partir de ese momento, la religión cristiana se extendió rápidamente, y, con el tiempo, la religión pagana —a veneración de Júpiter, Apolo, Venus, y otros dioses— acabó desapareciendo.

Muchos de los antiguos templos fueron convertidos en iglesias o eran demolidos y se construían iglesias en su lugar.

Después de trescientos años de persecución, la religión cristiana había salido de las catacumbas y había triunfado sobre sus perseguidores.

Pero a la gente de Roma no le gustaba Constantino, habían estado del lado de Magencio y a Constantino no le gustaba ni Roma ni su gente.

Decidió fundar él mismo una nueva capital, alejada de las tribus germánicas en el norte.

Para Constantino, la historia romana había empezado con Eneas que había venido de Troya, en el este.

Quería fundar su capital en alguna parte cerca del lugar donde había estado Troya.

Se acercó a Bizancio, una ciudad en el Helesponto, en el estrecho que se halla entre el Mediterráneo y el Mar Negro.

Y llamó a ese espléndido lugar la Ciudad de Constantino, que en griego es Constantinópolis —'polis' quiere decir ciudad— y que nosotros conocemos como Constantinopla —hoy en día es la ciudad de Estambul—.

De ese modo, la orgullosa Roma dejó de ser el centro del Imperio.

Su centro pasó a ser Constantinopla.

Fue una sabia decisión, porque poco tiempo después se producirían las invasiones de las tribus del norte que ya no podrían ser mantenidas lejos de Italia. ♣

iv:4 los monjes

Constantino había traído un enorme cambio.

Los cristianos ya no eran perseguidos y ya no vivían con temor por sus vidas.

No solamente eran libres de ejercer su religión a su manera, sino que incluso el ser cristiano se convirtió en una ventaja.

Los mismos emperadores eran cristianos y si alguien quería obtener un favor —una alta posición o una carrera— tenía que ser cristiano.

No es de extrañar que el número de Cristianos creciera entonces espectacularmente, con la misma celeridad con la que disminuía el número de paganos.

Los cristianos ya no se congregaban en las catacumbas, y ahora querían tener iglesias.

Muchos templos paganos eran frecuentados ya por muy poca gente, de modo que los cristianos a veces simplemente ocupaban esos templos, echaban a los paganos y a sus sacerdotes, y convertían el lugar en iglesia.

En algunas partes del Imperio Romano se volvían contra los paganos y los atacaban.

En Egipto, una buena y sabia mujer, Hipatia,[1] fue asesinada por una muchedumbre de así llamados cristianos simplemente porque era pagana.

Y los cristianos también reñían entre ellos mismos.

Sus disputas sobre la religión y sobre lo que debían creer y lo que no, a veces acababan en lucha.

Los obispos, los líderes entre los sacerdotes cristianos, se reunían para decretar reglas sobre lo que era correcto o erróneo creer, pero entonces otros obispos no aceptaban esas reglas.

Hubo, además, otro cambio: En los días en que los cristianos habían vivido temiendo por sus vidas, cuando cualquier día podía llevarles a una muerte cruel, habían vivido con sencillez, sin demasiado lujo ni comodidades ni entretenimientos.

Pero ahora que los mismos emperadores eran cristianos, cuando los puestos más elevados y mejor pagados eran dados a los cristianos, empezaron a disfrutar de riqueza, poder y lujo, igual como habían hecho antaño los paganos.

Muchos se habían hecho cristianos simplemente porque eso les reportaba ventajas, pero no deseaban cambiar su modo de vida; tenían tantos esclavos y tanto lujo como habían tenido antes.

Pero no todo el mundo pensaba del mismo modo.

Había algunos que recordaban que Cristo había vivido en la pobreza.

Pensaban que si uno ama demasiado el dinero, el lujo y los placeres, no puede amar a Dios tanto como Ello había hecho, pues Cristo había dicho:

> *37 Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. [Mt 22:37]*

Los que pensaban de ese modo se apartaron de la vida de placeres y distracciones, comodidades, posesiones y 'esclavos.

Recordemos que en la antigua India los ermitaños se iban al bosque, donde comían muy poco, ayunaban y pasaban el tiempo en oración.

Algo similar sucedió entre los cristianos.

Algunos hombres se apartaron de todos los placeres mundanos y se convirtieron en 'eremitas' —del griego 'eremos': desierto— que entre los cristianos también eran llamados 'monjes' —del griego 'monacos,' 'el que vive solo'—.

Los otros cristianos, que disfrutaban de los placeres y comodidades o no eran capaces de dejarlos —y eran, naturalmente, la mayoría— tenían un gran respeto por los monjes.

Los llamaban 'hombres santos de Dios.'

Consideraban que Dios mismo los recompensaría si a esos monjes les daban la poca comida o bebida que necesitaban.

Uno de los primeros hombres que adoptó la vida de monje fue Antonio,[2] que vivió en Egipto (250-356).

Antonio no podía apartarse a los bosques como habían hecho los ermitaños de la India, porque en

[1] Hipatia (355/370-415/416): Filósofa y maestra neoplatónica griega, natural de Egipto, que destacó en los campos de las matemáticas y la astronomía, cultivó los estudios lógicos y las ciencias exactas, llevando una vida ascética. Hija y discípula del astrónomo Teón, es la primera mujer matemática de la que se tiene conocimiento razonablemente seguro y detallado. Fue asesinada a los 45 o 60 años. [n. del pr.]

[2] Antón Abad o San Antonio o (251-356): Monje cristiano, fundador del movimiento eremítico. Abandonó sus bienes para llevar una existencia de ermitaño y que atendía a varias comunidades monacales en Egipto, permaneciendo eremita. [n. del pr.]

Egipto no había bosques, sino que se retiró a vivir al desierto en una cueva excavada en la roca.

El lugar habitado más cercano, un minúsculo pueblo, se hallaba a dos o tres horas a pie, pero la gente de ese pueblo, sabiendo que un hombre santo vivía cerca de ellos, se le acercaba de vez en cuando y dejaban un poco de comida y un jarro de agua en la cueva.

Antonio vivía solo en el desierto.

Había muchos días en que no había ni comida ni bebida, pero estaba contento por ello, porque sentía que a' medida que su cuerpo se iba debilitando con el hambre, su alma se hacía más fuerte en la plegaria y la oración.

Incluso cuando la gente había llevado algo de comida, ayunaba y dejaba pasar uno dos días más antes de tocar el pan o el agua'.

En los días en que estaba sentado bajo el sol abrasador del desierto le pasaban cosas extrañas, intentando olvidar los dolores del hambre y la sed que atormentaban su cuerpo concentrando su mente en la oración.

Era como una competencia entre la mente y el cuerpo, en la que la mente decía:

—Soy un espíritu inmortal, soy más fuerte que el cuerpo, puedo olvidar el hambre del cuerpo si dirijo todos mis pensamientos a Dios.

Y el cuerpo decía:

—Quiero comer, quiero beber.

Pero para un monje como Antonio, esta competencia, esta batalla entre mente y cuerpo, era la razón por la que se había retirado al desierto, pues sólo en ese entorno podía descubrir que la mente era más poderosa que el cuerpo, que el espíritu y el alma pueden triunfar sobre el cuerpo.

Cuando Antonio estaba librando esa batalla entre espíritu y el cuerpo, en el calor del desierto se le apareció una hermosa mujer que llevaba una bandeja llena de dulces y jugosas naranjas, higos y otros frutos.

Pero Antonio gritó:

—¡Tú eres sólo un espíritu maligno, un diablo venido para tentarme!

»¡Márchate, no quiero saber nada de tus malditos regalos!

Tan pronto como acabó de decir esas palabras, la mujer cambió de forma, convirtiéndose en un horrible monstruo con cuernos y garras, y otros monstruos aparecieron a su alrededor, y toda la horda de demonios atacó a Marco Antonio, que sintió como si lo estuvieran haciendo pedazos.

Pero con sus últimas fuerzas, Antonio gritó:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, apartaos de mí!

Y, de golpe, todos desaparecieron y Antonio se encontró a sí mismo yaciendo sobre la cálida arena del desierto bajo el sol abrasador.

La siguiente vez que la gente del pueblo más cercano se apareció con comida, Antonio les explicó lo que le había sucedido y lo consideraron aún con mucho más respeto que antes.

Eso podría parecernos extraño a nosotros hoy en día, pero cuando la historia de Antonio se extendió, un gran número de personas se sintieron atraídos por ese tipo de vida y se convirtieron en eremitas en el desierto.

Doscientos años después de Antonio había muchos monjes por todo el Imperio Romano —tal vez unos cuantos miles— pero no sólo en el desierto, sino también en bosques o colinas y montañas.

Uno de esos monjes, procedente de Italia, Benito de Nursia[3] (480-547), pensó que la vida solitaria del monje en los desiertos o en los bosques no ayudaba mucho a los demás.

Pensó que era mucho mejor y más cristiano que los monjes hicieran algo para los demás en el mundo.

Para hacer algo útil tendrían que vivir en grupos, como ya hacían algunos.

Bajo la guía de Benito los monjes cambiaron su modo de vida, fundando la Orden de los Benedictinos.[4]

Vivían congregados en comunidades o hermandades, como les llamaban.

Y cada hermandad tenía un abad, un líder a quien había que obedece.

Cada comunidad se construía una casa que llamaban monasterio.

Allí los monjes todavía ayunaban y oraban, pero también trabajaban ocupándose de los jardines y huertos, copiando libros sagrados —pues aún no se había inventado la imprenta—, enseñando a los niños de los pobres, pues no había escuelas, y los ricos tenían tutores privados para sus hijos.

[3] Benito de Nursia o San Benito (480-547): Presbítero y religioso cristiano, considerado el iniciador de la vida monástica en Occidente. Fundó la orden de los benedictinos cuyo fin era establecer monasterios autosuficientes, organizados en torno a la iglesia basilical y el claustro. Es considerado patrón de Europa y patriarca del monacato occidental. [n. del pr.]

[4] Orden de San Benito u OSB: Orden religiosa, perteneciente a la Iglesia católica, dedicada a la contemplación, fundada por Benito de Nursia, que sigue la regla dictada por éste a principios del siglo VI para la abadía de Montecassino. [n. del pr.]

Y era muy importante que los monjes fueran a las tribus germánicas para convertirlas al cristianismo.

A través de Benito los monjes se convirtieron en personas que vivían en la pobreza voluntaria, pero que hacían muchas cosas importantes para los demás.

Se estaba acercando una época en que los monasterios serían los únicos lugares de civilización, de conocimiento y de gentileza humana.

Pues el Imperio Romano y toda su civilización se estaba desmoronando y resquebrajando bajo la arremetida de los bárbaros.

A Benito, el fundador de los monasterios, le debemos que sobreviviera algo de la civilización romana después del colapso del Imperio.

Todo monje llevaba solamente una prenda de ropa, un hábito parecido a un saco, hecho de una tela burda y pesada sostenida en medio con un cordel, que en la parte de atrás tenía una capucha.

Para convertirse en monje había que hacer tres votos: el voto de pobreza —es decir, que uno nunca poseería nada—; el voto de castidad —o sea, que uno nunca se casaría, pues tener esposa y familia evitaba que uno se dedicara totalmente a la comunidad—, y el voto de obediencia —es decir, que uno acogería cualquier orden que le hubiera sido asignado por el abad, aunque fuera desagradable y peligroso, y que uno no se limitaría a seguir su propio capricho—.

Convertirse en monje era un sacrificio, pero los hombres que se hacían monjes sentían que sólo en esa vida de autosacrificio podían servir a Dios de la manera correcta.

Y en los terribles tiempos que siguieron, esos hombres se hicieron necesarios. ♣

iv:5 Atila, el huno

En las vastas estepas de Siberia de donde habían venido los pueblos germánicos, vivía otro pueblo, los Hunos.

Eran nómadas que vagaban por los llanos montados en pequeños ponis fuertes y lanudos.

Y para los hunos sus caballos eran más importantes que cualquier otra cosa.

No sólo luchaban y cazaban montados en ellos, sino que a menudo durante semanas y meses vivían, comían,

bebían e incluso dormían montados sobre ellos.

Sus tiendas y sus vestimentas estaban hechas de piel de caballo.

De la leche de yegua hacían una bebida intoxicante, un potente brebaje que podía emborracharlos.

Su comida principal era carne de caballo, pero raramente cocinaban la carne, normalmente se limitaban a poner un pedazo de carne de caballo bajo la silla de montar y cabalgaban sobre él hasta que era lo suficientemente blando para comérselo.[1]

Cuando los hunos iban a la guerra no mostraban ninguna misericordia.

Los ancianos y niños que no podían usarse como esclavos eran asesinados; y luego quemaban las casas y todo lo que no pudieran llevar consigo.

A donde quiera que fueran dejaban un rastro de destrucción y muerte, todo sembrado de cadáveres.

Al este de Siberia existía el gran imperio floreciente de la China.

Durante varios siglos los hunos habían hecho incursiones en China, devastando los campos, quemando los pueblos, robando y saqueando.

Pero en torno al año 220 aC el emperador chino Qin[2] acabó con esas incursiones construyendo una muralla[3] muy alta y ancha a lo largo de las fronteras de China, con torres de vigilancia separadas pocos kilómetros entre sí.

La muralla recorría cientos de kilómetros y los soldados chinos patrullaban por ella día y noche.

Y de ese modo, cada vez que venían los hunos eran rechazados. La gran muralla china detuvo las invasiones de los hunos.

Ya no podían robar y saquear en el este, de manera que se dirigieron hacia el oeste.

[1] charqui: Carne deshidratada que se cubre con sal y se expone al sol. En la antigüedad, la carne se colocaba entre el caballo y la montura, donde la transpiración salobre del animal producía la cocción de la misma, preservándola. [n. del pr.]

[2] Qin Shi Huang (260 aC-210 aC): Rey del estado chino de Qin (247 aC-221 aC) y primer emperador de la China unificada (221 aC-210 aC). Habiendo unificado China, llevó a cabo hercúleos proyectos de construcción, la versión precursora de la actual Gran Muralla China. Es considerado como un fundador colosal de la unificación china, que ha durado más de dos milenios (con interrupciones). [n. del pr.]

[3] Gran Muralla China: Antigua fortificación china construida y reconstruida entre el siglo V aC y el siglo XVI para proteger la frontera norte del Imperio chino de los ataques mongoles. Se calcula que tiene más de 7000 kilómetros de largo, desde la frontera con Corea, al borde del río Yalu, hasta el desierto de Gobi. Hoy se conserva un 30% de ella. Mide de 6 a 7 metros de alto y de 4 a 5 metros de ancho. [n. del pr.]

En los siglos siguientes los hunos fueron dejando las tierras salvajes de Siberia y emigrando hacia Europa.

Cada vez que se trasladaban eran como una inundación de jinetes feroces; cualquier cosa que se interponía en el camino de esa inundación era aplastado, quemado, muerto y destruido.

Atravesaron la tierra que hoy conocemos como Rusia y llegaron a la parte de Europa que desde entonces pasó a llamarse Hungría, la tierra de los hunos.

En aquella época era una tierra vacía, la gente que hoy en día vive en Hungría vino mucho más tarde.

Los hunos se establecieron en Hungría durante un tiempo.

Estaban divididos en muchas tribus y cada tribu tenía su propio caudillo, pero uno de ellos acabó convirtiéndose en rey de todas las tribus.

Atila[4] (406-453), el gran rey de los hunos era un hombre feroz, tenía grandes planes, grandes ambiciones, y una voluntad de hierro.

Un día, un guerrero le trajo a Atila una espada que había encontrado bajo una piedra. Atila exclamó:

—¡Esta es la espada que me han enviado los dioses para que pueda conquistar el mundo!

Y bajo el liderazgo de Atila los hunos dejaron Hungría y barrieron Europa Occidental como una manga de langostas.

Siempre les precedía el miedo y el terror.

Los primeros guerreros germánicos que se encontraron con ellos quedaron horrorizados al ver semejante horda.

Parecían como demonios del infierno que habían sido desparramados por el mundo.

Incluso los guerreros germánicos más valientes daban media vuelta y huían.

Los pueblos y las ciudades sucumbían a las llamas, los campos quedaban devastados, la gente era masacrada y por toda Europa se extendió un clamor:

—Los hunos han sido enviados como castigo por nuestros pecados.

»Son el látigo con el que de Dios nos castiga.

»Atila es el azote de Dios.

Se decía que 'por donde pasa Atila no crece nunca más el pasto.'

De ese modo Atila y sus hunos llegaron a la Galia donde los romanos y las tribus germánicas habían estado siempre peleándose.

Pero ahora, ante ese terrible enemigo, tuvieron que unir fuerzas y vencieron a Atila en la gran batalla de Chalons,[5] en el año 451.

Expulsado de la Galia, Atila todavía tenía un gran ejército que entonces se dirigió al sur y se abalanzó sobre Italia.

Los ejércitos romanos se dispersaron ante los hunos.

El norte de Italia se convirtió en un paisaje en ruinas, y los hunos se dirigieron a Roma.

Ya no había ningún ejército para defender la ciudad contra los salvajes invasores.

Desesperada, la gente de Roma se dirigió a un hombre para que rogara a Atila que respetara la ciudad y a sus habitantes.

Los habitantes de la ciudad de Roma eran todos cristianos y el hombre hacia el que volvieron sus esperanzas era León,[6] el obispo de Roma.

Era un hombre muy anciano, pero se presentó solo ante Atila.

El rey de los hunos miró desde su caballo al obispo León y sonrió forzadamente.

Nunca había perdonado una vida o una ciudad, ¿por qué habría de hacerlo ahora con Roma y perderse el lucrativo botín que él y sus soldados encontrarían en la ciudad?

Pero el anciano obispo le dijo:

—He venido a advertirte, Atila.

»Los espíritus de san Pedro y san Pablo que murieron por Cristo en esta ciudad de Roma están ante Dios, y su maldición te perseguirá si destruyes Roma.

Atila se quedó pensativo.

Tal vez esos espíritus eran realmente poderosos, tal vez su maldición era algo que había que temer.

[4] Atila o el Azote de Dios (ca. 395-453): Último y más poderoso caudillo de los hunos, tribu procedente de Asia. Gobernó el mayor imperio europeo de su tiempo, desde 434 hasta 453, se extendían desde la Europa Central hasta el mar Negro, y desde el río Danubio hasta el mar Báltico. Fue el más acérrimo enemigo del Imperio romano., Invadió dos veces los Balcanes, estuvo a punto de tomar Roma y llegó a sitiar Constantinopla. El imperio de los hunos se desmembró y se extinguió tras la muerte de Atila. [n. del pr.]

[5] La batalla de los Campos Cataláunicos o de Châlons (451): Enfrentó en una coalición romana encabezada por el general Flavio Aecio y el rey visigodo Teodorico I contra la alianza de los hunos comandada por su rey Atila. Esta batalla fue la última operación a gran escala en el Imperio romano de Occidente y la cumbre de la carrera de Aecio. [n. del pr.]

[6] León I el Magno o el Grande (ca. 390-461): Papa número 45 de la Iglesia católica (440-461). Combatió exitosamente el maniqueísmo proclamando la divinidad y la humanidad de Cristo. El episodio más conocido fue su encuentro, en 452 en la ciudad de Mantua, con Atila, el rey de los hunos, quien había invadido el norte de Italia obligando al emperador Valentiniano III a abandonar la corte de Rávena y refugiarse en Roma. [n. del pr.]

Y mientras pensaba en esto miró hacia el cielo y le dio la impresión de ver a dos ángeles con espadas resplandecientes que protegían Roma.

Era mejor no desafiar a esos seres.

—Anciano, regresa a la ciudad, no voy a tocar vuestra ciudad, ya tenemos suficientes tesoros.

El obispo León regresó a la ciudad con la buena nueva.

Esa misma noche, una enfermedad, una epidemia se desencadenó entre los hunos y cientos de ellos murieron, y Atila se apresuró a alejarse de allí con sus hombres.

Era mejor salir de aquel lugar y no levantar la ira de esos extraños dioses o espíritus.

Volvieron a Hungría, cargados con los tesoros que habían robado en cientos de ciudades.

Atila pensó que ya era hora de incrementar su poder casándose con Ildico,[7] la hija de un gran rey germánico.

El padre no se atrevería a rechazar al poderoso rey de los hunos.

La pobre Hildegunda casi se desmayó cuando fue llevada ante Atila y vio a su futuro esposo por primera vez.

Pero se celebró una gran ceremonia nupcial en la que los hunos bebieron hasta caer al suelo sin sentido.

Al final, se acabó la fiesta y Atila estaba solo con su esposa.

La tomó en sus brazos para besarla, pero Hildegunda sacó una daga que llevada oculta bajo sus vestiduras y se la clavó a Atila en el corazón.

De ese modo murió Atila, el azote de Dios.

En la oscuridad de la noche, Hildegunda huyó, y escapó de su padre.

Cuando los hunos encontraron el cadáver de Atila por la mañana, empezaron a gemir y gritar de dolor.

Algunos esclavos lo enterraron con sus tesoros, luego fueron asesinados para que nadie supiera donde estaba el tesoro.

Y acto seguido los hunos se dispersaron.

Unos ofrecieron sus servicios como soldados de los romanos, otros se unieron a las tribus germánicas, otros regresaron a Asia.

Así que los hunos desaparecieron con la misma rapidez con la que habían aparecido.

Pero el temor que habían instilado duró generaciones y las tribus germánicas que habían huido empujadas por los hunos estaban ahora en movimiento: había empezado la gran migración de los pueblos. ♣

iv:6 la caída de Roma

Los hunos, el azote de Dios, habían desaparecido, pero su irrupción había provocado muchos cambios.

Porque todas las tribus germánicas se habían visto desplazadas; algunas habían dejado sus hogares en el corazón de Europa y habían huido antes de que los hunos llegaran a ellos; otras habían unido sus fuerzas con los hunos y se habían movido con ellos por toda Europa; otras tribus se habían unido con los romanos contra el enemigo común.

Todas esas tribus habían dejado de tener un hogar establecido.

En la época en que desaparecieron los hunos, todas las tribus germánicas estaban en movimiento. Y se movieron en todas direcciones: hacia el oeste, a la Galia; hacia el sur a las penínsulas de Italia y la de los Balcanes.

Habría que imaginarse esas tribus en marcha —cada una de unos cuantos miles de personas—: cada una con todas sus posesiones y los niños amontonados en enormes carros cubiertos, tirados por caballos; a los hombres llevando cascos con alas de águila, armados con lanzas, hachas de batalla y espadas, cabalgando junto a los carros, y a las mujeres a un lado, conduciendo todo el ganado.

[7] Ildico o Hildico (finales siglo V): Princesa germana, última esposa del rey huno Atila. Su nombre sugiere una procedencia goda. [n. del pr.]

Esas columnas de kilómetros de largo, hechas de carros, rebaños, personas y caballos avanzaban lentamente en una nube de polvo.

En la parte delantera cabalgaban los exploradores.

Si informaban de la cercanía de tropas romanas, de una fortificación o de un pueblo romano, toda la columna adoptaba la formación de batalla.

Los guerreros formaban un círculo con los carros y rebaños, las mujeres y los niños se quedaban en el centro.

Los mismos soldados romanos que eran enviados a evitar que esas caravanas itinerantes penetraran en territorio romano ya no eran siquiera romanos, a menudo eran pueblos germánicos que habían recibido tierras de los romanos para convertirlos en aliados.

Pero incluso si esos defensores lograban echar atrás alguna de esas tribus itinerantes, pronto aparecían otras.

No se acababa nunca, era una marea que no podría frenarse indefinidamente.

En los libros de historia actuales, esa gran marea de tribus germánicas en movimiento es conocida como la 'migración de los pueblos.'

Una de esas tribus, la más numerosa y más belicosa eran los godos.[1]

En Suecia existe aún hoy en día la ciudad de Göteborg —Gotemburgo—, el 'castillo de los godos,' que solía ser su hogar.

Pero hacía ya tiempo que habían abandonado Escandinavia, habían atravesado Alemania, y se dirigían hacia Constantinopla.

Arcadio,[2] el emperador romano en Constantinopla, un hombre joven y débil, no deseaba luchar contra los godos.

Había otra manera de mantenerlos alejados.

Le ofreció a Alarico,[3] el rey de los godos, oro y ricos tesoros para que dejara Constantinopla en paz, y de ese modo la ciudad fue salvada del incendio y del saqueo.

Alarico, el rey de los godos, había sido antaño soldado de los romanos.

Había estado en Roma y había comprobado la riqueza y los tesoros que a lo largo de los siglos se habían ido acumulando en la ciudad.

Por lo tanto no tuvo inconveniente en dejar de lado Constantinopla, especialmente después de haber sido recompensado con creces por ello, porque sabía que encontraría muchas más riquezas en Roma.

Así que Alarico y sus hombres atravesaron los Balcanes y penetraron en Italia, camino a Roma.

En aquella época el Imperio Romano se había vuelto a dividir en dos emperadores.

La parte oriental estaba regida por el emperador de Constantinopla que había sobornado a Alarico.

El Imperio Occidental estaba gobernado por Honorio[4] en Roma.

El emperador del oeste incluso era más débil e irreflexivo que el otro: su único interés consistía en criar hermosos gallos mientras que la verdadera tarea de gobernar se la dejaba al general Estilicón.[5]

Pero el general no era romano, procedía de una tribu germánica —era de origen vándalo y de 'religión arriana'—.

A los romanos no les gustaba ser gobernados por un bárbaro, por inteligente y valiente que fuera, y justo en el momento en que Alarico y sus godos se desparramaban por Italia, Estilicón fue asesinado, el único hombre que podía haber salvado Roma.

Los godos atravesaron entonces Italia sin que se les opusiera resistencia y llegaron a Roma.

El emperador, ese joven débil e irreflexivo, simplemente abandonó Roma cuando se aproximaban los godos, guiados por Alarico.

Marchó a la ciudad de Rávena donde tenía una hermosa villa.

Allí se puso a jugar con su posesión más preciada, un gallo tan hermoso y fuerte que le habían puesto el nombre de Roma.

El gallo llamado Roma era más importante para el emperador que la Roma real.

La verdadera Roma, la ciudad de Julio César Augusto se hallaba ahora rodeada por los salvajes godos.

A los romanos todavía les quedaba su orgullo: estaban dispuestos a luchar por su ciudad.

Pero pensaron que podían intentar salvar sus vidas y sus posesiones hablando con Alarico, el rey de los godos.

---

[1] godos: Grupo perteneciente a los pueblos germánicos orientales y una de las muchas tribus del otro lado de la frontera oriental a las que los romanos llamaban 'bárbaros.' Probablemente su origen esté en Götaland, lo que es hoy el sur de Suecia. [n. del pr.]

[2] Flavio Arcadio Augusto (ca. 377/378-408): Emperador del Imperio Romano de Oriente (395-408). Hermano de Honorio, que sería emperador de Occidente. [n. del pr.]

[3] Alarico I ['rey de todos'] (370-410): Rey de los visigodos (395-410). En 396 condujo las hordas visigodas a través de Macedonia, Tracia, Fócida y Beocia, atacando y arrasando las ciudades griegas de Corinto, Esparta, Argos y Megara, amenazando al gobierno de Constantinopla, pero, atacado por Estilicón, se vio forzado a replegarse. [n. del pr.]

[4] Honorio (384-423): Emperador del Imperio Romano de Occidente (395-423). Hermano Arcadio, el emperador de Oriente. Fue nombrado emperador de Occidente a la edad de 10 años. E l general vándalo Estilicón lo hizo casar con su hija María. Su reinado se caracterizó por la desmembración del Imperio romano de Occidente, fue uno de los más desastrosos en los anales romanos. [n. del pr.]

[5] Flavio Estilicón (359-408): General romano de origen vándalo. Activo durante el gobierno de Honorio. [n. del pr.]

Y de ese modo le fueron enviados dos senadores romanos.

Era una imagen extraña: los dos senadores, que todavía llevaban la toga de tiempos antiguos, suplicando a un rey bárbaro; Roma que antaño había gobernado el mundo le estaba pidiendo misericordia a un bárbaro.

Pero, siendo romanos, todavía eran orgullosos y le dijeron a Alarico:

—Si intentas tomar Roma por la fuerza, no habrá ningún hombre en Roma que no vaya a luchar contra ti desde los muros y en las calles.

Alarico soltó una carcajada y dijo:

—Como bien sabéis cuanto más espesa sea la hierba más fácil será cortarla.

Entonces los senadores le dijeron:

—¿Cuáles habrían de ser las condiciones para que no saquees la ciudad?

Alarico contestó:

—Tenéis que entregar todo el oro, plata y joyas que haya en Roma, tanto si pertenecen al Estado como a los particulares.

Los senadores reclamaron:

—¿Y entonces qué nos dejas?

Con sonrisa burlona, Alarico respondió:

—Pues la vida, ¿qué más queréis?

Cuando los senadores regresaron con esa triste noticia a la ciudad, los romanos, desesperados, decidieron luchar por Roma y no rendirse.

Pero entre los esclavos había muchos que procedían de tribus germánicas, que habían sido hechos prisioneros en la inacabable lucha en las fronteras.

Y esos esclavos sabían que allí donde fuera Alarico, liberaba a los esclavos germanos, por lo que esperaban deseosos la llegada de los godos.

Durante la noche, esos esclavos germanos treparon por los muros, mataron a los guardias y abrieron las puertas.

Los godos se precipitaron al interior de la ciudad.

Y de ese modo Roma cayó bajo los godos en el año 410.

La poderosa Roma, la ciudad que antaño había regido sobre el más vasto imperio que haya conocido el mundo, fue tomada por los godos.

Ni Aníbal, ni los primeros invasores germanos y teutones habían sido capaces de tomar Roma.

Pero ahora la ciudad caía en manos de los godos sin apenas ofrecer resistencia.

Hay que decir que Alarico cumplió su palabra: hubo muy pocos muertos, sólo algunos esclavos se vengaron de sus crueles dueños y los asesinaron.

Los godos mismos estaban satisfechos con el saqueo, con llevarse todo el oro, plata y joyas de todas y cada una de las casas y templos.

Todo el tesoro que Roma había acumulado durante siglos le acabó siendo arrebatado.

La única persona que no estaba preocupada por la suerte de Roma era el emperador en su villa de Rávena.

Cuando un esclavo llegó corriendo para decirle:

—¡Roma se ha perdido!

el emperador se limitó a decir:

—Pero si lo vi ayer, y tenía muy buen aspecto.

Su único pensamiento era para el gallo llamado Roma.

Y cuando se le dijo que se estaba hablando de la ciudad de Roma, suspiró aliviado al saber que su gallo estaba bien.

Después de tomar los tesoros de Roma, Alarico no deseaba quedarse.

Quería conducir a sus godos a España y de allí a África.

Los godos dejaron la ciudad y se trasladaron al sur.

Pero todavía estaban en Italia cuando Alarico enfermó y murió al cabo de unos días.

Allí cerca se hallaba el río Busento.

Los godos empezaron por construir un canal para desviar las aguas del río.

Y en el lecho seco de río enterraron a Alarico y con él la mayor parte del tesoro de Roma.

Luego hicieron que las aguas volvieran a su cauce original y taparan la tumba de Alarico.

Todos los esclavos que habían hecho el trabajo fueron asesinados para que no pudieran revelar el secreto del lugar donde estaba oculto el tesoro de Alarico.

Y es posible que siga estando allí hoy en día, bajo las aguas del río Busento en Italia.

Menos de cincuenta años después, otra tribu germánica tomó la ciudad de Roma.

Eran los vándalos, que eran más feroces y terribles que los godos.

Saquearon, quemaron y mataron sin misericordia.

Luego cargaron su botín en barcos y navegaron hasta África.

Hasta el día de hoy, a la gente que destruye cosas sin razón alguna se les llama 'vándalos,' como recuerdo de esa tribu bárbara que saqueó Roma.

Tras la invasión de los godos y de los vándalos, Roma dejó de ser una gran ciudad.

Aún existía el Imperio Romano de occidente, pero sus emperadores solían habitar la ciudad de Rávena como capital.

La Roma de los Césares había desaparecido, pero otra estaba creciendo lentamente.

Esa nueva Roma era la sede de los Papas, el centro de la Iglesia Católica.

Pero en esa época, tras la invasión de los bárbaros, la ciudad era una sombra de lo que había sido y la mayoría de sus orgullosos edificios estaban en ruinas. ♣

iv:7 el fin del imperio

El Imperio Romano estaba desmoronándose: los hunos lo habían arrasado, los godos habían despojado Roma, los vándalos la habían saqueado e incluso los mismos soldados que todavía luchaban por Roma a menudo eran guerreros germanos que, por dinero, aventura y deseo de luchar, defendían el imperio tambaleante y resquebrajado.

Tanto el Imperio Oriental como el Occidental dependían totalmente de los mercenarios que luchaban por ellos.

La mayoría de la gente en el Imperio Romano eran cristianos, y algunos de los soldados mercenarios también se habían convertido al cristianismo.

Pero la mayoría de las tribus germánicas que atacaban, oleada tras oleada, desde los bosques de Europa Central, eran todavía paganos.

Pero había ciertas personas que se impusieron la tarea de llevar el mensaje de Cristo a esas tribus germanas: los monjes.

El Imperio Romano podía estar tambaleándose y declinando, pero esos misioneros sentían que el reino de Cristo tenía que crecer.

Hacía falta un corazón firme y mucho coraje para internarse entre esas tribus salvajes —que veneraban a Odín y a Thor—, para vivir entre ellos e intentar persuadir a esa gente —amante de la guerra— que creyeran en el Dios del amor y en Cristo.

Sólo un monje —una persona sin lazos familiares ni posesiones de las que preocuparse, una persona dispuesta a dar su vida por la fe— podía vivir entre esos feroces guerreros y predicarles la religión de la misericordia y la compasión.

Esos monjes sabían muy bien que incluso si tenían éxito, y los guerreros se convertían en cristianos, no cambiarían inmediatamente su modo de vida.

Pasarían muchas generaciones antes de que esa gente belicosa fuera cristiana no sólo de nombre, sino también de obras.

Pero se habría dado el primer paso.

Uno de esos monjes fue Severino.[1]

Había escogido vivir entre las tribus a lo largo del río Danubio.

Severino vivía en una cabaña, allí donde hoy se encuentra la ciudad de Viena.

En una pequeña franja de terreno cultivaba con esfuerzo el alimento que necesitaba.

De vez en cuando un guerrero o un noble podía acercarse a su cabaña y hacerle preguntas sobre su Dios.

Tal vez viniera una segunda y una tercera vez, y escuchara las historias de Severino sobre Jesucristo y, un día, el guerrero o el noble, decía:

—Quiero hacerme cristiano.

Y cuando eso sucedía, Severino se sentía como un general después de una gran victoria; y le daba gracias a Dios por la gran alegría que le había dado.

[1] Severino (¿?-640): Papa número 71 de la Iglesia Católica brevemente en 640. Su consagración se retrasó debido a que el emperador bizantino Heraclio se negó a la confirmación del nuevo papa hasta firmara la 'Ecthesis,' un edicto en el que se realizaba una profesión de fe monoteísta. [n. del pr.]

Un día llegó a Severino un nuevo visitante, un hombre del norte.

Era un guerrero tan alto que tenía que permanecer inclinado dentro de la cabaña; estaba vestido pobremente pero tenía una enorme fuerza corporal.

El guerrero germano saludó a Severino y le dijo:

—Mi nombre es Odoacro[2] —en germánico Audawarks—.

»He dejado mi tribu que vive en el Mar del Norte y estoy en camino a Roma para convertirme en un soldado en sus legiones.

»Soy pobre, como puedes ver por mis vestiduras, pero soy fuerte y mi fuerza tal vez me ayude a encontrar buena fortuna como soldado.

»He oído hablar de ti como de un hombre sabio y bueno; tal vez puedas decirme si mis esperanzas son razonables o no.

Severino sonrió al hombre alto y le dijo:

—Amigo mío, veo un tiempo en el futuro en que vestirás las vestiduras más delicadas que puedan encontrarse.

»Pero, las buenas vestiduras no son lo único que importa.

Y empezó a hablarle de Jesucristo.

Odoacro se quedó tan cautivado por lo que le contaba Severino, que permaneció un tiempo con él.

Cuando más tarde marchó para buscar su fortuna en Italia se había convertido al cristianismo.

Al ser alto y fuerte, fue fácilmente aceptado en las legiones.

Mostró gran coraje en muchas batallas y se convirtió en un oficial, alcanzado rangos cada vez más altos.

Hasta que un día, se convirtió en comandante en jefe, el oficial supremo de las legiones.

Sólo un hombre estaba por encima suyo, el mismísimo emperador occidental.

Pero en esa época el emperador era un niño, llamado Rómulo Augústulo —Rómulo para evocar al primer rey y Augústulo (pequeño Augusto) para evocar a Julio César Augusto—.

Pero a pesar de esos nombres tan altisonantes el emperador no era más que un niño de diez años y era incapaz de gobernar.

Era Odoacro quien realmente gobernaba para él el Imperio Romano de Occidente.

Pero cuando Odoacro empezó a preguntarse por qué él, el bárbaro, debía inclinarse ante un niño romano, mientras sus legiones, que eran casi todos germanos como él, debían ser siervos de los romanos que ya eran incapaces de luchar por sí mismos.

¿Qué era todo ese parloteo sobre el Imperio Romano?

Los soldados, los oficiales, los generales, e incluso Odoacro eran todos germanos.

Ya iba siendo hora de acabar con esa simulación de que todavía existía un imperio 'romano' en occidente. En el este, en Constantinopla, aún había algo que se parecía a un imperio romano.

Odoacro se presentó ante Rómulo Augústulo y le dijo:

—No tiene sentido pretender que tú eres mi amo, o que tú, un niño, seas el emperador, el gobernante del Imperio de Occidente.

»Quiero que declares que abandonas el poder y que ya no existe ningún emperador de Roma.

»Y o soy cristiano y no te haré daño como podría hacerte si quisiera.

»Se te dará una espléndida villa y sirvientes que cuidarán de ti fielmente, pero como ciudadano privado.

El niño no tuvo más remedio que obedecer.

Abdicó del título de 'emperador' y se fue a vivir a la villa que Odoacro de ofreció.

Y de ese modo, el Imperio Romano, el imperio de Augusto, de Nerón y de Adriano, acabó sus días en el año 476.

La historia romana había comenzado en el 754 aC y concluía 1230 años después, en el 476.[3]

Odoacro podría haberse proclamado él mismo emperador, pero no deseaba tener un título romano que ya no era más que una palabra vacía.

Tenía el poder, sus legiones germánicas le obedecían, y eso era lo que le importaba.

Fue Odoacro que puso fin al Imperio Romano de Occidente, aunque había sido una mera caricatura de su grandeza desde hacia mucho tiempo.

Más tarde, en el 493, hubo otra invasión de tribus germánicas, y Odoacro fue asesinado por Teodorico,[4] el rey de los ostrogodos que, por un tiempo, se convirtieron en dueños de Italia.

Toda Europa se hallaba entonces en manos de las tribus germánicas que luchaban entre sí.

Y algunos de esos reinos aparecían y desaparecían en muy poco tiempo.

El Imperio Romano había dejado de existir, pero había dejado un gran legado: el cristianismo. ♣

[2] Odoacro o Odovacar ['que busca la riqueza'] (ca. 433-493): Jefe de la tribu germánica de los hérulos. Destituyó al último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo (476), convirtiéndose en rey de Italia. [n. del pr.]

[3] De esta forma, el Imperio Romano ocupa los primeros 4/7 de la edad Alma Racional. [n. del pr.]

[4] Teodorico I o Teodoredo (¿?-451): Rey de los visigodos. Completó el asentamiento de los visigodos en Aquitania y expandió sus dominios a Hispania. [n. del pr.]

iv:8 anglos y sajones

Los hunos, dirigidos por Atila, y los godos bajo el mando de Alarico, habían hecho temblar el Imperio Romano como un terremoto, y del mismo modo como un edificio se desmorona en un terremoto, toda la estructura del Imperio Romano se vino abajo.

Odoacro le dio el golpe final.

Sólo en oriente, en Constantinopla, permaneció al menos una parte del imperio.

En el oeste, las tribus germánicas lo habían invadido todo.

En Britania, los celtas se habían romanizado, habían adoptado costumbres romanas, usaban el latín y con el tiempo se habían convertido en cristianos.

Sólo en el norte del Muro de Adriano,[1] los pictos y los escoceses no habían sido nunca conquistados por los romanos, mientras que al sur del muro la gente se había romanizado y cristianizado.

Cuando Alarico y sus godos invadieron Italia en torno al 395, Roma decidió que las legiones en la lejana Britania se necesitaban con más urgencia en Italia; Roma no podía malgastar sus soldados para defender Britania, los necesitaba para defenderse a sí misma.

Y de ese modo una legión tras otra fue abandonando Britania, y finalmente ésta tuvo que defenderse a sí misma.

Trescientos años antes, en los tiempos de Caractacus y Boadicea, los britanos habían sido gente belicosa y bravos guerreros.

Pero ahora, después de haber vivido la confortable vida de los romanos, y de que de las refriega se encargaban los mercenarios —que lo hacían por dinero o por un trozo de tierra—, los britanos ya no estaban acostumbrados a luchar por sí mismos, y cuando el último de los legionarios había abandonado Britania ya no había ningún ejército para defenderla.

Una vez marchados los legionarios, los pictos y los escoceses atravesaron el Muro de Adriano e invadieron la Britania romana, la saqueando a su placer, y conquistaron las ciudades del norte, una tras otra.

Después de que marcharan los romanos, Inglaterra volvió a ser una tierra con muchos reinos.

Y uno de esos reyes, Vortigern[2] de Kent, ideó una manera de proteger su tierra contra los salvajes pictos y escoceses.

¿Acaso los romanos no habían usado tribus germánicas para proteger sus fronteras?

Los britanos podían hacer lo mismo que habían hecho los romanos.

Así que el rey Vortigern envió mensajeros a dos tribus germánicas, los anglos y los sajones, que en aquella época vivían en la costa norte de Alemania.

Se les prometió recompensas y tierra en Britania si acudían allí y expulsaban a los pictos y a los escoceses empujándolos de regreso a los bosques del norte.

Ahora bien, entre anglos y sajones había muchos caudillos y reyes, y cada uno de ellos dirigía a unos miles de hombres.

Como todas las tribus germánicas, la mayoría de estos reyes querían trasladarse al sur, y finalmente lo hicieron; existe aún hoy en día una región de Alemania llamada Sajonia.

Pero dos reyes aceptaron la invitación de trasladarse a Britania.

El nombre de esos reyes puede sonar extraño, pero entre las tribus germánicas el caballo era considerado el animal de Odín, el más sabio de los dioses; el caballo era para ellos el animal de la sabiduría, de la inteligencia, y cuando a uno lo llamaban 'caballo' era un gran honor.

Uno de esos dos reyes era llamado Hengist,[3] es decir, 'semental.'

Y el otro era llamado Horsa,[4] 'caballo.'

Ambos reyes, Hengist y Horsa, se pusieron en marcha hacia Britania.

Cruzaron el Mar del Norte en sus largos barcos y llegaron a Kent, donde los blancos acantilados de yeso son golpeados por las olas del Canal.

[1] Muro de Adriano: Antigua construcción defensiva de la isla de Britania, levantada entre los años 122-132, para defender el territorio britano sometido, al sur de la muralla, de las belicosas tribus de los pictos que se extendían más al norte del muro (actual Escocia). [n. del pr.]

[2] Vortigern: Caudillo del siglo V en la Britania posromana, un gobernante entre los britanos. Se dice que invitó a los anglosajones a instalarse en Gran Bretaña como mercenarios, solo para verlos sublevarse y establecer sus propios reinos. Es recordado como uno de los peores reyes de los britanos. [n. del pr.]

[3] Hengest o Hengist (¿?-488?): Guerrero vikingo de Dinamarca en la Era de Vendel (siglo V). lugarteniente del rey danés Hnæf. Su figura protohistórica aparece en el poema épico Beowulf y el fragmento de Finnsburg. [n. del pr.]

[4] Horsa: Guerrero vikingo de Dinamarca en la Era de Vendel (siglo V), que con su hermano Hengest protagonizaron la primera colonización germánica en la isla de Gran Bretaña. [n. del pr.]

Los britanos saltaron de alegría al ver a esos fornidos guerreros, pensando que sus problemas se habían acabado. Se decían:

—Es cierto, estos anglos y sajones son paganos, adoran a Odín y a Thor.

»Pero incluso los paganos pueden ser útiles.

Y fueron realmente útiles, pues los anglos y los sajones cumplieron su parte del compromiso y lucharon contra los pictos y los escoceses haciéndolos retroceder hacia el norte desde donde habían venido.

Una vez lo consiguieron, Hengist y Horsa se acercaron a Vortigem, el rey de Kent, a pedirle su recompensa.

El rey britano dijo:

"Os he prometido tierras y yo siempre cumplo las promesas.

»Decidme ¿cuánta tierra queréis?

y Hengist respondió:

- —No queremos mucha, digamos, toda la que quepa dentro de la piel de una vaca

El rey exclamó el sorprendido:

—Eso es realmente muy poco, pero si eso es lo que queréis sed bienvenidos a ella.

Pero no era por casualidad que Hengist y Horsa fueran llamados siguiendo el nombre de los animales de la sabiduría.

Tomaron la piel de una vaca y la cortaron en una tira muy delgada, y cuando se extendió esa tira de piel haciendo con ella un círculo envolvía mucha más tierra de la que el rey Vortigern hubiera pensado jamás que iba a darles.

No se quedó muy contento con la astuta artimaña de los anglos y sajones, pero no podía volverse atrás: había dado su palabra.

Pero ese no fue el final de la historia, tan sólo era el principio.

Los anglos y los sajones comprobaron que los britanos no eran guerreros.

Y no pasó mucho tiempo antes de que los anglos y los sajones atacaran a los britanos que comprendieron demasiado tarde que los 'ayudantes' que habían invitado eran mucho peores que los pictos y los escoceses.

Los anglos y los sajones no sólo derrotaron a los britanos en la batalla, sino que asaltaron las ciudades y pueblos, incendiándolos y destruyéndolos.

A los anglos y sajones no les gustaban las ciudades ni la vida en la ciudad, preferían la vida en el campo.

Destruyeron las iglesias y mataron a los sacerdotes, porque anglos y sajones eran paganos y no hacían uso de las iglesias.

Una tras otra, las ciudades romano-británicas fueron destruidas, los britanos asesinados o vendidos como esclavos, y toda la civilización romana en Britania, con sus villas y templos, teatros y baños, llegó a su fin.

Y con la destrucción de las iglesias, la religión cristiana en Britania también acabo extinguiéndose.

Britania volvió a convertirse en un territorio pagano.

En el sur, los anglos y los sajones eran los amos, en el norte, los pictos y los escoceses gobernaban desde los bosques y montañas.

Sólo en las montañas de Gales había una pequeña parte de Britania donde sobrevivía la fe cristiana.

Los anglos y los sajones no podían conquistar Gales y un reducido grupo de britanos huyeron hacia Gales, y, aunque no construyeron allí más ciudades romanas, mantuvieron viva la fe cristiana.

En Irlanda, la fe cristiana también siguió viva.

Pero aparte de Irlanda y una parte de Gales, Britania volvía a estar en las manos de los bárbaros.

El sur de Britania llegó a ser conocido como Anglesland —tierra de los anglos—, Inglaterra.

Hay todavía una parte de Inglaterra que se llama East Anglia —Anglia del Este—, que era un reino separado de los anglos.

Otros reinos fueron llamados East Sax —Sajonia del Este—, West Sax —Sajonia del Oeste—, South Sax —Sajonia del Sur—, que acabaron convirtiéndose con el tiempo en Essex, Wessex y Sussex.

Pero en contraste con su faceta destructora, los anglos y los sajones eran excelentes granjeros y agricultores.

Destruían ciudades que ellos no veían útiles, pero trabajaban la tierra mejor que los britanos, pues empezaron a recortar los densos bosques de Britania para abrir la tierra para la agricultura.

Con el tiempo, la desaparición de los bosques cambió completamente el paisaje y la vida de Britania. ♣

iv:9 el obispo de Roma

Toda Europa había cambiado con la migración de los pueblos, por esas tribus germánicas que destruyeron el Imperio Romano.

De las ruinas del Imperio Romano emergieron poco a poco las naciones y los países tales como los conocemos hoy.

Por ejemplo, la Galia, la tierra que Julio César había conquistado para Roma, fue invadida por una tribu germánica, los francos, que se establecieron allí.

La tierra de los francos acabaría convirtiéndose en Francia.

Los anglos y los sajones al principio quemaron ciudades y mataron a los britanos, pero luego se establecieron y se convirtieron en granjeros que se ocupaban de sus tierras.

Pero había otras tribus germánicas todavía recorriendo tierras y mares, y algunas tribus errantes podían aparecer de repente en la costa de Inglaterra, asaltar pueblos, saquear lo que podían, matar a los ancianos y llevarse a los más jóvenes para venderlos como esclavos.

Los anglos y los sajones ya no seguían trasladándose de un lado a otro, y querían vivir en paz como granjeros y agricultores.

Pero otras tribus germánicas asaltaban sus pueblos.

A menudo, los piratas se llevaban a los niños y los vendían a tratantes de esclavos.

En aquellos días, hace mil quinientos años, los tratantes de esclavos compraban prisioneros —hombres, mujeres y niños- de esos asaltantes y piratas, y luego los vendían en los mercados de diversas ciudades.

Un día, en un mercado de Roma, algunos niños ingleses de la tribu de los anglos fueron ofrecidos a la venta.

Con los ojos azules y el pelo rubio, eran muy distintos de los demás esclavos que estaban a la venta.

Un sacerdote cristiano llamado Gregorio[1] pasaba por allí y al ver a aquel grupo de niños pensó: "Qué hermosos son estos pequeños; es una lástima que yo sea un pobre sacerdote y no pueda comprar su libertad, pero he de averiguar de dónde vienen."

Se dirigió al vendedor de esclavos y le dijo:

—Estos niños son muy hermosos.

»¿Qué país es capaz de generar niños y niñas tan bellos?

El tratante le contestó:

—Son anglos.

Gregorio pensó un momento:

—¿Anglos? No, no tendrían que ser llamados anglos, sino ángeles.

El vendedor se rió:

—Los de la tribu de la que proceden estos niños están muy lejos de ser ángeles, son paganos en la isla de Britania.

Gregorio respondió:

—Entonces tendrían que recibir la luz de Cristo, y voto para que un día la reciban.

No pudo hacer nada por esos niños, pero Gregorio nunca los olvidó, pensando a menudo en esas tribus de Britania que todavía seguían la religión pagana de Odín y Thor, los dioses del Valhalla.

Pero grandes oportunidades se le presentaron a la vida de Gregorio.

No sólo fue un buen sacerdote, sino que también era un hombre inteligente.

La gente de Roma y sus colegas sacerdotes le tenían gran respeto y con el tiempo se convirtió en Obispo de Roma.

Cuando Gregorio se convirtió en obispo Roma estaba pasando un mal período: tres cuartas partes de la ciudad estaba en ruinas; y entre la gente que todavía vivía en la ciudad cundía la enfermedad y el hambre.

En Italia, en general, las cosas no eran mucho mejores: en el norte, habían aparecido los Lombardos —'largas barbas'—, otra tribu germánica, y se habían adueñado de la zona.

En el sur, algunas tribus germánicas se habían establecido y luchaban entre sí.

En esta difícil situación Gregorio decidió que no podía simplemente permanecer como obispo, un sacerdote preocupado solamente con mantener los servicios de la Iglesia.

[1] Gregorio Magno o San Gregorio (ca. 540-604): Papa número 64 de la Iglesia católica. Uno de los cuatro Padres de la Iglesia latina junto con Jerónimo de Estridón, Agustín de Hipona y Ambrosio de Milán. [n. del pr.]

Tomó el gobierno de Roma, se preocupó de que el campo alimentara a la ciudad y de que se construyeran casas nuevas y mejores.

Y así, lentamente, empezó a crecer una nueva Roma, una ciudad de Roma gobernada por un obispo.

Con el tiempo, Gregorio despertó tanto respeto entre la gente que los obispos de otras ciudades, de Rávena y Nápoles, lo aceptaron como cabeza, o Papa —que quiere decir padre— de toda la Iglesia.

Desde ese momento en adelante el obispo de Roma fue también el gobernador de Roma, el cabeza de todos los obispos, sacerdotes y monjes; era el año 590.

Roma, que había sido la ciudad de los Julio Césares, empezó una nueva vida como ciudad del Papa, y el centro de todos los servidores de la Iglesia.

Monjes, abades, obispos de todo el Imperio Romano de Occidente obedecían al Papa de Roma.

Pero no el Imperio de Oriente, de Constantinopla.

La Iglesia Oriental no aceptaba el liderazgo del Papa en Roma.

Pero cuando °Gregorio el Magno —como llegó a llamársele— se estableció a sí mismo como Papa, como cabeza de todos los sacerdotes y monjes, se acordó de aquellos niños rubios de los anglos que él había llamado ángeles.

Y envió monjes a Britania para convertir a los anglos y a los sajones a la religión cristiana.

El guía de estos monjes se llamaba Agustín.[2]

Él y sus compañeros monjes no estaban demasiado contentos de ser enviados a ese país salvaje en el norte: habían oído historias de que los anglos y los sajones se comían el corazón de sus enemigos, y que no había ningún humano capaz de aprender su horrible lenguaje, el inglés.

De modo que Agustín y sus cuarenta monjes partieron para Britania simplemente como acto de obediencia a Gregorio Magno.

Pero el hecho es que las cosas les fueron mucho mejor de lo esperaban.

El encuentro con el rey de los anglos, Adalberto,[3] fue realmente un acontecimiento magnífico.

Sentado bajo un árbol, rodeado de guerreros, el rey observó a los monjes romanos que se le acercaban, llevando una gran cruz de plata y cantando un himno.

Se levantó y recibió a los extranjeros con palabras amistosas.

Les dio permiso para predicar su religión, y un año más tarde, en el año 597, Adalberto fue bautizado y un gran número de sus guerreros con él.

Pronto siguieron el ejemplo otras tribus, y el cristianismo volvió a Britania.

La primera iglesia cristiana se construyó en Canterbury.

Los pictos y los escoceses también se convirtieron al cristianismo.

Sin embargo, no los convirtieron los misioneros enviados de Roma, sino Columbano[4] que llegó desde Irlanda donde la fe cristiana había crecido con independencia de Roma.

Agustín convirtió a los anglos y sajones en el sur, mientras Columbano y sus discípulos convirtieron a los pictos y los escoceses en el norte. ♣

[2] Agustín de Canterbury OSB (ca. 534-ca. 604): Monje benedictino y primer arzobispo de Canterbury. considerado 'el apóstol de Inglaterra.' Es venerado como santo por las Iglesias romana, anglicana y ortodoxa. Fue enviado junto con cuarenta monjes por el papa Gregorio I el año 597 para evangelizar Inglaterra. [n. del pr.]

[3] Adalberto o Ethelberto o Etelberto, conocido como el Santo (ca. 560-616): Rey de Kent (580-616). Fue el primer rey inglés en convertirse al cristianismo. [n. del pr.]

[4] San Columbano (540-615): Misionero irlandés destacado por su actividad misionera y evangelizadora durante la Alta Edad Media. Fundó numerosos monasterios en Europa, entre otros, los de Luxeuil (Francia) y Bobbio (Italia), aproximadamente en el año 590. [n. del pr.]

iv:10 Winifredo

Cuando había estado en la cúspide de su poder, el Imperio Romano había unido a grandes partes de Europa, Italia, Grecia, Hispania, la Galia, Britania, bajo una sola ley, la ley romana.

Mientras las legiones romanas luchaban en las fronteras del imperio, dentro de él existía la paz de Roma, mantenida por la ley romana, era la pax romana.

Había un lenguaje común, el latín, que se hablaba desde Britania hasta Egipto; se construían ciudades siguiendo un patrón común, el patrón de Roma, y el modo de vida era el mismo en la Galia que en Palestina: el modo de vida romana.

La pax romana era algo muy importante para muchísima gente bajo la cual se podía vivir juntos y en paz.

Cuando el Imperio Romano cayó bajo la invasión de las tribus germánicas se fragmentó en muchos reinos, y no había mucha paz entre los diversos reinos vecinos.

La gran pax romana había desaparecido, Europa estaba fragmentada en nuevas naciones, nuevos países, y las tribus germáinicas que los habitaban luchaban entre sí.

Ya no había una ley común, o cualquier otra cosa que mantuviera unidas a esos pueblos belicosos.

Pero si esos pueblos germánicos se volvían cristianos la fe sería una especie de vínculo entre ellos y, poco a poco, las cosas irían mejorando.

Los reyes podían luchar entre sí, pero si los contendientes de ambos bandos eran cristianos y respetaban la cabeza de la Iglesia Católica, el Papa de Roma, tal vez escucharan su consejo y resolvieran en paz sus disputas.

Por eso, la expansión de la religión cristiana era la única esperanza de que las cosas fueran mejorando.

La antigua unidad del Imperio Romano, la pax romana, había desaparecido para siempre, pero tal vez podía emerger un nuevo vínculo, con la Iglesia y su centro en Roma.

De modo que cuando los monjes partieron para predicar la fe cristiana a las tribus paganas, no era sólo una cuestión de religión, sino algo que debiera contribuir a crear un mejor futuro para los pueblos de Europa.

Los anglosajones, que al principio habían destruido el cristianismo, más tarde, gracias a Agustín y sus monjes, se convirtieron al cristianismo, y al poco tiempo, algunos anglosajones también se convirtieron en monjes y sacerdotes.

Entre los monjes anglosajones, hubo quienes asumieron ellos mismos la tarea de llevar el evangelio de Cristo a las tribus paganas en el corazón de Europa.

Solos o en pequeños grupos, sin armas, esos hombres valientes viajaban cientos de kilómetros hasta los bosques de Alemania, Suiza y Austria.

El más grande de esos monjes anglosajones fue el monje benedictino Winifredo, o Wynfrith (680-754), o su nombre latino, Bonifacio.[1]

Mas como era anglosajón y no era romano, lo llamaremos por el nombre que tenía entre su propia gente.

Cuando Winifredo partió, algunos misioneros que habían ido antes habían sido asesinados cruelmente por las tribus paganas. Pero esa noticia no podía atemorizar a Winifredo.

Sólo y desarmado, dejó Inglaterra y se abrió su camino por los bosques de Alemania.

Había un lugar que muchas tribus germánicas consideraban santo, un lugar sagrado.

Era una colina que había sido despojada de árboles excepto uno que había en el centro, un enorme y antiguo roble.

Ese roble era sagrado para Thor, el dios del trueno y el rayo.

Y nadie se habría atrevido a tocar ese árbol, pues se decía que cualquiera que lo tocara perecería inmediatamente por un rayo.

En algunas épocas las tribus germánicas se congregaban sobre aquella colina, veneraban a Thor y le hacían sacrificios.

Winifredo esperó a una de esas ocasiones.

Y cuando cientos de guerreros se habían reunido sobre la colina y estaban de pie rodeando el gran roble, Winifredo se adelantó llevando una enorme hacha.

Mientras todos los hombres lo contemplaban con sorpresa, Winifredo se acercó al árbol, levantó el hacha y la clavó profundamente en él.

[1] San Bonifacio, nacido Wynfrith, Winfrith o Winfrid ['aquel que hace el bien'] (680-754): Santo y mártir inglés. Conocido como el 'apóstol de los germanos.' [n. del pr.]

Los guerreros se quedaron aterrados: esperaban que un poderoso rayo golpeara a Winifredo, pero no pasó nada.

Winifredo siguió golpeando con su hacha, cortando cada vez más profundo.

Los guerreros de las tribus empezaron a alarmarse, y se miraban unos a otros para ver si alguien se atrevía a detener a ese hombre.

Pero antes de que pudieran entrar en acción, el poderoso árbol se inclinó y cayó estrepitosamente.

Mientras los guerreros miraban atónitos y horrorizados al árbol de Thor caído en el suelo, Winifredo gritó:

—¡Mirad cuán poderosos son vuestros dioses! ¡Convertíos al verdadero Dios!

Y luego se marchó de allí.

Nadie se habría atrevido a levantar su mano contra él.

Desde ese día en adelante cada vez más guerreros se fueron acercando para ser instruidos en la religión cristiana y para ser bautizados.

Con la ayuda de estos nuevos cristianos, Winifredo, construyó una iglesia sobre la colina de Thor, hecha con la madera del roble de Thor.

Durante treinta años, Winifredo, o Bonifacio, vivió entre las tribus en Alemania y convirtió a muchas de ellas al cristianismo.

Cuando ya era muy anciano partió con algunos amigos a convertir a una tribu en el norte de Alemania, los frisios.

Pero los frisios habían oído hablar de Winifredo: no querían que su modo de vida fuera cambiado por esa religión cristiana, y atacaron a Winifredo y sus acompañantes.

Los amigos de Winifredo sacaron sus espadas para defenderlo, pero él les dijo:

—No. No hemos de derramar sangre para defendemos a nosotros mismos, el propio Cristo no lo hizo.

Él y sus compañeros fueron asesinados; murieron por su fe.

Sin embargo, gracias a su trabajo y la de otros como él, las tribus germánicas, con el tiempo, acabaron convirtiéndose al cristianismo.

De modo que, al principio, los anglos y los sajones empezaron destruyendo el cristianismo en Britania.

Pero los niños rubios vendidos en el mercado de esclavos hicieron que Gregorio decidiera emprender la tarea de volver a llevar la fe cristiana a Britania.

Con el tiempo, los anglosajones produjeron héroes como Winifredo —o Bonifacio— que llevaron el mensaje de Cristo a los bosques de Alemania. ♣